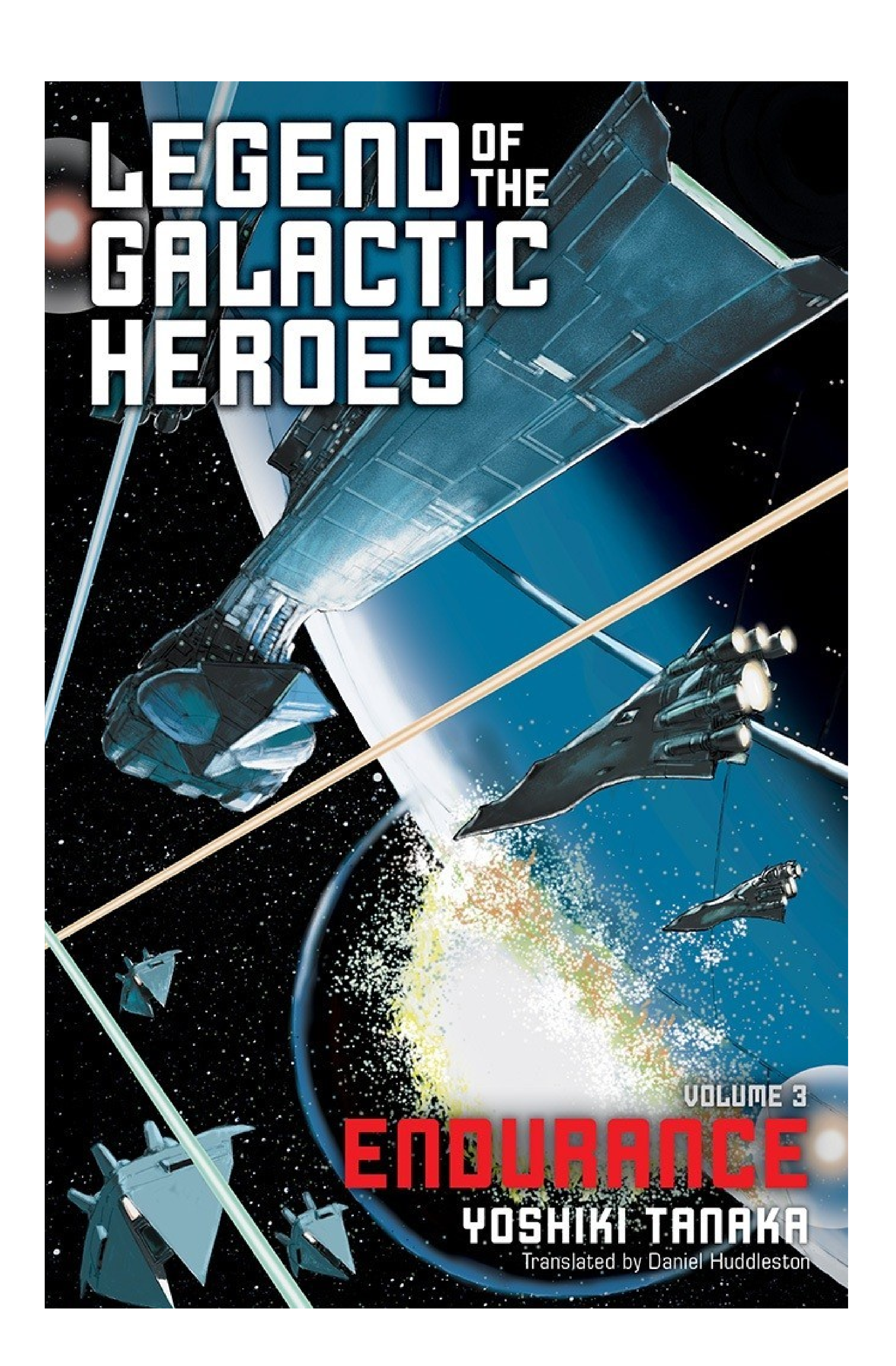
LEGEND OF THE GALACTIC HEROES

VOLUME 3

ENDURANCE

YOSHIKI TANAKA

Translated by Daniel Huddleston


LEGEND OF THE GALACTIC HEROES
VOLUME 3
ENDURANCE
YOSHIKI TANAKA
Translated by Daniel Huddleston

Traducida al español por Ralevon.com (ex-jucagoto)
Edición digital al español por M. Nigthkrelin Subs
Edición digital empaquetada por riojano0

CAPÍTULO 01: PRIMER VUELO

I

EL NIÑO SIEMPRE NO HA AMADO las estrellas.

Una noche de invierno, cuando podría haber sido llamado con mayor precisión un niño pequeño, se sentó en los hombros de su padre y miró hacia el cielo. Por encima de los picos cubiertos de nieve teñidos de azul por la luz de las estrellas, una extensión fría y dura de la oscuridad total se había extendido sobre él. Atrapado por el terror, se aferró al cuello de su padre con fuerza, temiendo que los brazos invisibles estuvieran a punto de salir de esa oscuridad sin fin, lo levantaran y se lo llevaran.

Ahora su padre se había ido. Así fue su miedo a las profundidades del espacio. Lo que tenía ahora era alguien más grande que su padre y un corazón que anhelaba alas para llevarlo a través del vasto mar de estrellas.

Era enero. SE 798, IE 489.

Julian Mintz estaba a punto de cumplir dieciséis años.

El contraalmirante Dusty Attenborough había partido de la fortaleza de Iserlohn al frente de una división de 2,200 naves compuesta de naves de guerra grandes y pequeñas. Operando lejos de la fortaleza y del resto de la flota de patrullas de Iserlohn, la división de Attenborough se desplegó dentro del Corredor de Iserlohn, como una bayoneta apuntando hacia el

territorio del Imperio Galáctico. Fue en esta formación que Julian Mintz estaba sirviendo actualmente.

Su misión era llevar a cabo patrullas de seguridad en el frente, aunque esto también se duplicó como maniobras de entrenamiento a gran escala para nuevos reclutas.

El conjunto de recursos humanos de la Alianza de las Fuerzas Armadas se había agotado en gran medida el año pasado por el llamado Congreso Militar para el Rescate de la República, cuyo golpe de Estado había sacudido a la FPA hasta el fondo. Bajo el mando del almirante Yang Wen-li, la Flota de Patrullas de Iserlohn había superado muchas batallas en ese conflicto, y después de la guerra civil, un número significativo de sus veteranos habían sido cazados para ocupar puestos clave en unidades nuevas o expandidas.

Esto significaba que el personal más experimentado de la flota había sido reemplazado por reclutas novatos, y aunque las cifras seguían siendo las mismas, no era sorprendente que la calidad general de la flota como fuerza de combate hubiera disminuido. No importa qué habilidades latentes oculten estas nuevas caras, el uso eficiente de esos talentos solo puede venir con tiempo y experiencia.

No será un trabajo fácil hacer que los soldados salgan de estos niños…

Tales pensamientos nunca estuvieron lejos de las mentes de los instructores, ya que contemplaron el largo camino por delante de sus jóvenes cargos. Además, la fortaleza de Iserlohn se encontraba en la primera línea de las defensas de la Alianza de los Planetas Libres, por lo que cada vez que la Armada Imperial Galáctica hacía un movimiento, eran aquellos tan estacionados quienes se levantaban para recibir el primer golpe. A pesar de eso, los guerreros endurecidos en la batalla de esta instalación militar vital habían sido saqueados y luego reemplazados por reclutas no entrenados.

¿Qué piensan esos imbéciles en el gobierno que están haciendo?

Después de mucho abuso verbal de los poderes existentes, los oficiales de

Iserlohn se habían propuesto tratar con la realidad que tenían delante. Estos novatos habían recibido solo una décima parte de la capacitación requerida para convertirse en soldados en pleno funcionamiento. Para aumentar las probabilidades de victoria y aumentar su probabilidad de supervivencia, era esencial que tuvieran al menos el 50 por ciento del entrenamiento recomendado antes de que llegara el momento de enfrentar el combate.

En consecuencia, desde el momento en que llegaron a Iserlohn, los reclutas fueron sometidos a una abrumadora cantidad de entrenamiento intenso, así como a ampollas de reprimendas de soldados veteranos e instructores enojados y de cara roja.

"¡¿Acaso los cabrones vinieron aquí para irse con la basura?! ¡Todo lo que son es un montón de cachorritos bueno para nada!"

"¡Quieren vivir, mejoren sus habilidades! ¡El enemigo no te dará ninguna desventaja!"

"¿Entiendan? El que gana es el que es más fuerte, no el que tiene razón. Perder aquí no solo lo descalifica de un debate sobre el bien y el mal— sino que también estan descalificado para respirar. Nunca se olviden de eso".

"¡Concéntrense menos en disparar rápido y más en disparar con precisión! E incluso cuando disparas primero, el tiempo lo es todo. Recuerda: cuando abres fuego, también le estás dando al enemigo tu posición".

"¡Sus respuestas son lentas! ¡Hazlo otra vez, desde el principio!"

"¡Regresen a la escuela militar! ¡No veo cómo te graduaste en primer lugar! ¡No vengas hasta que estés al menos sin pañales!"

Las voces de los instructores se hicieron cada vez más fuertes y más acaloradas. Cada vez que alguien respondía con demasiada lentitud o no lograba comprender una explicación, el abuso sin piedad se dirigía hacia ellos.

Aunque era raro encontrar a un joven con reflejos y poderes de

comprensión a la par con Julian, ni siquiera pudo pasar por una sesión de entrenamiento sin un bautismo de invectivas, y no solo una o dos veces. Una de las características más reprobables de la sociedad jerárquica especializada de los militares fue que los reclutas muy por encima del promedio ganaron las mismas miradas de enojo que los que tuvieron un desempeño inferior.

Nadie en la división de Attenborough recibió un puñetazo, pero eso fue solo porque formaba parte de la flota de patrullas de Iserlohn; Ese no fue el caso en otros regimientos. En la mayoría de los asuntos, Yang, el oficial al mando, era bastante blando cuando se trataba de disciplina militar, pero había dos áreas en las que era tan estricto como para parecer otra persona: cuando los soldados hacían daño a civiles, y cuando los oficiales superiores infligían injusticia o Castigos "creativos" a sus subordinados. Una vez había degradado a un oficial condecorado por su valor en muchos campos de batalla, y también lo había enviado de vuelta a un puesto sobre Heinessen. No había sido la primera vez que el hombre había utilizado la violencia contra los subordinados, y Yang había ignorado a la cohorte de oficiales que habían dicho que odiaban perder sus habilidades.

"Los subordinados no pueden hacer nada para resistir los castigos de sus oficiales comandantes. Si un oficial comandante golpea a sus hombres y lo defendemos como un soldado modelo, eso solo convierte a los soldados en una vergüenza para la humanidad. No necesitamos un hombre así. Por lo menos, yo no".

Yang no había levantado la voz ni gritado. Tanto su expresión como su voz habían sido bastante suaves. Siempre era así cuando se apegaba a sus armas por algo.

Yang Wen-li era el tutor legal de Julian, y cuando el chico le dijo que quería ser un soldado, Yang no parecía complacido. Con la mirada en su rostro y su voz por igual, dijo: "Hay todo tipo de carreras para elegir. De todas las cosas, seguramente no hay necesidad de elegir al ejército".

Yang Wen-li era un militar. Aunque era joven, ya era un completo almirante y era visto como el número tres en uniforme después del Almirante

Cubresly — director del Cuartel General de Operaciones Conjuntas — y del Almirante Bucock — comandante en jefe de la armada espacial.

La mayoría de los que se encontraban en su puesto habrían ofrecido ayuda si Julián quisiera unirse al ejército; Yang, sin embargo, no sintió que la vida militar fuera su propia vocación y decidió que también sería un mal ajuste para Julian. Al mismo tiempo, sin embargo, no podía negar obstinadamente el libre albedrío de un chico. Tal como estaban las cosas en el presente, le estaba dando a Julian su silencioso, aunque reacio, asentimiento.

A pesar de que Yang era el tutor legal de Julian, que tenía autoridad paterna sobre él, y su garante, nada de eso le dio a Julian ventaja alguna en el entrenamiento. Por el contrario, proporcionaba una oportunidad de una vez en la vida para que los oficiales subalternos malintencionados lo usaran cuando lo llamaran por su nombre y se burlaran de él. *No creas que recibirás un tratamiento especial aquí porque eres el hijo adoptivo del Almirante Yang…; Solo mírate, eres una vergüenza para el nombre del almirante… Si crees que te vamos a poner fácil, tienes otra cosa por venir… Probablemente pienses que puedes correr llorando al almirante y él se hará cargo de todo, pero eso no va a suceder aquí…*

Comentarios como estos lo enfurecieron, pero nunca empujaron a Julian más allá de los límites de su resistencia. El chico sabía que, a pesar del abuso, todavía estaba en una posición envidiable. La actitud que impregnaba la fortaleza de Iserlohn y la flota de patrullas era sin duda la mejor de todas las fuerzas armadas de la alianza. El hecho de que el aire aquí no se pueda purgar completamente de tales emociones negativas fue tal vez simplemente una cruz que tuvo que ser cargada, no solo por el ejército, sino también por cualquier otro grupo de humanos.

II

Triglav fue el buque insignia de la división de Attenborough. Llamado así

por el dios de la guerra de la mitología eslava — la nave de guerra era hermosa — elegante, incluso, en su funcionalidad refinada, y en ese sentido superaba incluso a la nave insignia de Yang, *Hyperion. Triglav* había llegado a Iserlohn como una nueva nave de guerra de primera línea, y en ese momento muchos se preguntaban en voz alta si el Comandante Yang podría mover su asiento de comandante. Sin embargo, esa especulación no se había resuelto, y en ese momento otras voces supusieron que Yang era simplemente el tipo de persona que no podía reconocer la necesidad de belleza en las naves militares.

"Si puedo preguntar, señor", su jefe de personal, el Contralmirante Murai, había preguntado, "¿Por qué no hizo de *Triglav* su buque insignia? Tiene ese tipo de presencia que se adapta a una nave insignia, creo… "

La respuesta de Yang había dejado a Murai sin palabras. Esto es lo que dijo el joven comandante de cabello oscuro y ojos oscuros:

"Sí, *Triglav* seguro es un nave bonita para mirar. Y es precisamente por eso que no le hice la nave insignia. Después de todo, ¿cómo se supone que debo admirarlo desde dentro?"

Julian había tenido sus dudas sobre si Yang había estado respondiendo seriamente. Conociendo a Yang, podría haber pensado que era una tarea demasiado difícil mover su comando de una nave con el que estaba familiarizado. Siempre fue una molestia para él cuando los subordinados querían discutir temas que realmente no tenían importancia, por lo que tal vez acababa de dar una respuesta totalmente fuera del campo izquierdo para ver si eso callaba a Murai. Eso era lo que Julian pensaba, aunque al mismo tiempo, también tenía la sensación de que Yang podría haber sido completamente serio. En resumen, Yang todavía era una persona difícil de leer para Julian.

A bordo de *Triglav* , los movimientos de los operadores eran cada vez más apresurados. El sistema de detección de enemigos había recogido un grupo de más de mil barcos no identificados.

Si uno dejaba de lado la mínima posibilidad de que se tratara de una enorme

flota de desertores, la única otra posibilidad era una flota de la Armada Imperial Galáctica. El contraalmirante Attenborough recibió el informe y transmitió las órdenes a todos los capitanes de las naves para que suspendieran los ejercicios de entrenamiento y pasaran al nivel dos de alerta. Para ese momento, todos en el grupo delantero ya podían sentir que el enemigo se acercaba en sus huesos, debido a la interrupción de sus señales de transmisión.

Las advertencias sonaron desde los intercomunicadores. ¡ *Flota enemiga detectada! ¡Cincuenta minutos hasta el contacto! ¡Todos los hombres, a sus estaciones de batalla!*

La tensión se aceleró a la velocidad de la luz en la mente de todos los oficiales y soldados. Aquellos que habían estado durmiendo se despertaron bruscamente, y los comedores quedaron desocupados en un momento. En cuanto a los nuevos reclutas, estaban en un estado patético, atravesando todo el pánico, la confusión y el temor a lo desconocido que la tripulación experimentada no tenía. Tomando el doble de tiempo que sus hermanos endurecidos en la batalla para entrar en sus trajes de combate, se quedaron en los pasillos mirando hacia atrás y adelante, sin saber lo que se suponía que estaban haciendo hasta que al final fueron retirados del camino por un equipo de alto nivel que miró Como si estuvieran listos para matarlos.

“¡Dios mío, qué desastre! ¡¿Cómo se supone que debo luchar mientras guío a los boy scouts en combate?!”

Mirando el monitor a bordo, el Contralmirante Attenborough agarró su cabello gris como el hierro a través de su boina negra militar. A los veintinueve años de edad, era uno de los almirantes más jóvenes de las Fuerzas Armadas de la Alianza y llevaba dos años por detrás de Yang en la Academia de Oficiales. No le faltó amplitud ni coraje, y la confianza que Yang tenía en él se puso de manifiesto al confiarle a Julián, aunque de manera temporal.

El comandante Lao, jefe de personal de esta división, frunció el ceño.

“¿Está diciendo que tiene la intención de llevar a estos reclutas y aprendices

a la batalla?”, Dijo.

“¡Por supuesto!” Gritó Attenborough. Después de todo, incluso los aprendices habían sido asignados a esta división para luchar. Tenían que experimentar su primera batalla alguna vez. Para la mayoría de los nuevos reclutas, casi todos, en realidad, esta batalla había llegado demasiado pronto. Sin embargo, evitar el combate ya no era posible en esta etapa, ni era posible que el equipo experimentado por sí solo protegiera a los novatos de todo daño. Más importante aún, sin esos nuevos reclutas posicionados en cada departamento, significaría una escasez crucial de personal de combate.

“Yo también voy a hacer que luchen. No tenemos margen de maniobra para que estén sentados en asientos de caja mirando al resto de nosotros jugando juegos de guerra. Voy a movilizarlos.”

Mientras daba esa orden, Attenborough no pudo contener un poco de tristeza mientras se preguntaba cuántos de ellos volverían a sus camas en el cuartel de la Fortaleza de Iserlohn. Al menos hasta que llegara el alivio, todo lo que podía hacer era tratar de reducir las bajas al mínimo. El joven comandante decidió adoptar una política de “en lugar de ganar, no perder”. No que las circunstancias le hubieran dado otra opción.

“La división de Attenborough ha establecido contacto con las fuerzas imperiales en Punto del corredorFR…”

Cuando el oficial de comunicaciones dio ese informe, el almirante Yang Wen-li, poderoso comandante de las fuerzas del FPA, no estaba en la sala de comando central de la fortaleza. Apenas era un hombre tan diligente como para quedarse en su lugar de trabajo fuera del horario laboral habitual. Sin embargo, había sido diligente en comunicar su paradero esperado, aunque no fuera nada más, por lo que su ayudante, la teniente Frederica Greenhill, pudo encontrar al joven comandante rápidamente. Fingía estar dormido en un banco de un jardín botánico.

“Su Excelencia, por favor despierte”.

Al sonido de su voz, Yang puso una mano en la boina que descansaba sobre su cara. Sin moverse de esa posición, dijo con voz somnolienta y apagada: “¿Qué pasa?”

Después de que su ayudante había informado, tomó su boina en la mano y se incorporó.

“No es un día de paz en la fortaleza de la frontera. La primavera llega tarde a estos climas del norte, ¿eh? Esto va a ser un problema. ¡Oye, Julian!”

Yang había llamado al chico por costumbre. Miró alrededor del parque, apoyó la mirada en el rostro de Frederica y luego, con un pequeño suspiro, se rascó la cabeza con una mano. Luego se puso de pie, refunfuñando para sí mismo mientras volvía a ponerse la boina.

“Lo envié por ahí porque pensé que sería seguro…”

“Estoy seguro de que volverá a salvo. Ese chico tiene mucho talento y también mucha suerte”.

Frederica habló sabiendo muy bien cuán impotentes eran las palabras. Yang la miró con una expresión críptica. Él debe haber tomado su comentario como una mezcla de sentimientos tanto oficiales como personales.

“Hay muchos reclutas crudos en esos barcos”, dijo. “Esto no será fácil, incluso para Attenborough. Tenemos que salir y reforzarlos lo antes posible”.

Aun así, el ceño fruncido de Yang y sus palabras malhumoradas no eran más que una tapadera para ocultar la incómoda vergüenza que sentía ante su preocupación.

El 22 de enero, las flotas del Imperio Galáctico y la Alianza de Planetas Libres se encontraron al azar en coordenadas más cercanas al lado del

imperio de esa región estrecha y en forma de túnel llamada Corredor Iserlohn. Ocurrió el inicio de una batalla que, para todos los propósitos prácticos, carecía de significado estratégico.

Este fue un ejemplo de libro de texto de un encuentro casual entre partes hostiles. Ni las fuerzas imperiales ni las de la alianza habían esperado que la otra estuviera tan lejos de su base de origen.

La frontera entre estos dos estados y sus sistemas políticos muy diferentes estaba dondequiera que sus territorios chocaban. Como ninguna de las partes reconoció a la otra como un socio igualitario en la diplomacia, no existía una frontera oficial, y el peligro se arremolinaba a través de esa región del espacio como un ciclón silencioso, sin forma de tensión, incomodidad y hostilidad. Era un sueño imposible pensar que las intenciones pacíficas estaban detrás de los ojos dirigidos hacia esta región. Aun así, de vez en cuando ocurrían momentos en que las personas bajaban la guardia. Atrapados en las rutinas diarias de sus respectivas patrullas, ninguna de las partes esperaba encontrarse con una fuerza enemiga. Algunos podrían llamarlo descuido, y fue descuido. Pero a los seres humanos simplemente no se les proporcionó tal capacidad de concentración que pudieran permanecer completamente vigilantes todo el tiempo para tales sucesos aleatorios.

Las flexibles extremidades de Julian estaban envueltas en el traje de combate que ahora llevaba como piloto de una nave de combate espartana de un solo asiento. Estaba esperando en el hangar de la nave nodriza, escuchando atentamente las transmisiones dentro del intendente para su orden de lanzamiento.

“La fuerza de la fuerza enemiga se estimó en 200 a 250 acorazados, 400 a 500 cruceros, aproximadamente 1,000 destructores y 30 a 40 naves nodrizas”.

No es exactamente una gran flota, pensó Julian. Aún así, debe haber hasta doscientos mil tripulantes confiando en sus vidas y futuros al espacio dentro de esas embarcaciones, a solo unas pocas paredes del vacío. ¿Acaso algunos en ese número se dirigían a su primera batalla, igual que él? Julian miró a

los otros pilotos que estaban cerca. Las expresiones confiadas, incluso arrogantes, de los experimentados guerreros contrastaban con los rostros pálidos de los novatos. Tal vez todo fue un bombazo vacío. Los nuevos pilotos, sin embargo, ni siquiera tenían la confianza suficiente para eso.

De repente, la voz del controlador de tráfico espacial llegó a sus tímpanos a través de sus auriculares. “¡Sargento Mintz! ¡Sube a tu espartano!”

Su nombre fue el que llamaron entre los novatos.

“¡Ja!”, Gritó Julian, y salió corriendo hacia el espartano grabado con el número 316 — el que estaba reservado para su uso, y el suyo solo.

Presionó su tarjeta de identificación — impresa con su nombre, rango, número de serie de las Fuerzas Armadas FPA, secuencia de ADN, tipo de sangre ABO y MN, huellas dactilares y huella de voz — contra un cierto lugar en la cabina. La computadora espartana lo leyó y se abrió el capó por primera vez, dando la bienvenida a su nuevo piloto.

Julian se instaló en la cabina, se ajustó el cinturón de seguridad y se puso el casco. El casco se unió fuertemente al cuello del traje de combate con un sello electromagnético. Este casco estaba conectado directamente a la computadora a bordo por dos cables que transmitían el patrón de ondas cerebrales del piloto. Si ese patrón no coincidiera con el que tenía la computadora en el archivo de su piloto, el piloto quedaría inconsciente por una descarga de alto voltaje y alta tensión. A diferencia del programa de acción de algunos niños en Solivision, un soldado espartano no podía ser robado y pilotado por un soldado enemigo. Utilizó un sistema de pseudoimpresión creado para permitir que un solo piloto volara a cualquier espartano dado.

Con el casco puesto, Julian revisó rápidamente sus instrumentos e inspeccionó las provisiones dentro de su máquina.

Tabletas de sal —cloruro de sodio recubierto en fructosa rosa— junto con botellas plásticas de líquido concentrado de vitaminas, tubos de jalea real mezclados con gluten y más. Formaban parte de un conjunto de

suplementos nutricionales que podrían mantenerlo vivo durante una semana. También había un aerosol de resina que se endurecía instantáneamente para usarlo en caso de grietas en el casco, señales de bengalas con una catapulta para lanzarlas e incluso inyecciones de calcio. Estos se incluyeron porque el cuerpo humano perdió calcio mientras se encontraba en un estado sin peso, y el calcio no se pudo complementar con alimentos o medicamentos orales. Todas estas cosas, junto con analgésicos de acción rápida, píldoras para bajar la temperatura corporal e inducir la hibernación artificial, píldoras orgánicas de germanio, una variedad de otros medicamentos y una jeringa de compresión conforman el conjunto completo.

Todos los artículos son efectivos y beneficiosos, al menos mientras el piloto no muera instantáneamente. A través de ellos, las Fuerzas Armadas de la APF parecían estar declarando en voz alta que no veían a los soldados como prescindibles y siempre hicieron todo lo posible para preservarlos. Pero, ¿podría eso realmente reconciliarse con la forma en que siempre glorificaron la idea de la muerte en servicio al estado?

Todos sienten una premonición cuando están a punto de morir — Julian había oído eso en alguna parte. Preguntándose si era verdad, el chico había decidido preguntarle a Yang Wen-li, quien había estado a pocos centímetros de la muerte en cualquier número de ocasiones. Esto es lo que Yang había dicho:

“Julian, no me digas que estás comprando un montón de aire caliente sobre la muerte de un tipo que ni siquiera murió una vez.”

El tono áspero de la voz de Yang en ese momento no se había dirigido realmente hacia Julian, por supuesto, pero todo lo que el chico había podido hacer era ponerse rojo en la cara y retirarse.

“Oficial de Control, estoy listo para el despegue. Instrucciones, por favor.”

Siguiendo el protocolo, Julian habló primero, y luego llegó la respuesta, dándole sus instrucciones.

“Muy bien. Procede el lanzamiento por la puerta.”

Ya, más de diez combatientes se habían lanzado al vacío desde la nave nodriza. El espartano de Julian se deslizó por la pared hacia la puerta de lanzamiento. La pared misma estaba magnetizada por una corriente eléctrica que la atravesaba, haciendo que el chasis espartano se adhiriera a ella.

Cuando llegó al borde de la puerta, la corriente se detuvo y la pared perdió su magnetismo.

“¡Lanzamiento!”

El espartano de Julian se desprendió de la nave nodriza.

III

Alrededor de Julián, el mundo daba vueltas.

El chico se tragó el aliento. Él sabía lo que estaba pasando. En el instante en que pasó de la gravedad artificial a la gravedad cero, su sentido de arriba y abajo se volvió loco y perdió el rastro de dónde estaba. Había pasado por esto innumerables veces en el entrenamiento. Sin embargo, no importa cuántas veces haya practicado, parece que no pudo entenderlo.

Su respiración y su pulso se aceleraron, y su presión arterial aumentó. Su lectura de la secreción de adrenalina probablemente estaba en ascenso también. Su cabeza comenzó a sentirse muy caliente, tanto dentro como fuera del cráneo. Su corazón y su estómago se sentían como si hubieran salido corriendo en direcciones opuestas. Los tres canales de su oído interno sonaban un himno de rebelión. Tomó más de veinte segundos para que la fanfarria se suavizara, se calmara y finalmente se desvaneciera. Fue entonces cuando se restablecieron su balance y equilibrio.

Julian inhaló profundamente y finalmente pudo ahorrar algo de atención por su entorno.

Estaba justo en medio de una zona de guerra. Mientras los dos lados luchaban por apoderarse del área, las luces ardían dentro y fuera de la existencia por el segundo en la oscuridad. La oscuridad enterró estas luces en infinitas profundidades, y las luces casi parecían estar luchando contra ráfagas momentáneas de la vida.

Una vista robó los ojos de Julian: una nave nodriza amiga recibió un golpe justo cuando estaba a punto de liberar a sus espartanos, y todos se vieron envueltos en la explosión. La bola de luz se hinchó hacia afuera, y después de que se desvaneció, todo lo que quedó fue una región vacía de oscuridad eterna.

Un escalofrío recorrió la espalda de Julian. *Gracias a Dios, no me dispararon en el instante en que lo hice*, pensó, sintiéndose agradecido por el excelente momento con el que el oficial de control a bordo de su propia nave nodriza lo había liberado.

El luchador de Julian corrió por espacios llenos de muerte y destrucción. El gigantesco casco triturado de una nave de guerra dañado continuó golpeando al enemigo con rayos de energía de cañones que habían escapado del daño, incluso cuando se encontraba al borde de la muerte. Dispersando la tenue luz blanca de su energía restante, un crucero naufragado que había perdido a su piloto pasó directamente junto a Julian y luego desapareció en la oscuridad. Los rayos quemaron la oscuridad con destellos de brillantez, los senderos de misiles se abrieron paso a través del espacio de batalla, y la luz de las naves de guerra en explosión formó estrellas de una vida extremadamente breve que se iluminó a su alrededor. Silenciosos rayos de relámpagos se entrecruzaban por todas partes. Si hubiera existido el sonido en ese mundo, los tímpanos habrían estallado por el rugido de esas energías malévolas, y la locura habría reclamado a cada oyente como su eterno prisionero.

De repente, un *walküre* — una nave de combate imperial de un solo asiento

— se desvió hacia el campo de visión de Julian. Sintió que su corazón daba un vuelco. Se estaba moviendo tan rápido que para el momento en que hizo una doble toma, todo lo que quedaba era la imagen de la nave.

Sus giros eran tan agudos — sus movimientos tan rápidos y salvajes — era difícil creer que no era un ser vivo. Quien lo haya pilotado debe haber sido un veterano experimentado. Julian sintió que casi podía visualizar los ojos del hombre, brillando con intenciones asesinas, con la certeza de la victoria, ante la vista del enemigo inexperto ante él. Incluso mientras ese pensamiento cruzaba por la mente de Julian, sus manos se movían incluso más rápido de lo que su dueño quería. El espartano respondió con movimientos tan repentinos que su cuerpo vibró en protesta. Como los cambios bruscos y abruptos en la trayectoria amenazaron con causarle náuseas, Julian pudo ver de cerca el rastro que dejó el proyectil de alta potencia que se le había escapado.

¿Había sido buena suerte? ¿Qué más podría llamarlo? Julian acababa de esquivar el primer disparo, disparado por un piloto mucho más experimentado.

Debajo de su traje de vuelo, todo su cuerpo estalló en piel de gallina. Sin embargo, no tenía tiempo para el alivio. Tenía que mantener ambos ojos fijos en la posición del enemigo en su pantalla principal, asimilar los datos simultáneamente de las múltiples lecturas mostradas en las subpantallas a la derecha y a la izquierda, y *“erosionar la fuerza de combate del enemigo con la mayor eficiencia posible”*. ¡Es decir! ¿Qué pensaban los diseñadores y escritores técnicos espartanos — que los pilotos tenían ojos compuestos, como insectos? ¿La supervivencia de los otros pilotos — y de los pilotos *walküren* del imperio también, para el caso — depende de satisfacer sus demandas excesivas? Si ese fuera el caso, entonces todo lo que podían hacer era ponerse a cargo de sus tareas sabiendo que no tenía remedio.

Julian se había escapado del tiro seguro de muerte del walküre, y su piloto, ahora conducido por una sed de sangre amplificada, corrió para desafiarlo de nuevo. Las vigas corrían hacia Julián como colmillos candentes. Aunque tampoco hubo golpes directos esta vez. Si se hubiera perdido…; ¿O lo había esquivado Julian?

En la medida de lo posible, Julian tuvo que evitar moverse en línea recta. Ya sea en movimiento o en reposo, las formas básicas de las cosas en el espacio eran círculos y esferas.

Echarse hacia arriba, echarse hacia abajo. Imagina el vacío como una superficie curva invisible y corre a lo largo de esa superficie lo más rápido posible. Aunque Julian no necesariamente se movía de acuerdo con el camino que había calculado, eso también tuvo el efecto inesperado de deshacerse de las predicciones del enemigo. Las dos naves pasaron lo suficientemente cerca como para rozarse entre sí, y en el siguiente instante, Julian estaba mirando hacia abajo en el andador debajo de él y apretando el gatillo de su haz de neutrones.

¡Golpe directo! ¿De Verdad? ¡Sí, en serio!

La luz blanca se encendió en la oscuridad, y el esplendor cromático estalló en todo su campo de visión. Fragmentos de la caminata destruida fueron arrojados fuera de la bola de fuego y brillaron con la luz reflejada, convirtiendo una pequeña esquina del espacio en un caleidoscopio de tonos de arco iris.

Julian Mintz acababa de enviar a su primer piloto enemigo a la tumba. Probablemente, ese piloto había sido un guerrero forjado en muchas batallas, en cuya espada muchos compañeros habían caído sin duda alguna. Lo más probable es que nunca se hubiera imaginado que su vida fuera cortada por un niño que estaba en su primera salida.

La oleada de agitación era intensa — era como si las células de su cuerpo se quemaran desde adentro. Pero de la misma manera en que las masas de roca sólida sobresalen de un flujo de lava, partes de la mente acalorada de Julian se sintieron heladas. El piloto que acababa de matar — ¿qué clase de hombre había sido? ¿Había tenido esposa y familia? ¿Una novia…? Esa única caminata había estado ligada a una vida humana particular, de la cual innumerables vínculos debían haberse extendido a todos los rincones de su sociedad.

Esto no fue sentimentalismo. Era algo que debía grabarse en la mente de cualquiera que se propusiera poner fin a una vida humana, y recordarlo hasta que llegara el día en que se le hiciera lo mismo.

A bordo de las naves de la Armada Imperial, la gente empezaba a inclinar la cabeza hacia un lado, desconcertada. En la actualidad, tenían la ventaja. Eso era algo para ser bienvenido, pero al mismo tiempo, no podían evitar la sensación de que algo estaba mal. Un desequilibrio había aparecido en el lado enemigo. Se decía que la Flota de Patrullas Iserlohn era la crema de la cosecha de la FPA, pero entre sus pilotos espartanos, muchos pilotaban su nave tan pobremente que sus muertes parecían casi voluntarias. ¿Cuál podría ser la razón? El contraalmirante Eichendorff, oficial al mando de la fuerza imperial, había sido considerado un táctico de primera clase cuando había servido bajo el mando del almirante Kempf, pero en este momento estaba evitando cualquier cargo repentino, tratando de asegurar su ventaja y presionando la batalla hacia adelante con cautela. Esto se debió en parte a que la reputación de Yang Wen-li lo estaba poniendo en guardia, pero esta postura — digna de elogio en circunstancias normales — pronto sería criticada por la indecisión debido al resultado que provocó.

El personal ejecutivo de Yang se había reunido en la sala de reuniones en la fortaleza de Iserlohn. “El almirante Yang seguro que ama sus reuniones”, a menudo se quejaban. Pero Yang tuvo que celebrar reuniones; si no lo hiciera, la gente diría que estaba actuando de manera arbitraria, tenía tendencias dictatoriales, etc. Desde el punto de vista de Yang, él solo estaba prestando atención a las opiniones de sus subordinados — le gustaba pensar que era menos problemático que no hacerlo.

En este caso, sin embargo, no hubo desacuerdo sobre la necesidad de un rápido despliegue, sin problemas de refuerzos; el punto clave fue sobre cuán grande era la fuerza para enviar. Después de escuchar la opinión de todos, Yang se dirigió a Merkatz, quien trabajaba para él como asesor.

“¿Y qué tiene que decir nuestro almirante invitado?”

Una tensión palpable llenó la sala, aunque su fuente podría haber sido el personal ejecutivo, en lugar de ser el interrogador o el interrogado. Como almirante en el ejército imperial, Wiliabard Joachim Merkatz se había ganado la vida trabajando para el enemigo hasta el año pasado. Cuando Reinhard von Lohengramm, un joven y poderoso vasallo del imperio, había aplastado a las fuerzas confederadas de la aristocracia, Merkatz había sacado del suicidio por parte de su ayudante, el teniente comandante von Schneider, con lo cual había huido a la Alianza de Planetas Libres y Consejero nombrado al almirante Yang.

“Los refuerzos, creo, deberían enviarse tan rápido y en el mayor número posible…; Esto te permite lanzar un solo golpe que el enemigo no puede devolver, recuperar a tus aliados y luego retirarse rápidamente”.

Cuando Merkatz había pronunciado la palabra “enemigo”, la sombra más tenue de un espíritu en angustia había sido evidente en sus rasgos envejecidos. Incluso si estaban bajo el mando de Reinhard, seguían siendo la Armada Imperial, y no era posible que él estuviera completamente separado.

“Estoy de acuerdo con la opinión de nuestro almirante invitado. Esta vez, comprometiendo nuestras fuerzas poco a poco realmente reduciría nuestras posibilidades de recuperar la división e invitaría a una escalada de la lucha. Iremos con toda la flota, atacaremos y retiraremos. Prepárense para movilizarte de inmediato.”

El personal ejecutivo se puso de pie y saludó a su comandante. Incluso si tenían sus quejas sobre otras cosas, su confianza en las tácticas de Yang era absoluta. Entre los rangos y la tropa, era justo decir que esta confianza ya se había convertido en una especie de fe. Después de verlos salir, Yang le dijo a Merkatz: “Me gustaría que me acompañes a bordo de la nave insignia si no te importa. ¿Estaría bien contigo?”

Dentro de la alianza militar, Merkatz estaba siendo tratado oficialmente como un vicealmirante, por lo que realmente no había necesidad de que el

Yang de mayor rango preguntara tan bien. Aún así, Yang le estaba dando tratamiento VIP.

La intención de Yang, en términos extremos, había sido aceptar cualquier propuesta que Merkatz le hiciera, sin importar cuán estúpida pudiera ser. Cuando Merkatz había desertado, Yang se había convertido en su garante. Respetó a Merkatz a pesar de haber venido de un estado enemigo y, además, estaba dispuesto a hacer algunos sacrificios para fortalecer la posición de Merkatz en las Fuerzas Armadas de la Alianza.

No importaba lo grave que fuera la situación táctica, Yang siempre había logrado el máximo éxito posible en cualquier conjunto de condiciones que le dieran, y confiaba en que podría volver a hacerlo, incluso si el consejo de Merkatz resultaba ser menos que excelente. Por supuesto, los logros anteriores no garantizaron necesariamente los éxitos futuros, por lo que en este Yang podría haber estado demasiado confiado.

Pero la opinión de Merkatz estaba de acuerdo con la de Yang. Yang se alegró de confirmar una vez más que era un táctico ortodoxo y confiable. Se sintió un poco avergonzado de sí mismo — realmente había sido grosero de su parte, pensando “no importa lo estúpido” con respecto a este maestro táctico probado y verdadero.

Por otro lado, Yang había sido considerado con los sentimientos de Merkatz al no querer arrastrarlo a un combate directo con la Armada Imperial. Sin embargo, si Yang liderara la flota y dejara atrás a Merkatz, ciertamente habría voces levantadas con preocupación sobre los posibles peligros que podrían surgir mientras el comandante estaba ausente.

Una cosa ridícula de qué preocuparse, pensó Yang.

Sin embargo, aun así, no podía simplemente ignorarlo. Fue un problema de equilibrio en su consideración de sus subordinados. Merkatz era muy consciente de la posición en la que estaba Yang, y también de su propia posición.

Manteniendo su respuesta breve y concisa, el almirante invitado desertó

respondió: “Ciertamente”.

IV

Julian estaba ahora en medio de una batalla aún más intensa.

En el mismo instante en que el monitor de su amigo o enemigo captó la débil señal, Julian giró reflexivamente su espartano hacia el puerto. Una fracción de segundo después, el espacio vacío que había ocupado estaba atravesado por una brillante lanza plateada.

Antes de que sus energías hubieran tenido tiempo de disiparse, Julian había localizado la posición desde la cual había sido despedido. Apuntando, sacó dos disparos de su cañón de viga y anotó un golpe directo en el walküren. Su cuerpo explotó en una esfera hinchada de luz candente. El sistema de ajuste de fotoflujo se activó, haciendo que la pantalla principal muestre la bola de luz pulsante y expansiva como si fuera dibujada por la punta de la pluma de un ilustrador.

“Eso hace dos”, murmuró Julian dentro de su casco. Apenas podía creerlo, era un éxito en el campo de batalla. Esto, a pesar del hecho de que muchos nuevos reclutas no estaban cerca de matar a sus oponentes y, en cambio, estaban experimentando su última batalla y la primera. ¿Fueron los resultados de Julian simplemente el fruto de la buena suerte? No. No pudo ser tan afortunado. Por lo menos, sus habilidades habían superado las de sus enemigos.

Sus ojos de color marrón oscuro eran agudos dentro de su casco y brillaban con confianza. Se le ocurrió que ya podría haberse ganado sus alas. Con dos muertes en su primera salida, incluso el Almirante Yang estaba seguro de alabarle.

Cuando un nuevo enemigo apareció frente a él, se dio cuenta de lo tranquilo

que se sentía. Sentía que podía responder a cualquier situación de la mejor manera posible.

Una luz se encendió desde el cañón de la barandilla del walküren, cerca de donde se encontraron las láminas diagonalmente cruzadas, pero aunque todavía no era más que un punto de luz lejana para Julian, ya estaba volando a puerto. La ronda perdió a su espartano por escasos centímetros y voló hacia la eternidad a través del vacío de temperatura ultrabaja. Julian apretó el gatillo de su cañón de haz de neutrones, pero el walküren lo esquivó con tanta rapidez y repentinamente que parecía haber salido del espacio vacío. La jabalina de la luz no traspasó más que infinita oscuridad.

¡Tch—!

La frustración que sintió Julian por haberlo perdido fue sin duda compartida por el piloto enemigo. El chico estaba esperando una oportunidad para un segundo disparo, pero luego un grupo de naves aliadas y de combate enemigo entró corriendo en el espacio donde estaba duelo. Un torrente de luz y sombra llenó su campo de visión, y Julian perdió de vista a su oponente.

La batalla se volvió caótica.

La ira hacia los intrusos hervida en el corazón del joven. Si hubiera tenido otros dos o tres minutos, habría tenido otra marca en su tarjeta de puntuación. Ese otro piloto acababa de tener suerte—

Y en el instante en que se sorprendió al pensar eso, Julian sintió que había sido golpeado en el estómago.

Interiormente, se volvió rojo como remolacha. Acababa de darse cuenta del engreimiento que se había apoderado de él— la ilusión de que destruir a un corsé de combatientes enemigos su primera vez fuera de alguna manera lo convertía en un héroe de guerra endurecido por la batalla. Fue un chiste. ¿Sus deberes hasta hace unas horas consistían en ser gritados por instructores y soldados veteranos? ¿No era solo un cuerno verde cuyo concepto de batalla provenía de la imaginación en lugar de la experiencia?

Enfrentamientos entre enormes flotas que había presenciado de cerca al lado de Yang Wen-li. Pero en esos momentos, Yang había estado haciendo las suposiciones, infiriendo y decidiendo. No importaba lo emocionado y serio que se hubiera sentido, Julian no había sido nada más que un espectador sin deberes propios. Entrar en la batalla era soportar el peso del deber. Deber de llevarse bien, así como de luchar contra el enemigo.

Eso era algo que Julian debería haber aprendido de Yang. Yang le había enseñado esa lección no con palabras, sino a través de su actitud y sus acciones. Sin embargo, a pesar de que Julian se había recordado repetidamente que nunca debía olvidar esas lecciones, aquí estaba ahora, obteniendo una gran cabeza en su primera prueba de éxito. Julian se sintió miserable. Mientras que un hombre tenía el deber de proteger a millones de subordinados y luchar contra millones de enemigos, Julian apenas podía soportar su deber para sí mismo. ¿Cuándo sería capaz de cerrar esa brecha? ¿Llegaría ese día alguna vez?

Incluso mientras reflexionaba sobre estas cosas, Julian continuó trabajando demasiado con su fiel espartano. Esquivó los rayos enemigos y evitó las naves aliadas, saturando los espacios vacíos con su rastro de escape. También disparó unas cuantas docenas de tiros, pero no logró anotar un tiro mortal incluso con uno de ellos, tal vez su ángel guardián estaba tomando una siesta ahora o algo así, o tal vez ahora estaba luchando con su capacidad real.

En este momento, una luz roja comenzó a parpadear en el panel de control. Era su señal de regresar a la nave nodriza. Tanto el propio espartano como su cañón de haz de neutrones estaban casi sin energía. Diez minutos después, Julian atracó dentro de la nave nodriza. Esto fue logrado por la Canción de cuna— el sistema de respuesta especial que operaba entre las naves nodrizas y la nave de combate que llevaban. Julian le informó al oficial de control mientras observaba a los mecánicos venir corriendo.

“Sargento Mintz, informando. He aterrizado”.

“Admitido. Permiso otorgado para retirarse durante la revitalización. Por favor, actúe solo de acuerdo con las regulaciones…”

El tiempo dado fue de treinta minutos. Durante ese período tuvo que ducharse, comer y prepararse para su próxima salida de combate.

El agua de la ducha alternaba entre lo más frío y lo suficientemente caliente como para volverlo rojo, y la piel fresca y juvenil de Julian se contrajo fuertemente. Se vistió, fue al comedor y se le entregó una bandeja. Su contenido incluía leche fortificada con proteínas, pollo gratinado, sopa de fideos y verduras mixtas, pero el estómago de Julian, al parecer, soportaba toda la carga de su estrés mental y físico, dejándolo prácticamente sin apetito. Bebió toda su leche y comenzó a levantarse cuando, desde el otro lado de la mesa, un soldado que no había tocado nada más que su leche le habló.

“Ese es el boleto, niño; es mejor no comer Si recibe un disparo en el estómago cuando está lleno, su pared abdominal seguramente se infectará. Peritonitis. No puedes ser demasiado cuidadoso”.

“Tienes razón. Seré cuidadoso.”

Esa fue toda la respuesta que dio Julian. ¿Qué tan efectiva fue una advertencia como esa cuando se trató de combatir en el espacio exterior? La mayor parte de las víctimas fueron destruidas instantáneamente, al igual que los oponentes de Julian. Incluso si alguien recibiera un disparo a través del abdomen, la presión diferencial entre el interior y el exterior de su cuerpo expulsaría sus órganos, le herviría el corazón y las células cerebrales con la sangre en sus propias venas, y enviaría fuentes de sangre desde su boca. Boca, orejas y nariz mucho antes de que cualquier infección de la pared abdominal pueda provocar la aparición de peritonitis. No había manera de que sobreviviera. Aun así, si un soldado podía mover sus probabilidades, incluso un micrón más cerca de sobrevivir, era su deber hacer todos los esfuerzos para hacerlo. Esa fue la verdadera lección que Julian acababa de aprender de ese soldado.

Habían transcurrido veinticinco minutos cuando salió del comedor. Corrió

para coger un coche eléctrico con destino a la cubierta de vuelo. Estaba a punto de partir con cinco o seis soldados. Saltó ligeramente a bordo y saltó tres minutos después.

Su espartano ya estaba preparado y listo para el relanzamiento. Julian se puso los guantes mientras caminaba rápidamente hacia la nave de combate. Uno de los mecánicos lo llamó: “¡Rompe una pierna, niño! ¡Pero no te mates!”

“¡Gracias!” Contestó Julian.

Pero cuando respondió, su estado de ánimo se agrió un poco.

Él no quería morir, después de todo. No cuando aún era lo suficientemente joven como para ser llamado “niño”.

El segundo lanzamiento salió bien— al menos en comparación con el primero.

En el instante en que la nave nodriza lo liberó de su sistema de control de la gravedad, su sentido de arriba y abajo todavía estaba completamente descentrado, pero aún así fue capaz de librarse de la desorientación en unos diez segundos esta vez.

Al igual que las flores que florecen en un jardín negro nocturno, las luces de rayos de energía y explosiones florecían y dispersaban sus pétalos, todos ellos prueba de la pasión de la humanidad por el asesinato y la destrucción. Los restos de esa pasión desperdiciada dieron lugar a tumultuosas oleadas de energía caótica que venían rodando para lanzar y arrojar al pequeño espartano.

Julian quería saber cómo progresaba la batalla en general, pero con el espacio de batalla actualmente lleno de oleadas invisibles de ondas EM y señales de interferencia, sería inútil intentar sacar algo de su sistema de comunicaciones. De alguna manera, la flota mantenía una postura orgánica

y flexible mediante el uso de todo tipo de señales de transmisión y — quizás de forma un tanto divertida — cápsulas de mensajes de transporte de lanzaderas. En las batallas terrestres, los aliados se comunicaron utilizando órdenes retransmitidas y, a veces, incluso los perros mensajeros y las palomas mensajeras, lo que significaba que el reloj en este campo de batalla en cierto sentido había retrocedido casi dos mil años.

En cualquier caso, Julian no creía que sus aliados tuvieran la ventaja. El contralmirante Attenborough era un comandante capaz, pero en esta batalla sus subordinados no podrían, no— no podrían— actuar de acuerdo a sus deseos, aparte de un pequeño número de excepciones como Julian. Sus nuevos reclutas probablemente estaban demostrando sacrificios ideales para el espantoso carnaval del enemigo. Por su parte, al menos, todo lo que Julian podía hacer era rezar por la seguridad de su nave nodriza, *Amərətāt*. La palabra *amərətāt* significaba “inmortal”, había escuchado, y Julian sinceramente esperaba que fuera una descripción adecuada.

Una sorpresa llegó justo cuando estaba pensando que, cuando un enorme muro se alzaba frente a su espartano, bloqueando el camino. Si no hubiera puesto su nave instintivamente en una escalada de emergencia, se habría estrellado contra ella y se habría encontrado con una muerte segura.

Era un crucero. En comparación con un acorazado, era pequeño, pero al lado de un espartano solo podía describirse como una fortaleza móvil. Un conglomerado de formas geométricas formadas a partir de metal, resina y fibra cristalina, fue un espejismo palpable nacido de la tecnología de ingeniería sanguinaria. En ese momento, estaba disfrutando de la gloria de haber convertido un crucero de alianza en una bola de fuego.

Julian supo instintivamente que no se atrevería a hacer movimientos descuidados. Si recibía un impacto directo del cañón principal de un crucero, sería borrado del universo antes de que el dolor pudiera siquiera registrarse. Esa podría ser, en cierto sentido, una forma ideal de morir, pero Julian no deseaba ir por ese camino. Ajustó su velocidad a la del crucero y mantuvo una cautelosa distancia de alrededor de tres metros desde su casco exterior. Prácticamente estaba tocando el campo de neutralización de energía emitido por el crucero.

De repente, una de las torretas de armas en el casco comenzó a girar hacia él, pero su boca no pudo bloquearse. Julian probablemente había sido descubierto por su sistema de detección de enemigos momentáneamente, pero ahora se había metido en su punto ciego. Desde el punto de vista del crucero, un enemigo diminuto e inmensamente inferior había volado justo a su lado mientras estaba ocupado matando a un enemigo de su propio tamaño. Además, fue precisamente porque no se utilizaron ojos reales para avistar a los enemigos por lo que el crucero tuvo tantas dificultades para juzgar si ese astuto y pequeño enemigo se había escapado o estaba justo a su lado.

Julián esperó. Sin hacer ningún tipo de acción, y con el latido de su corazón como su único compañero, esperó a que las escalas se inclinaran en su dirección. Después de unos momentos que parecieron durar una eternidad, se abrió una pequeña rendija en la parte posterior de la gigantesca nave enemiga, y desde ella surgió la ojiva gris plateada de un misil fotónico. Su punta maliciosa, hemisférica, apuntaba a un destructor FPA. Julian contuvo la respiración. Justo cuando el misil se lanzó — en el instante en que penetró el campo de fuerza desde adentro — Julian emergió de su escondite sin forma, disparó su cañón de haz de neutrones y se lanzó de inmediato a una empinada subida de emergencia. Detrás de él, un estallido de luz explotó, y una ola de energía rodó a su espartano, lo arrojó a lo alto y lo recogió de nuevo…;



V

“El crucero Rembach acaba de ser destruido”.

Los informes de los operadores a menudo dejaron al Comandante Eisendorff sintiéndose desagradable. Ya sea que el informe se entregara con calma robótica o con una sensación de emergencia histérica, ambos estilos tenían una manera de calmar sus nervios. *¿Y qué?* Quería gritarles a ellos.

La soledad del comando — esa incapacidad para delegar juicios y decisiones a cualquier otra persona — lo estaba haciendo querer atacar a estas personas que no tenían tales responsabilidades.

“¡Deja de informar cada detalle innecesario!”, Dijo, recompensando al operador no solo con un grito, sino también con un golpe en la parte posterior de la cabeza. Quizás el operador también podría estar ahora numerado entre las víctimas de Julian.

Sin embargo, en el lado de las Fuerzas Armadas de la Alianza, el contralmirante Attenborough sentía una irritación similar. Aunque posee cualidades sobresalientes como comandante, alguien más podría estar mejor preparado para el desafío de llevar a esta “tropa de boy scouts” a la batalla.

Para Attenborough, la actitud excesivamente circunspecta del Contraalmirante Eisendorff llegó como una salvación inesperada y, al mismo tiempo, fue aumentando lenta pero seguramente su temor de que su debilidad fatal pudiera ser descubierta en cualquier momento. Fue entonces cuando Attenborough, que había estado cargando con el peso del comando casi insoportable, vio a una nave aliada revolotear tranquilamente en su pantalla principal como si no le importara en el mundo. Haciendo una doble toma, le preguntó a su ayudante: “Ese era Ulysses justo ahora, ¿no?”

“Sí señor. El acorazado Ulysses.”

Al sonido de ese nombre, una sonrisa se extendió por las características juveniles de Attenborough. Incluso en medio de una feroz batalla, todavía era posible hacer cosquillas al sentido del humor imperecedero de la humanidad. *Ulysses* fue el líder “luchador” de la flota de patrullas de Iserlohn, superando a casi todos los otros barcos en términos de su número de vuelos de combate y sus distinguidos éxitos militares. Sin embargo, *Ulysses* era más conocido como “el acorazado con inodoros rotos”, razón por la cual su nombre nunca dejó de sonreír cuando se habla o se escucha. El apodo no tenía ninguna base, de hecho, pero para la mayoría de las personas, una falsedad vestida para satisfacer sus propios gustos era mucho más agradable que un hecho prosaico, sin importar cuán molesta sea la falsedad de su objetivo…;

“Me gustaría que parte de la suerte de esa nave nos contagie al resto de nosotros”, dijo Attenborough. “Todas los hombres, manténganse vivo, incluso si te ves mal haciéndolo”.

El sonido de la risa estalló alrededor del puente, y aunque solo fuera por un momento, un sentimiento de que las cosas iban a estar bien flotó en el aire. Aunque la tripulación de *Ulysses* preferiría lo contrario, el apodo de la nave fue claramente efectivo para aliviar la tensión del personal de la flota y revitalizarlos en cuerpo y espíritu.

Nueve horas ya habían pasado desde que la batalla había comenzado. Durante ese tiempo, Julian había volado cuatro salidas de su nave nodriza, *Amərətāt.* En su tercera salida, no había destruido ni caza ni nave de guerra. Esto probablemente se debió a que los escuadrones espartanos, que habían perdido un combate tras otro, se estaban convirtiendo en una presa fácil para los disparos de los *walküren* , y había aparecido una brecha entre los dos bandos en términos de número de naves de combate sobrevivientes. Habiendo sido atacados por dos *walküren* a la vez, Julian se había visto obligado a huir desesperadamente de esta manera y eso solo tratando de mantenerse con vida. Julián pronto había renunciado a contraataques inútiles y se había centrado solo en escapar. Los dos *walküren* habían competido por su presa, ambos confiando en movimientos individuales en lugar de cooperar. Si no fuera por estos dos factores, Julian habría muerto. Pero en cambio, los dos *walküren* habían interferido entre sí. Después de que Julian los sacudió y apenas logró huir de regreso al vientre de su nave nodriza, se sentó en la cabina durante un rato con la cabeza agachada, incapaz de decir ni una palabra.

Y luego había tenido su cuarta salida, o más bien, su escape de la nave nodriza después de haber recibido un golpe. En desafío a su nombre, el “inmortal” Amərətāt había sido presa de los misiles de fusión y se había roto por la mitad en su centro. Ambas piezas habían explotado por separado. Después de que Julian, casi envuelto en la enorme bola de fuego en expansión, por fin había escapado al espacio vacío, un walküren apareció frente a él. Él había sido solo una fracción de segundo más rápido en apretar el gatillo que lo hizo pedazos. Las funciones de detección de enemigos del

walküren habían sido severamente dañadas por la bola de fuego en la espalda de Julian. Aunque había salido victorioso, su recarga a bordo de la nave nodriza había sido incompleta, lo que significaba que sus reservas de energía estaban aún casi agotadas. Con la desesperación nublando sus ojos de color marrón oscuro, se había girado para mirar el monitor, mirándolo mientras contenía la respiración y soltaba una risa nerviosa. Innumerables puntos de luz habían aparecido desde la fortaleza de Iserlohn, formando un muro de luz en rápida expansión.

En el puente del acorazado *Triglav* , el oficial de comunicaciones se levantó y gritó: “¡Han llegado los refuerzos! ¡Han llegado los refuerzos!” Consideraba que era su deber mostrar un poco de reacción exagerada y aumentar la moral entre sus compañeros.

Y el efecto fue espectacular. Los gritos se alzaron, e innumerables boinas volaron en el aire. Para informar a las embarcaciones aliadas, y al mismo tiempo frotar las caras de sus enemigos en ellas, las señales de EM cuya intercepción era totalmente esperada corrieron a través de los canales de comunicación de las fuerzas de FPA.

Mientras tanto, las fuerzas imperiales estaban en shock. Los operadores a bordo de cada embarcación se habían puesto pálidos en la cara mientras miraban sus monitores, paralizando a sus comandantes con informes que rayaban en gritos.

“¡¿Más de diez mil?!” los comandantes gimieron. “¡Eso ni siquiera es un concurso!” La palabra “retirada” estaba brillando intensamente en sus mentes. No habían perdido la parte de la razón por la que calculaban la ventaja y la desventaja, y tenían la flexibilidad suficiente para expresar una retirada cuando la respuesta surgía como “desventaja”. Los refuerzos de la flota imperial no tardarían en llegar, pero carecían de la fuerza del enemigo era enorme y, lo que es más importante, era casi seguro que una vez que hubieran sido eliminados, sería el turno de sus refuerzos para ser destruidos por separado. Eisendorff, dando un ejemplo a los demás, comenzó la retirada.

“El enemigo ha perdido la voluntad de luchar y está huyendo. ¿Vamos a

perseguirlos?”
En el puente del acorazado *Hyperion* , la teniente Frederica Greenhill esperaba instrucciones de su comandante de pelo oscuro.

“No, déjalos ir”, dijo Yang.

Si la fuerza imperial se retiraron y sus aliados se salvaron, entonces se habrían logrado los objetivos de esta movilización. No tendría ningún propósito estratégico rodear y aniquilar a una fuerza enemiga numéricamente inferior que no quería luchar, ni le daría ningún placer como táctico hacerlo. La razón principal por la que había sacado una fuerza tan grande en primer lugar había sido asustar al enemigo sin luchar.

“En ese caso, Excelencia, ¿debemos recuperar a aquellos cuyas naves han sido destruidas y regresar juntos tan pronto como se completen las reparaciones de emergencia?”

“Eso estará bien. Ah, y para evitar que algo como esto suceda en el futuro, probablemente deberíamos desplegar algunos satélites de vigilancia y retransmisión en esta área también”.

“Sí, señor, me encargaré de ello de inmediato”.

Merkatz miró con gentil aprobación mientras Frederica ejecutaba enérgicamente las instrucciones de su comandante. Incluso en su largo historial de servicio, no podía recordar a muchos ayudantes tan competentes como ella.

“También, sobre el sargento Julian Mintz—”

Cuando Frederica se preparó para presentar un nuevo informe, vio que el contorno del cuerpo de Yang parecía endurecerse ligeramente.

“Ha regresado a salvo.” Mirando con calidez mientras la fuerza se drenaba de los hombros de Yang, Frederica continuó. “Destruyó tres walküren y un crucero”.

“¿Destruyó un crucero? ¿En su primera batalla?” No fue Yang quien había hablado; Fue el comandante de las defensas de la fortaleza, Walter von Schönkopf, quien había subido a bordo diciendo que quería ver los resultados del entrenamiento de los nuevos reclutas. También fue el instructor de Julian en la puntería y el combate cuerpo a cuerpo. Frederica asintió, y él dio una palmada, pareciendo complacido.

“Ese niño es todo sorpresas. Él es un natural en esto. Ni siquiera tuve que presumir mucho en mi primera salida. En realidad me preocupa lo mucho que crecerá en el futuro…”

“¿De qué estás hablando?” Dijo Yang. “Todo lo que ha hecho es soplar la buena suerte de toda una vida de una sola vez. Si termina teniendo una visión ligera de la batalla ahora, esto no habrá sido bueno para él. La verdadera prueba comienza ahora”.

Yang tenía la intención de hablar con la actitud de un instructor estricto, pero cuando vio los rostros de Frederica y von Schönkopf, supo de inmediato que no podía afirmar que tuviera éxito. Sus caras parecían estar diciéndole, *que realmente no tienes que esforzarse tanto.*

Fue de esta manera que Julian Mintz concluyó su primera salida de combate. Había salido vivo.

CAPÍTULO 02: La Fortaleza Toma Vuelo

I

MIENTRAS LA LUCHA que estalló en el Corredor Iserlohn en enero de la Era Espacial 798— o el Año Imperial 489— fue de gran escala, en realidad concluyó como nada más que una escaramuza fronteriza.

El almirante Yang Wen-li, comandante de la fortaleza de Iserlohn y el hombre responsable de las fuerzas militares de la APF en el conflicto, había devuelto la flota a la fortaleza justo después, sin intentar escalar la lucha.

En el lado imperial, Karl Gustav Kempf era responsable de la seguridad en esta región del espacio. Aunque Kempf se disculpó por no haber eliminado al enemigo, el comandante supremo del ejército, el mariscal imperial Reinhard von Lohengramm, había desechado el asunto diciendo: "'En cien batallas, no podemos esperar cien victorias'. No necesitas disculparte por cada uno de los contratiempos".

Habría sido una cosa si la pérdida hubiera estado en una gran batalla con el destino de la nación en la balanza, pero Reinhard, en su otro papel como primer ministro imperial, tuvo que dedicar la mayor parte de su tiempo y energía a mejorar las relaciones domésticas. Asuntos y expansión de su propia base de poder. No tuvo tiempo para dedicarse a pelear en una batalla localizada que tenía poca importancia estratégica o diplomática.

Reinhard había cumplido veintidós años, y tanto su tono de melancolía

como la dignidad de un gobernante se habían sumado a su belleza natural, dándole una presencia en los últimos tiempos que recordaba la de un semidiós. Para los soldados, la suya era una presencia digna de admiración — hecha de las mismas cosas que la fe religiosa. Una de las razones para eso fue la manera en que vivió.

Después de que su hermana Annerose se mudó, Reinhard abandonó la finca en Schwarzen y se mudó a la vivienda de los oficiales militares. Es cierto que era una casa construida para un oficial de alto rango, pero para un señor que gobernaba a más de veinticinco mil millones de ciudadanos y varios miles de sistemas estelares, era positivamente frugal. Tenía un estudio, un dormitorio, un baño, una sala de estar, un comedor y una cocina, así como una habitación privada para un asistente personal, y eso era todo, aparte de los alojamientos para su detalle de seguridad — ubicados en una sola habitación en el rincón del jardín.

“Esto es demasiado modesto para alguien que sirve como primer ministro imperial. No estoy sugiriendo extravagancia, pero ¿no crees que algo que muestre tu autoridad un poco más está en orden?”

Tales comentarios se escucharon naturalmente en los círculos de Reinhard, pero una sonrisa débil e indiferente fue la única respuesta que dio.

La pobreza de deseo cuando se trataba de bienes materiales fue un punto en el que se cruzaron las naturalezas de Reinhard y Yang Wen-li. Aunque su alma tenía hambre de gloria y poder terrenal, estas cosas no tomaron forma tangible. El poder, por supuesto, prometió cumplimiento material. Si hubiera querido, Reinhard podría haber vivido en un palacio de mármol, tener mujeres hermosas en cada habitación, y poseer oro y joyas preciosas apiladas tan alto como su cintura, pero hacerlo solo lo habría convertido en una caricatura indecorosa de Rudolf el Grande. Rudolf había sido un hombre con una compulsión irresistible por manifestar su vasto e incomparable poder como riqueza material. Además de Neue Sans Souci Palace, el pináculo de su magnificencia, había mantenido amplias casas señoriales y cotos de caza, incontables camareros y damas de honor, pinturas, esculturas, metales preciosos, piedras preciosas, una orquesta privada, guardias personales, extravagantes, naves de pasajeros para

recorrer el imperio, retratistas, bodegas…; Rudolf había monopolizado lo mejor de todo. Los aristócratas se habían apiñado a su alrededor y sostenían ante sus rostros encantados los adornos que sus grandes manos arrojaban en su camino. En cierto sentido, habían conocido su lugar bastante bien, viviendo en sujeción a un gigante — el primero en despojarse de toda su humanidad — de una manera más parecida a los esclavos que al ganado. La única razón por la que no habían movido la cola por Rudolf había sido que les faltaban. De vez en cuando, Rudolf otorgaría bellas mujeres de su harén a sus cortesanos. Debido a que estas mujeres solían venir con casas señoriales, títulos, joyas y más, los cortesanos las aceptarían gustosamente y se jactarían ante los otros nobles del favor que habían encontrado a la vista de Su Alteza Imperial.

Reinhard, en la actualidad, vivió completamente divorciado de tal pudrición espiritual. No había un alma viva que pudiera demostrarle a Reinhard ser otra cosa que un estadista creativo y emprendedor, sin importar cuán profundamente lo desprecien.

“Dos cosas son esenciales para que las personas confíen en el sistema: tribunales justos e impuestos igualmente justos. Sólo estos dos”.

En estas palabras, Reinhard demostró que tenía un don para gobernar la nación y para librar la guerra. Incluso si ambos de sus elementos esenciales habían surgido de la misma ambición personal, no obstante, estaba expresando exactamente lo que las multitudes estaban anhelando.

Mientras Reinhard impulsaba reformas fiscales y trabajaba para establecer códigos penales y civiles justos, entregó gratuitamente a los granjeros las mansiones que una vez habían pertenecido a la antigua aristocracia y liberó a los siervos de esas mansiones. Las mansiones de muchos de los nobles que habían sido eliminados después de alinearse con el campamento del Duque von Braunschweig se abrieron al público y se convirtieron en hospitales e instalaciones de bienestar público. Los aristócratas habían mantenido sus pinturas, esculturas, porcelanas y objetos de artesanía en metales preciosos, todo bajo llave, pero ahora estas cosas eran apropiadas por el estado y colocadas en museos públicos.

"… Los suntuosos jardines de bajo nacimiento pisotean los preciosos jardines, las alfombras gruesas tienen las manchas de los zapatos fangosos y las camas con dosel donde antes solo se permitía que los nobles yacieran, ahora están manchadas con la baba de los niños sucios. Ahora, esta antigua nación ha caído en manos de medias bestias, incapaces de comprender la belleza o la nobleza. Ah, que este desgraciado y miserable espectáculo no fue más que el único sueño de una noche…"

Con la ira y el odio goteando de la punta de su pluma, uno de los aristócratas había escrito así en su diario después de haber sido despojado de su riqueza y privilegio. Los nobles se habían negado tanto a considerar el hecho de que el abundante estilo de vida que habían disfrutado hasta ahora había sido gracias a un sistema social injusto, apoyado por el trabajo y los sacrificios de los "pobres medios de baja cuna", a ellos que su incapacidad para reflexionar sobre ese sistema había minado el suelo bajo sus pies y había provocado su caída.

Mientras sus enemigos fueran aquellos que solo anhelaban glorias pasadas, Reinhard no tendría necesidad de temerlos. Lo más que podían hacer era lanzar conspiraciones contra la sociedad o los ataques terroristas, y fuera de los extremistas proaristócratas, tales tácticas no encontrarían apoyo ni respaldo entre la gente.

En la actualidad, la gente estaba del lado de Reinhard, y observaban a los antiguos aristócratas como halcones, ojos que ardían con hostilidad y sed de venganza. Sus antiguos gobernantes habían sido encerrados dentro de una jaula invisible.

Las manos de Reinhard de una reforma despiadada se extendieron no solo a los sistemas financiero y legal, sino también a las organizaciones administrativas. En el Ministerio de Asuntos Internos, la Oficina para el Mantenimiento del Orden Público — el infame ejecutor de la política imperial que había dominado al público durante mucho tiempo y había suprimido el pensamiento independiente — fue cerrada después de casi quinientos años. El jefe de la oficina, Heidrich Lang, fue puesto bajo vigilancia por von Oberstein, y todos los delincuentes políticos y del pensamiento — con la excepción de los terroristas y los defensores

radicales del gobierno republicano — fueron puestos en libertad. A varios periódicos y revistas que habían sido previamente prohibidos también se les dio permiso para reanudar la publicación.

Las instituciones financieras especiales que habían sido exclusivas de la nobleza fueron abolidas y reemplazadas por las cajas fuertes de los agricultores, que otorgaban préstamos agrícolas a bajo interés a los siervos liberados. “¡Reinhard el Libertador!” “¡Reinhard el Reformador!” Las alabanzas de los ciudadanos se hicieron cada vez más fuertes.

“El duque von Lohengramm no solo es experto en el campo de batalla — también sabe cómo congraciarse con el público”, susurró Karl Bracke, un VIP en el movimiento de “conocimiento y civilización” que estaba ayudando a Reinhard con sus reformas, para Su compañero, Eugen Richter.

“Es verdad. Él bien puede estar tratando de ganar el favor de la gente. Sin embargo, el viejo régimen aristocrático no habría hecho ni siquiera eso. Todo lo que hicieron fue exprimir unilateralmente a la gente por todo lo que valían. Comparado con eso, esto es sin duda un progreso y una mejora”.

“Aún así”, dijo Bracke, “¿realmente puedes llamarlo progreso si no conduce al autogobierno de la gente?”

“El progreso es progreso”, dijo Richter. Una leve nota de irritación acechaba en su voz, dirigida al dogmatismo de Bracke. “A pesar de que una autoridad poderosa arriba es lo que está presionando esto, una vez que el público ha recibido mayores derechos, no puede retirarlos repentinamente. En este momento, la mejor opción para nosotros es respaldar al Duque von Lohengramm e impulsar estas reformas. ¿No estás de acuerdo?”

Bracke asintió, pero había algo en sus ojos que no era ni satisfacción, ni conforme…;

II

El almirante técnico Anton Hilmer von Schaft, el comisionado de ciencia y tecnología del ejército imperial, era un hombre de cincuenta años que tenía un doctorado en ingeniería y filosofía. Su cabello se había retirado hasta la parte superior de su cabeza, pero sus bigotes y cejas de color rojo oscuro eran gruesos y esponjosos. Con una nariz rojiza, un cuerpo regordete y redondeado y el brillo de un bebé bien nutrido, a primera vista podría confundirse con el propietario de una cervecería.

Sin embargo, el brillo en sus ojos no era el de un simple barman. Dejando de lado las habilidades de investigación y desarrollo, se rumoraba que este almirante tecnológico había alcanzado la posición que tenía hoy no solo a través de talento en bruto, sino también a través de la combatividad para expulsar a los jefes, saltar sobre sus colegas y reprimir a los subordinados. También se dijo que su ambición era convertirse en el primer oficial imperial en la historia en alcanzar ese rango de científico militar en lugar de comandante de flota o asesor de operaciones.

El día en que von Schaft hizo una llamada a la Admiralität de Lohengramm, Reinhard acababa de terminar su trabajo de la mañana y estaba a la mitad del almuerzo. Frunció el ceño cuando escuchó el nombre del visitante. Durante los últimos seis años de relación de von Schaft con la Comisión de Ciencia y Tecnología, mantuvo su posición y sus privilegios haciendo un uso completo del poder político — al mismo tiempo que logró poco más que el desarrollo de partículas direccionales de Seffl. A Reinhard ciertamente no le gustaba el hombre.

Más de una vez, Reinhard había considerado despedirlo y reorganizar la alineación en la Comisión de Ciencia y Tecnología. Sin embargo, durante los últimos seis años, aquellos considerados como competidores de von Schaft se quedaron al margen sin excepción, mientras que los partidarios de von Schaft habían monopolizado todos los puestos importantes dentro de la comisión. Sin duda, Reinhard podría haber despedido a von Schaft y reorganizado su facción, pero al hacerlo habría causado numerosas interrupciones en las operaciones diarias de la organización. También estaba el hecho de que von Schaft había mostrado durante mucho tiempo la

voluntad de cooperar con Reinhard, y no solo con los nobles boyar.

Así que, en resumen, Reinhard quería liberar a von Schaft, pero hasta el momento no había podido encontrar una razón suficiente para hacerlo. En silencio estaba haciendo que su gente buscara un reemplazo, mientras esperaba su momento para ver si von Schaft podría cometer un gran error o quedar atrapado mezclando negocios públicos y personales. Sin embargo, von Schaft era solo un hombre, y había poco espacio en la apretada agenda de Reinhard para gastar en su disposición. El estado del imperio requería desesperadamente el lado constructivo del genio de Reinhard.

También en ese día, el horario de la tarde de Reinhard estaba lleno de reuniones con varios funcionarios nacionales de alto rango programados para explicar una serie de cuestiones espinosas relacionadas con cosas tales como los derechos de propiedad sobre tierras que antes eran de la aristocracia, reglas a nivel planetario con respecto a los impuestos y los poderes judiciales de la policía, y la reorganización de las oficinas del gobierno central. Debido a que estos eran asuntos para el primer ministro imperial, Reinhard tuvo que dejar el almirante después del almuerzo e ir a la oficina del primer ministro. Aunque él simplemente pudo haber dicho la palabra e hizo que esos funcionarios de alto rango acudieran a la Admiralität, algo bien meticuloso o obstinado en el joven se negó a facilitarse las cosas en esos asuntos.

“Lo veré, pero solo durante quince minutos”.

Von Schaft, sin embargo, tenía otras ideas sobre eso. Con la esperanza de cautivar al joven mariscal imperial, se lanzó a un largo y apasionado monólogo que interrumpió el programa de Reinhard, obligando a esos funcionarios a esperar a su joven gobernante en la oficina del primer ministro.

“… Entonces, en otras palabras”, dijo Reinhard, “¿estás diciendo que nuestro ejército debería construir una fortaleza, que serviría como un bastión para nuestras fuerzas directamente frente a Iserlohn?”

“Precisamente, Su Excelencia”, dijo con gravedad el comisionado de

ciencia y tecnología, asintiendo con la cabeza. Estaba claro que esperaba que lo felicitaran, pero lo que distinguió en la hermosa cara de ese joven primer ministro imperial fueron sombras de disgusto y decepción.

Reinhard tuvo ganas de decir que incluso unos escasos quince minutos con este hombre era una pérdida de tiempo.

“Como plan, no está mal”, dijo, “pero hay una condición que debe cumplirse para que tenga éxito”.

“¿Y eso es?”

“La alianza militar tendría que sentarse allí y observar en silencio mientras nuestras fuerzas la estaban construyendo”.

El comisario de ciencia y tecnología se calló. Parecía estar perdido por una respuesta.

“No, comisionado”, agregó Reinhard. “No quiero decir que la idea no sea atractiva, es difícil decir que es realista — ¿Qué hay de hacer otra propuesta más adelante, una vez que haya abordado lo que debe solucionarse?”

Con un movimiento ágil, Reinhard comenzó a levantarse. Si tuviera que lidiar con este hombre altanero y desagradable durante un minuto más, el estrés lo afectaría y diría algo que no debería.

“Por favor, sólo un momento”, dijo von Schaft. “Esa condición es innecesaria. ¿Porque preguntas? Porque mi idea…; “— Aquí el comisionado de ciencia y tecnología elevó su voz a un efecto teatral considerable— “… es traer una fortaleza existente al Corredor Iserlohn”.

Reinhard se volvió y miró a von Schaft de frente. La cara que atravesó su mirada fue un bulto de confianza, amasada y quemada. Un destello de interés apareció en sus ojos azul hielo, y él se dejó caer de nuevo en su sofá.

“¿Vamos a escuchar los detalles?”

El brillo de la victoria agregó otra capa de brillo a la tez demasiado ruda del comisionado de ciencia y tecnología. Aunque la vista no le agradaba mucho a Reinhard, su interés ahora superaba su molestia.
(JuCaGoTo: En otras palabras harán una estrella de la muerte)

III

Nadie había descrito nunca al almirante Karl Gustav Kempf como poseedor de una naturaleza profundamente celosa, y nadie sería más probable que viniera después. Era una persona amplia y justa, considerada sobresaliente tanto en capacidad de liderazgo como en valor.

Incluso Kempf, sin embargo, tenía orgullo y un espíritu competitivo. En la guerra de Lippstadt el año pasado, los logros en el campo de batalla de Mittermeier y von Reuentahl habían sido notables, y ambos habían alcanzado el rango de almirante senior, mientras que el propio Kempf había permanecido en el rango de almirante total. Incluso si no se había sentido menospreciado por eso, había sentido que era una pena. Después de todo, él había cumplido treinta y seis este año y era mayor que cualquiera de ellos.

Luego, tan pronto como comenzó el año nuevo, una de las flotas bajo su mando fue sometida a un combate difícil durante una escaramuza fronteriza en el Corredor Iserlohn. Su orgullo no podía evitar ser herido, y Kempf había comenzado a buscar una oportunidad para reclamar su honor, en otras palabras — para otra batalla. Aún así, no podía comenzar otra pelea simplemente para salvar su orgullo herido, y los días tan insatisfactorios habían pasado cuando atendió sus deberes de entrenar personal y patrullar la frontera.

Eso era lo que había estado haciendo cuando llegó un mensaje de Reinhard, diciéndole que regresara a la capital imperial de Odín y se presentara ante la Admiralität Lohengramm.

Kempf, junto con su ayudante, el teniente Lubitsch, fue recibido en la

Almirantía por el subteniente von Rücke. Von Rücke, todavía un joven de veintidós años, había servido bajo el mando de Kempf por un tiempo, pero había estado vinculado a la Almirantía desde el año pasado. Mostró a Kempf a la oficina de Reinhard, donde el almirante espió al joven y guapo mariscal imperial con cabello dorado y ojos azul hielo, y otra persona más: el almirante técnico von Schaft.

“Llegas temprano, Kempf”, dijo Reinhard. “Von Oberstein y Müller estarán con nosotros en breve. Siéntate allí mientras esperas.”

Cuando hizo lo que dijo Reinhard, Kempf no pudo evitar sentirse un poco sorprendido. Era muy consciente del disgusto del joven mariscal imperial por el almirante técnico snob.

Finalmente, llegó el almirante senior Paul von Oberstein, seguido por el almirante Neidhart Müller.

Von Oberstein se duplicó como secretario general interino del cuartel general del Comando Militar Imperial y jefe de personal de la Armada Espacial Imperial, y como tal, no había nada inusual en que asistiera a una reunión importante. Él estaba, por así decirlo, representando operaciones de retaguardia. Por otro lado, los comandantes de combate normalmente serían representados por von Reuentahl o Mittermeier; Sin embargo, ninguno de ellos estuvo presente hoy. Incluso entre el estrato de almirante completo del almirantazgo, Müller era más bajo en el orden jerárquico que Kempf o Wittenfeld, y también era más joven. Sus éxitos en la batalla y una habilidad sobresaliente para hacer el trabajo fueron las razones por las que tenía el rango de almirante a una edad tan temprana, pero aún no había establecido una reputación inquebrantable comparable a la de sus colegas.

“Bueno, todo el mundo parece estar aquí ahora”, dijo Reinhard. “¿Debemos hacer que el almirante técnico von Schaft explique su propuesta?”

Ante la insistencia de Reinhard, von Schaft se puso de pie. La vista de él le recordó a Kempf un pollo pequeno, el peine erizado de manera triunfante. Parecía el tipo de persona a quien la alegría mental llevaría directamente a la confianza pasada y al exceso de confianza.

Von Schaft dio una señal y una imagen tridimensional, controlada desde la habitación del operador, apareció en el aire. Era una esfera plateada reluciente, totalmente anodina a simple vista. Sin embargo, su forma era inconfundible para cualquiera que sirviera en el ejército, ya sea del imperio o de la alianza.

"¿Almirante Kempf, me pregunto si podría decirnos qué es esto?" Von Schaft habló en el tono de un maestro, no de un soldado. El hecho de que fuera unos veinte años mayor que Kempf fue probablemente una de las razones por las que asumió ese tono de voz.

"Es la fortaleza de Iserlohn", dijo Kempf cortésmente. Refrenó algunas inflexiones vocales propias debido a la presencia de Reinhard en la habitación. Probablemente por la misma razón, Müller también parecía un poco más formal de lo necesario. Von Schaft asintió y sacó su grueso pecho.

"Nuestro hogar, el Imperio Galáctico, es el único cuerpo gobernante de toda la humanidad, ¡pero los rebeldes violentos se niegan a reconocerlo, y han forzado continuamente la destrucción y el derramamiento de sangre en la galaxia durante el último siglo y medio! Presumiblemente, se atreven a llamarse a sí mismos la "Alianza de Planetas Libres", mientras que en realidad no son más que los descendientes de unos terroristas extremistas que se desvió de su camino como súbditos imperiales hace mucho, mucho tiempo. Están jugando una farsa, resistiendo algo cuya escala no pueden imaginar".

¿Qué diablos nos quiere decir este presuntuoso engreído? Kempf se preguntó en silencio. *No tiene el menor rastro de humildad acerca de lo que está diciendo.* A pesar de que sus rostros y actitudes eran diferentes, ninguno de los cuatro oyentes se impresionó en lo más mínimo por este discurso no original.

Von Schaft continuó: "Para la paz en todo el universo y para la unificación de la raza humana, debemos destruir a los rebeldes de la Alianza de Planetas Libres. Para hacer eso, no podemos simplemente responder a las incursiones del enemigo; deberíamos atacar desde nuestro lado y tomar

control del territorio del enemigo. Sin embargo, ese territorio está demasiado lejos, y las líneas de suministro y comunicación son demasiado largas. Además, solo hay un camino que los conecta — el túnel que es el Corredor Iserlohn — y debido a eso, el lado defensor tiene la ventaja de poder concentrar sus fuerzas. Esto significa que el lado atacante, por otro lado, está particularmente limitado en sus opciones tácticas.”

“Los militares imperiales alguna vez pudieron atacar profundamente el territorio enemigo porque teníamos la fortaleza de Iserlohn como cabeza de puente y también podíamos usarla como una estación para reabastecimiento. Sin embargo, Iserlohn está actualmente en manos del enemigo y, por lo tanto, el ejército imperial no puede atravesar el corredor para atacar los baluartes del enemigo. En la actualidad, el ejército de la alianza no se ha recuperado de su aplastante derrota en Amritsar o de los golpes que recibió durante el levantamiento interno del año pasado. Si solo pudiéramos recuperar a Iserlohn, sería posible que nuestros militares se apoderen de todos los territorios de la alianza de una sola vez. Además, Yang Wen-li, el almirante más brillante en el ejército de la alianza, está en Iserlohn, y si podemos capturarlo o matarlo al mismo tiempo que derribamos la fortaleza, podremos asestar un golpe fatal a sus militares — desde la perspectiva del capital humano.”

“Sin embargo, solo desde el punto de vista de equipo, Iserlohn es impenetrable: una esfera artificial de sesenta kilómetros de diámetro, envuelta en cuatro capas repetitivas de acero endurecido, fibra cristalina y supercerámica, y cada capa recubierta con un revestimiento de espejo resistente a los rayos. No podemos rascarlo — ni siquiera con los cañones de alta potencia de una nave de guerra gigante. Eso no es meramente teórico; ha sido demostrado por el hecho de que la alianza militar nunca pudo tomarla atacando desde el exterior.”

“Si Iserlohn no puede ser capturado por flotas de naves de guerra, ¿qué podemos hacer al respecto? La única forma de volver a tomarla es llevar armadura y poder de fuego que rivalicen con el de Iserlohn. En otras palabras, golpear una fortaleza con una fortaleza. Para mover una fortaleza capaz de oponerse a Iserlohn a un punto justo enfrente de ella y atacar a Iserlohn desde allí”.

Cuando el almirante técnico von Schaft dejó de hablar y miró a los otros cuatro hombres, Reinhard, que ya sabía lo que iba a decir, no pareció sorprendido. En cuanto a Von Oberstein, incluso si se sorprendió interiormente, no se mostró en su cara o sus movimientos. Sin embargo, ese no fue el caso de los demás. Kempf respiró hondo. Estaba golpeando sus poderosos dedos en los apoyabrazos de su silla, mientras Müller seguía sacudiendo la cabeza mientras murmuraba algo dentro de su boca.

Von Schaft comenzó a hablar de nuevo.

“Si estás buscando una fortaleza dentro del imperio que pueda hacer frente a Iserlohn, no busques más es la Fortaleza de Gaiesburg, que fue utilizada como el bastión de la confederación aristócrata durante la guerra civil del año pasado, y sigue abandonada incluso ahora. Repárenoslo, conectemos motores warp y con navegación convencional, lo moveremos diez mil años luz y desafíaremos a Iserlohn a un duelo de fortalezas. Sin embargo, la salida de los motores warp actuales no será suficiente para enviar una fortaleza gigantesca, lo que significa que debemos adjuntar una docena de ellos en una configuración de anillo y activarlos simultáneamente. Es perfectamente factible con la tecnología existente; todo lo demás dependerá del liderazgo y la capacidad del comandante para llevar a cabo la operación”.

Von Schaft se sentó de nuevo, prácticamente explotando en las costuras con su ego inflado. En su lugar, Reinhard se puso de pie.

“Es por eso que los llamé aquí”.

Con sus ojos azules y helados fijos en ellos, los dos almirantes se enderezaron en sus asientos.

“Nombro a Kempf como comandante y a Müller como vice comandante. Siguiendo el plan del comisionado de ciencia y tecnología, debe recapturar Iserlohn”.

El nombramiento del almirante Karl Gustav Kempf como comandante y el almirante Neidhart Müller como vice comandante de esta nueva operación provocó algunas oleadas en el ejército imperial. Esto se debió a que era natural suponer que uno de los almirantes principales — Von Reuentahl o Mittermeier — tomaría el mando de una operación tan vasta y tan aislada.

Naturalmente, ninguno de los dos almirantes mayores hizo comentarios públicos sobre el asunto, pero cuando estaban solos, no podían dejar de expresar su decepción el uno al otro.

“En cualquier caso”, dijo Mittermeier, “probablemente fue decidido por Su Señoría, Jefe de Estado Mayor Oberstein.”

Fue el prejuicio, más que las conjeturas, lo que llevó a Mittermeier a hacer esa afirmación, pero no estaba tan lejos de la realidad. Cuando Reinhard había pedido el consejo de von Oberstein con respecto a la designación del comando operativo, el hombre no respondió de inmediato, sino que le pidió la opinión al capitán Ferner, que estaba en su equipo de asesores.

“Si los almirantes von Reuentahl y Mittermeier tienen éxito”, dijo Ferner, “el único rango que queda para recompensarlos es el oficial imperial, y si lo consiguen, los igualaría en rango al Duque von Lohengramm. Eso no sería bueno para mantener el orden en las filas. Si, por otro lado, elige entre los almirantes completos, puede ascenderlos a almirante principal si tienen éxito y al mismo tiempo evitar que von Reuentahl y Mittermeier se separen demasiado del resto. E incluso si fallan, no habrás usado ninguna carta de triunfo, por lo que la pérdida sería relativamente leve”.

Esa opinión había sido un rival para el pensamiento de Von Oberstein. Para mantener el orden en las filas — y para elevar la autoridad de la que está en la parte superior — era vital evitar crear un número dos. Eso era lo que había preocupado a Von Oberstein cuando Siegfried Kircheis estaba vivo. Kircheis había sido recompensado con innumerables honores después de haber muerto protegiendo a Reinhard. No hubo ningún problema con otorgar honores excesivos a los muertos, pero fue una situación diferente con los vivos. Ahora que Kircheis se había ido, no tendría sentido dejar que

Mittermeier o von Reuentahl ocupen su puesto vacante. Fue vital crear muchos números tres, pero no el número dos, para dispersar el poder y la funcionalidad de la organización, y para fortalecer el sistema dictatorial de Reinhard.

Siendo ese el caso, si Von Oberstein intentara alguna vez tomar el lugar número dos, nunca podría evitar la crítica del oportunismo. Sin embargo, incluso Mittermeier, quien despreciaba a Von Oberstein, reconoció el hecho de que el hombre no tenía ningún deseo de posición. Lo que él quería era otra cosa.

“Hagámoslo con Kempf”, había dicho Reinhard cuando von Oberstein le aconsejó que eligiera entre todos los almirantes. “Él ha estado deseando lavar la vergüenza de esa derrota anterior. Démosle la oportunidad”.

Para el vice comandante, Reinhard naturalmente necesitaba a alguien debajo de Kempf, por lo que había elegido a Müller, que era más joven y menos experimentado.

En ese momento, en algún lugar del mundo de la psique de Reinhard, se había puesto un velo entre él y la pasión feroz que lo había llevado a este punto, y estaba desarrollando un punto de vista con el que se miraba fríamente, a distancia, incluso a él mismo. No sabía si llamarlo una pasión fría o un vacío seco. Sintió como si sus piernas — creadas para poder saltar a las alturas del cielo — hubieran sufrido una sorprendente reducción de poder.

Él sabía la causa; Él simplemente no podía soportar enfrentarlo de frente. Reinhard se decía a sí mismo que era una persona fuerte que no necesitaba la ayuda ni la comprensión de los demás. Antes, no había tenido ningún esfuerzo en absoluto para pensar tal cosa. Todo lo que necesitaba hacer era voltear y mirar hacia atrás de vez en cuando, y Siegfried Kircheis estaría allí, siguiéndolo a una distancia de medio paso. Eso siempre había dejado todo claro. ¡Eso fue todo! El sueño había valido algo porque había sido compartido. Y por eso había tenido que realizar esa ambición: porque no

era solo suya.

Todo el espacio sería suyo. Incluso si él perdiera su sombra, incluso si una de las alas fuera arrancada de su espalda, aún permanecerían sus colmillos. Si Reinhard von Lohengramm alguna vez perdiera esos colmillos, el hecho de que haya nacido en el mundo perdería todo su significado. En este momento, necesitaba afilarlos, incluso si estaban condenados a romperse al final.

IV

Después de la muerte el año pasado de Siegfried Kircheis — ese baluarte de lealtad, percepción y capacidad sin paralelo — fueron Wolfgang Mittermeier y Oskar von Reuentahl quienes emergieron como los dos pilares del almirantazgo de Reinhard.

Ambos fueron considerados tácticos virtuosos que no carecían de nada cuando se trataba de valor y planificación inteligente. Si las circunstancias lo exigieran, podrían realizar un avance frontal y una expansión hacia atrás, lanzar un ataque directo de frente o tomar una postura exclusivamente defensiva alrededor de una base, empleando los más altos estándares de técnica estratégica. La rapidez mortal con la que Mittermeier llevó a cabo sus operaciones y la frialdad y la persistencia que mostró Von Reuentahl, tanto ofensiva como defensivamente, no fueron cualidades fáciles de conseguir; cuando se trataba de leer con precisión las situaciones, mantenerse firme en medio de la crisis, adaptarse con flexibilidad a las circunstancias cambiantes y prepararse para todas las contingencias, era difícil decir quién era el mejor.

El almirante mayor Wolfgang Mittermeier tenía exactamente treinta años de edad, con un cabello rebelde de color miel y ojos gris claro. Aunque era algo pequeño en estatura, tenía el cuerpo firme y bien equilibrado de un

gimnasta y se movía como si la velocidad se hiciera carne.

El almirante senior Oskar von Reuentahl era un hombre alto de treinta y un años con cabello castaño oscuro — casi negro — y un tipo aristocrático de hermosura, pero su característica más llamativa eran sus ojos: su ojo derecho era negro y su ojo izquierdo era azul. Era un heterocromíaco.

En términos de reputación y logros, los dos eran iguales, pero ninguno había creado una facción para oponerse al otro. De hecho, habían compartido muchos de sus logros al operar conjuntamente en el campo de batalla. Fuera del campo de batalla, pasaron mucho tiempo juntos como amigos, y para los espectadores les pareció desconcertante y absolutamente natural que pudieran mantener esta relación a pesar de sus rangos equivalentes y temperamentos muy diferentes.

Mittermeier era de nacimiento común, y su familia era bastante promedio en términos de posición social y nivel de vida. Su padre era ingeniero de paisajismo y hacía tiempo que hacía negocios constantes con una clientela de aristócratas y plebeyos acaudalados.

“En este tipo de sociedad de arriba hacia abajo”, le había enseñado a su hijo pequeño, “el camino para que la gente común se las arregle es conseguir un comercio”.

Seguramente había esperado que su hijo se convirtiera en técnico o artesano y llevara una vida libre de altibajos turbulentos. Y un artesano era de hecho lo que su hijo había llegado a ser, llegando a un nivel en el que incluso se le llamaba un maestro. Sin embargo, el campo a través del cual había avanzado no era la jardinería o la artesanía, sino el tumultuoso campo llamado “guerra”.

Cuando Mittermeier tenía dieciséis años, se había inscrito en la Academia de las Fuerzas Armadas Imperiales. Oskar von Reuentahl había estado un año por delante de él, pero no habían tenido la oportunidad de encontrarse mientras aún estaban en la escuela. En la academia, los estudiantes de clase superior a menudo se agrupaban en hombres de clase baja, interfiriendo con ellos y aplicando presión de muchas maneras, pero a Von Reuentahl no le

importó ni un ápice la clase de actividad grupal.

Durante el verano de su segundo año allí, Mittermeier había regresado a casa desde el dormitorio después de una larga ausencia para saber que su familia había aumentado en número en uno. Una niña con relación lejana con su madre había perdido a su padre en la guerra y había venido a vivir con ellos.

Esta niña de doce años, Evangeline, tenía el pelo color crema, ojos violetas y mejillas rosadas, y aunque puede que no haya sido una belleza incomparable, su sonrisa nunca se desvaneció mientras se ocupaba de su trabajo, animada y enérgica. Cada vez que trotaba en algún lugar, dejaba una sensación de ligereza y aclamaba en el aire detrás de ella, como cuando una golondrina vuela a través de un cielo primaveral.

“Michél, Michél, Michél. Stehe auf — es ist heller lichter Tag”.

El sonido de su canto había resonado agradablemente en los oídos de Mittermeier:

“Michél, Michél, Michél. Despierta — , el clima es brillante y claro…;”

“Ella es una chica tan alegre y honesta, ¿no es así, Wolf?”

El cadete de la academia le había respondido a su madre en monosílabos superficiales, como si de hecho no tuviera el menor interés en este recién llegado. A partir de ese momento, sin embargo, comenzó a hacer muchos viajes a casa cuando se fue, lo que le dio a sus padres una ventana clara hasta el fondo de su corazón.

Por fin, Mittermeier se graduó de la academia y se convirtió en alférez. Sus padres y Evangeline lo despidieron cuando se fue al campo de batalla. Como soldado, este joven veloz y valeroso había encontrado claramente su vocación. En muy poco tiempo, logró distinguirse lo suficiente como para elevarse dentro de la jerarquía. Pero aunque fue decisivo y rápido para actuar en cualquier otro asunto, agonizó a esa niña de ojos violeta durante siete años antes de decidirse a buscar su mano en el matrimonio.

Ese día, Mittermeier se despidió y se dirigió a la ciudad. Mirando de esta manera, corrió entre peatones sorprendidos que se preguntaban qué demonios estaba haciendo, y luego, por primera vez en su vida, empujó contra la puerta de una florería. Cuando el tendero vio a un joven de uniforme irrumpir en su tienda, temió por un momento que iba a tener un ataque al corazón. Un soldado, de color rojo en la cara, saltando frenéticamente en la tienda de uno, apenas era considerado un portento auspicioso.

“¡Flores! Flores ¡Dame flores! No importa qué tipo — no, eso no está bien — Necesito realmente, realmente la más bonitas, flores que una joven estaría feliz de recibir”.

El dueño de la tienda, aliviado de no haber venido para imponer alguna inspección o poner un motín, recomendó rosas amarillas. Mittermeier compró la mitad de las rosas amarillas en la tienda, las hizo en un ramo y luego se dirigió a una confitería, donde compró chocolates y un pastel de corona de Frankfurt hecho con ron. Cuando pasó frente a los joyeros, pensó en comprar un anillo, pero pronto abandonó la idea, pensando que en cualquier caso eso sería adelantarse a sí mismo. Lo más importante, su billetera estaba casi vacía en ese momento.

Mittermeier llegó a la casa de sus padres con el ramo de flores y la caja que contenía el pastel. Evangeline había estado en el jardín cortando el césped, y cuando levantó la vista para ver al joven oficial parado allí rígido y formal, se puso de pie sorprendida.

“¿Wol — Maestro Wolf?”

“Eva, toma esto, por favor”.

La tensión que había sentido en la batalla no había sido nada comparada con ese momento.

“¿Para mí? Muchas gracias.”

Para Mittermeier, el brillo de su sonrisa era casi cegador.

"Evangeline…"

"¿Sí, maestro Wolf…?"

Mittermeier había ideado todo tipo de líneas inteligentes para conquistar, pero al ver los ojos violetas de la chica, todos sus adornos literarios y retóricos volaron a la luz a cien años luz de distancia, y todo lo que pudo pensar fue en lo tonto que él era.

El padre de Mittermeier chasqueó la lengua, observando desde la distancia.

"¿Qué crees que estás haciendo?", Gritó. "¡Ponte en contacto contigo mismo, gran bueno para nada!" Nunca había visto cómo luchaba su hijo en el campo de batalla, por lo que se había sentido infinitamente frustrado por la indecisión de un hijo que tardó siete años en proponerse. Mientras miraba con las podadoras de setos en la mano, su hijo, gesticulando todo el tiempo, le habló con vacilación, vacilante y vacilante, mientras que la chica, mirando hacia abajo, escuchaba sin mover un músculo. Entonces, de repente, el hijo del jardinero lanzó sus brazos alrededor de la chica, la acercó y reunió todo su coraje para besarla torpemente.

"Bueno, en realidad fue y lo hizo", murmuró su padre con satisfacción.

Ese día, el joven oficial de cabello rubio había comprendido completamente que había algo en el mundo más precioso para él que él mismo. Además, ella estaba allí en sus brazos.

Se había celebrado una modesta ceremonia de boda. Wolfgang Mittermeier tenía veinticuatro años y Evangeline diecinueve. Han pasado seis años desde ese día. Permanecieron sin hijos, pero eso no afectó su felicidad.

A diferencia del difunto Siegfried Kircheis, Oskar von Reuentahl nunca había hecho de ninguna mujer el ídolo del templo de su corazón. A

diferencia de su colega Wolfgang Mittermeier, nunca había tenido un romance apropiado con una joven encantadora.

Desde su infancia, Von Reuentahl había llamado la atención de las mujeres. Algo sobre sus rasgos nobles y sus ojos heterocromáticos — negros como un pozo profundamente hundido, azules como el brillo afilado de un cuchillo — dieron una impresión casi mística que provocó los suspiros de jóvenes y damas de mediana edad por igual.

En los últimos años, este joven había sido llamado un gran almirante del Imperio Galáctico, que combinaba sabiduría y valor. Pero incluso antes de que se le temiera como soldado por su crueldad al tratar con el enemigo, se le conocía entre sus conocidos por su frialdad hacia las mujeres. Se enamorarían de él de manera unilateral, y una vez que las relaciones se hubieran consumido, las dejaría de lado.

A los pocos años de graduarse de la Academia de las Fuerzas Armadas Imperiales, él y Wolfgang Mittermeier se conocieron y lucharon juntos en muchas batallas. A pesar de sus diferentes antecedentes y personalidades, se tomaron un extraño gusto mutuo y llegaron a ser muy cercanos. Durante ese período, Mittermeier se casó con Evangeline y comenzó una vida hogareña feliz, mientras que Von Reuentahl permanece soltero, continuando con una serie de coqueteos que para los espectadores no parecían más que mujeriego empedernido.

“No deberías tratarlas tan cruelmente”. Mittermeier, incapaz de simplemente observar lo que hizo en silencio, le había advertido sobre esto, y no solo una o dos veces. A esto, von Reuentahl siempre había asentido con la cabeza y luego no había hecho nada para seguir su consejo o reformar su comportamiento. En cuanto a Mittermeier, finalmente le había golpeado el hecho de que algo se había torcido fundamentalmente en la personalidad de von Reuentahl y, finalmente, dejó de plantear el asunto.

En el año imperial 484, ambos habían participado en la lucha en el planeta Kapczelanka. En ese espantoso ambiente de frío amargo, gran gravedad y atmósfera cargada de mercurio, se desarrolló una batalla terrestre horrible en la que von Reuentahl y Mittermeier, ambos todavía en el rango de

comandante, habían librado una batalla cuesta arriba en medio del caos y la confusión. Incluso con el paradero de la línea del frente incierto. Habían disparado sus rifles de haz de partículas hasta que las cápsulas de energía se secaron, luego, agarrando sus pistolas como palos, derrotaron a los soldados de la alianza en el lodo congelado. Los columpios de tomahawks habían dividido el aire helado en el que las fuentes de sangre se habían congelado, desplegando flores de color carmesí en ese mundo incoloro de frío amargo.

“Oye, ¿sigues vivo por allí?”, Mittermeier había preguntado.

“De alguna manera, parece que lo estoy”, había respondido von Reuentahl. “¿Cuánto obtuviste?”

“Ni idea. ¿Qué pasa contigo?”

“No lo sé. Conté hasta diez, pero después de eso…”

Rodeados por el enemigo, tomahawks perdidos, rifles salpicados de sangre doblados tan mal que eran inútiles incluso como garrotes, los dos hombres se habían preparado para una muerte temprana. Habían luchado con tanta valentía, con tanta fuerza, y habían infligido pérdidas tan extraordinarias al enemigo que la misericordia parecía improbable, incluso si tiraban los brazos. Mittermeier se había despedido de su esposa en su corazón. Eso, sin embargo, fue cuando un caza imperial en el aire se abalanzó con un estruendo y lanzó un misil en medio de las tropas de la FPA. La suciedad y el hielo se lanzaron al aire, bloqueando completamente la débil luz solar. El radar estaba confundido, una esquina del cerco se derrumbó, y la pareja finalmente logró escapar en la oscuridad y la confusión.

Esa noche, en un bar de correos, habían hecho un brindis por su regreso a salvo. Las duchas perfumadas habían lavado la sangre de sus cuerpos, pero nada golpeaba al alcohol para limpiar la sangre de sus mentes. Estaban bebiendo como lo deseaban, superando toda moderación, y luego, de repente, von Reuentahl se incorporó y miró a su amigo. Algo más que la simple embriaguez había estado merodeando en sus ojos no coincidentes.

“Está bien, Mittermeier, escucha aquí — es posible que te hayas casado,

pero las mujeres…; Las mujeres son criaturas nacidas para apuñalar a los hombres en la espalda”.

“No hay necesidad de llegar a esa conclusión”, había dicho Mittermeier, ofreciendo un desacuerdo moderado cuando el rostro de Evangeline apareció en su mente.

Sin embargo, su amigo heterocromático había sacudido la cabeza ferozmente.

“No, es verdad. Mi madre es un buen ejemplo, y te contaré todo sobre ella. Mi padre era humilde — la aristocracia sólo de nombre — pero mi madre…; ella vino de la familia de un conde —”

El padre de Von Reuentahl se había graduado de la universidad y se había convertido en un funcionario del Ministerio de Finanzas, pero desde muy temprano, sus perspectivas dentro de esa burocracia cerrada y con mucha conciencia de clase habían chocado contra un muro. Después, invirtió en minas de niobio y platino, disfrutó de cinco años de éxito y acumuló una fortuna que, aunque no era ilimitada, habría alimentado a una familia a través de la generación de sus nietos.

Había permanecido soltero hasta que tenía casi cuarenta años, luego compró bonos confiables y bienes raíces con el dinero que había ahorrado. Solo cuando estaba completamente seguro de su vida, pensó en casarse con una novia y en formar una familia. Estaba pensando en encontrar a alguien con una fortuna promedio y un linaje promedio, pero el arreglo que sus conocidos encontraron para él fue con Leonora, la tercera hija del conde von Marbach.

En el Imperio Galáctico, las familias nobles distinguidas fueron bien atendidas en términos políticos y económicos, pero eso no pudo evitar que todas las familias se metieran en problemas. Los von Marbachs habían producido a los libertinos como jefes de clan durante dos generaciones consecutivas. No solo se habían visto obligados a separarse de todas sus amplias casas señoriales y villas — para estabilizar sus medios de vida, sino que incluso habían tenido que vender los bonos de alto interés recibidos de

la familia von Goldenbaum.

Cuando el sensible y calculador padre de von Reuentahl vio un solígrafo de Leonora en toda su belleza, se quedó estupefacto. Después de pagar las deudas de la familia von Marbach, se había mudado a una casa nueva con una bella novia veinte años menor que él.

El matrimonio había traído dolor tanto a marido como a mujer — aunque el problema no era más que una brecha temporal. El marido se sentía inferior debido a su edad y nacimiento, y había tratado de compensar materialmente esas deficiencias. Eso, muy probablemente, había sido un error crucial, pero fue su esposa quien lo alentó. Una y otra vez, había fastidiado a su esposo por regalos caros, solo para perder el interés en ellos tan pronto como se los entregaban.

Como ocurría ocasionalmente con las mujeres en el mundo cerrado de la alta sociedad, la madre de von Reuentahl había puesto su fe no en la ciencia, sino en la adivinación y el estudio del destino. Tenía los ojos azules, y cuando le nacieron una niña heterocromática y su marido de ojos azules, no era una probabilidad genética lo que ocupaba su mente, sino la cara del hombre de ojos oscuros con el que había estado teniendo una aventura.

Creyendo que los dioses pretendían destruirla, ella había sido superada por el terror. Fueron las finanzas de su esposo las que le permitieron vivir en un lujo, y también tener a sus amantes. Aunque era hermosa, carecía de las habilidades necesarias para vivir sola; ¿Qué pasaría si ella fuera expulsada al mundo, junto con ese joven que actualmente vive una vida de ocio gracias a su apoyo financiero secreto? Era seguro que al final perdería no solo su estabilidad material, sino también a su amante.

“… Y así es como casi me saco el ojo derecho mi propia madre. Yo era un recién nacido, empezaba a abrir los ojos y mi padre todavía no los había visto”.

Una pequeña sonrisa torcida había jugado en la esquina de los labios de von Reuentahl mientras contaba la historia. Mittermeier había mirado a su

amigo, sin decir una palabra.

Una escena había estado flotando en el fondo de la mente de von Reuentahl:

Una mujer joven y graciosa se sienta en la cama. Sus delicados rasgos se endurecen, y las llamas bailan en sus ojos mientras trata de meter la punta de un cuchillo de fruta en el ojo derecho del bebé que está agarrando a su pecho. La puerta se abre y llega una doncella que trae leche caliente para su señora. Ella da un grito desgarrador. La leche salpica sobre la alfombra. Fragmentos de una copa rota se dispersan por el suelo. La gente entra en la habitación. La mano de la mujer de piel clara pierde el cuchillo. Cae al suelo, y el bebé grita, rasgando el aire apagado…;

Era una escena que no podría haber recordado, y sin embargo, se quemó en sus retinas y su corazón, y tenía toda la sustancia de algo que podía alcanzar y tocar. Esa imagen había echado raíces profundas en el suelo de su mente, desde donde había generado su profunda desconfianza hacia todas las mujeres.

Mittermeier había aprendido por primera vez lo que había detrás de la mujer casual de su amigo. Incapaz de encontrar las palabras adecuadas, tomó un sorbo de cerveza negra. Agredido en ambos flancos por simpatía hacia su amigo y el deseo de montar una defensa de las mujeres por el bien de su esposa, había mirado hacia otro lado. En un momento como este, el intelecto y la educación no ayudaron en absoluto a decidir cómo responder. Mittermeier había sido feliz en su propia vida, y en ese momento, eso lo había hecho sentirse pequeño.

“Escucha, Von Reuentahl, esto solo son mis pensamientos, pero…”

Mittermeier había cerrado la boca, sin embargo, cuando se volvió hacia su frito. El joven oficial con los ojos desiguales se dejó caer boca abajo sobre el mostrador, habiéndose rendido por fin a la dulce caricia de Hypnos.

Al día siguiente, la pareja con resaca se había buscado un buen lío de los oficiales. Mittermeier, quien todavía no tenía ganas de comer, había estado picando sus papas y tocino con la punta de su tenedor cuando su amigo de

aspecto hosco habló.

“Anoche el alcohol me venció. Dije algunas cosas que no debería haber dicho. Por favor, olvídalo”.

“¿De qué estás hablando?”, Había dicho Mittermeier. “No puedo recordar nada”.

“Hmm. ¿Es eso así? Bueno, en ese caso, es lo mejor”.

Había una ironía en la sonrisa de von Reuentahl. Si se trataba de una sonrisa irónica dirigida a la mentira transparente de Mittermeier o de un desprecio dirigido a su propia confesión ebria, von Reuentahl no estaba seguro de sí mismo. Sin embargo, en cualquier caso, a partir de ese día, ninguno de los dos volvió a hablar del tema.

Así fue como fue entre los dos.

V

Siegfried Kircheis había servido durante mucho tiempo como el principal ayudante de Reinhard, y cuando partió para comandar su propio regimiento independiente, varios oficiales intentaron llenar la vacante que había dejado al lado de Reinhard. Ninguno de ellos, sin embargo, había durado mucho en el trabajo. Nadie más en todo el universo había compartido el corazón de Reinhard de la forma en que lo había hecho Kircheis, y además, los propios oficiales a menudo habían dudado. Carecían de esa sinergia mental con Reinhard, y el trabajo tenía una tendencia a convertirse en nada más que recibir y transmitir sus órdenes unilaterales.

Cuando Kircheis había estado vivo y bien, Reinhard, en busca de oficiales del personal, había tomado a Paul von Oberstein. Ahora estaría encantado de encontrar un asesor superior con una décima parte del talento y la

fidelidad de Kircheis.

Un día, Arthur von Streit fue a verlo.

Von Streit había servido bajo el mando del duque von Braunschweig, el jefe de la confederación de aristócratas boyar, y le había presentado una propuesta audaz: “En lugar de provocar una guerra civil a gran escala que hundiría a todo el imperio en el caos, Deberíamos resolver este problema asesinando solo Reinhard.”. Para esto, había incurrido en la ira de su maestro y había sido expulsado. Cuando más tarde cayó en las manos de Reinhard, al joven mariscal imperial le agradó su actitud de confianza y lo liberó.

Reinhard era extremadamente sensible a la belleza o la fealdad de las acciones de las personas, y no dudaría en elogiar a un hombre como von Streit, incluso si fuera un enemigo.

En septiembre del año anterior, cuando perdió al que le había sido más cercano que a un hermano, la conmoción y la pena habían sido tales que casi se había derrumbado. Sin embargo, curiosamente, Reinhard no sintió odio hacia Ansbach, el hombre que había matado a Siegfried Kircheis. Sus propios sentimientos de culpa habían sido demasiado profundos y demasiado amplios, y al mismo tiempo, había encontrado belleza en las acciones de Ansbach, quien había abandonado su propia vida en un intento de vengar a su señor.

Por otro lado, fue la ira mezclada con desprecio lo que sintió hacia su difunto enemigo, el Duque von Braunschweig. Incapaz de dar un buen uso a los subordinados capaces como Ansbach y von Streit, había sido un hombre despreciable cuya vanidad y orgullo lo habían llevado a una muerte miserable.

“Era un hombre condenado a perecer. No me propuse deliberadamente provocar su ruina”. Reinhard lo creía. En ese sentido, no sintió la más mínima punzada de conciencia.

Un día, von Streit fue a ver a Reinhard. Uno de sus parientes le había

pedido que lo hiciera, y como le debía un favor a esa persona, no podía pasar por alto el hecho de que él y su familia estaban en las calles, ya que sus bienes habían sido confiscados.

“Si inclinas la cabeza ante Reinhard, está seguro de dejar algo para nosotros, tal vez no todo, pero al menos algunos de nuestros activos”.

Von Streit, que había prometido hacer lo que nunca volvería a hacer, se tragó la vergüenza y se inclinó ante su antiguo enemigo.

Después de escucharlo, Reinhard sonrió levemente y asintió.

“Muy bien. No haré mal a él”.

“Estoy muy agradecido.”

“Sin embargo, tengo una condición”. Aquí la sonrisa de Reinhard desapareció. “Ven y trabaja para mí en la sede del Comando Militar Imperial”.

Von Streit no respondió al principio.

“Mantengo tu buen juicio y tus esquemas inteligentes en alta estima. Te he dejado vagar por casi un año, pero ha llegado un nuevo año. ¿No crees que es hora de poner fin a esta lealtad hacia tu antiguo señor al que te aferras tanto?”

Von Streit, que había estado escuchando con la cabeza baja, al fin levantó la vista.

Su frente brillaba con determinación.

“No tengo palabras para la generosidad de su Excelencia. A cambio de tanta amabilidad hacia un tonto como yo, permítame ofrecerle mi plena y sincera lealtad”.

Arthur von Streit recibió el rango de contraalmirante y se convirtió en el

mejor asesor de Reinhard. Otro, el subteniente Theodor von Rücke, fue nombrado asistente secundario y formó un equipo con el nuevo contralmirante von Streit. Así se confirmó que ningún hombre podía llenar los zapatos de Kircheis solo. En el caso de von Rücke, el rango y la edad no hicieron ninguna diferencia; Era esencialmente el ayudante de von Streit.

No era un secreto que von Streit había sido enemigo de Reinhard, así que la decisión de Reinhard de ponerlo en una posición tan importante sorprendió a mucha gente.

"Bueno, eso es algo atrevido, ya se ha ido". Mittermeier, insuperable en términos de audacia, no pudo evitar sentirse profundamente impresionado.

El punto de vista de que al "Jefe de Estado Mayor Von Oberstein no le va a gustar esto…" también prevaleció, pero en este caso esa predicción no alcanzó la marca, ya que Von Oberstein estaba aceptando plenamente la audaz designación de su oficial superior. Él era consciente de las capacidades de von Streit y también estaba considerando el valor político de von Streit doblando la rodilla ante Reinhard, a pesar de haber sido un vasallo leal del Duque von Braunschweig. Dicho esto, si adquiriera demasiado poder en el futuro, Von Oberstein estaría seguro de comenzar a reducirlo…;

Von Oberstein no era un hombre de familia. En su residencia oficial, tenía un asistente, y en su residencia privada, tenía un mayordomo y una criada (eran una pareja casada) en la mediana edad temprana. Sin embargo, había otro miembro de su familia que atendía sus necesidades personales.

Esta no era una persona, sino un perro: un dálmata que cualquiera podía decir a simple vista era muy viejo. En la primavera del año anterior, cuando la guerra de Lippstadt aún no había llegado al escenario del combate total, von Oberstein había salido a almorzar un día y había regresado a la Almirantía de Reinhard. Había subido los escalones hasta el edificio y había estado a punto de entrar en el atrio cuando una mirada extraña apareció en la cara del guardia cuando estaba presentando los brazos. Cuando Von Oberstein se volvió para mirar hacia atrás, vio que un viejo perro flaco y sucio lo había estado siguiendo justo detrás, meneando amablemente su

cola magra.

El jefe de personal, bien conocido por su naturaleza fría y despiadada, había hablado en un tono desconcertado.

“¿Qué está haciendo este perro aquí?”

La cara del guardia se había puesto rígida, una expresión de pánico apareciendo en su rostro cuando los ojos inorgánicos y artificiales se volvieron hacia él, brillando con su luz ominosa.

“Ah, eh, ¿no es el perro de Su Excelencia…?”

“Hmph, ¿parece un perro que tendría?”

“¿Q, quieres decir que no lo es?”

“Oh, ¿entonces parece que es mío?”

Pareciendo extrañamente conmovido, von Oberstein había asentido con la cabeza. Y desde ese día en adelante, el viejo perro sin nombre se había convertido en un dependiente en la casa del jefe de personal de la Armada Espacial Imperial Galáctica.

El canino anciano, aunque fue rescatado de una vida sin rumbo, no tenía virtualmente cualidades dignas de elogio y no comería nada más que carne de pollo que había sido hervida hasta que estuviera blanda.

“Tenemos un almirante de alto rango de la Armada Imperial Galáctica, uno que podría silenciar a un niño que grita con solo mirarlo, corriendo a la carnicería en medio de la noche para comprar pollo para ese perro callejero”. Neidhart Müller había reveló este dato en el club de los almirantes una noche, después de haber visto a von Oberstein hacerlo en el camino a casa desde el trabajo.

Tanto Mittermeier como Von Reuentahl parecían querer decir algo, pero al final habían ejercido moderación silenciosa.

“Huh. ¿Entonces nuestro jefe de personal es odiado por la gente pero amado por los perros, entonces? Supongo que los perros se llevan bien unos con otros.”

Ese insulto fue cortesía de Fritz Josef Wittenfeld, comandante de la flota de *Schwarz Lanzenreiter.*

Wittenfeld fue muy apreciado por su ferocidad en la batalla, y se dijo de él que “si la pelea se limitara a dos horas, incluso Mittermeier y von Reuentahl tendrían que retirarse de él”.

Sin embargo, esta evaluación también dio testimonio del mal genio y la falta de resistencia de Wittenfeld. Wittenfeld estaba en su mejor momento cuando se trataba de asaltos de un solo golpe y ataques totales, pero si su oponente soportó ese primer golpe, no pudo mantener la misma intensidad. No es que hubiera muchos enemigos que pudieran soportar su primer golpe…;

“Ciertamente, Wittenfeld es fuerte”, le había dicho von Reuentahl a Mittermeier, rebosante de confianza. “Si los dos nos enredamos en el campo de batalla, definitivamente tendrá la ventaja cuando comience la lucha. Sin embargo, cuando la lucha terminara, el que quedara en pie sería yo”.

Naturalmente, habían estado solos cuando dijo eso. La cantidad de enemigos que el almirante heterocromático no creía que pudiera vencer podía contarse con una mano.

Las reformas de Reinhard no reconocieron vacas sagradas. El desperdicio y el lujo habían florecido en una profusión salvaje en la corte imperial, pero ni siquiera esas flores estaban fuera de su alcance.

Si bien el palacio del emperador de Neue Sans Souci logró escapar de la demolición, sus vastos jardines se cerraron y la mitad de sus edificios majestuosos se cerraron, con un gran número de camaradas y damas de

honor que dejaron pasar el proceso.

La mayoría de los que quedaron eran ancianos. El duque von Lohengramm odiaba el palacio por su esplendor — o eso se rumoreaba; Reinhard tenía sus propias ideas sobre eso. Las ancianas camareras y damas de honor habían pasado décadas en el palacio en este momento, y ya era demasiado tarde para que la mayoría de ellas se adaptaran a la vida en el mundo exterior. En cuanto a los jóvenes, tenían fuertes respaldos y adaptabilidad, y también había demanda para ellas en el mercado laboral. Podrían encontrar otros trabajos para mantenerse a sí mismos.

Reinhard ocultó este tipo de bondad — o indulgencia — detrás de una máscara de ambición despiadada. El difunto Siegfried Kircheis había sido el único que podría haber entendido sin siquiera una palabra. Si Reinhard hubiera sido del tipo de rechazar obstinadamente a quienes habían hablado y preguntado sus razones, sus acciones solo podrían haber sido interpretadas como malicia hacia el emperador. Después de todo, la malicia que sentía hacia el emperador era algo muy real…;

¿Cuándo este joven y poderoso vasallo eliminará al joven emperador y pondrá sobre su propia frente la más venerable de las coronas? No solo el imperio, sino todo el universo parecían estar observando con gran expectación el poder ver.

A lo largo de los cinco siglos transcurridos desde que Rudolf von Goldenbaum abolió el gobierno republicano y fundó el Imperio Galáctico en SE 310, “emperador” había sido otra palabra para el jefe de familia de von Goldenbaum. Cuando una familia — una línea de sangre — hace de una nación su propiedad y monopoliza sus más altos escaños de poder durante quinientos años, se la considera como el sistema ortodoxo, que adquiere un aire de santidad e inviolabilidad.

Pero ¿dónde estaba escrito que la usurpación era peor que la sucesión hereditaria? ¿No era solo una teoría de auto justificación que los gobernantes usaban para proteger el poder que ya tenían? Si la usurpación y la rebelión armada fueran la única manera de romper un monopolio en el poder, entonces no debería sorprender que aquellos que estaban

apasionados por el cambio tomen el único camino disponible.

Un día, cuando von Oberstein fue a ver a Reinhard, le preguntó de forma indirecta qué tipo de tratamiento tenía en mente para el joven emperador.

“No lo mataré”.

En el cristal que Reinhard sostenía, ondulaciones apenas visibles atravesaban un líquido fragante del color de la sangre. Su reflejo brillaba inquietantemente en los ojos azul hielo de Reinhard.

“Mantenerlo vivo. Él tiene un valor que puedo explotar. ¿No estás de acuerdo, Von Oberstein?”

“Seguramente. Por ahora.”

“Sí, por ahora…”

Reinhard inclinó su vaso. A medida que el líquido se derramaba por su garganta, una sensación cálida se extendía por todo su cuerpo. Se quemó caliente dentro de su pecho, pero no llegó a llenar el espacio vacío.

CAPÍTULO 03: UN HILO DE CINTA

I

LA SALA DE COMANDO CENTRAL en la Fortaleza de Iserlohn era un gran asunto, con un techo de dieciséis metros de altura y paredes de aproximadamente ochenta metros de largo a cada lado. Al entrar desde el pasillo, uno llegó primero a la antesala de un guardia.

Luego, después de pasar una segunda puerta más allá, aparecieron pantallas que se extendían sobre una parte de la pared delantera. La pantalla principal tenía ocho metros y medio de alto y quince metros de ancho. A su derecha había doce subpantallas y, a su izquierda, una serie de dieciséis monitores de inteligencia táctica. En frente de la pantalla principal había veinticuatro cajas del operador dispuestas en tres filas, y una pantalla tridimensional en el piso detrás de ellas. Aún más atrás estaba el asiento y el escritorio del comandante, donde se podía encontrar a Yang Wen-li tomando té mientras tenía una expresión de aspecto aburrido. Utilizando una línea directa especial en su escritorio, fue posible hablar directamente con el cuartel general de operaciones conjuntas en Heinessen o con la flota de patrullas mientras se realizaba maniobras. A la izquierda, a la derecha y en la parte trasera del asiento del comandante había otros veinte asientos, que pertenecían al personal ejecutivo superior de la fortaleza. La mayor parte del tiempo, el asiento junto a Yang a su izquierda estaba ocupado por su ayudante, la teniente Frederica Greenhill, con el contralmirante Murai, su jefe de estado mayor, tomando el asiento a su derecha. El contralmirante von Schönkopf, el comandante de las defensas de la fortaleza, estaba

sentado detrás de él. También había asientos para el almirante invitado Merkatz, el vicecomandante de la flota de patrulla Fischer y el director administrativo de Fortress, Caselnes, aunque Caselnes pasaba gran parte de su tiempo en las oficinas de la Oficina de Administración, y Fischer a menudo estaba ausente en la sala de control de tráfico del puerto espacial.

Todos los anuncios, instrucciones, pedidos y conversaciones oficiales en la sala fueron transmitidos por auriculares. Dos cámaras de monitores colocadas en las paredes alimentaban el video a dos salas de control de monitores diferentes. En el improbable caso de que la sala de control central sea invadida por el enemigo, cualquiera de estas salas podría convertirse en un nuevo centro de comando.

En años posteriores, cuando Julian Mintz recordaría sus días en Iserlohn, lo primero que se le ocurriría era a Yang Wen-li sentado en el asiento del comandante. El maleducado Yang, con los pies apoyados en su escritorio, o tal vez sentado sobre él con las piernas cruzadas, es un objeto perenne de crítica de esa sección del ejército que creía que los verdaderos soldados tenían que ejemplificar la belleza majestuosa de la formalidad solemne. Yang nunca había sido un soldado cortador de galletas, sin embargo, y la formalidad solemne había sido algo que no tenía sentido esperar de él…;

Julian, aún sin un asiento propio en esta habitación, se sentaba frente a la pantalla en el piso inclinado y con escalones en esos días, saltando a sus pies y corriendo hacia Yang cada vez que lo llamaban. Solo después de que él avanzara al rango de oficial, se aseguraría un asiento para sí mismo en la sala de comando.

Un ligero tinte de ozono permaneció en su memoria olfativa, junto con el aroma del café que se elevaba de los vasos de papel en manos de la tripulación. Yang era parcial al té rojo, una minoría en la sala de control, y su fragancia generalmente se había ahogado con la del café, un hecho que Yang parecía encontrar bastante irritante. Había sido un asunto trivial, por supuesto; Yang había tenido todo tipo de otras irritaciones grandes y pequeñas para tratar. Incluido entre estos había sido la primera vez que Julian salía a la batalla.

Cuando Julian se encontró con Yang por primera vez después de regresar de su misión de combate, Yang lo saludó con una expresión que era difícil de poner en palabras, y después de un largo momento de no decir nada, dijo algo espectacularmente insólito:
“Cuántas veces tengo que decirte, Julian, no hagas cosas peligrosas como esa”.

Tanto Julian como la teniente Frederica Greenhill, quienes estaban cerca, tuvieron problemas para mantener la cara seria.

Después, Julian regresó al campo de oficiales, donde puso la computadora doméstica de Yang para trabajar en las tareas diarias pacíficas. Estaba preparando un menú para la cena cuando sonó el visifón y apareció Frederica en la pantalla.

“¿Peleando la batalla en el frente interno ahora, Julian?”

“A mi Oficial comandante no se le puede confiar exactamente este tipo de misión. ¿Cómo puedo ayudarte?”

La actitud del chico fue quizás un poco formal. Sin embargo, si alguien hubiera sugerido que estaba en la edad en que los chicos solían idolatrar a las mujeres mayores, él lo habría negado con vehemencia.

“Sí, Julian, tengo un mensaje importante para transmitir. A partir de mañana, serás un suboficial jefe. Informe a la oficina del comandante al mediodía de mañana para recibir su carta de cita. ¿Lo tienes?”

“¿Me están promoviendo? ¿Yo?”

“Por supuesto. Hiciste un gran trabajo ahí afuera. Muy impresionante para tu primera salida”.

“Muchas gracias. Pero, ¿qué piensa al respecto el almirante Yang?”

Una leve mirada de sorpresa apareció en los ojos color avellana de Frederica.

“Por qué, él está feliz por ti, por supuesto. Aunque nunca lo admitiría…”

Probablemente era la única forma en que ella podría haberle respondido. Después de que terminó la llamada, Julian se dejó caer en el pensamiento por un tiempo.

Yang nunca había querido convertir a Julian en un soldado. Julián mismo, sin embargo, quería ser un soldado. En cuanto a Yang, no sentía que debía forzar sus propios deseos sobre el chico, pero al mismo tiempo quería mantenerlo cerca. Este fue un asunto en el que las palabras y los hechos del almirante más brillante de la alianza habían sido altamente inconsistentes.

En cualquier caso, la propia elección vocacional de Yang había sido un caso extremo de la vida que no seguía su guión previsto. Después de buscar una escuela en la que pudiera estudiar historia gratis, ingresó al Departamento de Historia Militar en la Academia de Oficiales, solo para que su departamento fuera abolido en el camino, para ser transferido contra su voluntad al Departamento de Estrategia Militar, y luego entrar en el ejército sin siquiera una chispa de entusiasmo.

En contraste, Julian realmente estaba tomando la iniciativa en sus ambiciones marciales, y siendo fiel tanto a su profesión elegida como a sí mismo. Esto no debería haber sido un asunto de Yang. No debería haberlo sido, pero Julian realmente *quería* la bendición de Yang sobre el curso que había elegido.

El padre de Julian había sido un soldado, Pero si Julian no había sido criado por Yang después de su muerte, estaba lejos de estar seguro de que se hubiera fijado en los militares. Para bien o para mal, la personalidad de Yang había ejercido una poderosa influencia en Julian, y si Yang criticara la elección de carrera del chico ahora, solo terminaría frunciéndose el ceño en el espejo.

Al recordar esa mirada en la cara de Yang, Julian sonrió para sí mismo. No

tenía ninguna duda de que lo entendería eventualmente.

Ese año, Yang Wen-li cumplió treinta y uno. "¡No porque yo quiera!" Había insistido fervientemente.

"Todavía eres joven", había dicho Julian confortadoramente.

De hecho, Yang realmente se veía lo suficientemente joven como para pasar por alguien que tenía poco más de veinte años, aunque escuchó a Alex Caselnes — su estudiante de la Academia de Oficiales — lo dijo, solo se veía joven porque no estaba haciendo el trabajo duro de criar una familia.

"Bueno, con un marido como tú", Yang replicó, "Yo diría que es la Sra. Caselnes es quien está haciendo todo el trabajo pesado. La paciencia que debe tener la mujer santa. ¡Con un tirano como tú por marido, una mujer normal no duraría un año bajo el mismo techo!"

Julian se había reído entre dientes cuando escuchó eso. Si no hubiera sabido qué cálido ambiente familiar había en la casa de los Caselnes, o si Yang y Caselnes eran amigos que disfrutaban insultándose mutuamente por diversión, las palabras de Yang no podrían haber sonado como algo más que una acusación punzante del carácter de Caselnes.

Como soldado, Yang era un tirador horrible, promedio en términos de fuerza física y reflejos, y completamente inútil en el campo de batalla. En la estimación despiadada de Caselnes, no tenía "nada vital debajo del cuello". No es que Caselnes tuviera mucho espacio para hablar. Puede que haya sido maestro del trabajo de escritorio y destacado burócrata militar, pero él mismo no fue material de primera clase como combatiente.

El deber de Caselnes era administrar y ejecutar tanto el hardware como el software de la gigantesca estación de batalla que era la Fortaleza de Iserlohn. Las instalaciones, el equipo, la comunicación, la fabricación, la distribución, todas las muchas funciones indispensables para el buen funcionamiento orgánico de la fortaleza se mantuvieron funcionando gracias a sus habilidades.

“Cuando Caselnes estornuda, todo Iserlohn estalla con fiebre”, decían los soldados a veces, y en ese chiste había un núcleo de verdad. De hecho, cuando Caselnes estuvo inactivo durante una semana por gastritis aguda, las oficinas administrativas de Iserlohn no pudieron hacer nada más que su trabajo habitual y se vieron rodeadas por un coro de soldados furiosos:

“¿Incluso tienes una idea de lo que estás haciendo? ¡Eso es demasiado ineficiente! ¿No puedes hacer algo con toda esta burocracia?”

Yang era bueno con las letras pero malo con los números, así que al igual que su ayudante Frederica, Caselnes era inmensamente valioso para tener cerca.

Yang delegó su trabajo más prosaico por completo a ellos; él solo cobró vida cuando inventó planes de batalla para luchar contra enormes flotas de guerra y cuando los puso en acción en el campo de batalla. Contrariamente a los propios deseos de Yang, sus talentos parecían orientados a tiempos de agitación y emergencia. Si hubiera sido en tiempos de paz, habría muerto como un don nadie — a lo sumo, un historiador de segunda categoría conocido solo por un puñado de personas. Lo que lo había convertido en una de las personas más importantes en una vasta nación interestelar era el simple hecho de que los tiempos habían hecho necesarios sus talentos.

Entre los variados talentos de la raza humana, el genio militar cayó en una categoría extremadamente especializada. En ciertos períodos y circunstancias, se volvió completamente inútil para la sociedad en su conjunto. En tiempos de paz, algunas personas probablemente vivieron toda su vida sin tener la oportunidad de poner en práctica sus inmensas habilidades. A diferencia de los estudiosos o artistas, no dejaron ninguna obra perdida enterrada en medio de sus efectos para ser descubierta y apreciada póstumamente. Ni siquiera se reconocería su potencial. Sólo los resultados importaban. Y por muy joven que haya sido, Yang ya había acumulado más que suficiente de esos resultados.

II

Esa noche, Yang y Julian estaban visitando a Alex Caselnes en su residencia oficial. Habían hecho esto de vez en cuando en el pasado en Heinessen, pero desde que se mudaron a Iserlohn se había convertido en una costumbre de ellos reunirse una o dos veces al mes. La Sra. Caselnes serviría una comida casera, y después de eso, su esposo y su huésped generalmente disfrutaban un juego de ajedrez en 3D con una copa de brandy.

Esa noche, los Caselnes estaban organizando una cena modesta pero cálida, en particular para celebrar el ascenso del *Jefe Suboficial* Julian Mintz, su primer vuelo de combate y sus primeras hazañas heroicas en el campo de batalla.

Cuando llegaron los dos invitados, fueron recibidos por Charlotte Phyllis, la hija mayor de ocho años de la familia Caselnes.

“¡Entra, Julian!” Dijo ella.

“Buenas noches, Charlotte”, respondió Julian, devolviéndole el saludo a la niña.

“Entra, tío Yang”.

“Er…; Buenas noches, Charlotte.”

Con su segunda hija de cinco años en brazos, el jefe del clan Caselnes favoreció a Yang con una sonrisa desagradable cuando notó la lenta respuesta. “¿Qué pasa, Yang? ¿Algo que te molesta?”

“Acabo de tener mis sentimientos heridos. Tenía la esperanza de prescindir del “tío” mientras todavía esté soltero, ¿sabes? ¿Puedes hacer algo al respecto?”

Cuando estuvieran solos, Yang hablaría con Caselnes como si fuera un estudiante de primer año en la academia.

“Estás podrido, Yang. Más de treinta años y todavía estas soltero — ¿cuánto tiempo crees que podemos dejar que se deslice esa conducta antisocial?”

“Hay muchas personas que permanecen solteras toda su vida y que aún contribuyen a la sociedad. Puedo nombrar cuatro mil quinientos para ti ahora mismo, si quieres.”

“Y podría nombrar incluso más que eso, quienes han contribuido a la sociedad mientras crían familias”.

Y el punto es para Caselnes, pensó Julian.

Por edad, Caselnes tuvo seis años más que Yang, y también estaba muy por delante de él tanto en el ajedrez tridimensional como en las venenosas competiciones de ingenio. Yang no intentó hacer otro contragolpe — aunque eso probablemente tuvo más que ver con que su atención se había desviado por el aroma de la cena.

La cena fue muy divertida esa noche. Las especialidades de la Sra. Caselnes — como las tortillas de achicoria y un guiso de crema de pescado y verduras llamado *vachiruzui* — eran deliciosas, pero lo que marcó la ocasión para Julián se le ofreció vino por primera vez. Hasta esa noche, él siempre había recibido la misma sidra de manzana que Charlotte.

Aunque naturalmente, esto solo dio como resultado que él se pusiera rojo como remolacha y se burlara de los adultos…;

Después de la cena, Yang y Caselnes se movieron al salón como siempre y comenzaron un juego de ajedrez 3D. Después de una victoria y una derrota, sin embargo, el aspecto de la cara de Caselnes se volvió un poco formal.

“Hay algo serio de lo que me gustaría hablar, Yang”.

Con un gesto de asentimiento que no prometió nada, Yang miró por encima del hombro de Caselnes. Julian estaba dibujando un dibujo para las niñas en un papel de dibujo extendido en el piso. *El mismo chico perfecto* , pensó Yang. Ya fuera protegido por un traje de combate en el campo de batalla o

sentado cómodamente en una casa pacífica, Julian parecía pertenecer, como lo hacía una figura en un gran cuadro. Probablemente fue una disposición con la que nació. Yang conocía a otra persona — no directamente, por supuesto — que tenía ese mismo tipo de disposición: Reinhard von Lohengramm del Imperio Galáctico.

“Yang”, dijo Caselnes, después de buscar un momento las palabras correctas, “para una pieza vital de nuestra organización, parece que no estás preocupado por tu seguridad personal. Y esta vez, no lo digo en serio. Es una falla”.

Yang cambió sutilmente su línea de visión y miró seriamente a su hombre de clase superior de la academia.

Caselnes continuó. “No eres un ermitaño que vive solo en el desierto. Eres responsable de la seguridad de muchas personas. Entonces, ¿qué te parece prestar más atención a la tuya? Tengo las manos llenas como está. Si yo también estaba pensando en ese tipo de cosas, entonces…”

“¿Entonces qué?”

“Entonces no tendría tiempo para mi siesta de la tarde”.

Yang había intentado ser gracioso, pero Caselnes no estaba teniendo nada de eso. Sirvió brandy en el vaso de Yang y en el suyo, cruzó las piernas y se enderezó en su asiento.

“Tu problema no es el tiempo libre o la falta de él — simplemente no quieres hacerlo. Sabe bien y bien que necesita pensar en estas cosas, pero no quiere hacerlo. ¿Me equivoco?”

“Simplemente no estoy orientado a ese detalle. Es un dolor en el cuello para tratar. Eso es todo.”
Sosteniendo su vaso en una mano, Caselnes dejó escapar un suspiro.

“Una de las razones por las que menciono esto es que nuestro estimado jefe de estado, Su Excelencia el Presidente Trünicht, me preocupa”.

“¿Qué pasa con el presidente Trünicht?”

“El hombre está en bancarrota en términos de ideales y políticos, pero es muy calculador, y los planes que tiene en la espada. Ahora, puedes reírte si quieres, pero para ser sincero, me asusta un poco estos días”.

Por supuesto que Yang no se rió. Recordaba ese sentimiento de terror sobrenatural que había sentido brotar el otoño pasado cuando intercambiaba un apretón de manos no deseado con el hombre en medio del rugido de una multitud que aclamaba.

Caselnes continuó. “Siempre pensé en él como un voraz político de dos bits sin nada que vender, excepto sofismas y palabras floridas, pero últimamente siento algo casi monstruoso sobre él. Me sigo preguntando cada vez más si va a hacer algo horrible, y ni siquiera dudar. ¿Cómo puedo poner esto? Se siente como si hubiera hecho un trato con el diablo”.

Había una serie de cosas que molestaban a Caselnes, y una de ellas era la creciente influencia de la facción pro-Trünicht en el ejército. El almirante Cubresly, director del cuartel general de operaciones conjuntas y el hombre número uno en uniforme, había sufrido un intento de asesinato, una larga hospitalización y un arresto por parte de la facción del golpe de estado antes de regresar a su puesto actual, pero ahora se sabía que se estaba enfermando, de la fricción en curso y la desobediencia pasiva que había encontrado desde su regreso. Descubrió que las posiciones críticas en la sede central estaban ocupadas por miembros de la facción de Trünicht, entre ellos el almirante Dawson.

“Cuando se trata de selecciones de personal y operaciones de flotas, escucho que incluso el viejo Señor Bucock ha estado interfiriendo en cada turno, y que ya ha tenido suficiente. A la velocidad a la que van las cosas, el escalón más alto del ejército acabará por terminar como una “familia de la rama” del “clan Trünicht”, por así decirlo”.

“Si eso sucede, presentaré mi renuncia”.

“No te veas tan feliz cuando dices eso. Digamos que te jubilas y comienza a llevar la vida de ese jubilado con el que siempre has soñado. Puede que esté bien para ti, pero ponte en la piel de todos los soldados y oficiales que dejarás atrás. Una vez que alguien como Dawson haya sido instalado como comandante de la fortaleza, toda esta instalación terminará como el dormitorio en algún seminario. Incluso podría decir: ‘Oye, escojamos un día y que todas las manos se limpien hasta la última descarga de basura en Iserlohn’.” Independientemente de si Caselnes estaba bromeando o hablando en serio, su punto no era una cuestión de risa. “De todos modos, piensa en tu seguridad, Yang, aunque sea un poco. Julian ya perdió a sus padres una vez. No importa cuán inútil sea el padre adoptivo que pueda tener ahora, sería una pena que tuviera que pasar por eso otra vez”.

“¿Soy realmente tan inútil?”

“¿Pensaste que estabas haciendo un buen trabajo?”

“Hace cuatro años, ¿quién fue el que forzó a Julian a este inútil padre adoptivo?”

Caselnes no tuvo una respuesta para eso. Después de un momento, dijo: “¿Te apetece otro brandy?”

“Acepto humildemente”.

Varias recargas más tarde, Yang y Caselnes se volvieron para mirar a Julian, casi como si lo hubieran planeado con anticipación. Ambas niñas estaban adormecidas y la señora Caselnes y Julian las habían recogido para llevarlas a su dormitorio.

“Ahora hay un buen chico— nada parecido a su tutor”.

“Si su guardián se está quedando atrás, es porque su guardián tiene un amigo podrido. Sin embargo, Julian no tiene amigos en absoluto.”

“¿Qué quieres decir?”

“A esa edad, necesitas amigos de tu propia generación: amigos para pelear, amigos para hacer trampas en las pruebas, compañeros de equipo, rivales, de todo tipo. En el caso de Julian, solo hay adultos por ahí, y adultos maltratados. Es una especie de problema. Cuando estábamos en Heinessen, no era así, por supuesto”.

“Sin embargo, por todo eso, está creciendo para ser honesto y directo”.

“Creo que lo está”, dijo Yang, totalmente serio ahora. Pero después de un momento, agregó, “ayuda que él tenga un padre adoptivo tan bueno”. Cualquiera pudo haber visto de un vistazo que había abordado la broma como cobertura para su vergüenza.

“Ese chico me ha desobedecido exactamente una vez”, continuó Yang. “Estábamos cuidando el ruiseñor del vecino por un día. Le dije que lo alimentara, pero se fue a un partido de práctica de flyball sin hacerlo”.

“¿Y? ¿Qué pasó?”

“Le di órdenes estrictas de ir sin cenar esa noche”.

“Bien, bien. Supongo que también fueron malas noticias para ti”.

“¿Para mí? ¿Cómo?”

“Porque no puedo imaginar que hagas que Julian se vaya sin cenar y comas lo suficiente tu solo. Acabas de saltarte la comida con él”.

Yang se detuvo un momento antes de continuar.

“Es cierto que tenía apetito a la hora del desayuno”.

“¿OOO lo hiciste? Apetito.”

Yang sorbió su brandy e intentó recuperarse. “Soy muy consciente de que tengo un largo camino por recorrer como hombre de familia. Pero incluso tengo mis razones para eso. Después de todo, soy soltero y crecí en una

familia monoparental. No hay manera de que yo pueda ser un padre perfecto —”

“Copiar a los padres perfectos no es cómo crecen los niños. Es más como si vieran los ejemplos negativos que sus padres imperfectos les muestran y los usan para cultivar su espíritu de independencia. ¿Copia, Excelencia?”

“Copio que se están diciendo algunas cosas bastante horribles sobre mí”.

“Bueno, si no te gusta que te hablen, ¿qué te parece esto? Busca una esposa para que puedas intentar acercarte a la perfección”.

Ese ataque repentino dejó a Yang momentáneamente sin palabras.

“¿A pesar de que la guerra aún no ha terminado?”, Dijo.

“Pensé que dirías eso. Pero aún así, ¿cuál es nuestro deber número uno como seres humanos? Es lo mismo que para todas las criaturas vivientes: transmitir nuestros genes a la siguiente generación y preservar la raza. Para dar a luz a una nueva vida. ¿Estoy en lo cierto?”
“Sí, es por eso que el peor pecado que un humano puede cometer es matar a alguien, o causar que alguien sea asesinado. Y eso es lo que hacen los soldados para ganarse la vida”.

“No tienes que seguir pensando así. Pero bueno, claro, digamos que alguien cometió ese pecado. Si tiene cinco hijos y solo uno de ellos abraza el humanitarismo, entonces alguien podría salir de eso que pueda expiar el pecado de su padre, un hijo que puede llevar a cabo las ambiciones abortadas del padre”.

“No necesitas un hijo biológico para llevar a cabo tus ambiciones”, dijo Yang, mirando a Julian. Luego, volviendo sus ojos a su estudiante de clase superior de la Academia de Oficiales, agregó, como si acabara de recordar, “Y lo que dices es que asumes que el padre tiene ambiciones por continuar en primer lugar”.

Yang se levantó para ir al baño, y Caselnes llamó a Julian y lo hizo sentar

en la silla que Yang había ocupado hasta ese momento.

“¿Qué pasa?” Dijo Julián. “Dijiste que había algo importante…”

“Tú, joven, eres el número uno de los leales rseguidores de Yang. Por eso te lo digo: tu tutor lo sabe todo sobre ayer y mañana puede verlo con bastante claridad. Pero las personas así tienen un mal hábito a veces de no saber mucho sobre lo que hay en el menú de hoy. ¿Me sigues?”

“Sí, señor, ciertamente lo hago”.

“Este es un ejemplo extremo, pero supongamos que la cena de esta noche fue envenenada. No importa cuánto sepa Yang sobre el día de mañana y el día siguiente, no representará nada para él personalmente si no se da cuenta de lo que está pasando ahora. ¿Aún conmigo?”

Esta vez, Julian no respondió de inmediato. La luz de un pensamiento profundo bailaba sobre la superficie de sus ojos de color marrón oscuro.

“En otras palabras, me estás diciendo que sea el que pruebe su comida, ¿verdad?”

“Eso lo cubre todo”, dijo Caselnes, asintiendo.

Un rastro de una sonrisa apareció en la cara de Julian. De alguna manera lo hizo parecer muy inteligente.

“Usted hace buenas elecciones de personal, Almirante Caselnes”.

“No creo que sea un mal juez del carácter”.

“Haré todo lo que pueda. Pero aún así, ¿está el almirante Yang realmente en una posición tan peligrosa?”

La voz de Julian había bajado una octava.

“En este momento, las cosas todavía están bien. Siendo que tenemos un

enemigo poderoso en el imperio, los talentos de Yang son esenciales. Sin embargo, nadie sabe con qué rapidez podría cambiar la situación. Ahora, si alguien como yo ha pensado esto, no hay forma de que Yang no lo haya hecho, sino algo sobre ese tipo…”

“No vayas a lavar el cerebro a chicos inocentes para que crean tus extrañas teorías, Alex”, dijo Yang con una sonrisa irónica. Acababa de regresar del baño. Le dijo a Julian que comenzara a prepararse para irse y luego miró a Caselnes, encogiéndose de hombros, algo exageradamente.

“De todos modos, no te preocupes tanto, por favor. No es como si nunca hubiera pensado en esto. No tengo intención de convertirme en el juguete del Señor Trünicht, y quiero vivir lo suficiente como para disfrutar de mis años dorados”.

III

Phezzan. El dominio de la tierra Phezzan.

Era un país muy inusual. Estrictamente hablando, ni siquiera era un país. No era nada más que una unidad especial de gobierno regional bajo la soberanía del emperador del Imperio Galáctico, cuyo gobierno interno y libertad de comercio estaban permitidos por su gracia. Sin embargo, al mismo tiempo, su nombre conllevaba todo tipo de asociaciones para las personas: actividad económica enérgica, riqueza acumulada, prosperidad y oportunidades para el éxito, el placer y el ejercicio de la capacidad. Fueron Cartago, Basora, Córdoba, Chang’an, Samarcanda, Constantinopla, Génova, Lübeck, Shanghái, Nueva York, Marsport y Prosperpina, todo paraíso para las almas aventureras y ambiciosas en la historia de la raza humana, todo en uno.

Originalmente un desierto estéril, este planeta fue pintado con coloridas leyendas de éxitos y cuentos de fallas muchas veces más numerosos.

Phezzan estaba en medio de la corriente. En cualquier punto habitado del universo, la gente, los suministros, el dinero y la información fluían y luego volvían a fluir, acompañados por un aumento en el precio.

En el flujo de información, incluso los chismes eran una categoría importante. En un abrevadero llamado De la Court, un bar ampliamente conocido como lugar de reunión para comerciantes independientes, se dijo que existían innumerables “salas de conversación” y “salas de cartas” además del espacioso bar principal, en el que se encuentran todo tipo de información podría intercambiarse detrás de la seguridad de las paredes insonorizadas y un formidable sistema anti-espionaje.

La mayoría de los rumores que circulaban fueron descartados como rumores irresponsables o simples bromas, pero a veces contenían pequeñas cantidades de información que valían más que el oro. Un ejemplo fue el caso del hombre llamado Valentine Kauf, de quien los comerciantes aún hablaban con respeto a pesar del paso de medio siglo desde los días en que había estado activo.

Kauf había nacido hijo de un propietario de una nave comercial que apenas había sido de clase media; sin embargo, no mucho después de heredar una fortuna de su padre, lo perdió todo en una especulación imprudente. Con la ayuda de un amigo comprensivo, compró un pequeño barco de transporte de mineral e intentó comenzar de nuevo. Ese barco, sin embargo, terminó naufragando en una tormenta magnética, e incluso el amigo que había firmado para Kauf fue llevado a la bancarrota junto con él. Kauf, apoyado en un rincón, había sentido que no le quedaba nada más que hacer una póliza de seguro, nombrar a su amigo como beneficiario y suicidarse para pagar una parte de lo que debía. Y así, una noche, él había estado sentado solo en el bar principal de De la Court, tomando una bebida que había decidido que sería lo último que probaría. Mientras estaba sentado allí, fragmentos de una conversación sobre una mesa habían llegado hasta sus oídos.

“. …; entonces el marqués está adelantando al hermano menor del emperador…; Por otro lado, el ministro de asuntos militares…;”

“. …; Autodestrucción y auto abandono… retrocedió a un rincón… necesita soldados… no gana, pero… Ahora que lo mencionas, se ven como cerdos…; deben rebelarse porque se sienten atraídos por el matadero…”

Estos fragmentos de conversación habían sido seguidos por una risa estridente, pero nunca llegó a los oídos de Kauf. Había cerro de golpe el pago de sus bebidas en el mostrador y salió corriendo de De la Court.

Una semana más tarde, las noticias de un levantamiento habían llevado a los comerciantes a la calle, donde se enteraron de que un joven comerciante desconocido llamado Kauf había comprado por completo una serie de suministros estratégicos. Kauf había investigado las características de las personas mencionadas en esos fragmentos de conversación que había escuchado, averiguado sus nombres y propiedades territoriales, investigó qué minerales eran producidos por esos territorios y predijo qué escasez causaría el caos. Luego había retorcido cada brazo que podía para obtener préstamos, reuniendo capital para comprar esos suministros. Aunque la guerra en sí no duraría ni un mes, las cosas que había comprado serían esenciales durante ese período. Era como si un condenado hubiera saltado desde el duodécimo escalón de la horca y hubiera aterrizado en un trono real— la apuesta de Kauf había tenido éxito. Hizo lo suficiente para comprar una docena de naves comerciales al mismo tiempo y le dio la mitad de sus ganancias al amigo que lo había ayudado antes.

Después de eso, las hazañas de Kauf habían continuado, completamente libres de la mala suerte que había estado con él hasta ese día. Se convirtió en un ganador en tres ocasiones del Premio Sindbad, y cuando murió a mediados de los cincuenta, dejó a seis hijos y una gran cantidad de riqueza. Hoy en día, no queda un pilar del Grupo Financiero Kauf, sin embargo. El hecho de que sus seis hijos hayan heredado su fortuna no significaba que ellos también heredaran su talento y energía. Aun así, aunque solo fuera por una generación, el éxito espectacular de Valentine Kauf fue un hecho histórico — y más que suficiente para fomentar los sueños y ambiciones de los comerciantes de Fezzanese.

“Hoy eres un don nadie que acaba de empezar. ¡Pero mañana podrías ser

Valentine Kauf II!”

Ese eslogan fue publicado en la escuela de comercio más grande de Phezzan, y aunque su mensaje difícilmente podría describirse como refinado, resonó en los corazones de los jóvenes. Esa universidad, por cierto, fue fundada por una subvención de O’Higgins, el amigo leal de toda la vida de Valentine Kauf, por lo que se podría decir que O’Higgins había contribuido más a Phezzan de lo que Kauf había contribuido. La vasta fortuna de Kauf se había desvanecido como un espejismo, pero la universidad que O’Higgins había fundado se mantuvo hasta el día de hoy, produciendo muchos mercaderes, economistas y burócratas libres, y brindando a Phezzan su mayor recurso: gente talentosa.

Un día, en una mesa en el bar principal de De la Court, un grupo de comerciantes que acababan de regresar de un viaje de negocios interestelar estaban disfrutando de bebidas y chismes. El tema de conversación era cómo la sociedad en el imperio cambiaba día a día.

“Parece que los nobles están vendiendo bienes raíces, joyas y valores muy rápidamente, ahora que han perdido sus derechos especiales. Todos pueden ver que tienen una mano débil, por lo que los precios realmente han sido bajos. Incluso si les gustaría protestar por lo que está sucediendo allí, tienen miedo de lo que les pueda pasar después, así que todo lo que pueden hacer es sentarse en sus camas y llorar”.

“Cuando el poder cambia de manos, los que engordan el viejo orden siempre se convertirán en objetivos de venganza en el nuevo. Esa es una regla férrea de la historia”.

“En otras palabras, los descendientes están conectados por sangre a las fechorías de sus antepasados. No me malinterpretes — siento una punzada de lástima por ellos, pero…”

“Guarda tu compasión por todos esos plebeyos de los que los nobles se han estado alimentando durante los últimos quinientos años. Incluso si estuvieran dispuestos a ser castigados por los próximos quinientos años, no sentiría una pizca de simpatía”.

“Ahí vas otra vez, ¿tienes hielo en tus venas o algo? Has podido llevar una vida bastante dulce gracias a la nobleza”.

“Todo lo que hago, lo pongo todo en él, y estoy listo para lo que sucederá si me estalla en la cara. Pero piensan que el dinero simplemente brota de la tierra sin tener que usar tu cerebro o tu cuerpo. Eso es lo que no puedo superar”.

“Bien, bien. Por cierto, recogí un poco de un viejo rumor de funcionarios de la capital del dominio”.

“¿Oh? ¿Qué oíste?”

“Que a Landesherr lo ha estado viendo mucho con una cierta capucha rara últimamente”.

“¿Se está reuniendo con una capucha? Eso no encaja muy bien con mi imagen del Zorro negro”.

“Curiosamente, podría encajar mejor de lo que piensas. Porque al parecer, esta es el tipo de “capucha” que viene con una túnica larga y negra unida”.

En el edificio del capitolio del dominio, donde Adrian Rubinsky hizo su trabajo, los ojos de los empleados se volvieron hacia la sala de espera mientras se susurraban furtivamente entre ellos.

Con sus vidas públicas y privadas extremadamente ocupadas, Landesherr siempre decía que necesitaba dos cuerpos para mantenerse al día (o fallar eso, cincuenta horas en el día), por lo que su personal no podía comprender lo que había entrado para hacerle pasar el dinero. Pasados varios días en conversaciones confidenciales con algún misterioso líder religioso. Pocos Phezzanese eran conscientes de la extraordinaria relación que existía entre el dominio y Terra, y de ellos, solo unos pocos trabajaban en el centro central del gobierno.

La figura vestida de negro permaneció inmóvil en medio de las líneas de visión, convergentes y desaprobadoras de los empleados. Por fin, el secretario salió y lo acompañó a la oficina de Landesherr. Los visitantes que habían solicitado reuniones con Rubinsky antes de la llegada de este hombre solo podían observar su forma de partida con irritación, ya que sus propias audiencias se retrasaban.

Este obispo, enviado por el Gran Obispo de Terra para observar a Rubinsky, se llamaba “Degsby”. Era su estatus y su nombre.

Cuando entró en la habitación, el obispo Degsby bajó la capucha.

El rostro que apareció desde abajo era sorprendentemente joven, probablemente todavía no tenía treinta. Su rostro delgado y pálido anunciaba una vida de abstinencia estrictamente regulada de los placeres mundanos, así como un poco de desequilibrio nutricional. Su pelo negro era largo y desaliñado, y tenía un brillo en sus ojos azules que era como el sol en un bosque tropical lluvioso, un brillo ferviente que hizo que otros se sintieran incómodos, sugiriendo un claro desequilibrio entre la razón y la fe.

“Por favor, su Gracia, siéntese”, dijo Rubinsky. Había asumido una actitud de humildad que era evidente en cada uno de sus movimientos. Sin embargo, todo fue un acto refinado, no algo que brotó naturalmente de su corazón. Degsby se sentó en la silla con un cojinete que no era tan altanero como desinteresado en observar las sutilezas.

“¿Lo que me dijiste ayer es verdad?”, Preguntó, aparentemente sin ver la necesidad de intercambiar saludos.

“De hecho fue. Estoy a punto de comenzar a poner un mayor énfasis en la cooperación económica con el imperio, así como en la asistencia financiera. Aunque no demasiado bruscamente.”

“Al hacerlo, alterarás el equilibrio de poder entre el imperio y la alianza. ¿Cómo planeas usar eso?”

“Al permitir que el Duque Reinhard von Lohengramm unifique toda la galaxia, después de lo cual lo eliminaré y obtendré todo su legado. ¿Hay algún problema con eso?”

Al escuchar las palabras de Landesherr, la sorpresa apareció primero en el rostro del obispo, seguido de un despliegue silencioso de las alas de la sospecha. Después de tomarse un momento para recuperarse, dijo: “Es una buena idea, aunque tal vez un poco egoísta. Pero el mocoso dorado no será tan fácil de engañar, y también tiene a ese sinvergüenza von Oberstein con él. ¿De verdad crees que van a estar de acuerdo con lo que tienes en mente?”

“Pareces bastante informado acerca de la situación”, dijo Rubinsky amablemente. “Sin embargo, ni el duque de Lohengramm, ni el de Von Oberstein son omniscientes o todopoderosos. Seguro que habrá una oportunidad que podamos aprovechar en algún lugar. E incluso si no lo hay, puedo hacer uno”.

Si el duque de Lohengramm hubiera sido omnipotente, no se habría dejado atacar por un asesino el otoño pasado, ni habría perdido a su principal consejero, el almirante Siegfried Kircheis.

“Lo que tiene que ver con la autoridad y las funciones del gobierno”, reflexionó Rubinsky, “Es que cuanto más los centralice, más fácil será manipular todo el sistema simplemente tomando pequeñas porciones. En la nueva dinastía que se avecina, matamos a un hombre — el duque von Lohengramm…; o debería decir, Emperador Reinhard — y asumir el centro neurálgico de su gobierno. Solo eso nos hará los gobernantes de todo el universo”.

“Sin embargo”, dijo Degsby, “Las autoridades gobernantes de la Alianza de Planetas Libres no están muy lejos de nuestro alcance. Phezzanese los tiene en la garganta con su riqueza, y durante el golpe de Estado en que su jefe de estado Trünicht fue salvado por algunos de nuestros propios discípulos. Al margen del Imperio Galáctico, si lo desea, ¿pero no parece un desperdicio dejar que nuestros peones en la alianza mueran? Para ponerlo en sus términos, perderíamos nuestra inversión, ¿no es así?”

El punto del obispo era incisivo. A pesar del equilibrio mental, ciertamente no le faltaba intelecto.

“No, no. No, en absoluto, Su Gracia”, dijo Rubinsky. “El liderazgo de la alianza puede ser utilizado como un agente corrosivo para hacer que la misma alianza se derrumbe desde dentro. En términos generales, no existe una nación que sea tan fuerte internamente que solo pueda ser destruida por un enemigo externo. Y la decadencia interna alienta las amenazas externas. Y aquí está lo importante: la decadencia en una nación nunca comienza desde abajo y se abre camino hacia arriba. La podredumbre comienza en la parte superior. No hay una sola excepción”.

Cuando Rubinsky subrayó ese punto, el obispo lo miró con un brillo irónico bailando en sus ojos.

“A Phezzan se le puede llamar un dominio, pero también es una nación de facto . Seguramente su pináculo no está comenzando a pudrirse como el de la alianza”.

“Eso es bastante duro. Tendré que tener en cuenta mis responsabilidades como estadista. En cualquier caso, creo que es suficiente de esta charla formal por un día…”

El Landesherr le dijo que se estaban haciendo los preparativos para un banquete, momento en el que el obispo se negó bruscamente y se fue.

En su lugar, apareció un joven. Parecía que acababa de salir de la universidad, pero no había una ingenuidad juvenil en el brillo de sus ojos, y aunque tenía una cara bonita, también tenía algo seco y sin emociones. Era un poco delgado, y su altura, mientras que en el extremo superior del promedio, no era suficiente para ser considerado alto.

Fue Rupert Kesselring — instalado como ayudante de Rubinsky el otoño pasado. Su asistente anterior, Boltec, había sido enviado al Imperio Galáctico como comisionado, donde actualmente estaba involucrado en una determinada operación en Odín.

“Debe ser terriblemente duro para usted, Excelencia, cuidar a ese obispo”.

“En efecto. Un dogmático fanático es más difícil de manejar que un oso recién salido de la hibernación…; ¿Qué se supone que significa “vivir por placer”?”

Landesherr — un hedonista autodenominado — se burlaba del comportamiento puritano del joven obispo.

“Hace miles de años, los cristianos lograron apoderarse del antiguo Imperio Romano mediante el lavado de cerebro religioso de su más alta autoridad gobernante. ¡Y los trucos sucios que sacaron después para suprimir o eliminar a las otras religiones! Y gracias a eso, finalmente gobernaron no solo un imperio, sino la civilización misma. En ningún otro lugar encontrarás una invasión tan eficiente. Antes dije que iba a hacer que esa parte de la historia se repitiera, pero fue cuando el plan fue derribar el imperio y la alianza juntos…”

El zorro negro de Phezzan chasqueó la lengua con irritación. Había una muy buena razón por la que finalmente había tenido que renunciar a su plan inicial. Fue debido a la aparición del duque Reinhard von Lohengramm. Su genio abarcaba tanto el gobierno como la guerra, y bajo su dirección, el imperio ahora estaba sufriendo una drástica reforma interna. La vieja y débil Dinastía Goldenbaum estaba a punto de desaparecer para siempre — como era natural — pero a partir de las cenizas de su cadáver, una joven y poderosa Dinastía Lohengramm estaba a punto de nacer.

Derrotar tanto a la alianza como a esta nueva dinastía a la vez no sería una tarea fácil. E incluso si eso fuera bien, lo que vendría después sería un caos político y un colapso de la seguridad a escala galáctica. El restablecimiento de la estabilidad requeriría vastas fuerzas militares y un extenso interregno , y durante ese tiempo, las legiones de pequeñas fuerzas políticas y militares que surgirían antes de que un nuevo orden pudiera tomar forma, mermarán los derechos e intereses de Phezzan.

Y no debemos tener eso, pensó Rubinsky . *Entonces, ¿qué debemos hacer?*

Lo que Phezzan debía hacer era gobernar conjuntamente sobre una galaxia dividida, junto con este nuevo Imperio Galáctico. Esa fue la conclusión a la que Rubinsky había llegado.

“Particionado” no significaba que quería trazar fronteras nacionales en el espacio. No, toda la familia humana se unificaría bajo este nuevo Imperio Galáctico, y la soberanía política y militar, con toda la autoridad que lo acompaña, estaría investida solo de su emperador. Phezzan estaría sujeto a él. Sin embargo, la soberanía económica pertenecería a Phezzan. Al dividir el control sobre las funciones de la sociedad, a diferencia de su espacio tridimensional, el “Nuevo Imperio” y Phezzan podrían coexistir y participar en el desarrollo recíproco. La Alianza de Planetas Libres, decadente y sin esperanza, tendría que desempeñar el papel de fertilizante, enterrada en el suelo de una nueva era.

Sin embargo, Rubinsky solo había compartido una versión editada de sus planes con el joven obispo de la Iglesia de Terra. El objetivo de la Iglesia de Terra no era simplemente la supremacía religiosa, sino una teocracia, en la que los líderes políticos y religiosos se fusionarían por completo. Si hicieron de la Tierra un templo para toda la humanidad, si sus peregrinaciones nunca se detuvieran — bueno, no había ningún problema real con eso. Después de todo, ese débil mundo fronterizo era de hecho la cuna de la raza humana. Pero el pensamiento de la Tierra como la sede de una teocracia, una vez más se convirtió en el centro de autoridad sobre toda la raza humana — un pensamiento demasiado horrible como para siquiera contemplarlo.

Solo significaría el ascenso del Gran Obispo de Terra en lugar del “sagrado e inviolable Emperador Rudolf” — un segundo sentido en el que la historia estaría retrocediendo. Para evitar eso, y para hacer realidad las intenciones de Rubinsky, tuvo que dar una falsa obediencia a la Iglesia de Terra, y luego, en el momento en que se establecieron los sistemas de doble gobierno del imperio y de Fezzan, utilizar el poder militar del imperio para reprimir y destruir el terraismo. No hacía falta decir que sería necesario tener mucho cuidado y precaución. En el pasado, tan pronto como un Landesherr mostrara signos de desprenderse del yugo de la Tierra, pagaría

con su vida. No debe seguir sus pasos — solo una victoria perfecta podría hacer que las cadenas de la Tierra desaparezcan para siempre.

IV

El Conde Jochen von Remscheid, otrora comisionado de alto rango del Imperio Galáctico, ahora vivía la vida de un desertor en una grieta apartada del mundo principal del Dominio de la Tierra de Fezzan.

Como funcionario de alto rango en el antiguo sistema, los juicios del nuevo estarían esperándolo si regresaba al imperio. Si se arrepintiera de sus pecados pasados y jurara lealtad al duque Reinhard von Lohengramm, podría ser perdonado, pero su propio orgullo y las tradiciones de su distinguida casa no le permitirían doblar la rodilla a un advenedizo como el mocoso dorado. Abandonó su residencia oficial y se decidió por una nueva casa en el distrito de Izmail, a medio día de viaje desde la capital. El mar artificial frente a él estaba lleno de agua azul persa, y detrás de él, montañas rocosas que parecían estar hechas de ágata cerradas alrededor. La tierra plana que se extendía era una maraña de cipreses y pastizales. En medio de ella, un edificio hecho de granito y vidrio resistente al calor mostró su presencia silenciosa.

Desde que el joven conde perdió su sustento oficial, vivía en un capullo de soledad y aburrimiento, pero ahora, por primera vez en lo que parecían siglos, estaba sentado en su sala de recepción y saludaba a un invitado. Su invitado era un joven ayudante de Phezzanese llamado Rupert Kesselring.

Dos o tres comentarios despectivos sobre el nuevo sistema de gobierno de Reinhard sirvieron como un intercambio de saludos, y luego su invitado se lanzó de inmediato al motivo de su visita.

“Si me perdonan que lo diga, conde von Remscheid, su Excelencia se encuentra actualmente en una posición extremadamente difícil. ¿Es justo

decir eso?”

Después de una pausa incierta, von Remscheid dijo: “No necesito que me digas eso”. Había una sombra de angustia en sus ojos que la delgada pigmentación de sus iris no podía ocultar. A pesar de que había cedido el uso de sus activos a una empresa fiduciaria de Phezzanese y no tenía inconvenientes en su vida diaria, no podía negar la existencia de un vacío psicológico en su interior. El odio y la ira hacia el nuevo sistema, un anhelo por el hogar y las viejas costumbres — aunque estas pasiones eran negativas, de hecho eran una especie de pasión. Una pasión por la restauración de los viejos caminos irradiaba los ojos pequeños del Conde von Remscheid, extendiéndose ante él. Rupert Kesselring, más de veinte años más joven que el conde, estaba observando esto con una mezcla de frialdad y sarcasmo en sus ojos, pero cuando finalmente abrió la boca, fue muy cortés.

“En realidad, estoy aquí como el mensajero no oficial de Landesherr. Él desea proponer un cierto plan a Su Excelencia, así que si puedo tener su atención…”

Quince minutos después, el conde miraba a Kesselring con una mirada de asombro e incredulidad.

“Esa es una sugerencia bastante audaz. Y tiene su atractivo. Pero tengo que preguntarme si esto está realmente de acuerdo con los deseos de Landesherr, o si de hecho es simplemente que te dejas llevar por ti mismo”.

“No soy más que el dedicado servidor de Landesherr”. El joven ayudante estaba haciendo la modestia de su virtud, a pesar de ser solo un servicio de labios. Por solo un instante, un brillo de acero brilló en sus ojos.

“Sea como sea”, dijo Von Remscheid, “Todavía hay algo que me cuesta un poco entender. No me malinterpretes — esta propuesta tuya es música para mis oídos, pero ¿qué hay para Phezzan? Pensaría que, en el futuro, sería de su mejor interés económico tratar de llevarse bien con el nuevo orden del mocoso dorado”.

Kesselring mostró una suave sonrisa. La mitigación de las dudas del ex comisionado fue un juego de niños. Todo lo que tenía que hacer era hacer una demostración de reafirmar sus prejuicios.

“El Duque von Lohengramm está tratando de transformar no solo la política, sino también la sociedad y la economía del imperio. Sus acciones son radicales, y lo que es más, está actuando arbitrariamente sin la autoridad de nadie más que la suya. Ya ha comenzado a infringir una serie de derechos e intereses de los que Phezzanese ha disfrutado en el imperio. El cambio está bien — pero el cambio en la dirección equivocada es algo que no podemos ignorar. Esa es una explicación extremadamente simple, pero básicamente es donde está Phezzan”.

Von Remscheid lo pensó un momento.

“Naturalmente”, continuó Kesselring, “Una vez que este plan haya tenido éxito y la Dinastía Goldenbaum se haya salvado de las manos de ese despreciable usurpador, Phezzan recibirá una compensación proporcional a sus servicios. Pero la fama como salvadora de la nación será tuya. ¿Qué te parece? ¿No crees que es un acuerdo atractivo para ambas partes?”

“Un “trato” es eso”; el Conde von Remscheid sonrió un poco. “Todo es sinónimo de ofertas para ti, Phezzanese— incluso la vida o la muerte de la nación. Y esa es la altura de la fuerza. Si el imperio pudiera recuperar ese tipo de vitalidad y espíritu, tendríamos otros cinco siglos de orden y estabilidad…”

Cuando Kesselring se volvió casualmente para mirar una pintura en colores pastel en la pared, estaba luchando contra el impulso de echarse a reír. Un hombre sabio reconoce la dificultad, pero el necio no ve nada como imposible. Por lo general, el Conde Von Remscheid no debería haber sido tan incompetente, pero la idea de un Imperio Eterno, penetrado en él desde la primera infancia, no fue algo fácil de superar. Y mientras los partidarios del antiguo orden continuaran viviendo en esa fantasía, el gobierno de Phezzan podría usarlos, ya sea que desertaran a Phezzan o permanecieran en el imperio.

El joven ayudante de Landesherr no estaba perdiendo tiempo ese día. Después de abandonar la residencia del conde Von Remscheid, se dirigió directamente en automóvil a la casa de otro hombre, llamado Henlow. Henlow había sido enviado a Phezzan como el comisionado de la Alianza de Planetas Libres, lo que lo puso a cargo localmente de la misión diplomática de la alianza a Phezzan. Extraoficialmente, él también tenía otro deber. Ese fue su papel como líder de la red de espionaje anti-imperio de la alianza en Phezzan. Ocupó así una posición de gran importancia estratégica para la alianza. Sin embargo, la posición, la responsabilidad y la capacidad no necesariamente van de la mano.

Se dijo que la calidad de los comisionados de la alianza había disminuido en los últimos años. Cada vez que las administraciones cambiaban, los altos funcionarios recompensaban a sus partidarios con cargos lucrativos en el gobierno. Los líderes empresariales y políticos que sabían muy poco de diplomacia aparecerían, habiendo aceptado gustosamente a los comisionados para pulir su reputación. El padre de Henlow había sido el fundador de una corporación conocida, y aunque Henlow era ahora su dueño, se decía que su incompetencia e impopularidad habían agotado todo el afecto que sentía por él, hasta que finalmente la gerencia lo había enviado con mucho tacto al exilio.

Cuando Henlow, con sus mejillas caídas, su gran barriga y sus diminutas cejas, saludó a Kesselring, no pudo ocultar su vergüenza. Le habían señalado recientemente que algunos bonos del gobierno que Phezzan había comprado de la alianza ya habían pasado sus fechas de redención.

“El valor total llega a aproximadamente quinientos mil millones de dinares. Normalmente, deberíamos pedirle que los canjee de inmediato, pero…”

“¿De repente? Pero eso es completamente-e… Quiero decir…;”

“Si, ciertamente lo es. Perdone mi rudeza, pero está totalmente fuera de la capacidad de pago de su país. Así que quisiera que consideren la tolerancia de nuestro dominio en el ejercicio de sus derechos legales como prueba de la amistad y confianza que sentimos hacia su nación”.

“No puedo agradecerte lo suficiente”.

“Sin embargo, eso se extiende solo en la medida en que su país siga siendo una nación estable y democrática”.

El comisionado sintió algo siniestro en la voz y expresión de Rupert Kesselring.

“¿Con lo que te refieres a que Phezzan está abrigando dudas sobre la estabilidad política de mi nación? ¿Puedo interpretar sus palabras de esa manera, señor?”

“¿Suena como si estuviera diciendo algo más?”

En esta aguda respuesta, el comisionado se hundió en un silencio avergonzado.

Kesselring suavizó sus rasgos y asumió un tono de voz más educado.

“Phezzan realmente quiere ver a la Alianza de Planetas Libres continuar como una democracia estable”.

“Muy bien.”

“Las perturbaciones como el golpe de estado del año pasado nos pusieron en una posición extremadamente incómoda. Si el golpe hubiera tenido éxito, el capital que habíamos invertido allí bien podría haber sido confiscado sin compensación en nombre del nacionalsocialismo. La libertad de la industria y la protección de la propiedad privada son indispensables para la supervivencia de Phezzan, y sería muy irritante si el gobierno de su país cambiara de tal manera que negara esas cosas”.

“Ciertamente estoy de acuerdo con lo que estás diciendo. Pero esa conspiración imprudente fracasó, y mi país continúa protegiendo sus tradiciones de libertad y democracia hasta el día de hoy”.
“En cuanto a eso, la contribución del almirante Yang Wen-li fue…; extremadamente grande”.

Las palabras de Kesselring implicaban que Henlow y aquellos como él no habían hecho ninguna contribución, pero como era de esperar, Henlow no se dio cuenta.

“Sí, de hecho. Es un gran comandante…”

“En términos de talento en bruto, reputación y capacidad, no hay nadie en el ejército de la FPA que pueda apoyar al Almirante Yang. ¿No es así?”

“Bien…; ciertamente, pero—”

“¿Y cuánto tiempo crees que un hombre así va a tolerar las ordenes de esta administración actual? ¿Ha pensado en eso, señor Comisionado?”

Durante un tiempo, el comisionado pareció estar reflexionando cautelosamente sobre el significado de las palabras del joven ayudante. Entonces, por fin, una expresión de sorpresa y horror se extendió por su rostro.

“Tú — Tú… no puedes estar sugiriendo que él…”

En respuesta, Rupert Kesselring sonrió como un estudiante de Mephistopheles.

“Veo que usted es un hombre perspicaz, Excelencia”.

No fue del todo sin esfuerzo que Kesselring pudo decir esas palabras.

Internamente, en realidad estaba maldiciendo la cabeza del hombre. Naturalmente, no haría nada que pudiera revelar sus sentimientos honestos, sin embargo. Ahora mismo tenía que guiar pacientemente al comisionado, como si entrenara a un perro olvidadizo para que realizara un truco.

“Pero, pero…; El año pasado, durante el golpe de estado— el almirante Yang se puso del lado del gobierno y detuvo el levantamiento. ¿Por qué un hombre como ese recurriría con ese método contra el gobierno actual?”

“El año pasado es el año pasado. Al menos considera esto: fue debido al Almirante Yang que el golpe pudo ser aplastado de manera tan completa y rápida. Pero si él mismo se volviera ambicioso, ¿quién podría detenerlo una vez que movilizara sus fuerzas? ¿No eran Iserlohn y el Collar de Artemisa completamente impotentes antes de él?”

“Pero…;”

Henlow comenzó a montar una defensa, pero se detuvo sin continuar, sacó un pañuelo y se limpió el sudor de la cara. La duda con sabor a miedo estaba haciendo que su estómago se revolviera. Kesselring podía ver eso claramente. Espolvoree un poco más de especia y su duda tomaría un giro decisivo en sospecha.

“Estoy seguro de que lo que estoy diciendo suena difamatorio, pero tengo algunos motivos…”

“¿A qué te refieres?”

La quijada se tensó, el comisionado Henlow se inclinó hacia delante. Ahora era solo una barata marioneta bailando con la flauta de Kesselring.

“El collar de Artemisa. Doce satélites de ataque en órbita estacionaria sobre Heinessen, y el Almirante Yang los destruyó a todos. Pero, ¿realmente crees que fue necesario destruir a los doce?”

“Ahora que lo mencionas…”, dijo Henlow después de un momento.

“¿Qué pasaría si los veía como un obstáculo para su propia captura de Heinessen más tarde y así los eliminó temprano mientras tenía la oportunidad? Estoy hablando solo por afecto al gobierno de la alianza, y si me equivoco, me equivoco, pero creo que sería mejor que el Almirante Yang se explique a sí mismo”.

Tras haber exhalado todo tipo de venenos retóricos, Kesselring se despidió de la residencia de Henlow. Después de informar sobre todo lo que le había pasado a Landesherr, Kesselring estaba mirando hacia abajo.

“¿Qué pasa? Algo parece estar molestándote”.

“Estoy feliz de que las cosas hayan ido bien, pero hay algo sutil que parece que falta cuando son tan fáciles de manipular. Simplemente me gustaría hacer una negociación en algún momento donde las chispas realmente vuelan”.

“Simplemente no puedes complacer a algunas personas. En poco tiempo, dirás que quieres alguien con quien sea más fácil negociar. E incluso si la negociación de hoy fue fácil, no pienses que fue debido a tus habilidades diplomáticas superiores”.

“Entiendo eso. Fue porque el comisionado está en una posición muy débil…; tanto en público como en privado”.

Rupert Kesselring rió en voz baja. El comisionado era un hombre lleno de deseos mundanos, y de acuerdo con las órdenes de Landesherr, el propio Kesselring le había proporcionado dinero y mujeres hermosas, amasandolo y domesticándolo para su uso futuro. La corrupción de los diplomáticos extranjeros no violó el código moral de los Phezzanese. Las cosas que no podían comprarse con dinero ciertamente existían, pero las que estaban a la venta debían comprarse a sus precios justos de mercado — y una vez compradas, para usarlas.

“Por cierto, Su Excelencia, vacilo en tratar un asunto tan pequeño, pero ¿podríamos hablar por un momento acerca de un hombre llamado Boris Konev?”

“Recuerdo quién es él. ¿Qué hay de él?”

“Hemos recibido una queja un tanto vacilante de la oficina de nuestro comisionado en la Alianza de Planetas Libres. Parece que no es muy cooperativo ni trabajador, y sobre todo está desmotivado al final”.

“Hmm…”

“Como comerciante independiente, parece haber tenido una cabeza aceptable para los negocios. Pero atándolo con el estatus de empleado público…; ¿No fue eso un poco como pedirle a un nómada que vaya y labre un campo?”

“Entonces, ¿qué estás diciendo es que él no es el hombre adecuado para el trabajo?”

“Por favor, perdóname si le he molestado. Si bien creo que las medidas que Su Excelencia toma son sin falta el producto de una profunda consideración…”

Rubinsky dio un sorbo de vino con la punta de la lengua.

“No hay que preocuparse. De hecho, el Sr. Konev bien pudo haber pertenecido a la naturaleza. Sin embargo, tengo peones que pueden parecer inútiles en este momento pero cuyos propósitos se harán evidentes más adelante. Al igual que con las cuentas bancarias y los bonos, cuanto más largo sea el plazo, mejor será la tasa de interés”.

“Eso es cierto, pero…”

“¿Cuántos cientos de millones de años tardó en formarse petróleo en los estratos de la Tierra antes de que se convirtiera en algo utilizable? Comparado con eso, dale a un ser humano cincuenta años y él está seguro de mostrar resultados, sin importar cuán tarde esté. No es nada de qué preocuparse”.

“Cientos de millones de años…; ¿Si usted lo dice?”

En las palabras murmuradas del ayudante se escuchaba una extraña sensación de derrota, como si la brecha en la que estaban hechos los dos hombres acabara de ser llevada a casa. Kesselring se volvió de nuevo para mirar a Landesherr.

“Aun así, se decide la dirección en la que deben moverse los peones en un tablero de ajedrez, pero eso no se aplica a las personas. Se mueven de la manera que quieran, y convertirlos en algo útil puede ser sorprendentemente difícil…”

“No arruines mis metáforas cuando estoy en un rollo. Es cierto que la psicología y el comportamiento humanos son mucho más complicados que los peones en el ajedrez. Así que para hacer que se muevan como tú quieres, solo tienes que hacerlos más simples”.

“¿Qué quieres decir?”

“Conduzca a la otra persona a circunstancias particulares y puede eliminar sus opciones para que haya menos movimientos que pueda hacer. Por ejemplo, tome a Yang Wen-li en las Fuerzas Armadas de la Alianza…”

La posición de Yang era un poco incierta en este momento. Las autoridades de la alianza estaban en lo que podría describirse mejor como una relación de amor – odio con él. Les incomodó pensar que Yang podría saltar al ámbito de la política con su nivel actual de apoyo y robarles legalmente su autoridad. Pero también tenían temores — temores que Rubinsky había inflamado por Kesselring — de que Yang pudiera usar sus vastas fuerzas militares para establecer su propia supremacía de manera extralegal. Dadas estas dos preocupaciones, a las autoridades, por su parte, les hubiera gustado que Yang fuera eliminado. Sin embargo, el genio militar de Yang era absolutamente esencial para la alianza. Si Yang no estuviera allí, las Fuerzas Armadas de la Alianza podrían desmoronarse sin siquiera luchar. Irónicamente, incluso se podría decir que Yang estaba protegido precisamente por el dictador del imperio, el Duque Reinhard von Lohengramm. Si Reinhard no fuera un factor, las autoridades de la alianza se hubieran vuelto locas de alegría y se hubieran deshecho de Yang, cuya presencia ya no habría sido necesaria. Eso no significaba que irían tan lejos como para quitarle la vida, pero no se lo pensarían dos veces antes de inventar un escándalo político o sexual para arrastrar su reputación por el barro y robarle sus derechos civiles. Un líder de primera categoría encuentra un propósito en la pregunta: “¿Qué puedo lograr con mi poder?”

Mientras que el único propósito de un líder de segunda categoría es perpetuar ese poder durante el mayor tiempo posible. Y en su estado actual, la alianza claramente tenía un liderazgo de la variedad de segunda clase.

“Yang Wen-li está en este momento de pie sobre un hilo delgado. Un extremo cuelga de la alianza y el otro del imperio, y mientras se mantenga este equilibrio, Yang podrá mantenerse en pie, aunque sea inestable. Sin embargo…”

“¿Quieres decir que nosotros de Phezzan cortaremos esa cuerda?”

“Ni siquiera tendremos que hacerlo — solo hacer que se deshilache un poco será suficiente. Mientras lo hacemos, las opciones de Yang disminuirán constantemente. Otros dos, tres años y a Yang solo le quedarán dos caminos para elegir: ser eliminados por las autoridades gobernantes de la alianza, o derrocar a las autoridades actuales y tomar su lugar”.

“También es posible que lo maten en la batalla Reinhard von Lohengramm antes de que se trate de eso”.

El asistente de Landesherr simplemente no dejaría de señalar posibles problemas.

“No puedo permitirle al duque von Lohengramm el placer”.

El tono de Rubinsky era simple y sencillo, pero algo oscuro estaba trabajando en su parte inferior. Kesselring tuvo la sensación de que Rubinsky estaba esquivando sus preguntas. “También existe la posibilidad de que Yang Wen-li derrote al Duque von Lohengramm en el campo de batalla. ¿Cómo lidiarías con esa situación?”

“Señor Kesselring…”, dijo Landesherr con un sutil cambio en el tono de su voz. “Parece que he dicho demasiado y que has escuchado demasiado. Ambos tenemos mucho que hacer además de sentarnos aquí y hablar de filosofía. Este plan requerirá que configuremos al Conde von Remscheid como líder, por supuesto, y todavía no hemos elegido a los miembros del equipo que lo pondrán en acción. Primero, necesito que te ocupes de eso.”

Después de un momento de pausa, Kesselring dijo: “Mis disculpas. Pronto completaré las selecciones y luego regresaré con mi informe”.

El ayudante abandonó la habitación y el poderoso cuerpo de Rubinsky se hundió profundamente en su silla.

Cuando este proyecto se puso en acción, el Imperio Galáctico, bajo la dictadura de Von Lohengramm, y la Alianza de Planetas Libres se convertirían en enemigos mortales. Sin embargo, este plan tuvo que ser ejecutado antes de que surgiera un político de gran conocimiento que intentara negociar la coexistencia pacífica entre las dos potencias.

En la firme mandíbula de Landesherr de Phezzan, había una leve sonrisa como la de una bestia carnívora.

No debe darles la oportunidad de darse cuenta de que el enemigo de la Alianza de Planetas Libres no era el Imperio Galáctico sino la Dinastía Goldenbaum. En el momento en que el imperio y la FPA reconocieran a la Dinastía Goldenbaum como un enemigo común que deberían derribar juntos, sería posible la coexistencia pacífica entre el nuevo orden de von Lohengramm y la FPA. Y así nunca deben darse cuenta. La lucha entre las dos grandes potencias debe durar un poco más. No para siempre otros tres años, o tal vez cuatro, serían suficientes. Entonces, cuando las llamas de la guerra se hubieron extinguido por fin, esos tontos despistados nunca se imaginarían quién era el que gobernaba todos los planetas habitados, así como el espacio que los ataba juntos…;

CAPÍTULO 04: COSAS PERDIDAS

I

FUE EL FINAL DE FEBRERO cuando Rupert Kesselring, asistente de Landesherr de Phezzan, visitó a Leopold Schumacher en el valle de Assini-Boyer, a unos novecientos kilómetros al norte de la capital. En una nación centrada en el comercio y el negocio, esta región era una vasta extensión de tierra cultivable. Durante mucho tiempo se había dejado en barbecho, pero el año pasado el grupo de colonos de Schumacher abrió una granja colectiva allí y comenzó a desarrollar la tierra.

Leopold Schumacher mantuvo el rango de capitán en la Armada Imperial hasta el año pasado, cuando se unió a las fuerzas confederadas de los nobles en la Guerra de Lippstadt, sirviendo como oficial del estado mayor del barón Flegel — uno de los más duros de la línea dura. Sin embargo, el barón había ignorado continuamente los consejos y opiniones de Schumacher y, en última instancia, se había puesto furioso y había intentado asesinarlo, solo para ser asesinado a tiros por soldados que tenían más fe en el asesor que en el comandante. Después, Schumacher se había hecho cargo de la tripulación y desertó con ellos a Phezzan. En esta nueva tierra, habían abandonado sus pasados para comenzar de nuevo. Schumacher, de treinta y tres años, había tenido una carrera prometedora por delante en el ejército, pero ahora estaba cansado de la guerra y la conspiración, y buscó una vida de satisfacción tranquila.

Para ese fin, Schumacher había desechado los sistemas de armas en el

acorazado que habían montado a Phezzan y luego había vendido el barco a un comerciante de Fezzanese. El dinero que había distribuido entre la tripulación, y luego trató de partir, dejando el futuro de cada hombre en sus propias manos. Sus subordinados, sin embargo, no se disolverían. A pesar de que habían abandonado su tierra natal y habían desertado a este lugar después de su derrota en la batalla, carecían de la confianza de poder sobrevivir en el mundo de perros come perros de la sociedad de Fezzanese, donde el ingenio rápido y la astucia no eran opcionales y no se podía permitirse bajar la guardia por un minuto. Los cuentos sobre la astuta búsqueda de ganancias del pueblo de Fezzanese se exageraban en el imperio, y la tripulación, formada por soldados simples que no estaban familiarizados con el funcionamiento de este mundo, no sentía que pudieran confiar en sus propias capacidades aquí. Las únicas cosas en las que confiaron fueron la prudencia y el sentido de responsabilidad de Schumacher. Por parte de Schumacher, no podía abandonar a los soldados que lo habían salvado de la boca de una furiosa arma del barón Flegel.

Los soldados habían dejado la cuestión de cómo usar mejor sus acciones por completo para Schumacher, y el ex funcionario del personal — también desconfiando de que pudiera hacer negocios con el Phezzanese y salir como ganador — había optado por dedicarse a la agricultura. No era un trabajo glamoroso, pero era estable. Ni siquiera un pueblo tan orientado a los negocios como el Phezzanese podía vivir sin comida, y en general, estaban dispuestos a pagar precios altos por productos más frescos y deliciosos. Schumacher había calculado que al proporcionar alimentos de calidad a los comerciantes que sabían disfrutar de las mejores cosas de la vida, probablemente podrían llegar a Phezzan.

Schumacher había hecho uso efectivo de los fondos obtenidos de la venta del acorazado. Había comprado terrenos en el valle de Assini-Boyer, instaló una residencia móvil sencilla pero bien equipada y adquirió semillas y plántulas. Para los desertores, una batalla larga y paciente con la tierra apenas comenzaba.

Y entonces apareció Kesselring.

Schumacher parecía ver a su invitado inesperado como nada más que un

intruso molesto. Cuando el asistente de Landesherr dijo que tenía un mensaje importante con respecto a su país de origen, Schumacher respondió: "Por favor, señor, no tiene por qué preocuparse más por mí". Su tono cortés no pudo enmascarar por completo un anillo de evasión. "Lo que sea que esté sucediendo con el imperio y la Dinastía Goldenbaum no tiene nada que ver conmigo. Tengo mis manos llenas construyendo una nueva vida para mí y para mis amigos — no tengo tiempo para pensar en un pasado que he tirado".

"Tira tu pasado si lo deseas", dijo Kesselring. "Pero no desperdicies tu futuro en el proceso. Capitán Schumacher, usted no es el tipo de hombre que debería vivir el resto de sus días manchados de tierra y fertilizante. Si tuvieras la oportunidad de cambiar el curso de la historia, ¿no preferirías hacer eso en lugar de eso?"

"Por favor, vete." El capitán comenzó a levantarse de su silla.

"Espere por favor. Cálmate y escúchame", dijo Kesselring. "Todos ustedes probablemente pueden producir cultivos con su granja. Assini-Boyer está sin uso y abandonado, pero tiene el potencial de producir abundantemente. Lamentablemente, sin embargo, los cultivos no significan nada si no puedes venderlos en el mercado. Un hombre sensato como usted entiende, estoy seguro".

Kesselring estaba impresionado interiormente de que no había ni un solo músculo en la cara de Schumacher tan nervioso. El joven ayudante de Landesherr se dio cuenta de lo que era un hombre fuerte e inteligente, Schumacher. Sin embargo, este juego había sido amañado contra él desde el principio. Schumacher solo tenía un peón para jugar contra un oponente con un conjunto completo de piezas.

Después de un largo silencio, Schumacher dijo: "¿Así es como haces las cosas en Phezzan?" La nota de ira contenida en su voz no estaba dirigida a Kesselring; fue solo un sarcasmo ineficaz dirigido a su propia impotencia.

"Correcto. Esta es la manera de Fezzan". Kesselring no mostró ningún rastro de vergüenza al reconocer su victoria. "Doblamos las reglas cuando

la situación lo requiere. Despréndeme si debes…; aunque el desprecio de un perdedor por un ganador es, creo, una de las emociones más inútiles que existen”.

“Mientras ganas, es probable que pienses que sí”, Schumacher respondió con brusquedad, fijando a Kesselring con una mirada de descontento. El ayudante era casi exactamente diez años menor que él. “Bien entonces, vamos a escucharlo. ¿Qué es exactamente lo que quieres que haga? ¿Asesinar al duque von Lohengramm o algo así?”

Kesselring le dio una sonrisa.

“A Phezzan no le gusta el derramamiento de sangre. Después de todo, la paz es el único camino que conduce a la prosperidad”.

Quedó claro que Schumacher no había comprado ni una palabra de eso, pero lo que necesitaba el joven ayudante era el cumplimiento de Schumacher, no su creencia. Le dio el mismo discurso que le había dado al Conde von Remscheid el otro día y notó con satisfacción la expresión de sorpresa en la cara de Schumacher.

El conde Alfred von Lansberg también estuvo en el mundo principal del dominio de la tierra de Fezzan, quejándose de su mala suerte como desertor. Con solo veintiséis años de edad, ya estaba experimentando cambios mucho más grandes en su estilo de vida que el que su bisabuelo había visto en su vida cuatro veces más. Su bisabuelo había disfrutado del banquete, el juego de caza y las mujeres hasta el día de su muerte, pero antes de acumular mucha experiencia en cualquiera de esas áreas, Alfred se había mezclado en el gran levantamiento que había dividido el imperio por la mitad, y como resultado Había perdido hasta la última marca de su herencia. Su única buena fortuna era que todavía estaba vivo.

Alfred apenas había logrado retirarse del campo de batalla sin ser asesinado, y después había huido a Phezzan. Allí había vendido sus gemelos de zafiro estrella — un regalo del emperador anterior, Friedrich IV

— para pagar gastos de vida temporales y luego comenzar a componer un volumen titulado *Historia de la guerra de Lippstadt* . Su poesía y sus cuentos cortos siempre habían sido bien recibidos en los salones de los aristócratas.

Cuando terminó la primera sección, Alfred llevó el manuscrito triunfalmente a un editor, solo para que fuera rechazado cortésmente.

"El trabajo de su Excelencia ciertamente tiene varios puntos importantes", le había dicho el editor a un indignado Alfred. "Pero es demasiado subjetivo, hay inexactitudes, y tengo mis dudas sobre el poco valor que tiene como registro de eventos…; En lugar de usar un estilo tan adornado y escribir lo que dicte su pasión o el romanticismo, debe adoptar un estilo más sobrio, escribir con calma y objetivamente…"

El joven conde había arrebatado su manuscrito de las manos del editor, recogió los jirones de su autoestima y volvió a su residencia temporal. Había tomado mucho vino para dormir esa noche.

Al día siguiente, su estado de ánimo había sido completamente diferente. ¡No era un mero cronista de los acontecimientos! Era un hombre de acción. En lugar de copiar el pasado en hojas de papel, ¿no debería actuar en el presente y usar sus propias manos para construir el futuro?

Fue con pensamientos como estos que se arremolinaban en su mente que recibió la visita de Rupert Kesselring, ayudante de Landesherr de Fezzan. El ayudante, más joven incluso que Alfred, habló cortésmente: "Conde von Lansberg, ¿podría tener la intención de ofrecer su lealtad y pasión por el bien de su patria? Si es así, el conde von Remscheid está encabezando un proyecto en el que me gustaría que Su Excelencia participe en…"

Cuando escuchó lo que era el proyecto, el conde Alfred estaba sorprendido y emocionado, y aceptó el lugar para participar. Poco después, fue presentado a Schumacher, quien era responsable de poner el plan en acción.

El ex capitán imperial era consciente de que Alfred había sido amigo del difunto barón Flegel. *Esto podría volverse incómodo* , se preocupó

Schumacher, preparándose para lo peor.

Alfred, sin embargo, se había reunido con muchos capitanes durante el levantamiento y no recordaba nada sobre esto.

“Entiendo que usted y yo fuimos compañeros antes”, dijo, “y a partir de hoy seremos hermanos de armas. Me alegro de conocerte.”

La mirada en la cara de Alfred no fue discriminatoria ni dudosa cuando extendió su mano hacia Schumacher. Cuando Schumacher se estiró para sacudirlo, pudo sentir burbujas alternas de alivio e inquietud que subían a la superficie de su conciencia.

Alfred von Lansberg era lo suficientemente agradable como para estar cerca y tenía energía y valor de sobra, pero tenía una tendencia a confundir la realidad con la especulación. Sin embargo, cuando Schumacher pensó en los posibles resultados de este esquema, fue difícil para él sentirse muy optimista.

¿Podría este plan tener éxito? Schumacher no pudo evitar preguntarse. E incluso si lo hiciera, ¿qué se suponía que debía lograr? ¿Haría algo además de propagar las llamas de la guerra y crear un obstáculo en el camino hacia la paz? Pero incluso mientras Schumacher pensaba en estas cosas, todavía no tenía más remedio que participar, dada la posición en la que estaba.

De esta manera, Rupert Kesselring avanzaba de manera constante en la reunión de las personas necesarias para el plan. Tenía todo el tiempo y el dinero que necesitaba. Estaba seguro de que el plan funcionaría. Y cuando fue ejecutado, toda la raza humana se derrumbaría con asombrada incredulidad. Esperaba ver cómo reaccionaría el duque Reinhard von Lohengramm, un año menor que Kesselring.

Cuando llegara ese día, incluso Landesherr Rubinsky no tendría más remedio que reconocer su habilidad…;

II

Hildegard von Mariendorf, o Hilda, asistía ahora a Reinhard en el papel de secretaria del primer ministro imperial. Reinhard pensaba que la riqueza de sentido político, diplomático y estratégico que aportaba era muy apreciada. Sin embargo:

“No se trata solo de su talento”.

Esa observación fue el mayor denominador común en los pensamientos de todos los subordinados de Reinhard — tanto funcionarios civiles como militares. Reinhard, de veintidós años, y Hilda, de veintiún años, eran bellezas raras, y cuando estaban de lado a lado, algunos incluso comparaban la vista con la de Apolo y Minerva de los mitos de la antigua Roma. Sin embargo, no lo comentaron en público — en el imperio, la palabra “mito” estaba restringida a la antigua tradición germánica.

Hilda no se ajustaba a la imagen de la dama bien educada que se podría imaginar de la hija de un conde. Su cabello rubio oscuro estaba cortado, y cuando ella caminaba con ese ligero resorte en sus pasos, se veía tan vibrante y llena de vida que los espectadores sentían más la impresión de un niño. Para su padre, el conde Franz von Mariendorf, Hilda era una especie de milagro. Había crecido sin trabas por las convenciones de la aristocracia, y esto le había proporcionado poderes de razón que excedían los límites de su edad y posición. No se arrepintió de nunca haber tenido un hijo. Gracias a Hilda, incluso en medio de la guerra de Lippstadt, el conde pudo prever con precisión lo que le esperaba y guiar a su familia a lo largo de ese tiempo hasta la seguridad.

Hilda no tenía hermano mayor ni menor. Lo que sí tenía era un primo, el barón Heinrich von Kümmel. Su cabello blanco plateado, sus rasgos faciales atractivos pero pálidos, la falta de músculo en su cuerpo delgado — parecía más que simplemente delicado; Parecía débil y frágil. De hecho, su salud era bastante deficiente y, como tenía que pasar la mayor parte del día en la cama, no se había unido al Acuerdo de Lippstadt — uno de los cuales

fue su fuga de la destrucción.

Para cuando nació, ya le habían diagnosticado una enfermedad metabólica congénita. Desde su nacimiento, su cuerpo carecía de suficientes enzimas y su desarrollo se había visto obstaculizado por su incapacidad para descomponer o absorber adecuadamente los azúcares y los aminoácidos. Al alimentar a los bebés afectados con un tipo especial de leche terapéutica durante un período de varios años, fue posible curar esta condición por completo. Sin embargo, esa leche era extremadamente cara.

De acuerdo con la Ley de Eliminación de la Inferioridad Genética promulgada por Rudolf el Grande, los niños con discapacidades congénitas no valían la pena mantenerlos con vida. Luego siguió que, legalmente hablando, producir esta leche para salvar a los débiles estaba fuera de discusión. El problema real, sin embargo, fue que los niños con discapacidades físicas nacieron en familias aristocráticas y comunes. De hecho, se había producido una pequeña cantidad de leche terapéutica para satisfacer la demanda aristocrática, pero se había vendido a precios que superaban el poder adquisitivo de los plebeyos. Para la clase dominante del Imperio Galáctico, los plebeyos no tenían importancia más allá de su trabajo y la carga fiscal que soportaban para alimentar a la clase dominante. Los trabajadores diligentes, por supuesto, debían ser elogiados, pero los débiles e incapacitados — los que no hicieron nada más que cargar a otros sin hacer una contribución propia a la sociedad — no tenían ningún derecho a la vida.

En circunstancias normales, Heinrich habría muerto en la infancia. La única razón por la que su vida se había extendido era porque había nacido en una familia aristocrática de ingresos medios. Dependiendo de los factores externos y de la naturaleza del individuo, aquellos en tales “circunstancias privilegiadas”, podrían encontrar alimento para un pensamiento profundo en esto, o podrían simplemente aceptarlo de manera complaciente sin críticas. Paul von Oberstein, quien había necesitado ojos artificiales desde su nacimiento, lo había contemplado a fondo y había tomado medidas para derrocar un sistema que consideraba malo, pero a Heinrich le faltaba la fuerza física para tal actividad. Cuando era un recién nacido, los médicos habían dicho: “Vivirá hasta los tres años” y, a los cinco años, dijeron:

“Otros dos años como máximo”. Cuando tenía doce años, le dijeron: ” Probablemente no llegará a los quince.”. Su prima Hilda — tres años mayor que él — nunca pudo evitar sentirse protectora con él e hizo lo que pudo para ayudar a su primo.

Para Heinrich, Hilda no era solo una prima mayor. Ella no solo era hermosa, sino también vivaz y sabia — el objeto de admiración de él que bordeaba la adoración. Habiendo perdido a sus padres cuando era niño, había sucedido al jefe de su familia con su tío — el conde Franz von Mariendorf — como su tutor. Dejando de lado el intelecto, le faltaba edad, experiencia y salud, por lo que su herencia había sido puesta bajo la administración del Conde von Mariendorf. Si el conde hubiera estado dispuesto a hacerlo, podría haber malversado a toda la fortuna de la familia von Kümmel; sin embargo, había muy pocos entre la nobleza imperial que eran tan honestos y dignos de confianza como el Conde von Mariendorf.

La tendencia de Heinrich hacia la adoración de héroes fue probablemente natural Él admiró a varias personas cuyos logros en el transcurso de una sola vida habían abarcado numerosos campos: Leonardo da Vinci; reformador político, guerrero y poeta Ts’ao Ts’ao; el soldado, revolucionario, matemático y técnico Lazare Carnot; emperador, astrónomo y poeta Rukn al-Dunya wa al-Din Abu Talib Muhammad Toghrul-Beg ibn Mikail.

Un día, Hilda le pidió al almirante Ernest Mecklinger, un subordinado de Reinhard, que viniera a conocer a Heinrich. A los ojos de Heinrich, Mecklinger era, en cierto sentido, un ser humano ideal.

No a diferencia del Yang Wen-li de la Alianza de los Planetas Libres, Mecklinger se había unido al ejército de mala gana. Pero a diferencia de Yang — cuyo expediente tenía “tomando siestas” escritas en su columna “Intereses y aficiones” — Mecklinger estaba dotado de poderes fértiles de expresión artística. En el concurso anual de arte de la Academia Imperial de Arte, ganó premios tanto en la prosa poema como en las categorías de acuarelas, y sus actuaciones en el piano fueron alabadas por los críticos como “una fusión perfecta de atrevimiento y delicadeza”. Además, mostró una capacidad confiable como un oficial militar en conflictos como la

batalla de Amritsar y la guerra de Lippstadt, en la que había brillado con numerosas hazañas impresionantes. Como comandante, fue más el estratega que observó la marea de la batalla con una visión amplia, posicionando y conteniendo las fuerzas necesarias en respuesta a los dictados de las circunstancias. Podía comandar bien una gran flota, pero la habilidad que poseía como asesor era aún más difícil de conseguir.

Aceptando la solicitud de Hilda, el "Artista-Almirante" visitó la mansión donde vivía Heinrich, una acuarela de su propia creación en la mano y, junto con Hilda, pasaron una hora con él en una agradable conversación. Heinrich se excitó demasiado y estalló con una leve fiebre. Se llamó a un médico para que pusiera fin a la conversación, pero Hilda, que había ido al atrio para despedir a Mecklinger, le hizo una pregunta mientras ella le estaba dando las gracias. Cuando el almirante entró en la habitación del enfermo de Heinrich, una expresión de sorpresa extremadamente sutil cruzó su rostro, y ella sintió curiosidad por saber la razón de ello.

"Oh, ¿así se mostró en mi cara?", Dijo Mecklinger, sonriendo suavemente debajo de su bigote marrón, bien recortado. A los treinta y cinco años, era relativamente viejo entre los almirantes bajo el mando de Reinhard. "En realidad, conozco a algunas otras personas con afecciones como la suya y he notado que las personas que no pueden moverse libremente a menudo tienen mascotas. Aves, gatos, etc. Sin embargo, no vi nada de eso en la habitación del barón von Kümmel, así que pensé: 'Oh, me pregunto si a él no le gustan los animales'. Eso fue todo lo que fue".

Era cierto que Heinrich nunca había tenido animales pequeños a su lado. ¿No necesitaba la compensación psicológica de disfrutar— o envidiar— la vista de un animal moviéndose?

El comentario de Mecklinger le recordó a Hilda la duda de que ella misma había tenido una vez antes, aunque le tomó menos de dos horas olvidarlo por completo.

Tanto Hilda como Mecklinger estaban equipadas con inteligencia y sensibilidad inusuales. Probablemente esa era la razón por la que ella había sentido esa duda, aunque había sido un capullo demasiado pequeño para

crecer en algo más. Sería mucho, mucho más tarde, que tanto la hija del conde que sirvió como secretaria del primer ministro imperial como el almirante de la Armada Imperial que era poeta y pintor, recordaran esta conversación fugaz. Cuando volviera a surgir, vendría acompañado de algo amargo.

El plan para mover la Fortaleza de Gaiesburg, ideado por el almirante técnico von Schaft y ejecutado por Kempf y Müller, no era uno de los que Hilda estaba necesariamente a favor. Dicho sin rodeos, ella lo criticó sin ambigüedades. Lo que el universo necesitaba ahora, creía, eran las habilidades de Reinhard como constructor, no sus habilidades como conquistador. Hilda no era partidaria del pacifismo absoluto. Al igual que la confederación de antiguos aristócratas que habían representado al difunto Duque von Braunschweig, había enemigos de la reforma y la unidad que deben ser derrotados por la fuerza militar. Dicho esto, la fuerza militar no era todopoderosa. La fuerza militar derivó su potencia del bienestar político y económico; Si una nación permitiera que cualquiera de estos se debilitara y solo fortaleciera sus fuerzas militares, no se podían esperar victorias duraderas. En términos extremos, la fuerza militar fue un último esfuerzo para revertir la derrota política o diplomática y fue más valiosa cuando no se puso en acción.

Lo que Hilda no podía entender era por qué, en este momento, era necesario invadir el territorio de la Alianza de Planetas Libres. Todo lo que podía pensar era que esta invasión claramente carecía del elemento de inevitabilidad.

El plan para mover la fortaleza de Gaiesburg avanzaba rápidamente bajo la dirección energética de Karl Gustav Kempf. Al mismo tiempo que se hacían reparaciones a la propia fortaleza, doce motores warp y doce motores de navegación convencionales estaban conectados en forma de anillo alrededor de ella. La primera prueba de warp estaba programada para mediados de marzo. En la actualidad, 64,000 ingenieros militares estaban trabajando en el proyecto, y Reinhard había decidido aprobar la solicitud de Kempf para movilizar a otros 24,000.

“No me había dado cuenta de lo complicado que es la deformación”, le dijo Reinhard a Hilda durante el almuerzo un día. “Si la masa es demasiado pequeña, no se puede obtener la salida del motor necesaria para deformarse, pero si la masa es demasiado grande, la salida del motor superará el límite. E incluso si usa varios motores, tienen que funcionar en perfecta sincronización — y no pulverizarse y morir, por supuesto — o la Fortaleza de Gaiesburg se perderá para siempre en el subespacio o se reducirá en sus componentes atómicos. Von Schaft está lleno de confianza, pero la dificultad de este proyecto está en la ejecución, no en la planificación. En esta etapa, von Schaft no necesita estar al tanto de lo que él es”.

“Sin embargo, el almirante Kempf está haciendo un buen trabajo”.

“No es como si hubiera sido completamente exitoso todavía…”

“Ciertamente quiero que tenga éxito. Terminarás perdiendo un almirante capaz si falla”.

“Si Kempf muere así, solo demostrará la medida del hombre que es. Incluso si él sobreviviera, no sería de gran utilidad”. En ese momento, la voz de Reinhard había ido más allá de los límites de la calma y la apreciación; resonó con fría crueldad.

¿Qué dirías si Siegfried Kircheis estuviera vivo? Hilda se detuvo justo antes de decir en voz alta. Solo había una persona en el mundo que podía decirle eso a Reinhard. Esa era la mujer que vivía en la villa de la montaña en Floren, que tenía el mismo cabello dorado que su hermano menor y una sonrisa como la luz del sol otoñal, y que llevaba el título de Condesa von Grünewald.

Reinhard se movió con una gracia imprudente cuando llevó su copa de vino a sus labios. Al verlo, Hilda notó una especie de peligro que este elegante joven llevaba dentro de él. Un semental salvaje y alado había hecho su hogar dentro de él y se había convertido en su fuerza motriz. Y sus riendas — ¿Reinhard las sostuvo él mismo, o estaban en manos del difunto Siegfried Kircheis? Ese pensamiento acosó a Hilda y no la dejaría ir.

III

“En el aspecto técnico, no hay razón para que no podamos mover la fortaleza. El problema que tenemos que resolver es la relación entre la masa y la salida del motor. Ese es el único punto de pelea”.

El almirante técnico Von Schaft concluyó su discurso con confianza, dejando a sus oyentes sin una pequeña causa de preocupación.

La masa de la fortaleza de Gaiesburg ascendió a aproximadamente cuarenta billones de toneladas. ¿Cuánto afectaría esto al espacio normal cuando una masa tan enorme se desviara al subespacio y luego volviera a salir? ¿No sería letal si hubiera un terremoto en el espacio-tiempo? En el mundo real, ¿era posible activar doce motores warp con *perfecta* simultaneidad? Si se activaran con un error de una décima de segundo, ¿no se atomizaría el personal de más de un millón de personas dentro de la fortaleza o se enviaría a vagar al subespacio por toda la eternidad?

Los experimentos a pequeña escala se llevaron a cabo una y otra vez, y los buques de investigación se desplegaron cerca de las regiones del espacio donde la fortaleza estaba configurada para deformarse al entrar y deformarse al salir. Cuando el proyecto se puso en marcha por primera vez, Reinhard exigió una precisión “tan cercana a la perfección de la que son capaces los seres humanos”, y como Kempf y Müller eran excelentes gerentes, estaban empleando todos los medios que podían pensar para aumentar las posibilidades, del éxito. Naturalmente, sin embargo, no había ninguna garantía de que esto trajera un resultado perfecto.

Mientras tanto, Reinhard también se estaba lanzando a su trabajo como primer ministro imperial. Trabajaba todos los días, excepto los domingos, y pasaba la primera mitad del día en la Almirantía y el resto del día en la oficina del primer ministro imperial. Los almuerzos que comía tarde a la

una marcaban el punto de división. Hilda a menudo llenaba el papel de la fecha del almuerzo; Reinhard disfrutó hablando con la hermosa joven. Parecía más interesado en el intelecto de Hilda que en su belleza. Un día, cuando la conversación se refirió a la Guerra de Lippstadt del año anterior, Hilda le dijo: “El Duque de Braunschweig tenía una fuerza militar más grande que Su Excelencia, pero fue destruido debido a tres cosas que le faltaban”.

“Por favor, dime — quiero escuchar cuáles fueron esas tres cosas”.

“Muy bien. Su corazón carecía de equilibrio, sus ojos carecían de perspicacia y sus oídos carecían de la voluntad de escuchar las opiniones de sus subordinados”.

“Entiendo.”

“Dicho al revés, Su Excelencia pudo asegurar la victoria sobre un gran enemigo porque estaba equipado con todas esas cosas”.

Tomando nota de su uso del tiempo pasado, el brillo en los ojos azul hielo de Reinhard se endureció ligeramente. Dejó una taza de café hecha de porcelana fina sobre la mesa y miró directamente a su encantadora secretaria.

“Parece que tendrías palabras conmigo, fräulein”.

“Sólo el tipo de conversación que uno tiene sobre el té. Es aterrador que me mires así”.

“No debes temer a alguien como yo…;” Reinhard sonrió irónicamente, y por un instante su rostro era el de un niño.

Hilda siguió adelante. “Naciones, organizaciones, asociaciones — llámenlas como quieras, pero hay algo absolutamente esencial para unir a grupos de personas”.

“¿Oh? ¿Y qué es eso?”

“Un *enemigo* .”

Reinhard se echó a reír.

“Tú hablas la verdad. Afilada como siempre, fräulein. Entonces, ¿quién podría ser ese enemigo que mis subordinados y yo necesitamos?” Hilda le dio a Reinhard la respuesta que probablemente había visto venir:

“La Dinastía Goldenbaum, por supuesto”, dijo Hilda. Ella no quitó sus ojos

El joven primer ministro imperial. “El emperador solo tiene siete años, y su edad, talentos, habilidades y demás no representan ningún peligro para usted en este momento. Como jefe actual de la Dinastía Goldenbaum, y como heredero de la sangre de Rudolf el Grande, podría convertirse en un símbolo de solidaridad para que las viejas fuerzas se unan. Ese es el único problema con él— no hay otro”.

“Tienes toda la razón”, dijo Reinhard, asintiendo con la cabeza.

Las cualidades que podría poseer el emperador de siete años Erwin Josef todavía eran una cuestión de territorio inexplorado. Además de ser un poco irritable, en este punto parecía un niño completamente normal, mostrando poco en el sentido de agudeza o razón. Comparado con Reinhard a esa edad, le faltaba tanto en términos de apariencia como de ese brillo que venía de dentro. Aún así, incluso entre los grandes había una cosa tal como una “Flor tardía”, por lo que era difícil predecir cómo podría crecer en el futuro.

Reinhard no había privado materialmente al emperador. Era un hecho que había recortado los gastos de palacio y el número de chambelánes en comparación con los días del emperador anterior, Friedrich IV. Aún así, todavía había docenas de adultos que lo esperaban: tutores, cocineros, niñeras profesionales, enfermeras, paseadores de perros…; Su comida, su ropa e incluso sus juguetes eran lujosos más allá de los sueños más salvajes de cualquier niño común. Lo que él quisiera le fue dado, y no importaba lo que hiciera, no había nadie que lo regañara. Tal vez esta fue, de hecho, la

mejor manera posible de cortar de raíz cualquier grandeza futura que pudiera desarrollar. Incluso alguien con el potencial de un gran ingenio y razón, probablemente se verá arruinado por ese entorno.

“No te preocupes, fräulein”, dijo Reinhard con suavidad. “Ni siquiera deseo convertirme en un asesino de niños. No mataré al emperador. Como dijiste, necesito un enemigo. Y por mi parte, me gustaría ser más generoso que mis enemigos y tan justo como sea posible…”

“Bien hablado, Su Excelencia.”

Hilda no tenía ninguna simpatía por la Dinastía Goldenbaum. A ella misma le pareció un poco extraño que ella, nacida en una familia aristocrática, debería abrazar el tipo de pensamiento que podría tener un republicano. Aun así, no quería que Reinhard se convirtiera en asesino de niños. La usurpación no era nada de qué avergonzarse. Era algo de lo que estar orgulloso, de hecho, una prueba de que la capacidad de uno había triunfado sobre la autoridad. ¿Pero matar a un niño pequeño? No importa cuáles sean las circunstancias, eso nunca escaparía a las críticas de las generaciones futuras…;

IV

Antes de que se llevara a cabo la prueba distorsión, el almirante Karl Gustav Kempf regresó brevemente a la capital imperial de Odín para hacer un informe de progreso al mariscal imperial Reinhard von Lohengramm, comandante en jefe de la Armada del Espacio Imperial.

“¿Crees que funcionará?”

Una respuesta firme y militar respondió a la pregunta de Reinhard: “Es seguro que funcionará. Usted puede contar con eso.”

Reinhard fijó los ojos azul hielo en su subordinado alto y poderosamente construido, asintió y, suavizando su expresión, le recomendó pasar una noche en casa con su familia. Kempf había planeado regresar a Gaiesburg de inmediato, pero en cambio su itinerario y regresó a su residencia oficial. Kempf tenía esposa y dos hijos. Esta fue la primera oportunidad que tuvieron en varios meses para estar todos juntos, y con gratitud hacia el joven mariscal imperial, Kempf les dijo a sus hijos: "Tu *vati* está a punto de irse al espacio para cuidar de algunos tipos malos. Sin embargo, ambos son hombres, así que quiero que sean buenos y cuiden de sus *mutti* ".

Kempf sabía muy bien que los hechos no eran tan simples, pero creía que uno debería buscar claridad y simplicidad cuando se trata de niños. A medida que crecían, naturalmente aprendían a comprender las complicaciones y la fealdad del mundo. Tal vez algún día llegarían a resentirse por la simple y clara visión del mundo que su padre les había impartido, pero era su creencia de que cuando se convirtieran en padres, llegaría el momento en que lo entenderían.

"Chicos, ¿no le dicen adiós a su padre?"

A instancias de su madre, el mayor de los dos años de edad, Gustav Isaak, agarró el cuerpo grande y fuerte de su padre y, estirándose tan alto como pudo, habló estas palabras a su padre: "Adiós, papá. Ven a casa pronto".

Su hermano de cinco años, Karl Franz, se agarró de la espalda del niño mayor.

Como era de esperar, él también se estiraba. "Adiós papi Tráeme un regalo, ¿de acuerdo?"

Ante eso, su hermano mayor se dio la vuelta y lo regañó. "¡Tonto! Papá se va a trabajar. ¡No tiene tiempo para comprar regalos!"

Pero su amable padre se echó a reír, alisando el cabello castaño de su hijo menor con una palma grande cuando el niño comenzó a sollozar.

"Traeré regalos la próxima vez. Pero — oh espera, ¿qué tal esto? No hemos

visitado la casa de tu abuela en mucho tiempo. ¿Por qué no vamos a verla cuando regrese?”

“Cariño, ¿estás seguro de que deberías estar haciendo promesas así? Ellos se pondrán contra tuya si lo rompes”.

“¿Eh? Oh, estará bien. Una vez que haya logrado que esta misión sea un éxito, debería poder tener un poco de vacaciones. También deberíamos poder comenzar a enviar más dinero a tus padres”.

“Eso no es lo que estoy— querido, solo trata de mantenerte a salvo. Por favor, vuelva a nosotros con seguridad. Eso es todo lo que estoy pidiendo”.

“Ni que decir. Vuelvo enseguida.”

Kempf besó a su esposa, tomó fácilmente a los dos chicos en sus brazos y sonrió una vez más. Con un toque de humor rústico, le preguntó a su esposa: “¿Alguna vez he ido a la batalla y no he vuelto antes?”

Hilda no fue la única crítica de la invasión planeada. Wolfgang Mittermeier y Oskar von Reuentahl, considerados los “pilares gemelos” de las fuerzas imperiales, tenían una opinión similar. Aunque al principio se sintieron decepcionados al enterarse de que alguien, además de ellos, había sido designado para dirigir la misión, el arrepentimiento se había transformado en asombro e incredulidad al enterarse de que toda esta operación había surgido de la mente del Comisionado de Ciencia y Tecnología de Schaft. Era evidente que sus motivos eran extremadamente personales.

Una noche en un club para oficiales de alto rango, los dos llevaron una cafetera a una habitación privada. Mientras jugaban varios juegos de póquer, dejaron volar con todo tipo de mordaz insinuación con respecto a von Schaft.

“Incluso si él ha ideado una nueva teoría táctica”, dijo Mittermeier, “tiene cosas espectacularmente atrasadas si piensa que esa es la razón para

presionar para un ataque”. Este es un *mumei-no-shi* , y como sujeto de su señor, debería avergonzarse de sí mismo por recomendarlo”.

Con una fuerte voluntad, el Mittermeier había emitido una crítica punzante con esas palabras. *Mumei-no-shi*, un antiguo término chino que significaba “un desperdicio de 2,500 soldados”, estaba reservado para las guerras sin ley sin ningún propósito, y de todos los términos utilizados para criticar la guerra, esto fue lo más duro.

Kempf había sido nombrado comandante en jefe para el envío, y Mittermeier había estado conteniendo sus críticas desde que había comenzado a trabajar en el proyecto. En primer lugar, las cosas se habían movido más allá de la etapa en la que se permitía la crítica, y en segundo lugar, no quería que la gente pensara que estaba celoso de los éxitos que Kempf pudiera tener en el campo. Aún así, solo para von Reuentahl, dijo: “Tenemos que acabar con la Alianza de Planetas Libres eventualmente, pero este despliegue es inútil e innecesario. No puede ser saludable para la nación movilizarse innecesariamente y volverse arrogante debido a nuestra fuerza militar”.

Mittermeier era un valeroso comandante — tanto que se le llamaba “el Lobo de Gale” como un apodo — pero eso no significaba que fuera innecesariamente agresivo. Nada podría estar más lejos de él que cometer actos sin sentido de salvajismo o brutalidad, o sentirse innecesariamente orgulloso de la fuerza militar.

“Si Siegfried Kircheis todavía estuviera vivo, estoy seguro de que podría convencer al Duque von Lohengramm para que no lo haga”, dijo Mittermeier con un suspiro.

A todos les había gustado ese joven pelirrojo. Había sido desinteresado hasta el extremo, y su muerte ha sido un golpe para muchos. Con el paso del tiempo, el dolor y la conmoción se habían reducido, pero la sensación de pérdida solo se había profundizado. Para aquellos que lo habían conocido, era como si hubieran encontrado un asiento vacío en sus corazones que nunca deberían haber sido desocupados.

Y si me siento así, ¿cuánto peor es para el Duque von Lohengramm?

Pensó Mittermeier, incapaz de ayudar a sentir simpatía.

Él y su colega Oskar von Reuentahl se conocieron por primera vez con Reinhard hace cuatro años. Reinhard tenía dieciocho años en ese momento y ya tenía el rango de comodoro. Mittermeier, de veintiséis años, y von Reuentahl, de veintisiete años, habían sido capitanes, y Siegfried Kircheis, que seguía a Reinhard como una sombra, aún no había superado al comandante de teniente.

Dado que Reinhard aún no había adquirido el par y el apellido de von Lohengramm, se había ido con su antiguo nombre de von Müsel en ese momento. Acababa de regresar de la región estelar de Van Fleet, donde había capturado en combate a los oficiales de la alianza, y los soldados se habían sentido ligeramente sorprendidos cuando lo vieron. Era un joven increíblemente hermoso, en cuyas espaldas blancas alas no habría estado fuera de lugar. Sin embargo, habían sentido que había más intensidad que bondad en sus ojos azul hielo — más intelecto que inocencia, más agudeza que amistad.

“¿Qué piensas?” Mittermeier había preguntado. “¿Sobre el mocoso dorado, o como se llame?”

“Hay un viejo dicho”, respondió von Reuentahl, “’No confundas un cachorro de tigre con un gato’. Lo más probable es que ese sea un tigre. Es cierto que es el hermano menor de la concubina del emperador, pero el enemigo no tenía ninguna obligación de perder contra él solo por eso”.

Con un fuerte asentimiento, Mittermeier había señalado un acuerdo con la evaluación de su colega. El joven conocido como Reinhard von Müsel estaba en ese momento siendo subestimado por los que lo rodeaban. Una razón era que su hermana mayor, Annerose, era la concubina del emperador, lo que hacía que fuera fácil pensar que todo su poder provenía de ella, pero otra — cosa un poco extraño — era que su aspecto incomparablemente bueno actuaba como un velo que ocultaba, Su verdadera naturaleza. La gente parecía pensar que una mente aguda no iba

acompañada de un exceso de belleza física. Además, la idea de que Reinhard saliera adelante debido a sus propias habilidades era muy desagradable para los aristócratas envidiosos, y habían *querido* creer que la influencia de su hermana le había dado promociones que no se merecía.

Debido a que von Reuentahl y Mittermeier habían evaluado con precisión las cualidades de Reinhard desde el principio, nunca se sorprendieron después, sin importar cuántos éxitos haya logrado el mocoso dorado o cuántas veces haya sido promovido. Pero incluso para ellos, había tomado algún tiempo entender el verdadero valor de Siegfried Kircheis. Kircheis siempre había estado siguiendo un paso detrás de Reinhard. La presencia de ese pelirrojo joven había sido ahogada por la brillantez de Reinhard, a pesar de que su propia apariencia había sido lo suficientemente llamativa.

“Eso es lo que llaman un sujeto leal”, había dicho von Reuentahl, aunque lo que él quería decir en ese momento era que Siegfried era un hombre común cuya lealtad era su única salvación. En el caso de von Reuentahl, probablemente fue justo decir que su juicio superó al de los aristócratas solo en su respeto por la lealtad. Cada vez que los aristócratas no simplemente ignoraban a Kircheis, se burlaban de él, diciendo cosas como: “Si la hermana es una estrella, entonces el hermano es un planeta…; y mira — incluso hay un satélite, también”.

Sin afirmarse fuertemente, Kircheis había jugado en silencio el papel de la sombra de Reinhard, ayudándolo y apoyándolo. Cuando había realizado operaciones de forma independiente durante el levantamiento del sistema Kastropf, muchas personas habían aprendido por primera vez de sus habilidades sobresalientes…;

Von Reuentahl puede incluso haber sido más severamente crítico con esta movilización que Mittermeier. Para escucharlo decir, no había nada nuevo en la propuesta de von Schaft; No era nada más que un renacimiento de la guerra de “gran barco, gran arma”, trotó de vuelta con una nueva capa de pintura.

“¿Qué es más difícil de matar? ¿Un elefante gigante o diez mil ratones? Obviamente, este último. Pero, ¿qué podemos esperar de un bobo que no ve el valor del grupo cuando se trata de conducir una guerra? “Las palabras del joven almirante heterocromático estaban llenas de desprecio.

“Aún así, podrían tener éxito esta vez. Incluso si las cosas van como dices en el futuro”.

“Hmph…;” Von Reuentahl se rascó el cabello castaño oscuro, viéndose triste. “Estoy más preocupado por el Duque von Lohengramm que por ese snob von Schaft”, dijo Mittermeier, tomando un sorbo de su café. “No puedo evitar sentir que ha cambiado un poco desde que Kircheis falleció. ¿Dónde y de qué manera no puedo decir, pero…”

“Cuando las personas han perdido lo único que no pueden darse el lujo de perder, no pueden evitar cambiar”.

Asintiendo con las palabras de von Reuentahl, Mittermeier se preguntó: *¿Cómo me cambiaría si alguna vez perdiera a Evangeline?* Luego, apresuradamente, sacó de su mente ese pensamiento ominoso y desagradable. Era un hombre de fortaleza — alabado en tiempos pasados por su valentía dentro y fuera del campo de batalla y por el buen juicio que lo sostenía. En los tiempos por venir, ese elogio probablemente continuará. Pero incluso él tenía cosas en las que no le importaba pensar.

El joven heterocromático echó un vistazo al perfil de su colega, una mirada mixta que no mostraba ni afecto ni ironía. Tenía a Mittermeier en gran estima, tanto como amigo como soldado, pero no podía entender los sentimientos de un colega que, a pesar de su encanto y estatus personal, había buscado activamente unirse a una sola mujer. O quizás Von Reuentahl solo se dijo a sí mismo que no podía entenderlo. Tal vez él simplemente no quería entender.

V

El día que se realizaría la deformación de prueba de la fortaleza de Gaiesburg, había doce mil militares a bordo, la mayoría técnicos. Los dos almirantes, Kempf y Müller, estaban con ellos, naturalmente, pero la gente se había aferrado a algunas teorías peculiares acerca de si el Técnico Almirante von Schaft, comisionado de ciencia y tecnología, se uniría a ellos o no. Una historia era que von Schaft esperaba estar al lado del mariscal von Lohengramm al principio, observándolo con él en el momento en que tuvo éxito el experimento, pero en cambio el joven y guapo mariscal imperial había dicho con frialdad: "La sala de mando de la Fortaleza de Gaiesburg es un lugar más apropiado para que te sientes", y ordenó al reacio von Schaft que subiera a la fortaleza. Muchos de los que habían escuchado esa historia lo creyeron. No había ninguna evidencia de apoyo, pero a la luz del carácter de von Schaft, podían verlo fácilmente diciendo que vería su peligroso experimento desde un asiento cerca de los VIP, lejos del peligro. Por supuesto, si el experimento fallaba, el asiento al lado de Reinhard difícilmente podría considerarse un lugar seguro para von Schaft.

Reinhard, a la que asistieron los principales funcionarios Mittermeier, von Reuentahl y von Oberstein, así como Wahlen, Lutz, Mecklinger, Kessler, Fahrenheit y tres funcionarios de personal llamados Karl Robert Steinmetz, Helmut Lennenkamp y Ernst von Eisenach, estaban sentados en el centro Sala de comando en el almirantazgo, mirando fijamente su pantalla gigantesca. Si el experimento fuera un éxito, la Fortaleza de Gaiesburg aparecería en esa pantalla — una esfera gris plateada que se materializaría repentinamente sobre un fondo de cielo índigo profundo cubierto de innumerables granos de plata y oro. Sería un espectáculo realmente dramático.

"Sin embargo, eso solo sucederá si tienen éxito". El tono de Von Reuentahl para susurrar esas palabras a Mittermeier sonaba más cruel que irónico. A diferencia de su colega, quien reconoció a Kempf como un mejor comandante que él mismo, la evaluación de von Reuentahl fue desdeñosa. Es cierto que a Kempf se le había ordenado hacer esto, pero aún estaba vertiendo su corazón y su alma en algo sin sentido.

Tres miembros del almirantazgo — Werner Aldringen, Rolf Otto Brauhitsch y Dietrich Sauken — habían estado bajo el mando de Kircheis, pero después de su muerte fueron puestos bajo la supervisión directa de Reinhard. El rango de los tres era vicealmirante. Además, el contraalmirante Horst Sinzer había sido puesto bajo el mando de Mittermeier, y el contraalmirante Hans Eduard Bergengrün bajo el mandato de Von Reuentahl. Estos almirantes miraban atentamente la pantalla desde muy lejos en la parte posterior de la sala, junto con la otra retaguardia y vicealmirantes.

En la sala de mando central de la almirantía se recogió la crema de la cosecha del ejército imperial. Simplemente haciendo un gesto con sus dedos, podrían enviar decenas de miles de acorazados corriendo por el vacío. Justo aquí y ahora, pensó Von Reuentahl, podrías cambiar toda la dirección de la historia de la galaxia, simplemente lanzando una bomba de fotones en esta habitación. En realidad, eso no fue del todo correcto — no habría necesidad de que todos los que están aquí murieran. Si solo uno de ellos, un joven rubio de belleza e inteligencia incomparables, desapareciera, eso solo sería suficiente para cambiar completamente el destino del universo. Ese poco de especulación lo hizo sentir vagamente aprensivo, pero al mismo tiempo, fue muy interesante. Von Reuentahl estaba pensando en lo que había sucedido hace medio año — en lo que Reinhard había dicho cuando informó sobre la captura del entonces primer ministro imperial el Duque Lichtenlade: *Y lo mismo ocurre con todos ustedes. Si tienes la confianza y estás listo para arriesgar todo, adelante, desafíenme en cualquier momento.* ¡Confianza! Su ojo derecho oscuro y su ojo izquierdo azul se movieron ligeramente, y Von Reuentahl miró a su joven señor. Luego, suspirando tan suavemente que nadie más podía oír, dirigió su atención a la pantalla. La voz de la cuenta regresiva había llegado a sus oídos.

“… Drei, Zwei, Eins…”

“¡Oooh!”

Una oleada de asombrados jadeos surgió de los almirantes. Durante una fracción de segundo, la imagen en la pantalla se interrumpió, pero apenas se

registró esa impresión, la escena mostrada cambió por completo. Ahora, el gran mar de estrellas era una pared de luz, y con eso como telón de fondo, apareció una esfera de color gris plateado con un anillo de veinticuatro motores gigantes, extendiéndose sobre el centro de la pantalla.

“¡Funcionó!”

Susurros emocionados estallaron alrededor mientras todos miraban la pantalla, cada uno con sus propias emociones.

La deformación fue un éxito. La Fortaleza de Gaiesburg había aparecido en el borde exterior del sistema Valhalla, con dos millones de soldados y hasta 16,000 naves. Se decidió oficialmente entonces que debía emprender el viaje para retomar Iserlohn. Era el 17 de marzo, 489 del año imperial.

El Duque von Lohengramm, el primer ministro imperial, dijo de repente: “Creo que voy a visitar Gaiesburg”. Al día siguiente, abordó su buque insignia *Brünhild* , acompañado por su secretario en jefe, Hildegard von Mariendorf, y su principal asesor, Contraalmirante von Streit. Después de mediodía a velocidad normal, *Brünhild* llegó a Gaiesburg, donde el comandante Niemeller, el capitán del barco, la llevó al puerto con una habilidad que se acercaba al arte.

Los dos almirantes, Kempf y Müller, fueron a saludarlos y, después de felicitarlos de nuevo, Reinhard hizo un gesto con la mano a la cuadrilla de vítores y se dirigió al Gran Salón de inmediato.

Kempf y Müller intercambiaron una mirada, ambos sorprendidos con la misma sorpresa.

El Gran Salón era donde Reinhard había celebrado una ceremonia el año pasado para celebrar la victoria en la Guerra de Lippstadt y donde la lealtad incomparable de Siegfried Kircheis le había costado la vida.

“Me gustaría estar solo aquí por un tiempo. No dejes que nadie más entre”. Dicho esto, Reinhard abrió las puertas y desapareció dentro.

A través del estrecho hueco en las pesadas puertas se podía ver una pared que había sido destruida por un cañón de mano, se dejó colapsar y no se reparó. Como administrador práctico, Kempf había decidido que las reparaciones no tenían que extenderse hasta la decoración de interiores. Lo cual, por supuesto, era cierto, pero ahora que Reinhard estaba aquí, parecía insensible haber dejado el trabajo sin hacer.

¿Sería solo a los muertos que Reinhard abriría su corazón?

Hilda sintió una aguda sensación de dolor atravesar su pecho. Si ese fuera el caso, entonces su perdida y soledad eran demasiado grandes para cualquier hombre. ¿Con qué propósito Reinhard puso fin al antiguo imperio y por qué estaba tratando de gobernar toda la galaxia?

Esto está mal, pensó Hilda. Seguramente, para un joven como Reinhard, debe ser posible un modo de vida más satisfactorio. ¿Qué debería hacer ella para lograr eso?

En ese momento, las puertas estaban firmemente cerradas, como si rechazaran a todos los vivos.

Detrás de esas puertas, Reinhard estaba sentado en los escalones largamente descuidados que conducían al estrado. Escenas de hace medio año se alzaron ante sus ojos azul hielo. Siegfried Kircheis, acostado en un charco de su propia sangre, había dicho: “Toma este universo por ti mismo…; y luego dile a la señorita Annerose…; dile que Sieg cumplió la promesa que hizo cuando éramos jóvenes…”

Cumpliste tu promesa. Y así que cumpliré mi promesa, también. No importa lo que cueste, haré mío este universo. Y luego iré a buscar a mi hermana. Pero tengo frío, Kircheis. En un mundo sin ti ni Annerose, falta la luz cálida. Si pudiera pasar las páginas del tiempo doce años atrás, si pudiera regresar a esos días…; si pudiera hacerlo todo otra vez…; entonces mi mundo podría haber sido algo un poco más brillante, un poco más

cálido…;

Reinhard sostuvo en su mano un colgante que llevaba puesto alrededor de su cuello hasta hace un momento. La cadena y el colgante fueron hechos de plata. Con el dedo, tocó un punto muy apretado para abrirlo, revelando un pequeño mechón de cabello ligeramente rizado, rojo como si estuviera teñido con rubíes disueltos. El joven rubio, sin mover un músculo, lo miró fijamente durante mucho tiempo.

En una habitación en la oficina de Landesherr en Planet Phezzan, su asistente oficial Rupert Kesselring estaba informando sobre varios asuntos a Landesherr Adrian Rubinsky. Después de informarle por primera vez que la deformación de prueba de la Fortaleza de Gaiesburg había tenido éxito, se refirió a los movimientos de la Alianza de Planetas Libres.

“El gobierno de la FPA ha convocado temporalmente al almirante Yang Wen-li con Heinessen y al parecer ha decidido someterlo a un tribunal de investigación”.

“¿Un tribunal de investigación? No es una corte marcial, entonces”.

“Si fuera una corte marcial, se requerirían cargos formales para abrirlo. El acusado tendría que recibir un abogado y tendría que haber un registro público de los procedimientos. Sin embargo, estos tribunales de investigación no tienen fundamento en la ley — o dicho de otra manera, son completamente arbitrarios. Mucho más efectivo que un consejo de guerra oficial, si lo que buscas es un linchamiento psicológico basado en la sospecha y la especulación”.

“Es como el liderazgo actual de la alianza para hacer algo así. Exaltan con la boca las virtudes de la democracia, mientras que en realidad ignoran las leyes y regulaciones, convirtiéndolas en conchas huecas. Esa es una manera improvisada — y peligrosa — de hacer las cosas. Y es porque sus autoridades no respetan la ley por sí mismas que sus normas sociales se están deshaciendo. Un síntoma de que están entrando en la fase terminal”.

“Incluso si ese es el caso, deberían resolver estos problemas por sí mismos”, dijo Rupert Kesselring en un tono de ácido puro. “No hay necesidad de que nos preocupemos por ellos. Cuando alguien hereda una fortuna a través de ninguna habilidad propia, debe enfrentar una prueba proporcional. Si no pueden soportarlo, la destrucción espera, y eso no se aplica solo a la Dinastía Goldenbaum…”

Landesherr Rubinsky, sin decir nada, dio unos golpecitos con los dedos en la parte superior de su escritorio.

CAPÍTULO 05: TRIBUNAL DE INVESTIGACIÓN

I

EL 9 DE MARZO, una orden del gobierno de la Alianza de Planetas Libres fue entregada a Yang Wen-li en la Fortaleza de Iserlohn, convocándolo a la capital.

La orden vino directamente del presidente del Comité de Defensa, y Yang, al recibirla a través de la línea directa de FTL, la convirtió en texto y pasó los siguientes cinco minutos mirando la placa en la que se mostraba. Por fin, notó que Frederica Greenhill lo miraba preocupada y le dio una sonrisa.

“He recibido una citación. Dice que se dirija a Heinessen.”

“¿Para qué?”

“Para comparecer ante un ‘tribunal de investigación”, dice. ¿Alguna idea de qué tipo de conferencia se supone que debe ser, teniente? Parece que no puedo recordar”.

Las agradables cejas de Frederica se juntaron ligeramente.

“Sé acerca de los tribunales de guerra, pero no hay nada en la Carta de la Alianza, el Código de Justicia Militar Básico de la FPA o los reglamentos sobre cualquier cosa llamada ‘tribunal de investigación’”.

“Ajá, algo que trasciende las meras leyes y regulaciones, entonces”.

“O para parafrasear, algo arbitrariamente inventado, sin un tramo legal en el que apoyarse”.

Se dijo que Frederica, con sus poderes superiores de memoria, conocía de memoria todos los artículos de la Carta de la Alianza y el Código de Justicia Militar Básico de la FPA.

“Tienes razón”, dijo Yang, “pero el hecho de que provenga del presidente del Comité de Defensa significa que tiene una excelente posición legal. Parece que tengo que dirigirme a Vanity Fair”.

A pesar de haber nacido en Heinessen, el sonido del nombre de ese planeta provocó una imagen bastante deprimente en la imaginación de Yang: un hervidero de maquinaciones de facciones de Trünicht y juegos de poder. En cualquier caso, solo había un hombre al que podía dejar a cargo de Iserlohn mientras él estaba fuera. Yang llamó al contralmirante Alex Caselnes.

Después de que Yang explicó la orden, Caselnes frunció el ceño pero, por supuesto, no pudo decirle a Yang que no se fuera.

“Hagas lo que hagas, hazlo discretamente”, dijo. “Tienes que asegurarte de no darles ninguna excusa”.

“Si lo sé. ¿Puedes sostener el fuerte de nuevo por mí?”

El contraalmirante von Schönkopf, comandante de las defensas de la fortaleza, también parecía reacio a despedir a su comandante.

“¿Estarás tomando un detalle de seguridad? Estaré encantado de dirigirlo personalmente si–”
“No hay necesidad de ir por la borda aquí. No es como si nos estamos metiendo en territorio enemigo. Solo dame una persona en la que pueda confiar”.

“Da la casualidad de que estás hablando con un guerrero inteligente y

valiente en este preciso momento".

"Pero habrá problemas en el camino si saco al comandante de las defensas de la fortaleza de la línea del frente. Quédate aquí y ayuda a Caselnes. No voy a llevar a Julian esta vez, tampoco. He decidido ir con el número mínimo posible".

Para el transporte, Yang seleccionó un crucero llamado Leda II en lugar de su buque insignia *Hyperion*, junto con una escolta de diez destructores que se quedarían con él solo hasta el punto de salida del Corredor Iserlohn. Como era un comandante de vastas fuerzas militares, no quería que nadie pensara que estaba tratando de intimidar al gobierno. En su posición, Yang tuvo que tomar en cuenta todo tipo de cosas tediosas como esas.

El guardia de seguridad que von Schönkopf recomendó era un oficial de la policía Louis Machungo. Con la piel brillante y oscura, los brazos superiores tan gruesos como los muslos de Yang, una parte ancha del cuerpo de un torso, y unos ojos de color marrón claro, redondeados con encanto, que complementan una mandíbula fuerte, dio una impresión no muy diferente a la de un suave buey. Sin embargo, esos enormes músculos probablemente podrían desatar un huracán de fuerza abrumadora en el momento en que se enojó.

"Enfréntalo contra esos débiles de vuelta en la capital", dijo von Schönkopf, "y probablemente pueda eliminar todo un pelotón con una sola mano".

"¿Lo que significa que es incluso más fuerte que tú?", Respondió Yang. "Sacaría a toda una compañía".

Von Schönkopf había hablado con brusquedad, pero luego su expresión se volvió un poco mezquina y añadió: "Por cierto, ¿te llevarás al teniente Greenhill contigo?"

"Si no tomo un asistente, no podré funcionar".

"Eso no está en disputa, pero si tomas al teniente y dejas a Julian atrás…; vas a poner celoso al chico".

Habiendo dicho lo que quería decir, von Schönkopf se fue a ver la práctica de Julian en el campo de tiro. Cuando todo terminó, le dijo al chico:

“Soy consciente de que el teniente Greenhill tiene interés en el almirante Yang, por insondable que pueda ser. Pero, ¿cómo se siente el almirante por ella?”

“No lo sabría…;” murmuró Julian, sonriendo levemente. “En cualquier caso, es el tipo de persona que odia que la gente sepa lo que siente, por lo que rara vez dice algo que signifique comprometerse”.

“Lo que a su manera lo hace bastante transparente. Es inteligente y tiene una disposición simple y honesta, y eso lo hace un poco ingenuo en sus relaciones personales”.

“Parece que sabes todo sobre todos”.

El comentario de Julian atrapó a von Schönkopf con la guardia baja por un momento.

“Oye, ¿qué se supone que significa eso?”

“Er, nada. Tengo que empezar a preparar la cena, así que te veré mañana. Tengo que hacer ese estofado irlandés que le gusta al almirante.”

Julián saludó y comenzó a alejarse de inmediato.

“Está bien mantenerse ocupado”, gritó von Schönkopf en tono rencoroso a la retirada del chico, “pero no agotes esos talentos tuyos haciendo estofado”.

Julian estaba realmente decepcionado de no poder ir con Yang a la capital. Parte de eso fue la conversación que tuvo con Caselnes; ahora más que nunca, quería quedarse cerca de Yang y cuidarlo. Recordó lo que Yang había dicho antes de poder expresar sus deseos: “Julian, te voy a dejar trabajar en casa durante exactamente dos meses”.

Julian no estaba seguro de si esas palabras habían brotado del mismo bien que el golpe de despedida de von Schönkopf o no. Yang también parecía estar preocupado por Julian en estos días — por su aparente falta de amigos de su edad. Debido a esto, bien podría haber estado tratando de crear una oportunidad para que Julian saliera e hiciera algunos amigos.

Sin embargo, quedarse o irse, este viaje a Heinessen probablemente no le brindaría a Julian ninguna posibilidad de servirle a Yang. Él no podía ayudar al almirante de la misma manera que Frederica podía hacerlo — Si ella no se iba, la capacidad de Yang para hacer sus tareas administrativas se desplomaría.

En cualquier caso, al menos quiero ser útil antes de que salga, pensó Julian. Con ese fin, se puso a la tarea de hacer los preparativos de viaje de Yang. Yang miró en silencio, consciente de que solo se interpondría en el camino si intentaba ayudar.

Como si el pensamiento lo hubiera golpeado de repente, Yang dijo: “Oye, Julian. ¿Qué tan alto eres ahora?”

“¿Eh? Tengo 173 centímetros”.

“Ya me lo imaginaba. Parece que me pasarás el año que viene. La primera vez que nos conocimos, ni siquiera pasaste a mi hombro”.

Eso fue todo lo que dijo, pero en esas palabras, el chico sintió algo como una corriente de aire caliente.

II

El tiempo de viaje entre Iserlohn y la capital dependía en cierta medida de las condiciones a lo largo de la ruta, pero de tres a cuatro semanas era

estándar. Yang había decidido dejar de lado este espacio en blanco inesperado en su agenda para escribir, ya sea en teoría histórica o en sus teorías sobre naciones. Incluso si no hubiera tiempo suficiente para completar un trabajo, pensó que al menos debería poder terminar un borrador. El crucero *Leda II* partió de Iserlohn y Yang se instaló de inmediato en su oficina.

Hay dos formas de defender un país. Una es poseer armamentos más poderosos que las naciones opuestas; el otro es hacer que esas naciones sean inofensivas por medios pacíficos. El primer método es el más simple de los dos, y el más atractivo para las autoridades gobernantes, pero ha sido axiomático desde que las sociedades modernas tomaron la forma de que existe una proporción inversa entre el aumento de armamentos y el desarrollo económico. El aumento de los armamentos de la propia nación invita a otras naciones a hacer lo mismo, y esto continúa hasta que, por fin, este gran énfasis excesivo en los armamentos distorsiona la economía y la sociedad más allá de sus límites y causa el colapso de la propia nación. Esto da lugar a una de las ironías universales de la historia: una nación destruida por la voluntad de defenderse…

Yang levantó la vista de su procesador de textos y se golpeó la nuca con una mano. Después de revisar durante unas pocas docenas de segundos, comenzó a escribir de nuevo.

Se dice que desde la antigüedad, muchas naciones han sido destruidas por invasores externos. Sin embargo, lo que exige nuestra atención ahora es el hecho de que más naciones han sido destruidas por factores internos: lanzando invasiones que resultan en un contraataque, corrompiendo los mecanismos de la autoridad estatal, distribuyendo la riqueza de manera injusta, y enfureciendo a la ciudadanía a través de la supresión, de pensamiento y discurso. Cuando las desigualdades sociales no se resuelven, cuando los armamentos se multiplican innecesariamente, cuando se abusa de su poder — internamente, para reprimir a la gente; externamente, para invadir otros países — esa nación está en el camino de la destrucción. Este es un hecho histórico comprobable. Desde la aparición de las naciones modernas, los actos de invasión sin ley inevitablemente invitaron a la derrota y la destrucción — no para el país invadido, sino

para el invasor. Sin siquiera entrar en la moralidad de la misma, debe evitarse la invasión simplemente porque la tasa de éxito es muy baja…;

Tal vez esa parte se puso un poco demasiado dogmática. Con una mirada solemne en su rostro, Yang lo pensó, se cruzó de brazos y luego los desenroscó.

Entonces, ¿qué debemos hacer específicamente en el presente? Si pensamos en todas las muchas formas en que el segundo método es más práctico que el primero, la conclusión será evidente. Debemos convivir con el nuevo orden dentro del Imperio Galáctico. El viejo orden, dominado por la nobleza boyar, no era solo el enemigo de la Alianza de Planetas Libres; también era el enemigo de aquellos a quienes gobernaba en el Imperio Galáctico, en otras palabras, la clase común. Y en la actualidad, el nuevo orden recientemente establecido por Reinhard von Lohengramm cuenta con el apoyo de los plebeyos, a través de los cuales se está fortaleciendo rápidamente. La formación y administración de la nueva orden de Lohengramm contrasta con la dictadura de Rudolf von Goldenbaum. El sistema Goldenbaum fue creado a través de procesos democráticos que gobiernan de una manera totalmente antidemocrática. La orden Lohengramm, por otro lado, fue creada a través de procesos antidemocráticos, pero está comenzando a gobernar de una manera más democrática. Este no es un gobierno "por el pueblo", pero al menos por ahora, es un gobierno "para el pueblo" o, al menos, más que lo que vino antes. Una vez que reconocemos eso, la coexistencia con este nuevo orden no será una cuestión de 'si' sino de 'cuándo'. Lo que no debemos hacer, por otro lado, es permitir que una cepa maligna de maquiavelismo nos lleve a la colusión con el declinando el viejo orden. En el momento en que unamos fuerzas con un sistema antiguo que solo se ve como explotadores de las masas, la alianza creará enemigos no solo del nuevo orden, sino también de los veinticinco mil millones de ciudadanos imperiales que lo apoyan…;

Yang respiró hondo y estiró los brazos. Con una expresión ligeramente irritada, miró las palabras que había escrito. No creía que la conclusión fuera errónea, pero tal vez debería avanzar con una línea de argumentación un poco más demostrativa. Además, se sintió un poco apresurado y también

podría recibir críticas por estar del lado del Duque Reinhard von Lohengramm.

“Duque Reinhard von Lohengramm, eh…”

El nombre tenía un anillo tan elegante. Yang pensó en ese joven, tan hermoso como un semidiós con su cabello dorado, sus ojos azul hielo y su piel de porcelana. Los talentos y el modo de vida de ese hombre — un hombre nueve años menor que él — Tenía un encanto innegable para Yang. Estaba impulsando cambios tan drásticos en el imperio que casi parecía ser el sujeto de un experimento para ver cuánta influencia podía tener una persona en el mundo. Lo más probable es que eventualmente se convertiría en emperador. No a través de la línea de sangre, sino a través de la capacidad. Cuando eso sucedió, el peculiar sistema político conocido históricamente como “gobierno imperial libre” — gobierno imperial sin aristocracia, gobierno imperial apoyado por los plebeyos —podría nacer en una escala galáctica.

Pero si eso sucediera, ¿sería posible que el Imperio Galáctico, bajo su nuevo emperador Reinhard von Lohengramm, pudiera transformarse en una especie de nación-estado tribalista? Si la ciudadanía combinara la ambición de su emperador con sus propios ideales, el FPA podría enfrentar ataques de algún fanático “ejército de la gente”.

Yang sintió como si la temperatura en la habitación hubiera bajado repentinamente. Por supuesto, no era como si cada corazonada hubiera golpeado la marca, pero si tenía que dividirlos en categorías, sospechaba que sus malos sentimientos golpeaban el ojo de buey más a menudo que los buenos. Había sentido un sentimiento similar antes de la batalla de Amritsar, y también antes del Congreso militar para el rescate del golpe de Estado de la República. No fue divertido en absoluto ver los eventos dirigiéndose directamente hacia “Muchacho, espero que eso no suceda”.

Mi vida habría sido mucho más fácil si hubiera nacido en el imperio, pensó Yang. Si lo hubiera estado, podría haber corrido directamente hacia el lado de Reinhard, haber firmado con su organización y haber participado con entusiasmo y sin reservas en la eliminación de la confederación de boyares

y en la implementación de la cadena de reformas que siguió. Pero la realidad era que él era nacido y criado por la alianza, obligado a librar una guerra de mala gana en nombre del Señor Trünicht.

Al final, Yang terminó llenando sus horas de lectura, siestas y ajedrez en 3D, sin hacer ningún progreso del que hablar en su esfuerzo literario.

Tres semanas después, el crucero *Leda II* alcanzó el borde exterior del sistema Balaat, donde se encontraba Heinessen. La tripulación comenzó a reunirse en la sala de entretenimiento. Se emitieron varios cientos de canales comerciales desde Heinessen, y tanto en barcos militares como en civiles, los problemas a menudo se desencadenaban una vez que era posible una recepción ilimitada — ya que la tripulación se separaba en fanáticos de los deportes y fanáticos de la música.

Yang tenía un tanque de solivisión privado en su oficina. Fue un modesto beneficio. En el primer canal que eligió, Aron Doumeck — uno de los políticos de la facción de Trünicht, dio un discurso en tonos odiosos y ventosos.

“— Por eso debemos proteger nuestra historia y tradición. Por esa causa, no debemos envidiar los gastos temporales y las pequeñas vidas de las personas. No hay otra palabra que ‘cobarde’ para aquellos que solo hacen hincapié en sus derechos, ya que no hacen ningún esfuerzo por cumplir con sus deberes para con el país”.

Para aquellos en el poder, nada era tan barato como las vidas de otros. Ese error en este momento acerca de las “pequeñas vidas” probablemente había demostrado exactamente cómo pensaban, y ese poco “gasto temporal” seguramente abarcaba siglos. Era el ciudadano promedio quien tenía que llevar la carga en cualquier caso; todo lo que hicieron los políticos fue verse lleno de ellos mismos mientras distribuían el dinero de otras personas.

Cuando Yang no pudo más, cambió el canal. En lugar del rostro altanero del político, apareció un niño vestido con un atuendo de apariencia poco

práctica de algún estilo antiguo. Parecía ser una especie de programa de acción y aventura para niños; El chico estaba siendo llamado “Príncipe” por los otros personajes.

Los cuentos de vagabundos reales — historias con un tema de “príncipe errante”, fueron la fuente de la literatura en sí. La literatura fue el medio a través del cual se transmitieron los mitos y las leyendas fundadoras de muchos pueblos. Las versiones popularizadas de tales historias existían en innumerables números en todas las edades y en todos los lugares. Inspiraron a muchos artistas y durante mucho tiempo fueron apoyados por una amplia gama de personas.

Dicho esto, Yang no pudo evitar dibujar ciertas asociaciones de esta historia: un joven príncipe de un reino en el espacio, su primogenitura robada por un primer ministro representado como malvado encarnado, tratando de restaurar a la legítima familia real.

Decidió preguntarle a Frederica.

“Teniente Greenhill, ¿qué compañía patrocina este espectáculo?”

“Algún tipo de corporación de alimentos sintéticos, aparentemente. Están respaldados por la capital de Phezzanese, pero no conozco los detalles”.

“¿Es eso así? Por un minuto, me pregunté si esto era publicidad política del antiguo régimen del Imperio Galáctico”.

“No podría ser”, dijo Frederica con el comienzo de una risa. Sin embargo, Yang no se estaba riendo y, sorprendida de la forma en que se veía, ella también se puso seria.

“La historia podría hacerte pensar eso”, dijo.

En verdad, ella era condescendiente con Yang. Si hubieran sido Caselnes o von Schönkopf aquí, no habrían dudado en reírse a carcajadas.

Pero el sonido de la palabra “Phezzan” fue una de las cosas que llevó a

Yang a pensar profundamente. Ese nombre siempre estuvo en el fondo de la mente de Yang. ¿En qué estaba pensando Phezzan? ¿Qué estaban tratando de hacer con toda esa riqueza? ¿Esperaban una galaxia unificada, o querían división y lucha?

Hubo una serie de ejemplos históricos en los que las demandas económicas habían fomentado la unidad de gobierno.

Uno de los factores principales que permitieron que el Imperio Mongol de Genghis Khan se convirtiera en una nación vasta y unificada fue el apoyo que recibió de los comerciantes que viajaban de un lado a otro a lo largo de la Ruta de la Seda. Cada uno de los oasis individuales a lo largo de esa ruta había sido una nación pequeña e independiente, por lo que la seguridad había sido difícil de mantener en toda la extensión de la ruta comercial. Además, cada una de esas naciones oasis había podido imponer impuestos comerciales y peajes de pasaje a voluntad. Para los comerciantes, esto había creado una situación insostenible.

Por un tiempo, esperaban el alivio del Imperio de Khwarezm, pero encontrando a su emperador incompetente y codicioso, eventualmente se dieron por vencidos y apoyaron a Genghis Khan, un hombre dotado de tres valiosas cualidades — era religiosamente tolerante, él tenía una poderosa fuerza militar, y él era lo suficientemente inteligente como para entender la importancia del comercio entre el Este y el Oeste. Le habían proporcionado a Genghis Khan muchas cosas (fondos, información, armas y técnicas para producirlos, alimentos, intérpretes, conocimientos técnicos para la recaudación de impuestos) y lo ayudaron en sus conquistas. Era justo decir que, aparte de sus acciones puramente militares, estos comerciantes merecían el crédito por permitir que el Imperio mongol se levantara. Entre estos comerciantes, los uigures merecían una mención especial por la forma en que dominaban las finanzas y la economía del Imperio mongol; En efecto, habían sido los que dirigían el imperio. Si bien era un Imperio mongol en la superficie, era un Imperio Uighur por debajo — por eso era tan famoso.

¿Estaba pensando Phezzan en convertirse en el Uighurs de este “Nuevo Imperio Galáctico” unificado, deseando la reunificación política de toda la

humanidad y trabajando para avanzar en esa meta?

Eso le pareció una explicación más lógica y convincente que cualquier otro escenario.

Sin embargo, las personas y los grupos que formaron no actuaron únicamente de acuerdo con la lógica.

Aunque no tenía fundamentos teóricos para decirlo, Yang podía sentir una sombra de cosas ilógicas en los movimientos de Phezzan. El año pasado, la predicción de Yang de que Reinhard von Lohengramm enviaría agentes para incitar a un golpe de estado en la alianza había sido acertada. Esto se debió a que las acciones de Reinhard habían sido perfectamente razonadas y lógicas, y Yang había podido rastrear su pensamiento paso a paso. Pero en el caso de Phezzan, a menudo no podía leer lo que estaban haciendo. Yang podría haber dicho simplemente que Phezzan lo había superado, y eso habría sido eso. Pero en cambio, Yang tuvo la sensación de que algún elemento desconocido estaba detrás de las acciones de Phezzan — y no era el tipo de elemento que podía calcularse racionalmente. Sin embargo, si alguien le preguntaba de qué tipo de elemento estaba hablando, todo lo que podía decir por ahora era: “Desconocido”.

“Qué terrible desastre”, dijo el comandante Zeno, el capitán de *Leda II*, a Yang mientras se encontraba perdido en sus pensamientos. Mientras monitoreaba las transmisiones comerciales de Heinessen, había recogido noticias de un accidente. A bordo de un barco de transporte que transportaba pilotos espartanos, un error elemental de un oficial de vuelo novato hizo que la presión del aire en el barco cayera repentinamente, y más de diez pilotos murieron en el vacío.

“¿Cuánto crees que cuesta entrenar a un piloto de caza único? Estamos hablando de tres mil millones de dinares por cabeza”.

“Eso es un montón de dinero”, dijo Yang, calculando mentalmente que su propio sueldo era solo una veinteava parte de eso. De vuelta en la Academia de Oficiales, él mismo había recibido entrenamiento para ser lo que generosamente podría llamarse un piloto. En el simulador debe haber sido

derribado treinta veces, al menos. ¿Cuántas veces había derribado a su oponente? ¿Dos veces, Tres veces, tal vez? Recordó que el instructor sacudió la cabeza y murmuró: “Cada año tenemos uno o dos que nunca deberían haberse inscrito aquí”. Dado que lo que había dicho había sido realmente correcto, no había manera de que Yang se defendiera.

“¡Puedes apostar que es mucho dinero! Un piloto es una acumulación de inversión y tecnología. Son un bien precioso y no podemos permitirnos perderlos tan fácilmente. Honestamente, si planean ganar esta guerra, el Servicio de la retaguardia tendrá que ponerse de acuerdo…”

El comandante Zeno prácticamente estaba rechinando los dientes.

Su ira y su pena son perfectamente comprensibles, pensó Yang, *pero…;*

Las cosas probablemente se habían jodido en una etapa anterior a esto. Después de todo, el acto — la misma idea, incluso — de verter vastas sumas de dinero, conocimiento y experiencia técnica en un solo individuo con el único propósito de asesinato y destrucción difícilmente podría considerarse como algo normal. Todo lo que se había golpeado contra Yang en la Academia de Oficiales también — no es que haya sido un alumno estrella en ningún momento.

Quizás las naciones no eran más que expedientes creados para justificar la locura humana. No importa cuán feo, no importa cuán despreciables, no importa cuán cruel sea el acto, podría ser fácilmente excusado una vez que la nación se haya convertido en un país preeminente. Al afirmar, “lo hice por mi país”, los hechos tan viles como las invasiones, las masacres y la experimentación humana podrían a veces incluso ser alabados. Alguien que criticó esas acciones, por otro lado, podría ser atacado por “insultar a la patria”.

Aquellos que tenían fantasías sobre las cosas que se denominaban naciones, creían que estaban guiados por individuos brillantes, o inteligentes y morales, de una excelencia superior. En realidad, sin embargo, ese no fue el caso. En el centro del gobierno de una nación, por lo general se puede encontrar cualquier número de personas que tengan poderes de pensamiento

menos desarrollados, un juicio peor y estándares morales más bajos que el ciudadano promedio. Donde ciertamente superaron al ciudadano promedio, estaba en su pasión por la búsqueda del poder. Si tales pasiones se hubieran canalizado en direcciones constructivas, podrían haber reformado el gobierno y la sociedad, y convertirse en el ímpetu para establecer el orden y la prosperidad de una nueva era. ¿Pero eran así una décima parte de las personas en el gobierno? Cada vez que examinaba la historia de una dinastía, casi siempre existía un proceso en el trabajo en el que todo lo que se construía en la primera generación se consumía en las siguientes doce generaciones sucesivas. Para decirlo de otra manera, las dinastías y las naciones eran organismos extremadamente tenaces e inflexibles que podrían extender su vida hasta los cientos de años, incluso si una gran persona surgiera cada pocas generaciones. Sin embargo, si se volvieron tan corruptos y débiles como lo había hecho la Dinastía Goldenbaum en el actual Imperio Galáctico, no había salvación para ellos. Sin embargo, si las reformas de Manfred II se hubieran realizado hace cien años, el imperio habría podido continuar durante varios siglos más.

En cuanto a la Alianza de Planetas Libres, Yang no pudo equipararlo con el imperio. Esto se debió a que la idea misma de dejar la reforma a grandes individuos que podrían o no aparecer una vez cada pocas décadas iba en contra de los principios del gobierno democrático. Los gobiernos democráticos y republicanos eran sistemas diseñados para hacer innecesarios a héroes y grandes hombres — pero ¿cuándo ganaría ese ideal sobre la realidad?

El crucero *Leda II* llegó sin fanfarria a un puerto espacial militar en Heinessen. “Máximo secreto” había sido ordenado por el presidente del Comité de Defensa. A Yang le hubiera gustado ponerse en contacto con Cubresly, director del cuartel general de operaciones conjuntas, y Bucock, comandante en jefe de la armada espacial, pero eso no solo habría ido en contra de las órdenes, sino que también podría haber provocado un enfrentamiento entre las autoridades civiles y militares. En cualquier caso, nunca se le dio la oportunidad. Los hombres que vinieron a recogerlo al puerto espacial recibieron sus órdenes directamente del presidente del

Comité de Defensa, y tan pronto como aterrizó, ellos lo escoltaron a un automóvil y les dijeron que entraran.

Frederica y Machungo estaban a punto de protestar, pero los soldados armados los detuvieron y Yang desapareció del puerto espacial. Ni Yang ni Frederica habían predicho que tales tácticas de alta presión se usarían para alejarlo.

Después de un viaje de unos veinte minutos, Yang fue dejado en una de las instalaciones militares en el área, en la que un solo oficial de la mediana edad salió a su encuentro.

"Soy contralmirante Bay. Me desempeño como jefe de seguridad de Su Excelencia, Presidente del Alto Consejo Trünicht. Actualmente, estoy a cargo de su seguridad personal, Almirante Yang. Prometo cuidar bien de ti."

"Con mucho apreciado", Yang respondió con apatía. Bay había llamado a su trabajo de seguridad, pero incluso un estudiante de primaria podría haber adivinado que era realmente una vigilancia. Bay presentó a Yang a un asistente personal o a un miembro del mismo que fue asignado a sus aposentos — un joven oficial con ojos de color aguamarina tan vacíos como orbes de cristal.

Yang se sintió inmensamente decepcionado. Parecía que lo primero que este tribunal de investigación había hecho al seleccionar a su asistente había sido eliminar la suavidad en todas sus formas — ninguna belleza, ninguna simpatía permitida. Hubo un énfasis extremo en la función sobre la forma — y sin duda alguna, las funciones deseadas fueron la intimidación y la prevención de la fuga de Yang.

Aún así, esto parece un grupo bastante poco imaginativo , pensó Yang. *Tratar a un compañero así, y cualquier buena voluntad que pueda haber tenido con este tribunal de investigación se va por la ventana. Como cualquier posibilidad de que él baje la guardia. Lo único que queda por hacer para el sujeto es asumir una postura defensiva.*

Después de que lo llevaron a su habitación y lo dejaron solo, Yang miró por

la ventana, pero no había nada que ver afuera, sino el edificio que estaba al otro lado de un pequeño patio. Tenía solo unas pocas ventanas y era un gris azulado poco atractivo. No solo no se había considerado la apreciación del paisaje, sino que se había hecho imposible el contacto con el mundo exterior. Alrededor de un escuadrón de soldados estaban merodeando por el patio fortificado de concreto. Parecían estar merodeando, pero cada uno tenía un rifle de haz de partículas colgado en su hombro. Ese era el equipo de combate. Yang intentó tocar el cristal de la ventana. Tenía unos seis centímetros de espesor y estaba hecho de un vidrio especial endurecido. Si un oso pardo en su mejor momento corriera precipitadamente hacia una ventana como esa, probablemente no haría más que ponerle una grieta en la línea del cabello.

Los muebles de la habitación eran de primera clase, al menos, aunque carecían de personalidad: una cama, un escritorio, un sofá y una mesa. Sin embargo, ninguno de ellos se sentía como si hubieran sido utilizados. Yang ni siquiera pudo reunir la voluntad para buscar errores y cámaras de vigilancia. Por supuesto que estaban presentes, y por supuesto estaban bien escondidos. La caza de ellos sería simplemente un tonto desperdicio de energía.

“Esto es un arresto domiciliario”, dijo a la habitación vacía.

Entonces, ¿qué había pasado exactamente aquí? Se sentó en la cama y se hundió en sus pensamientos. Los cojines de la cama no eran demasiado suaves ni demasiado duros, pero eso no era suficiente para poner a Yang en un estado de ánimo agradable. En el piso vacío, podía ver la tortura, el lavado de cerebro y el asesinato, todos unidos para bailar una sombría plantilla. Su coreógrafo, naturalmente, fue Job Trünicht.

Esto iba más allá del nivel de mera contradicción. Yang se situó en el extremo del campo de batalla de la alianza porque creía que una democracia que la gente común se unía para operar — aunque estuviera llena de desvíos, juicios y errores — era al menos mejor que la dictadura de un emperador misericordioso. Sin embargo, aquí Yang estaba en Heinessen — un mundo que se suponía era la ciudadela de la democracia — aparentemente encerrado en una jaula de pájaros perteneciente a los

gobernantes medievales que apestaban a corrupción.

No te apresures a hacer nada demasiado pronto, se dijo Yang. Por el momento, el Consejo Supremo no debería poder destruirlo física o mentalmente, sin importar cuánto odio puedan tener hacia él. Si tuvieran que hacer eso, el Imperio Galáctico estaría aplaudiendo con la alegría de tener un rival eliminado sin necesidad de levantar un dedo ellos mismos. Solo había cuatro escenarios en los que Yang podía imaginar a Trünicht o al Consejo Superior tomando la decisión de hacerle daño:

1. Un gran almirante aparece en la alianza con habilidades superiores o iguales a las de Yang, que también siente una lealtad genuina a los poderes existentes.

1. Se establece una paz duradera con el Imperio Galáctico, y Yang está determinado a ser un factor que lo obstruya.

1. Se considera que Yang traicionó la alianza y se puso del lado del imperio.

1. El Alto Consejo en sí mismo traiciona la alianza y se pone del lado del imperio.

Con respecto a A: la lealtad y la sumisión a un lado, no había, en la actualidad, nadie en las Fuerzas Armadas de la Alianza que eclipsara a Yang en términos de habilidad en bruto. “Perder” a Yang en medio de una guerra casi perpetua con el Imperio Galáctico sería un acto de suicidio nacional. Por supuesto, al igual que los seres humanos a veces cometían suicidio, las naciones a veces también se suicidaban, pero las cosas no parecían haber llegado a esa etapa todavía.

El escenario B era solo un poco estúpido. Si se pudiera forjar una paz duradera con el imperio — o si se crearan un conjunto de circunstancias que conduzcan a eso — Yang se llenará de alegría. Para él, significaría la jubilación y el comienzo de su sueño de larga vida de un pensionista. Aun así, dado que los hechos y su percepción eran cosas separadas por naturaleza, existía la posibilidad de que las autoridades actuaran en base a

malentendidos o distorsiones.

En cuanto al escenario C, Yang no deseaba hacer tal cosa por sí mismo, pero al igual que en el escenario B, el gobierno podría recurrir a medidas extralegales con eso como su grito de guerra.

Y con respecto al escenario D…;

Justo cuando Yang estaba a punto de dirigirse a ese carril de pensamientos, el visifono sonó, y el rostro del Contraalmirante Bay llenó la pantalla estrecha.

“Excelencia, me han dicho que el tribunal de investigación abrirá en una hora. Iré a acompañarte al Salón de la Investigación, así que prepárate para ir”.

III

La habitación era innecesariamente espaciosa, con un techo alto. La iluminación se mantuvo deliberadamente oscura, al igual que el aire se mantuvo justo por debajo del límite inferior del rango de temperaturas confortables, creando una sensación fría y seca en la piel de Yang.

Como si de acuerdo con alguna oscura pasión, todo aquí pareciera calculado para crear una sensación de intimidación casi palpable. Los asientos de los interrogadores estaban elevados y miraron hacia abajo al interrogado mientras rodeaban su asiento por tres lados.

Si Yang hubiera sido del tipo que daba un gran valor a la autoridad y el poder, se habría encogido de cuerpo y alma en el instante en que entró en la habitación. Sin embargo, todo lo que Yang percibió en esa habitación era un maquillaje grueso que cubría un farol malicioso. Aunque la vista provocó una sensación física de repugnancia dentro del cuerpo de Yang, no se sintió

intimidado ni asustado.

Nueve inquisidores estaban sentados en los asientos de arriba. Desde el punto de vista de Yang, eso hizo tres al frente, tres a la derecha y tres a la izquierda. Una vez que sus ojos se adaptaron a la escasa iluminación, pudo distinguir la cara del hombre de mediana edad que lo estaba mirando desde el centro de los tres asientos que tenía delante. Fue Negroponte, quien ahora ocupaba la silla del presidente del Comité de Defensa en la administración de Trünicht. Tenía aproximadamente la misma altura que Yang pero mucho más corpulento. Tenía que ser el encargado del tribunal de investigación. Por supuesto, probablemente no era más que un portavoz del verdadero orador – el jefe de estado de la FPA, que no podía permitirse el lujo de mostrarse en un lugar como este.

La idea de tener que pasar los próximos días entreteniendo a los subalternos de Trünicht aquí puso a Yang de un modo sombrío. Frederica y el oficial de combate Machungo habían sido retirados de su lado, y ahora se le imponía una batalla solitaria. Un consejo de guerra habría sido mucho más justo, ya que si lo deseaban, los acusados podían elegir hasta tres abogados defensores. Aquí, sin embargo, parecía que Yang iba a tener que representarse a sí mismo.

Negroponte dijo su nombre y luego el hombre sentado a su lado derecho se presentó.

“Mi nombre es Eurique Martino Borges de Alantes e Oliveira. Soy el presidente de la Universidad Central de Gobierno Autónomo”.

Yang saludó para mostrar el debido respeto. Este hombre era aparentemente el vicepresidente aquí y probablemente merecía su respeto solo por haber memorizado un nombre durante tanto tiempo.

Los otros siete inquisidores también dieron sus nombres uno tras otro. Cinco de ellos eran políticos o burócratas en la facción de Trünicht y, como tal, eran el tipo de alboroto que Yang odiaba por tomarse la molestia de recordar. Sin embargo, cuando eligió el rostro delgado e inexpresivo del almirante Rockwell, director del cuartel general del Servicio Retaguardia y

el único oficial uniformado presente, no pudo simplemente sonreír educadamente y olvidarse de él. Fue un claro recordatorio de cómo la camarilla de Trünicht se estaba expandiendo dentro del ejército. El otro político de facción que no – es de Trünicht, Huang Rui, parecía tener más curiosidad acerca de esta corte que su lealtad. Dejó una impresión en Yang, aunque de un tipo diferente a Rockwell. Lo más probable es que haya sido elegido como inquisidor para que Trünicht pueda mantener una apariencia de imparcialidad, pero en el aire venenoso de esta farsa unilateral, podría desempeñar el papel de respirador. Sería un error esperar demasiado de él, pero aun así…;

Cuando se terminaron todas las presentaciones, Negroponte dijo: “Bueno, entonces, almirante Yang, puede sentarse — ¡no, no de esa manera! ¡No cruces las piernas! Siéntate derecho. Estás bajo petición, almirante Yang. No olvides la posición en la que estás”.

Después de tragar sabiamente las palabras “No es como si alguien me dijera cómo sentarme”, Yang formó la expresión más humilde que pudo manejar y se enderezó en su asiento. En la batalla, también, el tiempo era todo.

“Bien ahora, comencemos la investigación…”

Fue una declaración solemne, pero no causó la menor impresión en Yang.

Solo estaba orando fervientemente para que esto terminara pronto.

Las primeras dos horas se pasaron repasando y confirmando los logros pasados de Yang. Comenzando con su fecha de nacimiento, los nombres de los padres y la ocupación del padre, su registro hasta el ingreso a la Academia de Oficiales se examinó en detalle, con comentarios hechos a medida que se presentaban todos y cada uno de los puntos. Parecían saber más sobre Yang que Yang mismo.

Lo que hizo que Yang gimiera interiormente más fuerte fueron las boletas de calificaciones de los días de la Academia de Oficiales que se proyectaron

en una pantalla de pared. Dejando de lado sus 98 puntos en Historia Militar, sus 94 en Teoría Estratégica (Clásica) y sus 92 en Ejercicios en Análisis Táctico, obtuvo un 58 en su examen práctico de puntería, un 59 en su examen práctico de pilotaje de caza, y un 59 en Ejercicios en Ingeniería de Motores, por lo que tenía una buena razón para avergonzarse, ya que una calificación de 55 o menos en cualquier materia hubiera resultado en un pasar por la valla.

Y, sin embargo, cuán diferentes podrían haber sido las cosas, tanto para el propio Yang como para la Alianza de Planetas Libres en su conjunto, si se hubiera retirado y expulsado. Iserlohn todavía estaría en manos del imperio, orgullosamente inexpugnable, aunque, por otro lado, las Fuerzas Armadas de la Alianza habrían escapado a esa desastrosa derrota en Amritsar. Protegido por el Collar de Artemisa, el Congreso Militar para el Rescate del golpe de Estado de la República podría haber tenido un éxito parcial, y el estado de guerra civil con la oposición aún podría seguir avanzando. Y si lo fuera, era completamente posible que el Duque Reinhard von Lohengramm, aprovechando la guerra civil, hubiera enviado todas sus enormes flotas a la vez y hubiera estado en el buen camino para cumplir el sueño de conquistadorlos.

En cuanto al impacto en Yang personalmente, nunca hubiera conocido a un joven Frederica Greenhill durante la evacuación de El Facil, ni habría conocido a Alex Caselnes después. Sin Caselnes, nunca habría conocido a Julian ni a von Schönkopf como subordinado. Podría haber sido reclutado y haber perdido su vida en la línea del frente, o podría haber esquivado el reclutamiento y haber terminado como fugitivo. Un ser humano no era nada más que el componente más pequeño, un átomo, de la historia, pero de todos los caminos infinitos al futuro, solo uno fue elegido para convertirse en la realidad. ¿Fue la alabanza del hábil trabajo del destino elogiarse, entonces, por los innumerables microcosmos que se asocian mutuamente y que siempre tomaron forma?

“… Y, en la actualidad, ambos son los miembros más jóvenes de las Fuerzas Armadas de la FPA que han sido elegidos como almirantes completos y nuestro comandante supremo en el frente. Ese es un ejemplo perfecto de lo que la gente quiere decir cuando dice ‘buena suerte

envidiable’”.

La forma en que dijo eso afectó los nervios de Yang, haciendo estallar la burbuja de especulación con la que se había rodeado y devolviéndolo a la realidad. No le había importado mucho esa expresión o el tono en que se había emitido. Si el trato que estaba recibiendo realmente era tan envidiable, eran bienvenidos a cambiar de lugar con él. Él fue el que tuvo que proporcionar un flujo constante de pedidos mientras su nave se agitaba un minuto y regresaba al siguiente. Él fue el que tuvo que llevar a cabo de manera eficiente el trabajo de la muerte y la destrucción, mientras que los rayos de las naves de guerra enemigos formaban enormes oleadas de luz que envolvían todo su campo de visión. Él era el que acababa de tener un viaje de cuatro mil años luz en el momento en que parecía que las cosas se estaban asentando, y había viajado todo el camino hasta la capital para ser arrastrado frente a este tribunal de investigación. No iba a abogar por la simpatía, pero en lo que a él se refería, su estado no era de ninguna manera, forma o algo por lo que valiera la pena ponerse celoso. Los soldados sin nombre y sus familias podrían estar excusados por pensar que sí, pero él no necesitaba escucharlo de este grupo, que estaba sentado a salvo lejos de las líneas del frente, pensando en nada más que en la mejor manera de golpear cualquier clavo que se destaque del resto.

“En nuestra república democrática, a nadie, no importa quiénes sean, se le permite tomar medidas arbitrarias que excedan las normas. Para eliminar todas las preguntas relacionadas con este punto, hemos convocado este tribunal de investigación hoy. Por eso, mi primera pregunta es…”

Aquí viene, pensó Yang.

“El año pasado, cuando rechazó el Congreso Militar para el rescate del golpe de Estado de la República, los doce satélites que componían el Collar de Artemisa — satélites construidos con una gran inversión de fondos públicos para la defensa de la capital — fueron destruidos en Tus órdenes, ¿correcto?”

“Sí, señor.”

“Probablemente afirmará que esta fue una medida tácticamente inevitable, pero no puedo evitar sentir que fue una decisión apresurada y manejada de manera aproximada. ¿Realmente no había otra manera aparte de la destrucción completa de las valiosas propiedades de nuestra nación?”

“Juzgué que no había ninguna, así que tomé esa acción. Si crees que esa decisión fue errónea, sin duda me gustaría escuchar la alternativa”.

“No somos especialistas militares. Es tu trabajo hacer el pensamiento a nivel táctico. Sin embargo, ahora que lo mencionas, ¿no habría sido mejor si hubieras entrado en la atmósfera después de destruir, digamos, dos o tres satélites de ataque?”

“Si lo hubiera hecho de esa manera, sin duda nos atacarían los satélites restantes, y nuestras fuerzas ciertamente habrían sufrido bajas”. Dado que esto era un hecho indiscutible, Yang ni siquiera levantó la voz. “Si está diciendo que los satélites no tripulados son más importantes que las vidas de los soldados, mi juicio fue erróneo, pero…”

Yang se odió solo un poco por decirlo de esa manera, pero sin al menos este rechazo, Negroponte no respondería.

“Bueno, entonces, qué tal esto: los conspiradores fueron atrapados en Heinessen en cualquier caso. “En lugar de tomar una acción tan rápida y repentina, ¿no habría sido mejor haberse tomado el tiempo de desgastar su voluntad de resistir?”

“Pensé en hacer eso también, pero había dos factores que me hicieron abandonar la idea”.

“A todos nos gustaría escucharlos”.

“El primer problema fue que la facción del golpe de Estado había sido psicológicamente apoyada en un rincón, y existía el peligro de que trataran de salir de esa situación usando a personalidades gubernamentales del gobierno de la capital como escudos humanos. Si hubieran venido exigiendo concesiones con pistolas contra *sus cabezas* , no tendríamos más

remedio que negociar con ellos”.

Un incómodo silencio se prolongó durante varios segundos.

“El segundo tema implicaba un peligro aún mayor. En ese momento, el levantamiento dentro del imperio estaba llegando a su fin. Si hubiéramos seguido asediando a Heinessen y simplemente esperábamos tranquilamente a que la facción golpista implosionara, entonces Reinhard von Lohengramm, el dotado guerrero que es, podría haber lanzado una invasión masiva, estimulado por el impulso de su victoria en La guerra civil del imperio. Además de sus civiles, Iserlohn tenía solo una pequeña fuerza de seguridad y un poco de personal de control de los vuelos espaciales en ese momento”.

Yang hizo una pausa para respirar. Le habría encantado un vaso de agua.

“Por estas dos razones, tuve que tomar medidas que liberarían a Heinessen lo más rápido posible y, además, dar un golpe psicológico aplastante a la facción del golpe de Estado. Si eso merece una crítica, me resignaré a ello. Pero dejando a un lado mis propios sentimientos, los hombres y mujeres que arriesgaron sus vidas luchando bajo mi mando no lo aceptarán a menos que puedas proporcionar un plan alternativo mejor”.

Ni siquiera Yang estaba por encima de esta gran amenaza implícita. Y parecía haber funcionado. Un susurro de voces bajas pasaron entre los miembros de la junta, con miradas de irritación disparadas desde su grupo hacia Yang. Parecía que se habían quedado sin espacio para más contraargumentos. La única excepción fue Huang, que se volvió hacia un lado y bostezó un poco. Finalmente, Negroponte se aclaró la garganta ruidosamente y habló.

“Bien, entonces, dejemos de lado este asunto por el momento y pasemos a la siguiente cosa. Justo antes de enfrentarse al enemigo en la región estelar de Doria, aparentemente dijo lo siguiente a toda su fuerza: ‘Comparado con los derechos individuales y la libertad, el estado simplemente no vale tanto’. Tenemos el testimonio de múltiples testigos que escucharon Tú, así que no hay error, ¿verdad?

IV

“No puedo responder por cada palabra y cada sílaba”, respondió Yang, “pero ciertamente dije algo en ese sentido”.

Si había testigos, no tenía sentido negarlo. Pero sobre todo, Yang no creía que hubiera dicho nada malo. No era como si siempre tuviera razón en todo, pero lo que había dicho ese día — eso era lo correcto. Si el estado cayera, podrían comenzar de nuevo y volver a construirlo. Había muchas naciones que habían caído durante un tiempo solo para ser reconstruidas. Por supuesto, mucho más habían caído para nunca volver a levantarse, pero eso se debía a que ya habían agotado sus roles en la historia, se habían corrompido, se habían debilitado en su vejez y habían perdido el valor de su existencia continua. La muerte de una nación fue trágica en la mayoría de los casos, pero la razón se debió a la gran cantidad de sangre derramada en el proceso. Lo peor era cómo esa tragedia se convertiría en la más grave de las comedias, ya que muchas personas entregaron sus vidas con la certeza de que podrían salvar a una nación indigna de su inevitable destino — y luego, con sus sacrificios, no lograrán absolutamente nada. Los estados indignos de su propia existencia, celosos de las personas que merecían vivir, se llevaron a tantos como pudieron en el momento en que fueron arrojados al infierno. A veces, las autoridades supremas de esas naciones incluso vivían sus vidas con lujos como aristócratas de la nación enemiga, olvidando por completo los innumerables muertos de guerra que habían estado gritando sus nombres mientras caían en el campo de batalla. Yang se preguntó: a lo largo de la historia, ¿cuántos de los responsables en última instancia de las guerras habían muerto en la línea del frente?

Libertad personal y derechos individuales — esas eran las palabras que Yang había hablado a los soldados. ¿Debería haber añadido “vida” a eso? Pero cuando Yang pensó en todo lo que había hecho hasta entonces y en todo lo que probablemente haría en el futuro, sabía que no había manera de

que pudiera haber dicho esa palabra. *¡Justo qué diablos crees que estás haciendo! Tiene que haber todo tipo de cosas por hacer que importen más que ordenar el asesinato y la destrucción en el campo de batalla*.

“¿No crees que hiciste un comentario bastante indiscreto?”, Decía una voz ronca.

Durante sus días en la Academia de Oficiales, hubo instructores cuyos ojos se iluminaron al ver a un estudiante cometiendo un error. Este tipo sonaba igual que ellos: una voz como un gato lamiendo sus tajadas en éxtasis.

“¿Eh? ¿Cómo es eso?”

El presidente del Comité de Defensa, tal vez sintiéndose incómodo debido a que Yang no se dio la vuelta por ellos, permitió que un severo borde se deslizara en su voz. “Eres un soldado con el deber de proteger a tu nación. Joven como eres, llevas el título de almirante. Diriges una fuerza militar con números equivalentes a la población de una gran ciudad. Entonces, ¿cómo no es indiscreto cuando alguien en tu posición hace un comentario que menosprecia al estado, por extensión muestra desprecio por tus propios deberes y además invita a una caída en la moral?”

Lo que necesitas ahora, la razón de Yang le estaba diciendo , *es paciencia para soportar toda esta vanidad y absurdo*, pero esa voz interna se estaba volviendo más y más débil.

“Si puedo decir una palabra, Su Excelencia”, dijo Yang, controlando su voz lo mejor que pudo, “Creo que esa declaración fue inusualmente discernible para mí. Los estados no se dividen como células para producir individuos; Los individuos con voluntades independientes se unen para formar estados. Siendo ese el caso, está claro como el día que es principal y que es secundario en una sociedad democrática”.

“Claro como el día, ¿verdad? Entiendo las cosas un poco diferente. El estado tiene un valor que lo hace esencial para los seres humanos”.

“¿De Verdad? Porque los seres humanos pueden vivir bien incluso sin

ningún estado, pero los estados no pueden existir si no hay seres humanos”.

“Estoy…; sorprendido, francamente. Pareces una especie de anarquista extremo.”

“Eso es incorrecto, señor. En realidad soy vegetariano, aunque doblo las reglas en el momento en que veo un sabroso corte de carne”.

“¡Almirante Yang! ¿Tiene la intención de insultar a este tribunal de investigación?” La sensación de peligro en la voz de Negroponte se disparó.

“No, señor, no tengo tales intenciones en absoluto”. Naturalmente, él ciertamente tenía tales intenciones, pero no había necesidad de salir y decirlo. Yang se quedó en silencio, sin defenderse ni disculparse, y el presidente del Comité de Defensa, tal vez habiendo perdido de vista su línea de ataque, siguió mirando a Yang mientras juntaba sus gruesos labios.

“¿Qué tal si nos retiramos por un momento en este momento?” Esa era la voz de Huang Rui, quien no había hablado ni una palabra desde las autopresentaciones. “El almirante Yang debe estar cansado, y ciertamente estoy aburrido — quiero decir, eh, agotado. Estaría agradecido por un pequeño descanso”.

Esa petición probablemente salvó múltiples vidas humanas.

Después de un receso de noventa minutos, el tribunal de investigación volvió a reunirse. Negroponte se embarcó en una nueva línea de ataque.

“Entiendo que ha nombrado al teniente Frederica Greenhill como su ayudante de campo”.

“Eso es correcto. ¿Hay algún problema?”

“Ella es la hija del almirante Greenhill, quien cometió actos de traición rebeldes el año pasado contra nuestra república democrática. Tienes que ser

consciente de eso, y sin embargo…”

Yang levantó sus cejas ligeramente.

“¿Oh? Entonces, en mi país libre, ¿el niño tiene la culpa del padre, como en alguna autocracia antigua?”

“No dije nada por el estilo.”

“No puedo interpretarlo de otra manera, me temo que…”

“Lo que sugiero es que, para evitar malentendidos innecesarios, debe considerar su persanal con cuidado”.

“¿Qué es un ‘malentendido innecesario’? ¿Podría decirme, con detalles?”

Como no hubo respuesta, Yang continuó.

“Sería una cosa si tuvieras algún tipo de evidencia que arrojara serias dudas sobre ella, pero cuando se trata de una acción preventiva contra algún tipo de ‘malentendido innecesario’ nebuloso, simplemente no siento ninguna necesidad. Además, el derecho de un comandante en jefe para nombrar a quien lo quiere está garantizado por la ley en este caso. Y además, si me pidieran que relevara al ayudante más capaz y confiable que pudiera pedir, eso dificultaría mi capacidad de usar nuestras fuerzas en toda su extensión. Todo lo que podría pensar es que estabas tratando deliberadamente de infligir pérdidas a nuestras fuerzas. ¿Es así como debo interpretar esto?”

La línea agresiva de razonamiento de Yang había golpeado claramente a los miembros de la junta con el golpe. Dos o tres veces, Negroponte abrió la boca y comenzó a decir algo, solo para cerrarla, sin poder pensar en una reaparición por el impulso del momento. En busca de ayuda, se volvió hacia el presidente de la Universidad de Gobernanza Autónoma Central, que estaba sentado a su lado.

El hombre conocido como Eurique Blah-Blah-Blah Oliveira tenía más por parte de un burócrata que de un erudito. Por supuesto, Universidad Central

de Gobernación Autónoma era una escuela para cultivar burócratas gubernamentales. Dada su reputación de brillantez, Oliveira sin duda había podido hacer lo que deseaba en cada etapa de su vida. Estaba lleno de una confianza y una sensación de superioridad que se extendía hasta las puntas de sus dedos.

“Almirante Yang, será difícil para nosotros hacer preguntas si nos hablan de esa manera. Aquí no somos enemigos. Intentemos entendernos mejor, usando un poco más de sentido común”.

Mientras escuchaba la seca y ronca voz de Oliveira, Yang decidió que odiaba al hombre. Negroponte podría volar a un frenesí, confundirse, y así sucesivamente, y solo por eso, todavía tenía un sentido de humanidad acerca de él.

“A juzgar por sus palabras y acciones hace un momento, parecería que tiene ciertas nociones preconcebidas acerca de este tribunal de investigación, pero nos está juzgando mal. No te hemos llamado aquí para criticarte. De hecho, se podría decir que esta corte de investigación se abrió para mejorar su posición. Naturalmente, necesitamos su cooperación para hacer eso, y también queremos cooperar con usted en todos los aspectos”.

“En ese caso, hay una cosa que me gustaría solicitar”.

“¿Y qué sería eso?”

“Si tienes la hoja de respuestas, ¿me la puedes mostrar? Porque realmente me gustaría saber qué tipo de respuestas están esperando”.

Un silencio mortal llenó la habitación por un momento, y luego voces enojadas agitaron el aire en la habitación, creando corrientes de turbulencia.

¡Que se advierta al investigador! ¡Por favor, absténgase de usar palabras y acciones que insulten a este tribunal de indagación o desdeñoso de su autoridad y carácter!

El presidente del Comité de Defensa logró controlar su voz fuerte justo

antes de que se convirtiera en un grito ininteligible. *Si hay algo en este espectáculo burlesco que puedas llamar "autoridad" o "personaje", entonces por supuesto, sácalo,* pensó Yang. Naturalmente, no fue ni la sumisión ni el arrepentimiento lo que hizo que Yang mantuviera la paz. Una gruesa vena se hinchaba en la cien del presidente del Comité de Defensa. Yang miró maliciosamente mientras Oliveira de la Universidad Central de Gobernación Autónoma susurraba algo al oído de Negroponte.

Finalmente, Yang fue liberado desde el primer día de la corte de investigación, pero eso no significaba que hubiera una mejora en su estado de hecho de arresto domiciliario. Acompañado en un automóvil que lo recogió de la sala de reuniones, Yang fue llevado de regreso a sus alojamientos. Tan pronto como se encontró con el oficial subalterno como asistente personal, Yang exigió salir a cenar.

"Su Excelencia, prepararé la cena para usted aquí. No hay necesidad de molestarse en salir".

"Quiero comer fuera. No en una habitación desolada y vacía como esta."

"Necesitará el permiso del Almirante Bay para salir por la puerta principal".

"No quiero particularmente su permiso".

"¡Lo quieras o no, se requiere!"

"Bueno, en ese caso, ¿puedes ponerme en contacto con el Almirante Bay?"

"El almirante está fuera ahora mismo. Tiene asuntos oficiales en la oficina del presidente del Consejo Superior".

"¿Cuándo va a estar de vuelta?"

"No lo sé. Entonces, ¿eso es todo lo que necesitabas?"

“Sí, eso lo cubre todo”.

El oficial subalterno saludó y salió de la habitación, y luego, durante un rato, Yang se quedó mirando a la puerta. Aunque sabía que los dispositivos de error estaban presentes, no podía evitar gruñir en voz baja: “¿Crees que puedes hacerme esto?”

Yang tiró con fuerza su boina militar contra el suelo. Luego recogió la inocente boina, se sacudió el polvo y se la puso en la cabeza. Cruzando los brazos, vagó por la habitación.

Lo dejo. Esta vez, lo juro, realmente voy a renunciar. Había estado pensando eso desde que capturó a Iserlohn el antepenúltimo año. Estas fueron algunas de las mismas personas que habían rechazado sus cartas de renuncia repetidamente — y en su lugar lo pusieron en puestos de autoridad cada vez más altos, expandiendo sus deberes y su poder.

Cuando finalmente lo dejaron ir de la corte de investigación, no fue sin un pequeño sentimiento de placer. Esto se debía a que hoy, al menos, había conseguido una victoria táctica. Había aplastado sus falsas acusaciones una tras otra y, por difícil que fuera, incluso había logrado avergonzar a los inquisidores de piel gruesa.

Sin embargo, esta victoria táctica no necesariamente llevaría directamente a una victoria estratégica. Si bien estaría agradecido si todos los funcionarios de alto rango decidieran renunciar al tribunal de investigación, era muy posible que continuaran en su lugar de manera aún más obsesiva. Había llegado a los límites de su resistencia durante el interrogatorio de hoy solo, y parecía imposible continuar aguantando hasta mañana y más allá. *En cuyo caso, no hay nada que pueda hacer excepto dejar de fumar, ¿verdad?*

Yang se sentó en el escritorio y comenzó a pensar en su carta de renuncia.

Durante este tiempo, Frederica Greenhill no solo había estado moviendo los pulgares mientras observaba desde el margen. Se puso a trabajar tan pronto

como entró en su habitación en un edificio de apartamentos para mujeres oficiales y, en el espacio de tres horas, hizo catorce llamadas telefónicas y localizó la ubicación del Contraalmirante Bay. En el momento en que abandonó la oficina de Job Trünicht, fue abordado por Frederica, con el oficial de combate Machungo a su lado.

“Como ayudante de campo del almirante Yang, exijo ver a mi Oficial Comandante. ¿Dónde está el almirante?”

“Eso está relacionado con los principales secretos de estado. No puedo autorizar ninguna reunión, ni puedo decirle dónde está el almirante”.

Frederica no estaba dispuesta a soportar ese tipo de respuesta.

“Entendido. ‘Corte de investigación’ debe referirse a la tortura psicológica llevada a cabo a puerta cerrada, ¿correcto? ”

“Teniente Greenhill, cuidado con lo que dice”.

“Si está diciendo que estoy equivocada, entonces le exijo que lo demuestre mediante la divulgación pública de este tribunal de investigación, permitiendo que los abogados estén presentes y permitiendo que el investigador vea a los visitantes”.

“No tengo que responder a tales demandas”.

“¿Por qué no puedes responder?”

“No tengo que responder a eso”.

Pero Frederica no se retractó de la actitud altanera del contraalmirante.

“En ese caso, ¿le importaría si informo a los medios de comunicación que el Almirante Yang — un héroe nacional — está siendo sometido de manera arbitraria e ilegal a un linchamiento psicológico por parte de un alto número de altos funcionarios del gobierno?”

Hubo un destello visible de pánico en los ojos del almirante.

“S-solo inténtalo. Estarías violando la Ley de Protección de Secretos de Estado. Usted misma terminaría delante de una corte marcial”.

“No habría motivos para una corte marcial. La Ley de Protección de los Secretos de Estado no dice nada acerca de ningún ‘tribunal de investigación’. Por lo tanto, se deduce que incluso si hiciera público este asunto, hacerlo no constituiría ningún delito. Si está obligado y determinado a ignorar los derechos humanos del Almirante Yang y obligar a este tribunal secreto de investigación, entonces yo también tendré que usar los medios a mi disposición”.

“Hmph. La manzana no cayó muy lejos del árbol, ¿verdad?” Escupió el contraalmirante, lleno de veneno insidioso.

Por un instante, el shock — y luego la furia — apareció en la cara del Oficial de la Orden Machungo, pero Frederica no pestañeó. Solo sus ojos color avellana brillaban en ese instante, como esmeraldas bañadas por la luz del fuego. Cuando Bay se dio la vuelta para irse, dejando atrás sus crueles palabras, ella no hizo ningún movimiento para detenerlo.

El año pasado, cuando supo que su padre era el cabecilla del golpe de Estado, se preparó para ser liberada de su posición como ayudante de campo de Yang. Pero luego Yang, hablándole a ella en un tono como el de un colegial torpe, le dijo: “Si no estás allí para mí, lo pasaré mal…”

Esas simples palabras la habían sostenido hasta el momento y probablemente seguirían haciéndolo. Se volvió para mirar a su compañero grande y musculoso.

“Al oficial de control Machungo, no quise hacer esto, pero es mi última opción. Vayamos a ver al almirante Bucock y pregúntele qué está pasando”.

Después de desperdiciar alrededor de una docena de hojas de papel, Yang

finalmente terminó su carta de renuncia. Tenía la sensación de que no iba a poder mirar a Julian y Frederica, o Caselnes y los demás, a los ojos después de esto, pero simplemente no creía que fuera posible seguir con la facción de Trünicht. Incluso si él no estuviera cerca, el imperio tendría dificultades para invadirlos mientras Iserlohn todavía estuviera en manos de la FPA. Pensando de esa manera era cómo finalmente logró calmarse.

Completamente agotado, Yang se metió en la cama. No tenía forma de saber que, a varios miles de años luz de distancia, la Fortaleza de Gaiesburg volaba a través del vacío negro. Ni dios ni el diablo habían hecho que Yang lo supiera todo o que fuera todopoderoso.

CAPÍTULO 06: UNA BATALLA SIN ARMAS.

I

ERA EL DIEZ DE ABRIL cuando un grupo de dieciséis naves de guerra, entre ellos el acorazado La *Hispaniola* y el crucero *Córdoba* , lo descubrieron. Este grupo, bajo el mando del capitán J. Gibson, había partido de Iserlohn en una misión de patrulla en el corredor.

“Si te encuentras con el enemigo, bajo ninguna circunstancia debes abrir hostilidades. Solo retírate a la fortaleza e informa tus hallazgos”.

El contraalmirante Caselnes, el comandante en funciones, había dado órdenes estrictas de esta naturaleza a todos los comandantes de la Flota de Patrulla de Iserlohn. Mientras el comandante de la fortaleza Yang Wen-li estaba ausente, debían evitar el combate innecesario en la medida de lo posible.

Un operador a bordo del crucero *Córdoba* estaba tomando otra taza de café mientras miraba sus instrumentos. Había perdido la cuenta de cuántas tazas había hecho. La situación actual era pacífica — y por lo tanto el aburrimiento mismo. Aparte de tomar café, no había absolutamente nada que pudiera hacer para distraerse. Su estómago, sin embargo, había tenido suficiente estimulación provocada por la cafeína. De repente, los ojos del operador se iluminaron, y él golpeó violentamente la taza en la esquina de su consola.

“La distorsión Warp está muerta por delante”, informó. “Algo está a punto de deformarse. Distancia: 300 segundos luz. Se masifica…”

La mirada que el operador lanzó hacia su medidor de masa se congeló allí, y perdió las palabras que estaba a punto de decir. Le tomó varios segundos hacer que sus cuerdas vocales comenzaran de nuevo.

“La masa es — extremadamente grande…”

“¡Dame un número!”, Gritó el capitán. El operador se aclaró en voz alta la garganta dos o tres veces, y luego logró toser la masa sin forma de shock que se había alojado en su tráquea.

“¡La masa es de aproximadamente cuarenta billones de toneladas! ¡Esto no es un acorazado!”

Esta vez, fue el turno del capitán de guardar silencio. Después de un momento, se estremeció, se sacudió el estrangulamiento que un par de brazos invisible parecía tener y lo ordenó.

“¡Retirada, a toda velocidad! ¡Seremos atrapados en el terremoto espacial!”

El capitán Gibson, el oficial al mando de esta formación de naves, también ordenó a todas las naves que se retiraran de inmediato. Las dieciséis naves pusieron distancia entre ellos y la región del espacio cada vez más combada tan rápido como lo permitiera la salida de su motor. Grandes ondulaciones creadas por el terremoto espacial corrieron tras ellos, doblando y sacudiendo el espacio-tiempo, apretando sus corazones con manos invisibles.

La taza de café cayó desde el borde de la consola y se rompió en el suelo. Aun así, los operadores se quedaron mirando la pantalla, sin perder nunca de vista sus tareas de reconocimiento. Por fin, vieron que la onda de choque avanzaba hacia ellos, y se levantó un gemido sin voz…;

Un ambiente frenético comenzaba a formarse en la sala de comando de la

fortaleza de Iserlohn. Los operadores estaban en constante movimiento. No había descanso para sus manos, sus ojos, o sus voces. El contraalmirante Caselnes, junto con el resto del personal ejecutivo, se quedó mirando cómo se desarrollaba la escena.

“Un grupo de patrullas parece haber encontrado al enemigo otra vez…”

“El enemigo está ocupado también, en estos días. Tal vez están tratando de ganar algo de tiempo extra”.

Por supuesto, la conversación ociosa estaba prohibida, pero nadie podía obedecer esa regla cuando estaban inquietos. Finalmente, el operador principal transmitió el informe del capitán Gibson al comandante en funciones.

“Tiene la forma de una esfera o algo similar, compuesta de aleaciones y cerámicas, y su masa es…”

“¿De cuánto?”

“La masa se estima en más de cuarenta trillones de toneladas”.

“¡¿Dijiste *trillones* ?!” Caselnes era un hombre con una disposición tranquila, pero ni siquiera él podía mantener la compostura cuando escuchó esa figura.

El operador principal continuó: “A juzgar por su masa y su forma, es probable que sea un planetoide artificial, de cuarenta a sesenta y cinco kilómetros de diámetro”.

“Te refieres…; ¿Una fortaleza como Iserlohn?” dijo Caselnes en voz baja.

El contraalmirante von Schönkopf, comandante de las defensas de la fortaleza, mostró una sonrisa irónica. “No creo que el imperio nos haya enviado a los enviados de buena voluntad de esta forma antes”.

“Entonces, ¿ese inicio en enero fue solo una prueba para esto?” Había un

tono amargo en la voz de Caselnes. Había pensado que el enemigo aprendería la misma lección que sus propias fuerzas y sería más prudente en el futuro. ¿Se había equivocado todo el tiempo? “Entonces, ¿tenemos una flota imperial que está trayendo su propia base de operaciones esta vez?”

“Tienes que admirar su esfuerzo”, dijo von Schönkopf, aunque no hubo pasión en sus elogios.

El contraalmirante Murai, siempre el más serio, lanzó una mirada prejuiciosa al comandante de las defensas de la fortaleza. “Aun así, es una cosa increíble que han concebido. Para deformar aquí con toda una fortaleza a cuestas…; El ejército imperial aparentemente ha desarrollado una tecnología completamente nueva”.

“La tecnología no es nueva”, replicó von Schönkopf innecesariamente. “Acaban de subir la escala, eso es todo. Impresionante, podría añadir.”

“Lo que es seguro”, dijo Caselnes, parándose entre los dos hombres para volver a poner las cosas en el tema, “es que sus fuerzas son vastas, y nos han sorprendido durmiendo la siesta. Además, el Comandante Yang está ausente. Solo estamos nosotros mientras él no está, así que al menos por el momento, tendremos que mantener la línea nosotros mismos”.

En palabras de Caselnes, una ola de tensión rodó a través de la espaciosa sala de comando central. Las miradas comprensiblemente incómodas se disparaban de un lado a otro por toda la habitación. Estaban absolutamente seguros de que Iserlohn era inexpugnable, pero ahora había aparecido una grieta de pánico en la piedra angular de esa certeza. Iserlohn había tomado todos los disparos de cañón que se habían producido, pero habían sido cañones montados en naves; la salida de las armas principales de la fortaleza que se aproxima sería en un nivel completamente diferente.

Los soldados habían bromeado durante mucho tiempo sobre “qué pasaría si dispararas las armas principales de Iserlohn al muro de defensa de Iserlohn”, pero esa era la situación que ahora podría estar sobre ellos. “Iserlohn”, dijo la gente, “tiene cuatro recubrimientos multicapa de acero ultra duro, fibra de cristal y supercerámica. Es la cosa más resistente de

todo el espacio”. Sin embargo, después de esta próxima batalla, esas palabras pueden ser pronunciadas en tiempo pasado.

“¿Un duelo entre el cañón de fortaleza y el cañón de fortaleza…?”. Caselnes podía sentir una mano helada e invisible que pasaba los dedos arriba y abajo por su cuello y columna vertebral. Cuando imaginó el choque sin precedentes de esas vastas energías, no pudo evitar sentir un escalofrío. Si dijeras que los disparos de los cañones principales de Iserlohn a simple vista, se dijo, verías la imagen posterior por el resto de tu vida.

“Solo piensen en los magníficos fuegos artificiales que veremos”, dijo von Schönkopf. En ese momento faltaba su buen ánimo habitual, y era difícil decir que su broma era exitosa. Lo que estaba imaginando era cruzar la línea de lo que los soldados de primera línea podrían procesar como una broma.

“Necesitamos que el almirante Yang regrese de la capital lo antes posible”, dijo el comodoro Patrichev.

Apenas hubo pronunciado esas palabras, una mueca de pesar apareció en su rostro. Probablemente fue un acto consciente, hecho por consideración del Comandante en funciones Caselnes. Caselnes, sin embargo, no mostró el menor disgusto y, en cambio, señaló un acuerdo positivo. Él era muy consciente de que él era el comandante de tiempos de paz, simplemente cumpliendo.

Aun así, incluso si Yang regresó corriendo en el momento en que las FTL llegaron a Heinessen, la distancia desde allí hasta Iserlohn era simplemente demasiado grande.

“Esta es una estimación aproximada”, señaló Caselnes, “pero parece que vamos a tener que mantenerlos fuera durante cuatro semanas. Y aunque ese período podría alargarse, no va a ser más corto”.

“Esa es una predicción divertida”, dijo Patrichev, no logrando sonar tan optimista como él pretendía. Tendrían que luchar con una fuerza de escala sin precedentes — y hacerlo sin su comandante. Tampoco era un

comandante ordinario del que habían sido privados, sino el invicto héroe de guerra conocido como “el mago Yang” y el “milagroso Yang”.

Temblores temerosos corrieron silenciosamente a través de cada nervio en el cuerpo de Patrichev. Estalló en piel de gallina, y el sudor frío le humedeció la ropa desde el interior. Solo era natural.

La fortaleza de Iserlohn y su flota de patrullas afiliadas emplearon a un total de dos millones de soldados y oficiales, e incluso en su estado actual, con muchos de los guerreros experimentados que han sido reemplazados por reclutas en bruto, todavía constituyen la fuerza de combate más potente en la Alianza Armada. Efectivo. Sin embargo, eso se debió a que derivaron su potencia de la fe absoluta que tenían en la invencibilidad de su comandante.

“¿Qué crees que pasaría si perdiéramos la fortaleza de Iserlohn?” El contralmirante Murai lo forzó en voz baja.

“Una gigantesca flota de guerra comandada por el duque von Lohengramm saldría del corredor y se adentraba en el espacio de la alianza. Si eso sucede, entonces la alianza esta…”

No había necesidad de decir la palabra: “terminada”.

En el pasado, las Fuerzas Armadas de la Alianza habían intercambiado disparos con la Armada Imperial en cualquier número de ocasiones en que habían lanzado incursiones a través del corredor.

Sin embargo, las condiciones actuales no eran como las de hace dos años. Aparte de la Primera Flota, las fuerzas que tenían actualmente en este lado del corredor consistían en regimientos no probados de nuevos reclutas, fuerzas de seguridad planetarias incapaces de despliegues de largo alcance, escuadrones de patrulla con armadura inferior y poder de fuego, y unidades aún en proceso de organizándose — era justo decir que eso era todo. La seguridad militar de la alianza dependía totalmente de la fortaleza de Iserlohn y de la flota de patrullas de Iserlohn. De hecho, esta fue precisamente la razón por la que los que se encontraban en la retaguardia de las líneas del frente tuvieron tiempo para organizar nuevas unidades y

capacitar a nuevos reclutas.

Y, sin embargo, en un momento tan crítico como este, ¡su comandante de primera línea había sido convocado de regreso a Heinessen! ¿Y para qué? Para enfrentarse a un tribunal de investigación que no era ni urgente ni necesario.

Lejos de las líneas del frente en el mundo capital de Heinessen, los políticos de la facción de Trünicht no protegieron nada más que sus propias pieles mientras se vestían con ropa de abrigo y comían hasta el fondo de sus corazones. Cuando se habían aburrido de eso, habían convocado a Yang Wen-li y ahora se divertían jugando a la Cámara estelar. Cuando Caselnes imaginó sus rostros, podía sentir una furia urgente que ardía en su estómago. Para proteger la autoridad y los privilegios de esas personas, las tropas de primera línea regularmente tenían que tirar sus vidas en la batalla. Había ocurrido en el golpe de estado el año pasado, y también había sucedido antes de eso. Caselnes no pudo evitar sentirse escéptico sobre el significado de la guerra.

Si había una cosa que levantó su ánimo, era que ahora Yang sería liberado de su inútil batalla con el tribunal de investigación sobre Heinessen. Si tuviera que luchar de cualquier manera, incluso Yang elegiría unir el ingenio con una fuerza enemiga en el vasto campo de batalla del espacio exterior. El deber de Caselnes y los demás era retener a Iserlohn hasta su regreso.

Caselnes consideró el peor escenario y tomó varias medidas preventivas. Tenía configurados los computadores estratégicos y tácticos para que todos sus datos pudieran eliminarse en cualquier momento, preparó un sistema mediante el cual también podrían incinerarse documentos secretos e hizo que la población civil de Iserlohn de tres millones de habitantes comenzara los preparativos para la evacuación. La prontitud y precisión de estas medidas reflejaron lo que Caselnes consideraba su traje más fuerte.

Y así, un FTL se abrió camino desde Iserlohn a la parte trasera.

“El 10 de abril, una fuerza imperial masiva cruzó hacia el Corredor

Iserlohn, además, está acompañada por una fortaleza móvil gigante. Solicite refuerzos inmediatos”.

II

También el 10 de abril, chispas volaban en una batalla sin armas en la capital de la Alianza de Planetas Libres. El almirante Yang Wen-li se enfrentaba al tribunal de investigación, y su ayudante de campo, Frederica Greenhill, parecía haberse convertido en enemigos de toda la administración de Trünicht.

Yang no estaba siendo interrogado todos los días. Todos los inquisidores tenían otro trabajo que debían atender, entre ellos el Presidente del Comité de Defensa Negroponte, quien era el presidente del tribunal de investigación. Como no podían concentrar todas sus energías en acosar a Yang, el tribunal de investigación se reunía cada dos o tres días, lo que significaba que se estaba prolongando interminablemente. Los nervios de Yang habían recibido una gran paliza, y si hubiera tenido mal genio, habría estallado hace mucho tiempo. En este punto, todo lo que Yang podía pensar era que el objetivo de este tribunal era no cuestionarlo y llegar a algún tipo de conclusión; era simplemente para continuar el proceso de interrogarlo.

¿Cómo planean terminar esto? Yang se preguntó. Supongamos que el objetivo de la investigación era determinar si la presencia de Yang Wen-li era o no perjudicial para la alianza. Si la conclusión era que él era inofensivo, tendrían que dejarlo ir. Si fuera dañino, tendrían que tomar algún tipo de medida decisiva — pero como la amenaza militar del imperio era muy real, en la actualidad no podían permitirse perder a Yang. Dicho esto, no podían simplemente mantener la investigación para siempre. Cuando Yang consideró estas circunstancias, todo el asunto parecía a la vez repugnante y ridículo, y también se tomó un poco de diversión malintencionada. Independientemente de lo que decidieran, tendrían que dejarlo ir eventualmente, y Yang a estas alturas era un momento para

simplemente esperarlos y esperar a ver qué tipo de excusa se les ocurriría para mantener las apariencias.

Tenía su carta de renuncia en el bolsillo. Si es necesario, podría sacarlo en cualquier momento y meterlo en la nariz del presidente del Comité de Defensa. Lo había escrito la primera noche de la investigación y al día siguiente — cuando tenía la intención de dejarlo en el escritorio del presidente — el tribunal no se había reunido y un Yang desmoralizado se lo había guardado en el bolsillo. No era como si no hubiera tenido la oportunidad de ofrecerlo desde entonces, pero el solo hecho de saber que estaba allí y que podía usarse en cualquier momento lo ayudó a calmarlo un poco, y también reveló su lado más desagradable: *¡Esperemos hasta que las cosas se pongan un poco más dramáticas y luego ellos lo tendrán!*

Cada vez que la corte debía reunirse, Yang, a su manera, se emocionaba. Lo que fue más difícil para él fueron los días que tuvo que pasar bajo arresto domiciliario en sus alojamientos asignados. Aparte de comer sus comidas, no había nada que hacer allí. Desde la ventana, no había nada que ver excepto el patio. Ni siquiera tuvo acceso a una solución, y cuando intentó pedir algunos libros para leer — sabiendo que era un esfuerzo inútil — la solicitud se reunió con el dobladillo esperado y luego un rechazo al final. Cuando pensó: *Bueno, en ese caso, escribamos un poco más,* resultó que tenía un bolígrafo, pero no un papel — había hojeado un par de docenas de hojas mientras escribía su carta de renuncia, agotando todo lo que tenía. Cuando se acostó, intentó imaginarse torturando a cada miembro de la corte, pero pronto se aburrió de eso.

Si bien las tres comidas eran excelentes todos los días, estaban tan desprovistas de individualidad como los muebles en esta sala, y no tenía sentido esperar algo diferente cada vez. El desayuno, en particular, fue exactamente el mismo durante días y días: pan de centeno, mantequilla, yogur natural, café, jugo de verduras, tocino y huevos, papas y ensalada con cebolla, pimiento y lechuga. El sabor ciertamente no era malo, y tenía que ser muy nutritivo, pero si se le preguntaba, Yang lo habría descrito como “carente de sinceridad y originalidad”. Lo más imperdonable era su suposición de que las comidas iban seguidas de café.

Si Julian estuviera aquí, habría preparado té rojo con fragantes hojas de Shillong, e incluso si los huevos estuvieran en el menú todos los días, los habría cambiado, haciendo tortillas un día y huevos revueltos al siguiente. Y su técnica para hacer arroz gratinado y papilla de arroz de las sobras de la noche anterior, en la estimación de Yang, no tenía igual bajo el cielo. Sería mucho mejor para la cultura y la sociedad si él eligiera entrenarse formalmente como cocinero y obtuviera una licencia para hacerlo, en lugar de buscar un trabajo militar desagradable que no contribuyera a la civilización ni a la humanidad. Si solo hiciera eso, Yang podría incluso usar su subsidio de jubilación para abrirle un restaurante…; Por supuesto, era cierto que el trabajo de "cocinar" probablemente no estimulaba el romanticismo juvenil del chico como lo hacía el "capitán del acorazado espacial".

De esta manera, los días sin sentido pasaron para Yang en Heinessen. Pero era justo decir que incluso sus circunstancias eran preferibles en gran medida al arduo trabajo que Frederica estaba haciendo. La lucha de Frederica fue literalmente sin dormir ni descansar.

Después de recibir esa respuesta insensible del Contralmirante Bay, Frederica y Machungo se dirigieron directamente al Comando de la Armada Espacial. El funcionario de recepción había sido de tipo burocrático, ejerciendo regulaciones, poderes enumerados y mecanismos organizativos como el personal de un hechicero. Había perdido una gran parte del tiempo de Frederica, pero por fin un joven teniente comandante llamado Edmond Messersmith, quien había salido de la puerta para dirigirse a casa, la había notado. Él se detuvo y trató de ayudarla. Messersmith había estudiado bajo la tutela de su padre cuando Dwight Greenhill se desempeñaba como vicepresidente de la Academia de Oficiales, y durante un tiempo su padre aparentemente había puesto sus ojos en Messersmith como un posible novio para Frederica. Frederica le había dado las gracias y Messersmith le había respondido con una sonrisa agradable.

"Contento de estar en servicio. Si necesitas ayuda, me haré útil como pueda. Saluda a tu madre de mi parte. Todos estos años, y sigues siendo tan

hermosa como siempre, Frederica”.

Frederica le había dado las gracias, pero cuando abrió la puerta de la oficina del almirante Bucock, comandante en jefe de la armada espacial, Messersmith ya se había alejado de su mente.

“Teniente, ¿qué demonios estás haciendo aquí?”

Eso fue lo primero que le dijo el almirante de setenta y dos años. Como Frederica había esperado, el hombre número dos en uniforme no tenía idea de que Yang había sido convocado a la capital. Dejó claro que solo con esa pregunta quedó claro lo secreto que era este tribunal de investigación.

Frederica le dio un resumen conciso de lo que había sucedido, y al final, las cejas blancas de Bucock temblaban, a pesar de que mantuvo su tranquilidad durante un largo momento. No estaba tan sorprendido como conmocionado.

“Para ser honesta”, dijo, “no estaba muy segura de si debía llamar la atención de Su Excelencia o no. Aunque agradecería cualquier ayuda que me pueda brindar para sacar al Almirante Yang de su situación, esto podría convertirse en un enfrentamiento entre el ejército y el gobierno si las cosas empeoran…”

“Eso es sin duda una preocupación válida. Pero al mismo tiempo, eso ya no es algo de lo que debamos preocuparnos”.

Era algo extraño lo que había dicho el viejo almirante. El tono amargo, incluso oscuro en el que lo había dicho sonaba tan diferente al Bucock, generalmente afable.

“Lo que quiero decir, teniente, es que ya no es posible que todos los militares se unan en oposición al gobierno”.

“¿Con lo que te refieres a que los militares tienen una división interna, con dos facciones que compiten?”

“¡Dos! Hay dos facciones, sin duda. Al menos si puede establecer una

mayoría abrumadora junto a la minoría y llamar a eso dos. Naturalmente, estoy en la minoría. No es que sea algo de lo que presumir”.

Frederica respiró suavemente. Dudó en decir las siguientes palabras, pero no podía simplemente quedarse allí y no preguntarle: “¿Cómo demonios sucedió algo así?”

Por alguna razón, el viejo almirante parecía tan reacio a contestar esa pregunta como ella lo había hecho. Pero así como Frederica no pudo evitar preguntárselo, Bucock no pudo evitar responder.

“Esto no es una cosa fácil de decir, pero si tengo que señalar una razón, es debido al golpe de estado del Congreso Militar el año pasado. La confianza en el ejército se ha desplomado por eso. Tenemos menos voz en las cosas, y los políticos: han aprovechado la oportunidad para infiltrarse en el ejército con su propia gente. Al manipular las asignaciones de personal militar como les parezca, han logrado empaquetar el centro central de nuestro liderazgo con sus plantas. Ni el Director Cubresly ni yo pudimos hacer nada durante el golpe del año pasado, así que incluso cuando objetamos, nuestras opiniones simplemente se echaron a reír”.

Mi cara debe ser blanca como una sábana, pensó Frederica. Una vez más, su padre, Dwight Greenhill, el rostro del golpe de Estado, había aparecido ante ella, interponiéndose en su camino. A ella no le era posible que no le gustara su padre. Sin embargo, si este tipo de cosas siguieran sucediendo, ella podría llegar a odiarlo.

“Por esa razón, tanto yo como el Almirante Cubresly somos rocas aisladas en un mar ancho en la actualidad. Si bien no está claro qué motivo fundamental tenían los políticos para convocar al Almirante Yang a la capital, sin duda piensan que, hasta cierto punto, pueden hacer lo que quieran sin que nadie se oponga, y cualquiera que sí lo haga, simplemente puede aplastarlo.”

“No sé qué decir…; No sabía que te estaba poniendo en una posición tan difícil”.

“¿De qué estás hablando? No estoy en un lugar particularmente difícil para mí. Solo estoy disgustado, eso es todo. Todo su odioso andar furioso me está volviendo loco. En realidad, esta misma habitación podría estar bien arreglado. Yo diría que la probabilidad es superior al 90 por ciento”.

Al escuchar eso, el enorme Oficial de la Orden Machungo saltó diez centímetros completos en el aire. El viejo almirante se rió en un ataque de tos. Sin embargo, dejó de reírse cuando se encontró con los ojos de Frederica.

“La razón por la que estoy teniendo esta conversación a pesar de eso”, dijo, “es que ya es demasiado tarde para engañar a nadie sobre los colores de los que estoy volando y porque cualquier grabación que hayan hecho con un dispositivo de escuchas sería legalmente inadmisible como evidencia. Yo, por otro lado, podría demandarlos por infringir mis derechos humanos con sus escuchas ilegales. Asumir que el gobierno tiene ganas de obedecer la Carta de la Alianza, eso es”.

“El gobierno no puede pisotear públicamente su fachada de democracia. Cuando llegue el momento, creo que podemos usar eso como un arma”.

“Me complace escuchar al teniente hablar con tanta sabiduría y conocimiento. Por cierto, para devolver esto a la situación del Almirante Yang, ahora que sé lo que está pasando, haré todo lo que pueda. Ciertamente tienes mi cooperación.”

“¿No es algún problema para ti?” Preguntó Frederica. Esta vez, el viejo almirante sonrió alegremente.

“Ustedes ha venido aquí y ha preguntado, por lo que es demasiado tarde para preocuparse por eso ahora. Pienso mucho en ese joven. Oh, pero no le digas que dije eso. Después de todo, los jóvenes pueden tener una cabeza grande, muy rápido”.

“Estoy realmente agradecido por esto. Y como sé que eres una buena persona a la que no le importará que lo diga, también pienso mucho en ti, Excelencia.”

“Me encantaría que mi señora te escuche decir eso. Por cierto, hay otra cosa más…” Aquí, el rostro del viejo almirante se volvió más serio. “Nadie te siguió tu camino hasta aquí, ¿verdad?”

Una mirada de asombro recorrió los ojos color avellana de Frederica, y ella miró a Machungo. Ella había estado pensando solo en la situación con Yang y no había pensado en la posibilidad de una cola. Eso había sido descuidado.

Machungo se enderezó y respondió con una rica voz grave.

“No tengo ninguna prueba, pero vi más de un automóvil que me pareció sospechoso. Si estuviéramos siendo seguidos, creo que estaban intercambiando autos en el camino”.

“Como yo pensaba. Es el tipo de cosa que probablemente haría una comadreja como Bay”.

Bucock chasqueó la lengua con fuerza, posiblemente intentando que Bay lo escuchara a través de sus insectos invisibles. Bucock era un anciano atrevido.

“Teniente, este es el estado en el que se encuentra la base de nuestra democracia. La lluvia aún no ha comenzado, pero será una visión terrible una vez que estas nubes se hayan espesado. Estamos en una curva de aceleración que va de mal en peor, y volver al buen tiempo no va a ser fácil”.

“Señor, hemos venido aquí preparados para eso”.

“Muy bien”.

Había un toque de calidez en el tono brusco de la voz del hombre.

“Supongo que esto significa que somos socios. A pesar de la brecha generacional”.

III

Aunque había vacilado antes de tomar la decisión, la elección de confiar en el Almirante Bucock resultó ser un gran éxito para Frederica. Bucock no estaba simplemente dispuesto a ayudar; Su posición y reputación eran tales que ni siquiera una “mayoría abrumadora” podía permitirse ignorarlo por completo. Si hubieran podido, seguramente habrían relevado al viejo almirante de sus deberes como comandante en jefe de la armada espacial hace mucho tiempo.

Primero, *Leda II*, que había sido aislado en la esquina de un puerto espacial militar, fue liberado de la vigilancia. La tripulación, a quien se le había prohibido abandonar el barco sin que se le diera una razón, fue liberada y comenzó a actuar en coordinación con Frederica.

En cuanto a la propia Frederica, decidió aceptar la buena voluntad de Bucock y quedarse en su casa. Esto se debía a que la habitación en la que había estado hasta ese momento no solo estaba tapada y vigilada — incluso existía el peligro de que sufriera daños físicos si continuaba allí. La casa de Bucock estaba protegida por guardias de seguridad asignados directamente a él, e incluso si no hubiera sido así, Bay simplemente no podía extender las manos sin ley hacia la casa del comandante en jefe de la armada espacial. La Sra. Bucock también le dio una cálida bienvenida a Frederica.

“Por favor quédate el tiempo que quieras. Oh, pero no puedes hacer eso, ¿verdad? Tienes que rescatar al Señor Yang y volver a Iserlohn lo antes posible, ¿verdad? De todos modos, simplemente relájate y siéntete como en casa”.

“Lamento mucho imponerte de esta manera”.

“No hay que preocuparse por eso, señorita Greenhill. Siempre parece más

brillante en esta casa cuando una persona joven se acerca, y mi esposo está encantado de tener la oportunidad de pelearse con el gobierno. Nosotros somos los que deberíamos agradecerte”.

La cálida sonrisa de la señora Bucock hizo que Frederica sintiera envidia ¿Era así como se veía el vínculo entre un esposo y una esposa después de haber recorrido la vida durante más de cuarenta años juntos y llegar a entenderse profundamente?

Sin embargo, fuera de la casa de Bucock, Frederica tuvo que preguntarse si su país no estaba perdiendo su derecho a ser llamada país libre. A Frederica no solo le preocupaban esas cosas que le habían sucedido personalmente; tenía la sensación de que no podía deshacerse de esa razón y la apertura mental estaba desapareciendo rápidamente de la nación y la sociedad.

Habiendo convertido la casa de los Bucock en su base de operaciones, constantemente entraba y salía corriendo, y fue durante este tiempo que ocurrió un cierto incidente.

Había una organización civil conocida como el Comité Edwards. Activistas contra la guerra se habían unido para formar la organización en honor a la difunta Jessica Edwards, que había sacrificado su vida en la masacre del estadio el año anterior. El comité había planteado una cierta cuestión con respecto a la injusticia del sistema de reclutamiento.

Habían investigado a 246,000 personalidades en los sectores político, financiero y burocrático que tenían hijos en el rango de edad adecuado para el servicio militar obligatorio, y los resultados habían sido absolutamente impactantes. Menos del 15 por ciento de ellos tenía hijos en el servicio militar, y menos del 1 por ciento tenía un niño en la línea del frente.

“¿Qué muestran estos números? Si, como nuestra clase dominante nunca se cansa de decirnos, esta larga guerra es esencial para lograr la verdadera justicia, ¿por qué no dejan que sus propios hijos e hijas participen en ella? ¿Por qué usar su privilegio para esquivar el reclutamiento? ¡La única respuesta es que esta guerra no significa lo suficiente para ellos para ofrecer su propia carne y sangre! ”

El Comité Edwards envió un cuestionario por escrito, pero fue totalmente ignorado por la administración de Trünicht.

El presidente del Comité de Tráfico de Inteligencia Bonnet se duplicó como portavoz del gobierno, y todo lo que tuvo que decir al respecto fue: “No reconocemos la necesidad de responder a esto”. Pero lo que enojó y asustó aún más a los miembros del Comité Edwards fue el hecho de que este incidente fue casi totalmente no denunciado por los medios de comunicación. Los documentos electrónicos y los programas de solivisión lanzaron una historia tras otra cuando se trataba de delitos, escándalos e intereses humanos, todos completamente ajenos a las autoridades políticas, al tiempo que ignoraban por completo las actividades del Comité Edwards.

Sin ninguna otra opción, los miembros del Comité Edwards decidieron llevar su mensaje a las calles e ir directamente a los civiles comunes. Cuando comenzó una manifestación de cinco mil miembros, salieron escuadrones de policías para bloquear su avance. Cuando se dirigieron a una calle secundaria para evitar el bloqueo, encontraron a los Caballeros Patrióticos, una organización de proguerra, esperándolos, empuñando palos de cerámica. Agentes de la policía observaron desde la distancia mientras los manifestantes del Comité de Edwards, incluyendo mujeres y niños, fueron golpeados en el suelo uno tras otro por los garrotes cerámicos de los Caballeros Patrióticos. Por fin, los Caballeros huyeron, y la policía se movió para esposar a los miembros sangrantes y caídos del Comité Edwards. “Poner en escena un motín” fue el cargo utilizado como pretexto para su detención. “Una disputa interna entre los miembros del Comité Edwards provocó un derramamiento de sangre”, explicó la policía, y la mayoría de los medios de comunicación lo informaron exactamente de esa manera, sin hacer mención alguna de los Caballeros Patrióticos…;

Cuando Frederica escuchó la historia de João Lebello, un político conocido de Bucock, ella no podía creer lo que estaba escuchando al principio. Aunque sabía muy bien lo que le habían hecho a Yang y a sí misma, su confianza en el periodismo y el sistema de la democracia tenía fuertes raíces.

Sin embargo, incluso esa confianza se vio afectada día tras día en el curso de las actividades de Frederica. Incluso con la asistencia pública de Bucock y la cooperación sigilosa de Lebello, sus acciones se vieron obstaculizadas por muros y cadenas invisibles. Al final, lo hicieron en el edificio en el que se encontraba el tribunal de investigación: Lebello lo había descubierto contactando a Huang Rui. Fue en los terrenos del Cuartel General del Servicio de la Retaguardia de las Fuerzas Armadas de la Alianza, pero incluso cuando Bucock trató de hablarle, se le negó la entrada. Utilizaron la frase “secretos de estado” como un escudo. Cuando Bucock solicitó una reunión con los involucrados, eso también fue rechazado. Además, Bucock se encontró a la cola desde el momento en que se fue de su casa hasta el momento en que regresó, y durante su segunda reunión cara a cara con un testigo que había descubierto al fin, el hombre parecía temeroso de algo y se había negado a dar testimonio.

Cuando, por segunda vez, Frederica logró arrinconar al Contralmirante Bay, esquivó sus preguntas de izquierda a derecha, negándose resueltamente a darle una respuesta directa. Perdiendo la paciencia con su actitud, Frederica decidió intentar decirle que iría a los medios de comunicación. Sin embargo, la respuesta de Bay esta vez fue diferente de lo que había dicho antes.

“Si quieres decirles, adelante. Pero no encontrarás un reportero en ningún lugar que retire tu historia. Simplemente serás ignorada o, a menos te convertirás en un hazmerreír”.

Frederica lo miró directamente a los ojos, y cuando lo hizo, vio un leve destello de pánico y arrepentimiento justo debajo de su piel. Acababa de decir algo que se suponía que no debía decir.

Frederica sintió que su corazón se enfriaba. Como había visto con el incidente del Comité Edwards, la administración de Trünicht estaba sintiendo mucha confianza en su capacidad para dominar y controlar las comunicaciones masivas. Cuando la autoridad política y el periodismo se unieron entre sí, la democracia perdió su capacidad de crítica y limpieza, permitiendo que una infección mortal echara raíces. ¿La situación de este país había progresado tanto? ¿Estaban el gobierno, los militares y los

medios de comunicación bajo el pulgar del mismo gobernante?

Fue al día siguiente que se le recordó esto una vez más. El suboficial Machungo había estado leyendo un periódico electrónico, pero en el momento en que vio a Frederica, trató de ocultarlo apresuradamente. Naturalmente, eso no logró más que despertar sospechas. Frederica pidió ver el periódico y Machungo se lo entregó a regañadientes.

Había un artículo en él sobre Frederica, que señalaba en líneas de texto venenoso que a pesar de que su padre, Dwight Greenhill, había sido el "líder del golpe de estado del año pasado", aún tenía rango en las Fuerzas Armadas de la Alianza. También presentó los comentarios de una fuente anónima, especulando que ella y su oficial al mando — es decir, Yang — podrían estar involucrados románticamente. De dónde venía ese artículo y qué tipo de intenciones había detrás de él eran muy claras.

"Este montón de basura no es más que mentiras", enfureció Machungo, pero Frederica no tenía ganas de enojarse. Quizás la maldad por encima de cierto nivel tuvo el efecto opuesto, eliminando la energía que uno tenía para la ira. Otra razón, sin embargo, fue la impaciencia y la sensación de desesperanza que sentía, incapaz de encontrar una manera clara de alejar a Yang de esa corte.

Sin embargo, finalmente ocurrió un milagro. Un día, una llamada de emergencia llegó a Bucock, después de lo cual el viejo y atrevido almirante parecía incapaz de mantener la calma.

"Grandes noticias, teniente. La fortaleza de Iserlohn está siendo atacada por el enemigo. La Armada Imperial está invadiendo".

Frederica se quedó sin aliento. Antes de que su sorpresa se hubiera calmado a medias, un pensamiento pasó por su mente y gritó: "¡Entonces el almirante Yang será liberado de la investigación!"

"Exactamente. Irónicamente, la Armada Imperial es nuestro salvador esta vez".

Pero irónico o no, Frederica se alegró. Era la primera vez en su vida que sentía gratitud hacia la Marina Imperial.

IV

Desde el principio de ese día, el tribunal de investigación estaba preñado de señales de mal tiempo por delante. Aunque Yang había decidido sobrellevar casi cualquier cosa, el presidente Oliveira de la Universidad de Gobernación Autónoma Central, quizás arrastrado por una pasión académica, había comenzado a darle una conferencia sobre la razón de ser de la llamada guerra. Según él, las opiniones negativas no eran más que un producto de la hipocresía y el sentimentalismo.

“Almirante, usted es un buen hombre, pero aún es joven. Parece que todavía no tienes una idea clara de lo que realmente es la guerra”.

Yang no respondió, pero su actitud no hizo nada para erosionar el entusiasmo del hombre por dar una conferencia a una audiencia cautiva.

“Escúcheme: la guerra es el fruto de la civilización y también el método más sensato para resolver conflictos internacionales y nacionales”.

Yang quiso decir, ¿quién dice? ¿Quién en el mundo ha reconocido tal cosa? Pero él no discutió; se imaginó que pedirle solo un esfuerzo inútil. Oliveira, al parecer interpretando el silencio de Yang de una manera favorable para sí mismo, expuso su teoría de la mascota con jactancia.

“Un ser humano es un animal que fácilmente puede caer de la gracia. En particular, la paz y la libertad — dos cosas que carecen de sentido de urgencia — naturalmente hacen que las personas caigan en la complacencia. Es la guerra la que da origen a una actividad bulliciosa y una disciplina ordenada. La guerra misma impulsa a la civilización hacia adelante, fortalece a las personas y las mejora tanto física como

espiritualmente.”

“Una opinión espléndida”, respondió Yang sin un poco de sinceridad. “Si fuera alguien que nunca hubiera tomado vidas o perdido a su familia en la guerra, incluso podría querer creerlo”.

Cuando Yang estaba de humor para eso, podía lanzar un montón de señales, incluso a funcionarios gubernamentales de alto rango. Solo se había estado absteniendo aquí porque sus posibilidades de hacerlo eran muy pocas, y sobre todo, las consecuencias seguramente serían un dolor en el cuello. Para este punto, sin embargo, Yang había acumulado una masa crítica de agresión.

La resistencia y el silencio no eran necesariamente virtudes en toda circunstancia. Soportar lo que debería ser insoportable — sin decir las cosas que debían decirse, eso permitía que los egos opuestos se inflaran sin control y les permitía pensar que su egocentrismo era aceptable en cualquier situación. Consintiendo a los gobernantes como si fueran niños pequeños, dejándolos caminar sobre ti — nada bueno saldrá de eso.

“Naturalmente”, continuó Yang, “esa idea probablemente tiene sus encantos para las personas que aprovechan las guerras y tratan de construir su propia fortuna con los sacrificios de los demás. Ya sabes, el tipo de personas que se envuelven en un amor por el país del que no sienten ni una pizca para engañar al público”.

Fue entonces cuando la ira apareció por primera vez en el rostro de Oliveira. “¿Estás diciendo que nuestro patriotismo es una farsa?”

“Estoy diciendo que si es realmente tan vital como usted dice que es que estamos dispuestos a defender a la patria y hacer sacrificios por ella, ¿qué tal si lo hacen ustedes mismos en lugar de ordenar a todos los demás?”

El tono de Yang era casi despreocupado ahora.

“Por ejemplo, podrías reunir a todos los políticos, burócratas, intelectuales y financieros de la lucha y formar algún tipo de ‘Regimiento Patriótico’.

Luego, cuando el imperio ataque, puedes dirigir la carga. Pero primero, todos necesitarán trasladarse desde zonas seguras como la capital y entrar en vivo en la línea del frente en Iserlohn. ¿Qué te parece? Tenemos mucho espacio para ustedes".

El silencio mortal que llenó la habitación cuando Yang terminó de hablar fue ponderado con hostilidad y vacilación. El contraargumento efectivo era imposible, por lo que el intervalo sin palabras continuó extendiéndose hacia adelante. Yang había sabido que no tendrían regreso. Golpeó de nuevo, fuerte, con un seguimiento:

"De todas las cosas que hacen los seres humanos, ¿sabes cuál es el más descaradamente despreciable? Es cuando las personas que tienen autoridad — y las personas que los adulan — se esconden en lugares seguros cantando los elogios de la guerra; empujar una mentalidad patriótica y sacrificial sobre la gente; y luego enviarlos al campo de batalla. Si alguna vez va a llegar la paz a esta galaxia, deberíamos erradicar los parásitos malignos como los primeros, en lugar de perpetuar esta guerra sin sentido con el imperio".

Era como si el aire se hubiera escaldado. Nadie en el tribunal de investigación había imaginado que el joven almirante de pelo negro arrojaría veneno en este grado. Incluso Huang Rui estaba mirando a Yang con una expresión de sorpresa.

"Por 'parásitos', ¿se refiere a este tribunal de investigación?", Dijo Negroponte. Estaba haciendo un buen espectáculo de calma y compostura, pero había una onda desigual en su voz.

Yang le devolvió el fuego, asegurándose de que sonara tan irrespetuoso como fuera posible: "¿Parecía que me refería a alguien más?"

Rebosante de ira, Negroponte se hinchó como una rana toro, levantó su martillo y comenzó a golpearlo violentamente contra el escritorio.

"¡Insultos sin fundamento! ¡La imprudencia más allá de la palidez! Parece que no tenemos más remedio que impugnar la naturaleza misma de su

carácter, Sr. Yang. Esta investigación tendrá que extenderse aún más”.

“Objeción…” Yang comenzó a decir, aunque el resto de su oración fue ahogada en el continuo golpeteo del martillo en el escritorio.

“¡Prohíbo que el investigador hable!”

“¿Sobre qué autoridad?”

“Bajo mi autoridad como presidente de este tribunal de… no, espere. Reconozco que no es necesario responder. Usted se someterá a la orden de este procedimiento.”

Yang puso ambas manos en sus caderas y las mostró como una cara y una postura desafiantes como pudo. Ya había decidido que iba a explotar en algún momento, y ahora sentía que había llegado el momento adecuado.

“¿No puedes simplemente ordenarme que abandone la habitación? Porque, francamente hablando, no puedo soportar el sonido de sus voces o la vista de sus caras por otro momento. Solo échame porque no pagué la admisión o algo así. Porque mi paciencia está en su absoluta limi…”

Fue entonces cuando sonó un timbre de algún lugar cerca del presidente del Comité de Defensa e hizo que Yang cerrara la boca.

“¿Hola? Sí, soy yo. ¿Que está pasando?”

Sin dejar de mirar a Yang, Negroponte habló en el receptor con una voz sumamente irritada, pero luego una sola frase del otro extremo de la línea pareció dejarlo en shock. Los músculos de su cara se pusieron notablemente tensos, y varias veces habló, pidiendo confirmación de ciertos detalles.

Cuando colgó por fin, miró alrededor de la mesa con una expresión de pánico y con voz aguda dijo: “Reseco por una hora. Compañeros miembros de la corte, por favor retírense a la siguiente sala. Almirante, espera donde estas.”

Era obvio que había surgido algún tipo de situación peluda. Yang miró sin emoción cuando los miembros de la junta salieron apresuradamente de la sala. *Agitación política, ¿tal vez? él se preguntó. O incluso mejor, ¿y si el Presidente Trünicht ha caído en la muerte…;*

No era fácil llamar a Yang un caballero cuando tenía pensamientos como esos.

Una habitación más allá de donde Yang estaba esperando, las caras cenicientas se alineaban en fila, con el centro muerto de Negroponte. “Invasión masiva de enemigos del Corredor Iserlohn” — ese informe fue el martillo invisible que había golpeado brutalmente a los inquisidores.

“Lo que tenemos que hacer es bastante obvio”, dijo Huang Rui, el único que había mantenido la compostura. “Ni siquiera tiene consideración. Suspenda esta investigación, devuelva al almirante Yang a Iserlohn y pídale que — no, pregúntele — que repela a las fuerzas imperiales”.

“¡Pero no podemos simplemente hacer un ochenta en el lugar de esa manera! ¡Hasta ahora lo hemos tenido bajo consulta!”

“Bien, entonces, ¿debemos mantener nuestro plan original y continuar? ¿Hasta que la Armada Imperial venga cargando directamente hacia este planeta?”

Un silencio incómodo se extendió en la habitación.

“En cualquier caso, parece que no tenemos otra opción”, agregó Rui.

“Pero no podemos decidir esto a nuestra propia discreción”, dijo Negroponte. “Tenemos que preguntarle al presidente Trünicht qué pretende hacer”.

Con ojos que lo compadecían, Huang se volvió para mirar los rasgos tensos de Negroponte.

“Bien entonces, adelante y hazlo. No tomará más de cinco minutos “.

Yang había contado hasta quinientos cuando los miembros de la junta regresaron a la sala. Podía sentir un estado de ánimo acerca de ellos que era completamente diferente de lo que había existido hace poco. Se preparó mentalmente y luego el presidente del Comité de Defensa le habló: “Almirante, ha surgido una situación de emergencia. En la fortaleza Iserlohn se enfrenta a la posibilidad de un asalto total por parte de la Armada Imperial. Por increíble que parezca, el enemigo aparentemente ha conectado dispositivos de propulsión a una fortaleza espacial y lo ha llevado todo allí, junto con una gran flota de naves de guerra. Los refuerzos deben ser enviados allí inmediatamente.”

“¿Así que, um, me estás diciendo que vaya?”

Después de diez segundos de silencio, Yang volvió a hacer la misma pregunta. Su voz y la expresión de su rostro eran realmente amables. Negroponte estaba visiblemente avergonzado, pero de alguna manera logró apuntalarse lo suficiente como para decir:

“¡Bueno, claro que lo estoy diciendo! Usted es el oficial al mando de la Fortaleza de Iserlohn y la Flota de Patrullas. Tienes el deber y la responsabilidad de detener la invasión del enemigo, ¿verdad?”

“Lamentablemente, sin embargo, estoy lejos de las líneas del frente y bajo investigación. Además de eso, tengo una mala actitud, así que podría terminar siendo despedido. ¿Qué va a pasar con este tribunal de investigación?”

“Se ha cancelado. Almirante Yang, como presidente del Comité de Defensa y como su oficial superior, le ordeno que vaya a Iserlohn de inmediato, se haga cargo de sus defensas y contraataque. ¿Entendido?”

Había hablado con una voz feroz, pero un temblor en la pregunta

“¿Entendido?” Expuso la inquietud que yacía en su corazón. Legalmente hablando, ciertamente era el oficial superior de Yang. Sin embargo, si Yang ignorara sus órdenes e Iserlohn cayera, los fundamentos legales que lo colocaban por encima de Yang colapsarían, al igual que la sustancia de su autoridad.

Negroponte finalmente se había dado cuenta de que habían estado jugando con fuego justo al lado de una revista de pólvora. Podía disfrutar de la autoridad solo porque una nación segura estaba allí para respaldarlo. Podía disfrutar de su dominio solo porque los demás estaban dispuestos a obedecerlo. Ni él ni nadie más en la corte poseía un poder que fuera simplemente suyo por naturaleza.

“Sí señor. Regresaré a Iserlohn de inmediato—”

Negroponte dejó escapar un profundo suspiro de alivio ante las palabras de Yang.

“— Después de todo, tengo subordinados y amigos allí. Puedes garantizar mi autoridad para actuar libremente, ¿correcto?”

“Por supuesto. Eres libre de hacer lo que quieras”.

“Bueno, en ese caso, si me disculpas”.

Cuando Yang se puso de pie, uno de los inquisidores lo llamó. Era un hombre del final de la mesa, uno cuyo nombre Yang había olvidado en el momento en que lo había oído. La sombra de la adulación en su voz era inconfundible.

“¿Qué te parece, almirante — tenemos una oportunidad de ganar esto? Oh, pero por supuesto que sí. Después de todo, eres el milagroso Yang. Estoy seguro de que cumplirás nuestras expectativas”.

“Haré todo lo que pueda”.

El tono de Yang fue descortés. No tenía el deseo ni la intención de juntar un

montón de palabras grandes que suenan impresionantes para satisfacer a los miembros de esta corte. Podía sacar todos sus bolsillos y no encontrar una sola razón para responder tan amablemente como lo había hecho, pero no era solo eso; en este momento, realmente no tenía un plan claro para lidiar con este nuevo ataque.

Los miembros del tribunal de investigación, naturalmente, deberían ser los responsables de dejar que se produjera esta situación. Sin embargo, no tenía sentido negar que esta táctica de la Armada Imperial había tomado a Yang completamente por sorpresa. Llámelo ingenuo y no discutirá, pero aún así, había límites en los poderes de imaginación de las personas.

Una fortaleza para luchar con una fortaleza. Acoplarle dispositivos de propulsión y hacerla volar. Esto fue en realidad una variación de la ortodoxia del “gran barco, gran arma”; apenas la táctica sorprendentemente nueva que parecía ser a primera vista. Aún así, el hecho era que había dado un serio golpe psicológico a las autoridades de la alianza — y en el proceso le hizo a Yang el favor de liberarlo de su pequeña farsa.

Yang siempre había pensado que, si alguna nueva tecnología revolucionaria podría algún día inclinar el equilibrio del poder militar entre las dos naciones, sería el desarrollo de un medio para distorsionar distancias ultra largas de 10.000 años luz o más. Si algo así se hiciera realidad, la Armada Imperial podría pasar directamente por el Corredor Iserlohn y enviar grandes flotas y todos los suministros que necesitaban directamente al corazón del territorio de la alianza. Un día, los ciudadanos de Heinessen de repente levantaron la vista para ver enjambres de acorazados ocultando el sol. Los miraban fijamente sin comprender, clavados en su lugar. Entonces, las autoridades no tendrían más remedio que hacer un “juramento por el muro del castillo”, el tipo de juramento que prestó cuando se le hizo una copia de seguridad contra él, a rendirse incondicionalmente.

Lo que haría entonces era algo en lo que Yang ni siquiera había pensado. Esas circunstancias estarían más allá de su capacidad de tratar. Si intentaran responsabilizarlo incluso en una situación como esa, él simplemente no lo aceptaría. El espíritu del empleado público de Yang lo haría pensar: *¡No me pagas lo suficiente por esto!*

Yang volvió a ponerse el uniforme, se quitó el polvo de la ropa con obvia deliberación y, con grandes zancadas, comenzó a caminar hacia la salida.

“Oh, espera, casi olvido algo importante”, dijo, deteniéndose justo en frente de la puerta. Se volvió y se dirigió a la corte con respeto respetando la insubordinación. “Estoy ansioso por escuchar una explicación de quién es el responsable de elegir el momento exacto de la invasión del imperio para alejarme de Iserlohn. Eso suponiendo que Iserlohn no se caiga, por supuesto. Ahora si me disculpan…”

Yang giró sobre sus talones y abandonó la habitación donde se había visto obligado a soportar esos días miserables y sin sentido. Le hubiera gustado mucho observar a los inquisidores de cerca y ver cómo el flujo de sangre a sus rostros cambió en su comentario de despedida, pero eso hubiera significado permanecer en ese espacio opresivo incluso más tiempo que él, algo que Yang no tenía intención de hacer.

La puerta se abrió, luego se cerró de nuevo, dejando nueve ojos fijos en ella. La derrota estaba en una cara, la inquietud en otra; Otro aún era blanco de rabia. Alguien gruñó en voz baja: “¿Quién se cree que es ese descarado novato?”

La pintura se había desprendido, exponiendo la mezquindad de la calidad que había debajo.

“Si recuerdo bien, él es el héroe que salvó a nuestro país”, respondió Huang Rui en un tono lleno de sarcasmo. “Si no fuera por ese descarado novato´´, ya nos habríamos rendido al imperio o, en el mejor de los casos, podríamos estar pudriéndonos en las celdas como presos políticos. Ciertamente, no nos habríamos dado el lujo de pasar las horas jugando en un tribunal como este. Él es un benefactor para todos nosotros. ¿Qué tipo de gratitud hemos mostrado al acosarlo aquí durante días y días?”

“Pero, ¿no crees que es una falta de respeto — esa actitud suya hacia sus superiores?”

“¿Superiores? ¿Son los políticos realmente tan impresionantes criaturas? No es como que contribuimos con algo a la producción de la sociedad. Se nos confía el deber de recaudar de manera justa y utilizar de manera eficiente los impuestos pagados por los ciudadanos; eso es lo que hacemos, eso es lo que nos pagan. Y eso es todo lo que somos, realmente. En el mejor de los casos, no somos más que parásitos que viven de la maquinaria de la sociedad. Si nos vemos impresionantes, es solo un espejismo creado por la publicidad. De todos modos, en lugar de discutir sobre esto— “(aquí, la luz que brillaba en los ojos de Huang se volvió un poco más irónica aún) ” —tenemos otro fuego que apagar que está un poco más cerca de casa, así que, ¿qué tal si lidiamos con eso? ¿ahora? Como dijo el almirante Yang, ¿quién asumirá la responsabilidad de sacarlo de las líneas del frente justo antes de que el imperio pasará a la ofensiva? Una carta de renuncia será necesaria. No del almirante Yang, por supuesto”.

Múltiples miradas convergieron en Negroponte. Las papadas gruesas del presidente del Comité de Defensa temblaron. La idea de convocar a Yang a la capital no había sido suya. No originalmente. Había estado siguiendo los deseos de otro. Aunque no de forma pasiva, por cierto.

En la mente de los hombres que lo rodeaban, la palabra “ex” ya se había añadido a su título.

V

Cuando Yang salió al exterior en una lluvia rica y silenciosa de luz solar, estiró ambos brazos y respiró profundamente, expulsando el aire húmedo y sucio de sus pulmones.

“¡Almirante Yang!”

Una voz ligeramente temblorosa golpeó sus tímpanos y los atravesó hasta el

fondo de su corazón. Se volvió, buscando al dueño de esa voz. La forma esbelta de Frederica Greenhill estaba parada allí a la luz del sol. A su lado estaban el almirante Bucock y el oficial de mando Machungo.

“Teniente Greenhill…”

Finalmente estoy de vuelta en una multitud humana, pensó Yang. Aunque podría haber habido momentos en los que se había sentido de otra manera, ciertamente había un lugar donde pertenecía a este mundo.

“Lamento haberte metido en todo este problema”, dijo Yang, haciendo una sincera reverencia hacia Bucock.

“Si tiene algo que decir”, dijo Bucock, “dígaselo al teniente Greenhill. Todo lo que hice fue echarle una mano.” Yang se volvió hacia ella.

“Gracias, teniente. No sé qué… quiero decir, um, no hay manera de que pueda agradecerte lo suficiente”.

Frederica, conteniendo un impulso diferente, le dio una pequeña sonrisa en respuesta.

“Como su ayudante de campo, solo hice lo que era natural, Excelencia. Pero estoy feliz de estar a su servicio”.

La mandíbula inferior del viejo almirante hizo algunos movimientos leves. Tal vez había murmurado algo en la línea de, *Ellos son tan penosos como estudiantes de secundaria*, pero nadie estaba lo suficientemente cerca como para escuchar. Cuando él habló, fue para decir esto:

“Bueno, puede que estés a punto de regresar a Iserlohn, pero no podemos enviarte con las manos vacías. Sé que hay que hacer muchos preparativos, pero primero vamos a almorzar juntos. Seguramente Iserlohn puede resistir hasta que terminemos de comer”.

Esa fue una buena propuesta.

João Lebello estaba esperando en el restaurante llamado The White Hart. Como era un político fuera de la corriente principal, había evitado ingresar a las instalaciones militares donde Yang había estado detenido. Yang le agradeció su ayuda, pero después de que Lebello lo felicitó, se puso muy serio y comenzó a hablar.

“En este momento, estamos en un punto donde la gente está perdiendo su fe en la política, mientras que al mismo tiempo tenemos un comandante militar de alto rango que es altamente capaz y ampliamente popular. Estoy hablando de usted, almirante Yang. Estas son condiciones extremadamente peligrosas para nuestro sistema democrático. Incluso se les podría llamar condiciones de invernadero para los brotes de la dictadura”.

“¿Eso significa que me estás llamando una flor de invernadero, Su Excelencia?”

Yang había hablado con intención humorística, pero parecía que Lebello no estaba de humor para seguirle el juego.

“En el peor de los casos, almirante Yang, uno podría incluso plantear una historia futura que lo recuerde como un segundo Rudolf von Goldenbaum”.

“Ahora…; Ahora aguante solo un minuto, por favor”, dijo Yang, nervioso. Le habían llamado muchas cosas que no le interesaban en su tiempo, pero esta tenía que ser la joya de la corona de todas ellas. “Excelencia, no tengo deseos de convertirme en gobernante. Si hubiera querido hacerlo, tenía la mayor posibilidad de haber esperado durante el golpe de estado el año pasado”.

“Eso es lo que creo, también. Eso es lo que quiero creer. Pero…” Lebello se interrumpió en un sombrío silencio y dirigió una mirada sombría hacia el joven almirante de cabello negro.

“… Pero la gente cambia. Hace quinientos años, ¿tenía Rudolf el Grande realmente la ambición de convertirse en dictador desde el principio? Tengo

mis dudas. Aparte de una racha de justicia propia, puede que no haya sido nada más que un reformista apasionado por sus creencias e ideales — al menos hasta que consiguió algo de poder real. Luego, el poder lo cambió de la noche a la mañana, y pasó directamente de la absoluta seguridad a la autoapoteosis”.

“¿Entonces estás pensando que, si tuviera que tomar algo de poder, también me cambiaría?”, Preguntó Yang.

“No lo sé. Todo lo que puedo hacer es rezar. Rezar para que nunca llegue el día en que te veas obligado a seguir el camino de Rudolf para defenderte”.

Yang se quedó en silencio por un momento. Tenía ganas de preguntarle a Lebello a quién rezaría, pero sabía que no obtendría una respuesta satisfactoria. Fue precisamente porque Yang respetaba a Lebello como un político concienzudo que lo hacía sentir tan incómodo escuchar estas dudas que venían de él. Cuando Lebello se fue temprano sin comer, Yang murmuró interiormente, Oh bien. Frederica y Bucock sintieron lo mismo. Agradecidos como lo eran naturalmente con él, un pesimista como Lebello estaba fuera de lugar en esta reunión.

Después de que se había terminado un plato principal de venado asado y él también había tomado un poco de sorbete de melón, Yang se sentía satisfecho y lleno, pero al salir del restaurante, se encontró con una persona muy inesperada. Era Negroponte, el mismo hombre con el que había estado tocando cuernos en el tribunal de investigación hasta hace poco.

“El almirante Yang, como figura pública, está en posición de proteger el honor del estado. Como tal, no harás declaraciones a personas externas que puedan dañar la imagen del gobierno, ¿verdad?”

Yang miró al hombre con seriedad. Si alguna vez se había preguntado qué tan descarado podía ser un ser humano, la respuesta estaba frente a él — vestido con un traje, nada menos.

“Al decir eso, estás admitiendo que ese pequeño kaffeeklatsches (Reunión informal) que lanzaste para mí fue el tipo de cosa que podría dañar la

imagen del estado si los forasteros lo supieran. ¿Correcto?”

Negroponte retrocedió visiblemente de este contraataque, aunque de alguna manera logró mantenerse firme. Su trabajo aquí era cerrar la boca de Yang para proteger la imagen del presidente Trünicht, por lo que había venido aquí, soportando la vergüenza.

“Estaba cumpliendo con mi deber como funcionario público. Eso es todo. Y a pesar de eso, no — debido a eso, estoy bastante seguro de que tengo derecho a pedirle que cumpla con su deber como funcionario público también”.

“El presidente del comité es libre de confiar en lo que quiera”, dijo Yang. “En cuanto a mí, ni siquiera quiero recordar ese tribunal de indagación, y tengo que pensar en cómo ganar la batalla que se avecina antes que cualquier otra cosa”.

Sin decir nada más, Yang comenzó a caminar. Que buena comida, y ahora se sentía como si estuviera a punto de comenzar a fermentar en sus entrañas. El planeta Heinessen había tenido tanta riqueza de belleza natural, pero el día en que los humanos que ahora ocupaban su superficie aparecían… Pensar en ganar la batalla era mucho mejor que pensar en esas personas.

No perderé contra Reinhard von Lohengramm, así que ciertamente no estoy perdiendo ante sus subordinados…

Yang sonrió irónicamente cuando se sorprendió pensando eso. Sonaba más como una presunción que una confianza en sí mismo.

“De cualquier manera que lo veas”, le decía al almirante Bucock poco después, “el gobierno tiene la mala costumbre de atarme las dos manos y luego enviarme a la guerra. Me vuelve loco.”

Yang pensó que estaría bien decir eso. Había sido así desde la captura de Iserlohn. Yang siempre fue forzado a pelear en condiciones donde su autoridad para tomar decisiones estratégicas era severamente limitada.

Deseaba poder luchar con una mano más libre. Por contradictorio que haya sido con el odio que sentía por la guerra, ese deseo ciertamente existía dentro de él.

“Tienes razón en eso”, dijo Bucock. “No importa lo que puedan estar haciendo, sin embargo, no hay más remedio que salir y luchar esta vez”.

“Tú lo dijiste. Después de todo, en última instancia, Iserlohn es mi hogar”.

Yang no estaba exagerando sus propios sentimientos. El lugar donde estaba destinado a vivir nunca había estado en el suelo.

Aunque había nacido en Heinessen, había perdido a su madre cuando tenía cinco años y había venido a vivir en la nave comercial interestelar de su padre, Yang Tai-long, cuando tenía seis años. Justo antes de cumplir los dieciséis años, había perdido a su padre y, aunque había ingresado en el dormitorio de la Academia de Oficiales, en los diez años anteriores no había vivido continuamente en el suelo durante un mes entero. Por eso Alex Caselnes había bromeado, “¡Ese Yang! Él simplemente no tiene sus pies en el suelo”.

Julian, por supuesto, también estaba en Iserlohn. La mayoría de las personas importantes para él estaban allí.

“Está bien, teniente, ¿nos dirigimos a casa, entonces?” Eso fue lo que le preguntó a su hermosa ayudante.

CAPÍTULO 07: FORTALEZA VERSUS FORTALEZA

I

“EL MES DE ABRIL ES EL MÁS PELIGROSO”, declaró una vez un antiguo poeta, y para los soldados y oficiales de la fortaleza de Iserlohn, el mes de abril de IC 798 fue un mes lleno de penurias y sufrimientos. Con su oficial al mando ausente, se vieron obligados a luchar solos contra una fuerza enemiga gigantesca, aislados y sin refuerzos.

“Todos estaban inquietos en ese momento. Después de todo, el almirante Yang no estaba allí…” Eso era lo que Julian le diría a Frederica más tarde.

“Pero de la misma manera, también existía la sensación de que estaríamos bien si pudiéramos resistir hasta que regresara, y eso fue de gran ayuda para nosotros. Eso y…; Puede que sea un poco extraño decirlo, pero la ira en realidad no estaba dirigida al enemigo, como por ejemplo: “¡Cómo se atreven a esperar hasta que salga nuestro comandante!”. En cambio, muchas más personas criticaron al gobierno y dijeron: “¿Qué pasa? ¿Con ustedes, llamando a nuestro comandante a la retaguardia en un momento como este?”

Los soldados podían maldecir al gobierno al máximo, pero los oficiales de alto rango no tenían ese lujo. Durante la ausencia de Yang, el comandante interino había sido el contraalmirante Alex Caselnes, y el resto del liderazgo central estaba formado por el contraalmirante von Schönkopf, el comandante de las defensas de la fortaleza; El contraalmirante Murai, el

jefe de personal; El contraalmirante Fischer, el vice comandante de la flota de patrullas de Iserlohn; El contraalmirante Nguyen y el contraalmirante Attenborough, comandantes de división dentro de la flota de patrullas de Iserlohn; y el comodoro Patrichev, el subjefe de personal. Dado que muchos de ellos tenían rangos idénticos, una estructura de liderazgo orientada al grupo había sido necesaria. El comandante interino Caselnes había sido simplemente el primero entre iguales.

Esto significó que el Comandante Yang, un completo almirante, representó un pico extremadamente alto en el paisaje de la estructura de liderazgo de Iserlohn, con los otros oficiales de alto rango formando una cresta circundante dos órdenes de magnitud más baja. Como no había el número dos, el jefe de personal de la Armada Galáctica Imperial, Paul von Oberstein, probablemente habría opinado, “una organización muy impresionante”, si lo hubiera sabido.

Otro problema inusual fue la presencia del consejero del comandante, Merkatz, a quien se refería como un “almirante invitado”. Durante su tiempo en la Armada Galáctica Imperial, había sido clasificado como un alto almirante, pero desde su derrota civil. Guerra y su deserción a la FPA, había sido tratado como un vicealmirante por las Fuerzas Armadas de la Alianza. Fueron dos rangos por debajo de donde había estado, pero esto había sido inevitable. Actualmente no había mariscales en las Fuerzas Armadas de la FPA, y el rango de almirante principal nunca había existido en absoluto. Incluso Cubresly — el director del cuartel general de operaciones conjuntas — todavía estaba en el rango de almirante completo, por lo que, obviamente, las Fuerzas Armadas de la FPA no podían otorgar al desertor del otro lado el mismo rango que su mejor hombre de uniforme.

Incluso en el vicealmirante, sin embargo, todavía estaba clasificado por encima de Caselnes. Si tuviera que salir de su propio rango y exigir una autoridad equivalente mientras Yang estaba ausente, inevitablemente causaría confusión en la organización. Merkatz, sin embargo, era muy consciente de su posición como “almirante invitado recién llegado, por no hablar de desertor”, por lo que siempre actuó con reserva, sin interrumpir las conversaciones ni ofrecer su opinión a menos que se lo pidieran.

Para el asistente de Merkatz, Bernhard von Schneider, eso no fue del todo satisfactorio. Von Schneider, el joven oficial que había aconsejado a Merkatz que desertara a la FPA, había sido teniente comandante en el momento de la deserción. En la actualidad, fue tratado como un teniente. Desde que su Oficial Comandante había retrocedido dos rangos, le había dicho a Yang que se debía hacer lo mismo, lo que lo habría convertido en un subteniente.

"¿Qué tal esto…?" Yang había comenzado cuando había respondido al joven oficial.

Personalmente, Yang no había visto la necesidad de degradar a Von Schneider en absoluto, sino por respeto a su agilidad — u obstinación — que había ofrecido a comprometerse con una degradación de un solo rango.

Por parte de von Schneider, si no hubiera aconsejado a Merkatz que desertara, podría haber llevado una vida pacífica y sin incidentes; lo había hecho porque quería que Merkatz realizara un trabajo significativo como militar. *Puedes intentar ser un poco más asertivo,* a veces pensó en su jefe.

El comandante Yang, por otro lado, era demasiado blando con el almirante y desertor invitado, pensó el contraalmirante Murai y otros en posiciones similares, albergando dudas sobre qué tan bien podría funcionar la estructura de liderazgo del grupo de Iserlohn durante la ausencia de Yang.

"Cuatro semanas", dijo Caselnes enfáticamente en la sala de reuniones. "Si podemos resistir durante cuatro semanas, Yang volverá". Eso fue todo lo que pudo decir para alentar a los soldados y oficiales, incluido él. Si bien fue considerado un gran administrador en toda la organización, su reputación como comandante de combate ante una crisis era otro asunto.

Cuando Caselnes volvió a hablar con ese tono enfático, fue para decir: "El enemigo no debe saber que Yang está ausente". Si eso fuera conocido por ellos, sus ataques probablemente serían más agresivos e intensos, y en el peor de los casos, Incluso podría rodear la ruta de regreso de Yang y

llevarlo cautivo.”

“Nuestra política fundamental será proteger a Iserlohn hasta que el comandante Yang regrese. Nuestra estrategia se centrará en la defensa y el manejo de las ofensivas enemigas según sea necesario”.

Después de que terminó de hablar, los oficiales del personal se miraron entre sí. Si bien no estaban satisfechos con la falta de creatividad y agresividad, el hecho era que tenían pocas otras opciones.

“Está bien centrarse en la defensa”, dijo el joven Attenborough, “pero ¿no crees que jugar de forma demasiado pasiva podría provocar sospechas en el otro lado?”

“La pasividad en sí misma también podría hacerles sospechar una trampa de la del comandante Yang”, respondió von Schönkopf.

“¿Y si no lo hace?”

“Cuando llegue ese momento, la fortaleza de Iserlohn, que trabajamos tan duro para ocupar, simplemente volverá al control imperial”.

Attenborough parecía que estaba a punto de decir algo más, pero luego llegó una llamada del oficial de comunicaciones. Dijo que la fortaleza imperial recién llegada estaba transmitiendo una señal. Por un instante, Caselnes frunció el ceño, pero luego dio la orden de sincronizarlo y se dirigió a la sala de mando central junto con los oficiales del personal.

Una de las pantallas secundarias se cambió al modo de recepción de video, y en ella apareció un hombre vestido con el uniforme de un almirante de la Armada Imperial, un oficial poderosamente construido en su apogeo, que proyecta una actitud confiada y audaz.

“Soldados del ejército rebelde — o debería decir, de la alianza de militares — soy el Almirante Karl Gustav Kempf, comandante en jefe de la Fuerza Expedicionaria de la Fortaleza Gaiesburg de la Armada Imperial Galáctica. Quisiera saludarles antes de que luchemos. Si es posible, preferiría que te

rindieras, aunque sé que no lo harán. Que la fortuna te sonría en la batalla venidera.”

“Pasado de moda”, murmuró von Schönkopf al lado de Julian, “pero digno e imponente”.

Julian encontró abrumadora la presencia de Karl Gustav Kempf. Cada centímetro del hombre testificaba el coraje del almirante… de la experiencia ganada y de las hazañas realizadas a lo largo de muchas batallas. *Si Yang estuviera de pie junto a él, no se vería como algo más que un ayudante nuevo, ¿verdad?* Pensó juliano Y, naturalmente, no quiso faltarle el respeto a Yang al pensar así.

En los tiempos por venir, cuando la gente le preguntaría a Julian sobre su antiguo tutor Yang Wen-li, él les respondería de esta manera:

“A ver, nunca se vio realmente como una persona muy importante. Ponlo con un gran grupo de oficiales militares distinguidos, y él no se destacaría en absoluto. Pero si desapareciera de ese grupo, sabrías de inmediato que está desaparecido. Ese es el tipo de persona que era…”

“No hay respuesta de Iserlohn”.

Kempf asintió ante el informe del oficial de comunicaciones.

“Estoy un poco decepcionado”, dijo. “Esperaba ver la cara de Yang Wili. Sin embargo, los soldados son soldados, así que supongo que deberíamos dejar que la fuerza de las armas sirva de saludo”.

Iserlohn no había recibido ninguna respuesta porque Caselnes y los demás no querían revelar que Yang no estaba presente. Sin embargo, no había forma de que Kempf pudiera haberlo adivinado.

“¡Cañones de la fortaleza, energícense!” Ordenó Kempf con una voz que retumbó desde la boca de su estómago.

Los cañones principales de la fortaleza de Gaiesburg eran cañones de rayos X duros. Los rayos que dispararon tenían una longitud de onda de cien angstroms, una salida que alcanzó los 740 millones de megavatios, y podía vaporizar un acorazado gigante con un solo disparo. Las lecturas de energía cambiaron de blanco a amarillo, luego de amarillo a naranja, y cuando el oficial de artillería gritó: “¡Carga completa!” Kempf dio la orden con una voz poderosa:

“¡Fuego!”

Como se dio la orden, muchos botones fueron presionados por muchos dedos.

Una docena de focos de luz candente saltaron de Gaiesburg hacia Iserlohn. Tuvieron tal sentido de textura que parecían objetos sólidos, y en el espacio de dos segundos, cubrieron una distancia de seiscientos mil kilómetros y se introdujeron en la pared de la fortaleza de las fuerzas de la FPA. Los campos de neutralización de energía eran impotentes para detenerlos. El acero ultra duro recubierto de espejo, las fibras de cristal y la supercerámica que formaban sus cuatro capas de armadura resistieron durante unos segundos y luego cedieron. Las vigas perforaron los muros exteriores de la fortaleza, alcanzaron el interior y, en unos pocos picosegundos, incineraron el espacio circundante.

Las explosiones estallaron.

Los temblores y el estruendo sacudieron a todo Iserlohn desde adentro. Todas las manos en la sala de mando central se pusieron de pie, aunque hubo algunos que perdieron el equilibrio y se cayeron. Las alarmas sonaron ruidosas advertencias de condiciones de emergencia.

“¡El bloque RU77 está dañado!”, Gritó un operador. Incluso su voz parecía haber perdido su color.

“¡Dame un informe de daños!” Ordenó Caselnes, todavía en pie. “Y envía a los equipos de rescate para sacar a los heridos de allí. ¡De prisa!”

“Las señales de vida son negativas dentro del bloque. Todos están muertos. Allí había hasta cuatro mil soldados, concentrados en torrecillas y armerías…”Con el dorso de su mano, el operador se secó el sudor que había brotado en su frente.

“Reparación de la pared exterior…; imposible en la actualidad. Todo lo que podemos hacer con el bloque dañado es abandonarlo…”

“No hay elección, entonces. Selle el bloque RU77. Luego ordena a todo el personal de combate que se ponga sus trajes espaciales. Además, prohíba la entrada de todos los no combatientes en bloques que estén frente a la pared exterior. Informelo rápidamente.”

Von Schönkopf se acercó rápidamente a Casselnes.

“¡Comandante interino! ¿Qué pasa con el contraataque?”

“¿Contraataque?”

“No tenemos opción. No podemos simplemente sentarnos aquí y esperar la segunda descarga.”

“Pero… ¡Viste lo que acaba de suceder!”

Caselnes no era un lirio marchito, pero incluso su rostro se había puesto pálido.

“¡Si los dos abrimos fuego con nuestros cañones principales, los dos caemos juntos!”

“¡Exactamente! Si ambas fortalezas siguen disparándose entre sí de esta manera, ambos seremos destruidos. Entonces, si podemos inculcar el terror de eso en el enemigo, probablemente dejarán de disparar sus armas principales de manera tan imprudente. Si ambos lados están en un punto muerto, eso significa que podemos ganar tiempo. Ahora no es el momento de mostrar debilidad”.

“Entiendo. Tienes razón. “Caselnes se volvió hacia el oficial de artillería. “¡Enciendan el martillo de Thor!”

La tensión corrió a través de la sala de comando a la velocidad de la luz.

“El martillo de Thor” era el nombre colectivo de los cañones principales de la fortaleza de Iserlohn, y su producción de 924 millones de megavatios superaba la de Gaiesburg. Cuando esta fortaleza estaba en manos imperiales, las Fuerzas Armadas de la Alianza habían lanzado hasta seis ofensivas principales para tratar de desalojarlos, y cada vez habían sufrido pérdidas masivas de personal y barcos, lo que permitía a los militares imperiales jactarse de que “el Corredor Iserlohn Está pavimentado con los cadáveres de los soldados rebeldes”.

“¡Carga completa! ¡Objetivo en la mira!”

Caselnes tragó y levantó una mano.

“¡Fuego!”

Esta vez, una gigantesca columna de luz surgió de Iserlohn y saltó hacia Gaiesburg. Arrancó campos de neutralización de energía y blindaje multicapa como si fuera papel y causó una explosión masiva dentro de la fortaleza. En sus pantallas, los que estaban dentro de Iserlohn pudieron distinguir una pequeña burbuja de luz blanca que salía de Gaiesburg. Esa burbuja de luz era una oleada de energía equivalente a varias docenas de naves de guerra que explotaban a la vez, y en ese instante, varios miles de vidas también se perdieron dentro de Gaiesburg.

II

Este indescriptiblemente feroz intercambio de disparos entre los dos

cañones principales fue el primer acto en este drama. Ambos bandos sufrieron daños severos, e incluso un shock psicológico más severo, y luego ambos rechazaron el uso de sus cañones principales nuevamente. Si uno disparara, uno sería despedido. Ambos caerían juntos. Debido a que el objetivo mutuo de ambas partes era ganar — no cumplir un pacto de suicidio — sería necesario encontrar otro camino.

“Me pregunto qué van a intentar después”, dijo Caselnes, mirando a los oficiales del personal con una expresión de agotamiento.

El contraalmirante Murai respondió: “En primer lugar, tienen la opción de movilizar a su flota y desafiarnos a luchar contra ellos de nave a nave, pero no creo que la probabilidad sea tan alta. Si logran sacar a flote su flota, solo será fácil para nuestro cañón principal”.

“Entonces, ¿qué?”

“En la actualidad, la región circundante del espacio está llena de ondas electromagnéticas y señales de interferencia. Las comunicaciones están fuera, por supuesto, pero también se deduce que solo tenemos medios ópticos para avistar al enemigo. Puedo imaginar que aprovechan esta oportunidad para acercarse con pequeñas naves y entregar tropas de tierra que realizarían operaciones de infiltración o sabotaje”.

“Hmm. ¿Qué piensa el comandante de las defensas de la fortaleza?”

Von Schönkopf giró alrededor de su taza de café vacía con los dedos.

“Creo que la opinión del jefe de personal es absolutamente correcta. Sin embargo, si pudiera agregar una cosa — no hay razón por la que debamos estar esperando que el enemigo venga a nosotros. Podemos hacer lo mismo con ellos”.

“… Almirante Merkatz, ¿qué le parece?”

Ante las palabras de Caselnes, los ojos del teniente von Schneider se iluminaron aún más que los del propio Merkatz. Justo en ese momento, sin

embargo, sonó una campana indicando un comunicado de emergencia. Caselnes descolgó el auricular y, después de un breve recorrido de ida y vuelta, se volvió para mirar al comandante de las defensas de la fortaleza.

“Es de la Torreta 24. Las tropas terrestres enemigas están comenzando a aterrizar en el muro exterior cerca de esa torreta. El ángulo al que descienden los mantiene en un punto ciego donde no podemos eliminarlos. También tendremos que movilizar fuerzas terrestres. Almirante von Schönkopf, ¿puede ocuparse de ello?”

“¡Cómo lo hicieron tan rápido!”, Dijo von Schönkopf, logrando sonar a la vez enojado e impresionado. Llamó al capitán Kasper Rinz. Tras el ascenso de von Schönkopf al almirantazgo, Kasper Rinz se había convertido en comandante del famoso regimiento Rosen Ritter. Era un hombre joven de constitución funcional, con ojos azul verdosos y cabello como paja blanqueada.

“Rinz, prepárate para un mano a mano. A paso doble. Tomaré el mando personalmente”.

Von Schönkopf comenzó a caminar hacia la puerta, aún dando órdenes.

“Espera un minuto”, dijo Caselnes. “No puede haber ninguna necesidad de que el comandante de las defensas de la fortaleza participe en el combate cuerpo a cuerpo. Por favor, quédate en la sala de comando”.

Von Schönkopf se limitó a mirar por encima del hombro y dijo: “Sólo salgo a hacer un poco de ejercicio, señor. Regresaré en poco tiempo”.

Comparado con un planeta, el campo gravitatorio de Iserlohn era algo débil, pero ciertamente tenía uno propio, que se extendía desde su superficie exterior hasta un punto a unos diez kilómetros de altura. Sin embargo, había una gravedad regular en la pared exterior, debido a la tecnología de control de la gravedad que poseía la fortaleza. Al mismo tiempo, la pared exterior era también un mundo de vacío intenso y — temperaturas casi absolutas —

un entorno extremadamente especializado para un campo de batalla.

Ahora se había convertido en el sitio de un choque entre las unidades terrestres de ambos lados. El 849º Batallón del Cuerpo de Ingenieros del Ejército Imperial y el 97º Regimiento de su Cuerpo de Granaderos Acorazados habían aterrizado allí, mientras que este último proporcionaba seguridad para el primero cuando se pusieron a construir una pequeña bomba de hidrógeno activada por láser en la pared exterior de la Fortaleza Iserlohn.

La superficie del muro exterior de Iserlohn fue de 11,300 kilómetros cuadrados. Si bien había muchos sistemas de detección de enemigos, baterías de armas, emplazamientos de cañones y escotillas que se vigilaban mutuamente, no se podía decir que no hubiera ángulos ciegos. Los invasores se habían aprovechado de uno de ellos.

Ola tras ola de soldados imperiales aterrizaron en la pared, y alrededor del momento en que su número pasó de mil, comenzó el contraataque de la alianza.

Rayos de luz brotaron de los rifles láser, y dos soldados imperiales se derrumbaron en la pared, retorciéndose de dolor. Las fuerzas de la Alianza bajo el mando directo de von Schönkopf cargaron contra las tropas imperiales sorprendidas. Saltando de las escotillas, saltando de las sombras de las baterías de las pistolas, dispararon sus rifles láser indiscriminadamente. Sin embargo, incluso en pánico, las fuerzas imperiales lograron devolver el fuego. Dependiendo de sus respectivos ángulos de ataque, los rifles láser no eran necesariamente las armas más efectivas, y si el traje blindado de un enemigo tuviera una capa de espejo, incluso un impacto directo solo se reflejaría en un ángulo aleatorio. Debido a esto, el riel automático sin retroceso calibre .18 a .24 hizo un arma sorprendentemente poderosa en esta situación. Las trayectorias en línea recta de sus proyectiles arrastraban una luz en tonos del arco iris que atraía la atención de los soldados. Cuando la distancia entre los dos lados se cerró aún más, se desató un primitivo combate mano a mano, mientras los hachas tomahawks hechos de cristales de carbono altamente resistentes y cuchillos de combate largos y anchos hechos de supercerámica succionaban la sangre

del enemigo.

Pocas personas podían crear la ilusión de que el oficio de asesino que se practicaba en los campos de batalla era una de las bellas artes, pero Walter von Schönkopf era uno de ellos. Usando ambas manos, hizo girar un tomahawk de ochenta y cinco centímetros — uno destinado al uso con una sola mano — arriba, abajo y de lado a lado, construyendo a su alrededor paredes literales de sangre pulverizada. Si fuera simplemente una cuestión de poder y velocidad, cualquier número de soldados enemigos podrían haberlo superado, pero en lo que respecta al equilibrio de estos dos y la eficiencia con la que sus ataques produjeron heridas mortales, nadie podría igualarlo. Von Schönkopf casi parecía deslizarse a través de la caótica batalla, esquivando por los pelos los poderosos giros de los tomahawks enemigos solo para golpear sin piedad en contraataques en las gargantas o articulaciones expuestas.

Para el 97º Regimiento del Cuerpo Imperial de Granaderos Blindados del Ejército, fue una batalla llena de desgracias y desastres. Si sus oponentes hubieran sido alguien que no fuera los "Caballeros de la Rosa" del regimiento Rosen Ritter, probablemente hubieran podido defenderse un poco más, pero al final solo subrayaron la reputación de sus oponentes, que "los enemigos en igual número no pueden vencer a los enemigos. Rosen Ritter".

La fuerza imperial sufrió fuertes bajas, quedó atrapada en un semicírculo y fue conducida a un rincón en la superficie de la pared cuando, desde las sombras de la nave de desembarque que los había llevado allí, surgieron varios combatientes walküre de un solo asiento. Naves, que entró en un empinado descenso para atacar a las fuerzas de la alianza desde arriba.

Las vigas desatadas por los walküren no eran efectivas contra el propio muro exterior, pero eran más que suficientes para perforar los trajes blindados de los soldados de la alianza. Además, llovieron misiles antipersonal. Un remolino de destellos cegadores de luz estalló alrededor, y los cuerpos humanos destrozados salieron volando hacia el espacio vacío. Después de llevar a cabo esa masacre de un solo lado hasta el contenido de sus corazones, los walküren intentaron retirarse a alta velocidad cuando los

emplazamientos de armas antiespaciales dejaron escapar un rugido silencioso. Recorrido por rondas de fotones, los walküren comenzaron a tambalearse, perdieron velocidad y al final explotaron cuando chocaron contra la pared exterior.

En medio de todo este caos, von Schönkopf había ordenado que se disparara un destello de señal, y cuando desató su destello de luz de color blanco verdoso, el regimiento Rosen Ritter comenzó a retirarse, desapareciendo en la fortaleza a través de las escotillas, una tras otra. Ya había pasado una hora y media, y se estaban acercando al límite de cuánto tiempo podían luchar usando trajes blindados. Esto también fue cierto para las tropas imperiales, quienes durante un tiempo abandonaron su operación, recogieron a sus sobrevivientes y se retiraron. Sin embargo, el fuego antiespacial continuó sin cesar, infligiendo despiadadamente más bajas a la vez.

Von Schönkopf se quitó el traje blindado, se lavó el sudor de la ducha y regresó a la sala de comando.

“Bueno, nos las arreglamos para vencerlos. Mencioné esto antes, pero ¿qué tal si enviamos a ingenieros y tropas terrestres ahora?”

“No, resulta que no podemos hacer eso después de todo”, dijo el Jefe de Estado Mayor Murai.

“¿Por qué no?”

“Han tomado prisioneros a varios de sus ingenieros. ¿Qué pasaría si sucediera lo contrario allí? Si usaran suero de la verdad o torturaran a nuestras tropas capturadas y alguien les dijera que el Almirante Yang no está aquí…”

“Entiendo”, dijo von Schönkopf, asintiendo. “Eso sería peligroso”. De repente, la luz en sus ojos se hizo más dura. Su lado había tomado prisioneros, pero ¿qué pasa con el enemigo? Peleando en el espacio, a veces era difícil distinguir la diferencia entre KIA y MIA. Ya que era bastante común que ningún cuerpo permaneciera, lo mejor que podías hacer en

algunos casos era agruparlos a todos como “Sin devolver”.

Caselnes inclinó ligeramente la cabeza.

“Nuestro lado no renunció a ningún cautivo, ¿verdad, almirante von Schönkopf?”

“Ruego que no lo hiciéramos. Pero aun así…”

“¿Qué?”

“¿Qué debemos hacer para seguir adelante? No podemos ordenar a las tropas que se suiciden sí parece que van a ser capturadas. Cada vez que luchamos, uno o dos están obligados a ser capturados vivos. Es imposible evitar eso”.

“¿Y?”

“Se va a salir con el tiempo. Cuando lo haga, nuestra mejor opción será usar eso contra ellos. Entonces, ¿qué tal si intentamos usar eso y establecer una trampa para ellos?”

“No, me gustaría observar los movimientos del enemigo un poco más. Si empezamos con los trucos sucios, el retroceso podría ser mucho más aterrador de lo que esperamos”.

Caselnes tenía muchos motivos para ser prudentes. Von Schönkopf reconoció eso; cuando miró la imagen de la fortaleza enemiga en la pantalla, sus propios hombros se encogieron ligeramente.

“Aún así”, dijo von Schönkopf, “su primer ataque fue grande y audaz, y su segundo ataque pequeño y astuto. Entonces, ¿qué forma tomará su tercer ataque…?”

Nadie dio una respuesta, pero él no la había esperado. Miró alrededor de la habitación, se acercó a su estudiante de tiro, y le dio una palmada en el hombro.

“Julian, duerme un poco ahora, mientras puedas. Muy pronto, no habrá tiempo para dormir”.

En la sala de comando central de la Fortaleza de Gaiesburg, el Comandante en Jefe Karl Gustav Kempf y el Vicecomandante en Jefe Neidhart Müller conversaron mientras observaban la imagen de la Fortaleza de Iserlohn en su pantalla principal, a seiscientos mil kilómetros de distancia.

“¿Así que los ingenieros fallaron? Bueno, no se puede evitar. Si todo fuera como nos gustaba, este trabajo sería fácil”.

“Y en cualquier caso, nos enfrentamos a Yang Wen-li. Incluso el duque de Lohengramm respeta su habilidad”.

“Yang Wen-li, ¿eh? Él es hábil, al menos cuando se trata de huir. El año anterior, en los combates previos a Amritsar, se escapó de mí en medio de una pelea. Sólo despegó, a pesar de que estaba ganando. Él es muy extraño”.

“Extraño. Eso solo significa que no podemos adivinar fácilmente qué tipo de trucos va a sacar”.

“Pero no podemos darnos el lujo de esperar para ver. Tenemos la iniciativa, así que presionémoslo. Los preparativos de lo que hablamos anteriormente están completos ahora, ¿no es así, Müller?”

“Así es. ¿Deberíamos empezar?”

Kempf asintió, y mientras miraba fijamente la imagen de la Fortaleza de Iserlohn con una mirada animada, una sonrisa confiada se extendió por su firme mandíbula.

III

Mientras la tensión y la inquietud se abrían paso en los corazones de las personas, los eventos avanzaban. Una larga pausa en los ataques de las fuerzas imperiales había persistido durante ochenta horas, desde el fracaso de la operación de los ingenieros. Como los leones que habían comido en exceso, el enemigo ahora se movía lentamente.

“No están saliendo para probar algo nuevo. ¿Qué están haciendo?”

Algunos de los que estaban a bordo expresaban también pánico e irritación, pero dado que la política de los líderes de Iserlohn era ganar tiempo, cualquier retraso entre los ataques enemigos era algo bienvenido.

“Con cada segundo que pasa, el almirante Yang se está acercando a Iserlohn. Y cuanto más cerca está, más cerca estamos de la victoria”.

El comodoro Patrichev había hablado esas palabras a sus soldados. La rectitud de la primera mitad de esa declaración fue reconocida por todos, pero la segunda mitad no fue necesariamente obteniendo apoyo universal. Algunos temían que Iserlohn ya se hubiera caído cuando llegara el Almirante Yang. Sin embargo, los soldados de primera línea tendían a estar más orientados hacia el optimismo que hacia el pesimismo, y aunque las fuerzas enemigas habían aterrizado en el muro exterior, el hecho de que hubieran sido repelidos jugó un papel positivo en la mejora de su moral.

Cuando llegó el siguiente ataque, vino de repente. No había señales de advertencia obvias. Era como si la película saltara un fotograma: las cosas pasaban de “parar” a “avanzar” en un abrir y cerrar de ojos. Cuando los operadores lograron creer lo que sus ojos les estaban diciendo, el rayo de luz desatado de Gaiesburg ya estaba perforando el vacío.

“¡La onda de energía se acercan rápidamente!”

Antes de que el operador terminara de hablar, la pared exterior de Iserlohn

fue destrozada por poderosos rayos de rayos X duros. La fortaleza se estremeció cuando una serie de pequeñas explosiones estallaron en el interior. Los que estaban en la sala de mando central escucharon un sonido como un trueno lejano, y sus corazones comenzaron a latir a un ritmo furioso.

“Torreta 79, completamente destruida. No hay sobrevivientes—”

“¡Bloque LB29 dañado! Muchos muertos y heridos—”

A punto de gritar, los operadores gritaron informes en rápida sucesión.

“¡Abandonen la torre 79! Rescaten a los heridos en el Bloque LB29 CUANTO ANTES”.

Tan pronto como las palabras de los operadores se interrumpieron, Caselnes ordenó: “¡Prepare el martillo de Thor para el disparo sincronizado!” Estaba rechinando los dientes tanto figurativamente como literalmente. Había pensado que las fuerzas imperiales habían renunciado a resolver esto con intercambios directos de disparos de cañones, pero esa observación había sido demasiado ingenua. Si alguien lo criticara, diciendo que su política persistentemente pasiva había estado equivocada desde el principio, todo lo que podría hacer sería sentarse allí y tomarla…;

Unos segundos más tarde, los cañones principales de la fortaleza de Iserlohn arrojaron llamas de venganza en Gaiesburg. Los colmillos de energía candente se clavaron en la capa exterior de la fortaleza. Llamas de un color diferente se hincharon, pero después de unos segundos más, un segundo rayo vengativo regresó hacia Iserlohn. El pánico, las explosiones y un rugido ensordecedor llenaron el aire.

“Están locos”, jadeó Patrichev mientras miraba de pantalla a pantalla y de monitor a monitor. “¿Quieren que caigamos todos juntos…?”

Mordiéndose el labio, Caselnes no dijo nada. Una porción de su circuito mental había comenzado a balbucear. Una extraña sensación de equilibrio perdido brotó dentro de él. Algo se sintió *apagado* . Algo andaba mal.

De repente, el suelo se dobló debajo de él. Caselnes y von Schönkopf solo lograron evitar caer. El rugido de la turbulencia continuó, y dos o tres monitores se apagaron.

Un operador gritaba histéricamente: “¡Se ha abierto la pared! Fue una bomba. No es un láser. Posiblemente una bomba H disparada por láser.”

“¡Flota enemiga justo detrás de nosotros!”

“¡¿Qué?!” Caselnes gritó desconcertada. “¿Que está pasando?”

Un instante después, tuvo su respuesta. Había sido una finta. El intercambio de disparos entre los dos cañones de la fortaleza principal había sido una táctica de distracción para ocultar la movilización de la flota y la actividad de los ingenieros militares. ¿Cómo no se había dado cuenta? Desde el fondo de su corazón, Caselnes maldijo su descuido.

Mientras tanto, en el puente del acorazado *Lübeck*, que había dado la vuelta en la parte trasera de Iserlohn, Neidhart Müller tenía una sonrisa de satisfacción.

Las bombas H detonadas por láser habían perforado un agujero gigantesco en una sección de la pared exterior. Tenía aproximadamente dos kilómetros de diámetro —profundidades negras con una franja de diente de sierra — y recordaba las fauces sangrientas de una gigantesca bestia carnívora.

Müller ordenó el lanzamiento de dos mil walküren. Una vez que habían asegurado la supremacía aérea dentro del campo gravitatorio de Iserlohn, se lanzaron vehículos de aterrizaje con cincuenta mil granaderos blindados para transportar a las tropas a la vecindad del gigantesco agujero. Desde allí, los granaderos acorazados entraron en la fortaleza. En coordinación con los ataques desde el exterior, ocuparon varias salas de control de tráfico y comando en el interior. Incluso sin llegar tan lejos, probablemente podrían haber eliminado todas las instalaciones de comunicaciones y sistemas de transporte dentro de la fortaleza.

“Si esto funciona — Iserlohn, tanto la fortaleza como el corredor — será nuestro”.

En medio de la cacofonía de sirenas y alarmas que parecían estar compitiendo por el dominio, Julian corría por el corredor hacia un puerto espacial utilizado exclusivamente por las naves de combate de un solo asiento espartano. Hasta ahora, él había estado en la casa de los Caselnes, habiendo sido invitado a almorzar con la Sra. Caselnes y sus dos hijas allí. Caselnes, incapaz de salir de la sala de comando central, le pidió a Julian en voz baja que revisara a su familia mientras él estaba fuera. Julian pensó que este grado de mezcla de responsabilidades públicas y privadas debería ser aceptable. Después de todo, es probable que Caselnes haya enviado a su familia a Heinessen o los haya trasladado al lugar más seguro de la fortaleza en cualquier momento que lo desee. Dejando atrás su comida, Julian tomó su boina de uniforme y salió corriendo por la entrada de la casa de los Caselnes.

“¡Ten cuidado, Julian!”

La voz de Charlotte Phyllis aún estaba en sus oídos. *Pequeña cosa linda,* pensó. Tenerla cerca debe ser lo que era tener una hermanita. Una vez, Yang, bromeando con Julian, dijo: “Dentro de diez años, tendrás veintiséis años, y Charlotte, dieciocho. Estás bastante bien emparejado, ¿no dirías?” Julian, sin embargo, podría repartirlo tan bien como él podría tomarlo. “Almirante, tiene treinta y un años de edad ahora, y el teniente Greenhill tiene veinticuatro. Yo diría que ustedes dos están emparejados aún mejor”. Yang solo sonrió irónicamente y cambió de tema. *¿Cuándo va a aclarar las cosas?* Julian se preguntó, tratando de imaginarse a los veintiséis años…;

“Oye, chico, ¿también vas a salir ahora?”, Dijo una alegre voz junto a su oído. En momentos como estos, esa voz carecía por completo de sensación de crisis, aunque a pesar de eso, transmitía claramente la dureza y el coraje del orador. Julian dejó de correr, se dio la vuelta y allí estaba: el joven as, el teniente comandante Olivier Poplin. Poplin también fue el instructor de Julian en técnicas de combate espacial espartanas.

No importaba lo que Yang pudiera decir sobre Julian y el ejército, le había proporcionado a Julian instructores de primera clase en von Schönkopf y Poplin. Sin embargo, también fueron los dos hombres mujeriegos más grandes en Iserlohn. Esa era la única cosa que Julian no tenía ganas de aprender de ellos.

“Teniente Comandante, parece que se lo está tomando con calma”.

Mientras hablaba, Julian notó una débil fragancia de heliotropo. Se preguntó: ¿había estado disfrutando Popelín el tierno abrazo de un amante indeterminado desde el mediodía? Tomando nota de la expresión y el tono de Julian, el as que volaba soltó una breve carcajada, levantó el brazo delante de su nariz y aspiró la fragancia del perfume.

“Niño, esta es la fragancia de la vida. No solo tu vida o la mía — quiero decir de la vida misma. En cualquier momento, estarás obligado a darte cuenta de eso…”

Antes de que Julian pudiera compartir sus pensamientos sobre esa declaración, los dos habían llegado al área del puerto. Abordaron a sus espartanos en el hangar y luego avanzaron desde la esclusa hasta el área de la pista. El equipo de mantenimiento vestido con uniformes herméticos agitaba sus manos. Esperaban un retorno seguro incluso más que los propios pilotos.

Cuando se lanza desde una nave nodriza durante un vuelo de alta velocidad, se puede usar el impulso de la embarcación, pero el lanzamiento desde Iserlohn requiere una pista de aterrizaje. Esta pista tenía 50 metros de ancho y 2.000 metros de largo, con una puerta que tenía 17.5 metros de altura. Cuando un espartano salió a la pista, se enfrentó a puntos de luz que se extendían más allá de la distancia. Los pilotos se refirieron a ellos como “la parte blanca de los ojos de la Parca”.

“¡La unidad 28, en el curso!”, Dijo el oficial de control a través de sus auriculares.

“Inicia tan pronto como veas la señal. Ten cuidado cuando salgas”.

Así fue como el oficial de control de tráfico espacial mostró afecto hacia un nuevo recluta.

“¡Vamos!”

Aproximadamente un minuto después, el luchador de Julian se alejó de la “parte blanca de los ojos de la Parca” y salió al vacío.

“Whisky, Vodka, Ron, Applejack, Sherry, Cognac: todos tus escuadrones están reunidos, ¿verdad?”

Desde su asiento de piloto, Poplin llamó a sus subordinados.

“¡De acuerdo, todos, quiero que se les limpien las cabezas de cualquier distracción sin sentido, como querer salvar el país! Ese no es su estilo. No quiero que pienses en nada, *excepto* en la hermosa jovencita de la que aún no has dicho que estás enamorado, y cuánto quieres vivir para poder ver su cara sonriente de nuevo. Si puedes hacer eso, un demonio amistoso se asegurará de tener tu espalda, incluso si algún viejo dios celoso odia tus entrañas. ¿Me copian?”

“¡Copiado!”, Respondieron sus subordinados al unísono. Detrás de su placa frontal, el joven as sonreía de oreja a oreja.

“¡Está bien, entonces, síganme!”

Caselnes no pudo decidir si movilizar la flota o no. Informes de “listo para movilizarse” habían llegado de los almirantes Fischer, Nguyen y Attenborough. Tenía que ser casi insoportable para que las tripulaciones de las naves de guerra espaciales permanecieran encerrados dentro de la fortaleza en un momento como este, sin nada que hacer sino observar la batalla que se desarrollaba al margen. Por otro lado, si la batalla se volviera caótica, sería imposible para los militares imperiales disparar sus cañones

principales, al menos no sin destruir algunos de los suyos en el proceso. Lo que significaba que había la posibilidad de que esto se redujera a una batalla de flotas al final. Intelectualmente, Caselnes lo sabía. Sin embargo, él simplemente no pudo decidir sobre el calendario de movilización.

"¡Acorazados enemigo a las 0930!"

"¡Torreta 29, fuego a discreción!"

Los informes y las órdenes iban y venían por el circuito de comunicaciones hasta que el sentido de audición de las tripulaciones llegaba al punto de saturación. Era difícil creer que el mundo exterior, a solo una pared de distancia, era uno donde el sonido no existía. También fue algo extraño romper en un sudor que humedecía los cuellos y las mangas en una habitación que mantenía una temperatura adecuada de 16.5 grados centígrados.

El contraalmirante von Schönkopf, que emitía nuevas órdenes de intercepción en intervalos de segundos en lugar de minutos, hizo un gesto para que se acercara un soldado de guardia. El soldado, cuyos nervios parecían listos para romperse, corrió hacia él, y el comandante de las defensas de la fortaleza habló:

"Dame una taza de café. Media cucharada de azúcar, y sin leche. Que sea un poco cargado".

Von Schönkopf, inconscientemente, abrió la boca y le disparó al soldado, que aún estaba en su adolescencia, con una sonrisa desconcertada.

"Esta podría ser la última taza de café que tome. Hazlo sabroso, ¿quieres?"

El soldado salió apresuradamente de la sala de mando central. Todo el brillo se había desvanecido de la cara exhausta de Caselnes, pero todavía le quedaba energía para el sarcasmo:

"Si tienes tiempo que perder, diciéndole cómo quieres tu café, las cosas todavía deben estar bien".

“Más o menos. Cuando se trata de mujeres y café, no me gusta hacer compromisos, ni siquiera si me matan”.

Ambos se sonrieron el uno al otro, y luego una tercera voz interrumpió.

“¡Comandante interino!”

Caselnes se dio la vuelta al oír la voz y encontró al almirante invitado Merkatz allí de pie. El almirante desertor – barra – invitado de mediana edad tenía una mirada tranquila de determinación en su rostro. Von Schönkopf se volvió a mirar a este antiguo león de la Armada Imperial con un sincero interés.

“Me gustaría que me prestes temporalmente el mando de la flota. Creo que sé cómo hacer las cosas un poco más fáciles para nosotros”.

Aunque Caselnes no respondió de inmediato, se dio cuenta intuitivamente de que este era el momento que estaba esperando.

“Están en tus manos”, dijo después de una pausa. “Hazlo.”

IV

Piel morena, cabello negro rígido, estatura media con una constitución poderosa y bigote junto con patillas en las mejillas — que era un retrato de la comandante Asadora Chartian, capitán de la nave insignia de Yang, *Hyperion* . Lo bien que podía comandar una flota de naves en un territorio inexplorado, pero al menos, sus habilidades de liderazgo y administración al comandar un sola nave no dejaban nada que desear, y era porque Yang había podido confiar con confianza a Chartian la operación, de la nave insignia en sí mismo, había sido capaz de centrar toda su atención en mandar a la flota en su conjunto durante muchas batallas difíciles.

Cuando el almirante Wiliabard Joachim Merkatz y el teniente von Schneider se dirigieron a *Hyperion,* este espacioso y valiente espaciador se encontró con ellos con un brillo en sus ojos y declaró: “Nunca pensé que iba a dar la bienvenida a nadie, excepto al almirante Yang, a bordo de esta nave insignia como comandante. Yo, sin embargo, entiendo mi deber, por supuesto. Espero su orden.” Su tono, aunque no es exactamente grosero, tampoco mostró restricción.

Esa franqueza no molestó a Merkatz en lo más mínimo. Chartian simplemente había expresado lo que pensaba a un oficial de alto rango de la flota.

Merkatz estuvo de acuerdo con la política fundamental del comandante interino Caselnes de asumir una postura defensiva y esperar a que Yang fuera al rescate. Luego se siguió que su deber era implementar efectivamente esa política en el nivel táctico. Por el momento, eso significaba tener que eliminar a las fuerzas imperiales que intentaban aterrizar en la fortaleza. Y para eso, iba a necesitar algo de ayuda.

“Apoyo al almirante Merkatz”, dijo el contraalmirante Fischer.

“Apoyo al almirante Yang. Por lo tanto, apoyo al almirante Merkatz, quien apoya al almirante Yang”, dijo el contralmirante Attenborough.

“No tenemos más remedio que apoyar al almirante Merkatz”, dijo el contralmirante Nguyen.

La humilde actitud de Merkatz había causado una impresión positiva en los tres.

En ese momento, los cuerpos walküren de las fuerzas imperiales mantenían la ventaja del imperio en la batalla, aunque su dominio del espacio sobre la fortaleza estaba muy lejos de ser completo. Las unidades espartanas de las fuerzas de la alianza habían demostrado ser sorprendentemente obstinadas. En particular, las tácticas empleadas por las seis compañías de Olivier Poplin, piloto as, eran tan sofisticadas que el término “diabólico” parecía

encajar en ellas. Popelín se consideraba un combate natural en el espacio — lo cual era absolutamente cierto — pero sabiendo que no cualquiera podía convertirse en un genio como él, había introducido tácticas grupales en sus subordinados, en donde tres luchadores funcionaban como una sola unidad. Eso significaba el tipo de táctica en la que, por ejemplo, un luchador podría atraer a un enemigo para que lo persiguiera y los dos restantes pudieran atacarlo por detrás. Los pilotos de Walküren se enorgullecían de su profesión, y este tipo de táctica los hacía sentir como si estuvieran llorando. Sin embargo, los resultados que obtuvieron las compañías de Poplin en la batalla fueron sobresalientes, y el propio Poplin derribó a muchos combatientes enemigos en combates individuales.

Dicho esto, las fuerzas imperiales todavía parecían tener una ventaja abrumadora. Cuando Müller regresó brevemente a Gaiesburg para dar un informe, Kempf dijo alegremente:

“Eventualmente, tendrán que cambiar el nombre de este lugar por el ‘Corredor de Gaiesburg’. Quién sabe — incluso podrían terminar llamándolo ‘Corredor Kempf – Müller”.

El ángulo de las cejas de Müller se inclinó muy ligeramente ante eso. El Karl Gustav Kempf que él conocía era un guerrero — sensible y respetable, no el tipo de hombre que empleaba de manera casual ese tipo de bombardeo, incluso en broma. Para los ojos del joven vicecomandante, sin embargo, Kempf no parecía tan excitado como extrañamente a la ligera y carente de autocontrol. El mariscal Reinhard von Lohengramm nunca permitiría que se honrara a un subordinado de esa manera, a pesar del fallecido Siegfried Kircheis.

Cuando regresó a su nave insignia, Müller decidió hacer algunas modificaciones a su plan. Había estado esperando que las unidades walküren obtuvieran una superioridad espacial completa dentro del campo gravitatorio de la fortaleza, pero como parecía que iba a ser más problemático de lo esperado, decidió sellar las puertas del puerto principal y hacer que fuera imposible para la flota de alianza para su lanzamiento. Debería ser posible lograr un resultado táctico efectivo, al hacer el movimiento audaz de estrellar a seis destructores no tripulados en el puerto.

Esto no era algo que había pensado sobre la marcha; esto era algo en lo que había estado pensando durante algún tiempo — una estrategia que esperaba evitar usar, en la medida de lo posible debido al largo período de tiempo en que las instalaciones portuarias estarían fuera de servicio después de la recuperación de Iserlohn.

Sin embargo, justo cuando Müller terminó de alinear esos seis destructores, el cañón principal de Iserlohn comenzó a escupir lenguas de llamas cósmicas en rápida sucesión. El objetivo no era preciso; esas hojas de energía insondable rozaron a unos pocos cruceros y destructores, aniquilándolos, pero no lograron nada más. Sin embargo, esto obligó a Müller a romper su formación cerrada y dispersar la flota por el momento. Después, volvió a montar su formación en una región del espacio que el cañón principal no estaba enfrentando, pero durante ese breve intervalo, las naves de las Fuerzas Armadas de la Alianza habían salido de la puerta principal del puerto.

Había sido una cosa muy cercana. Si la movilización se hubiera producido más tarde, Müller habría logrado sellar el puerto principal de la Fortaleza de Iserlohn. Atrapados dentro del puerto espacial, la flota de la alianza se habría vuelto impotente. Si eso hubiera ocurrido, la propia Fortaleza de Iserlohn habría perdido más de la mitad de su funcionalidad, se habría reducido a un mero emplazamiento de cañón en el espacio y habría sufrido una caída abrupta en el valor de su existencia.

El joven Müller estampo en el suelo su frustración. Saber que esto solo retrasaría su victoria final por unos días lo ayudó a recuperar su compostura; Su ventaja general apenas se había perdido. Intentó interceptar la flota de la alianza atacante de inmediato. Sin embargo, la flota de la alianza — la infame flota Yang — que podría haber salido solo para luchar, cambió de dirección para evitar el fuerte empuje de Müller y comenzó a moverse rápidamente a lo largo de la curvatura de la superficie esférica de Iserlohn. Müller, anticipando a dónde los llevaría esa curva, no cometió el error de perseguir al enemigo por detrás. En cambio, dio la vuelta en dirección opuesta, planeando aparecer frente al enemigo y golpear primero a su formación de vanguardia. Sin embargo, una trampa astuta había sido colocada. La flota de Müller tuvo que pasar justo delante de la batería

intacta de torretas antiespaciales de Iserlohn para hacerlo.

Cuando Müller se dio cuenta de eso, ordenó apresuradamente una retirada — o más bien, lo intentó. Cuando estuvo a punto de dar la orden, las fuerzas de la alianza, con una velocidad y orden asombrosas, ya habían tomado la ofensiva y efectivamente estaban cortando su ruta de escape desde atrás.

Las fuerzas imperiales habían sido atrapadas en un movimiento de pinza entre el fuego de cañones antiespacial de Iserlohn y la Flota de Patrulla de Iserlohn bajo el mando de Merkatz. Con láseres y misiles, la flota de patrullas, que hasta ese momento no había tenido tiempo ni lugar en la batalla, ahora desató toda su venganza y agresión acumuladas, golpeando a voluntad a las fuerzas imperiales. Las fuerzas imperiales fueron atrapadas en una vasta red de energía tejida de muerte y destrucción. Despojados de su movilidad — por no decir nada de sus medios de lucha — las naves de guerra imperiales fueron atrapados de izquierda a derecha en esas hebras ardientes, desatando plumas de llamas de colores ricos mientras se despedazaban. Las naves que habían sido destrozadas y rotas en pedazos se convirtieron en bolas de fuego — brillaban como cuentas fosforescentes, como para adornar la red.

La vista se podía ver desde Gaiesburg. Ya que si disparan su cañón principal a las fuerzas de la alianza también vaporizaría sus propias fuerzas, no había nada que los artilleros de Gaiesburg pudieran hacer.

“¡Qué piensa Müller que está haciendo allí!”, Gritó Kempf enojado. “Esto es lo que sucede si dudas cuando hay que tomar una decisión”.

Pero también lo estaba afectando un punto de decisión: movilizar o no a las ocho mil embarcaciones que quedaban bajo su mando y enviarlas a salvar a Müller.

“No puedo simplemente quedarme a la espera y mirar mientras son asesinados. ¡Eichendorff! ¡Patricken! Sal y rescata a ese mocoso por mí.”

Sus dos subordinados se sorprendieron de su forma burda de expresarlo.

Aún así, si no pusieron la orden en acción de inmediato, la ira de su comandante en jefe sin duda cambiaría de Müller a ellos mismos. Los dos almirantes se dirigieron al puerto principal de la fortaleza para tomar el mando de sus divisiones. En el camino, no pudieron evitar susurrar en el ascensor.

“El comandante seguramente parecía molesto…”

“Ganar aquí sería un logro incomparable, pero si falla, la degradación será la menor de sus preocupaciones; incluso podría terminar siendo rechazado por algún trabajo que no haga nada— llegó a esa conclusión.”

“Si se llegara a eso, alcanzar a Mittermeier y Von Reuenthal no tendrían ninguna esperanza…”

Expuesta a un asalto concentrado, la flota imperial había sufrido graves daños, pero incluso mientras se agitaba en agonía, fue a través del comando y el liderazgo sabios de Neidhart Müller que evitó colapsar por completo. Su nave insignia corrió por todo el espacio de batalla, ayudando a los subordinados que se encontraban en luchas difíciles, apuntalando filas que estaban a punto de romperse, colocando naves con defensas débiles en la parte posterior de la formación, ajustando las defensas del perímetro y esperando los refuerzos que estaba seguro que pronto llegaría. Cuando supo que Eichendorff y Patricken estaban en camino, lanzó la última de sus capacidades ofensivas en un solo punto y rompió el cerco.

Merkatz también sabía cuándo era el momento de retirarse, y así, evitando una batalla inútil contra estos nuevos enemigos, la flota regresó a la fortaleza de manera ordenada. El objetivo se había cumplido suficientemente.

Julian también volvió a puerto. En esta batalla, había derribado a tres walküren y había demostrado que las muertes que había conseguido su primera vez en la batalla no habían sido solo una casualidad.

V

Del 14 al 15 de abril, los ataques de la Armada Imperial tendrían éxito en aproximadamente en un 90 por ciento de cada período de combate, solo para terminar en fracaso después de un repentino cambio de fortuna. Para Karl Gustav Kempf, esto fue enloquecedor, y él comenzó a sacar su indignación reprimida por su incompetente ser — él creía — al vicecomandante.

“Has luchado valientemente. El problema es que eso es todo lo que has hecho. ¿Qué tienes que mostrar para eso?”

Los comentarios de Kempf cortan a Müller rapidamente. A pesar de que también había reflexionado sobre sus errores, fue comprendido de manera comprensible cuando se le dijo que volviera a la parte trasera. Simplemente no era posible que un hombre que había sido altamente evaluado por Reinhard y que recibió el rango de almirante en sus veinte años estuviera completamente libre de orgullo y confianza en sí mismo.

Rechazando su indignación, había llevado a la flota bajo su mando a la parte trasera de la formación. No era un hombre de mente estrecha, pero en este caso, no podía evitar preguntarse si Kempf podría estar intentando mantener toda la gloria para sí mismo.

Fue entonces cuando uno de los médicos militares acudió a él con un informe:

“Uno de los prisioneros nos dijo algo muy inusual”.

“¿Qué es?”

“Dijo que el comandante Yang Wen-li en realidad está ausente de la fortaleza de Iserlohn…”

Doblando su parte superior del cuerpo ligeramente hacia atrás, Neidhart

Müller miró al médico. “¿De verdad?”, Dijo. No estaba claro si estaba preguntando por el informe en sí o por su contenido, y eso solo era una prueba de cuán sorprendido estaba.

El médico respondió con calma: “No sé qué tan creíble puede ser la afirmación en sí, pero es un hecho que el prisionero, delirante con fiebre y en el punto de la muerte, lo dejó salir. Está muerto ahora, por lo que no hay forma de confirmar lo que dijo”.

“¿Pero tal cosa es incluso posible?”, Dijo Müller en voz baja. “¿Podría ese bogeyman ni siquiera estar en la fortaleza?”

En ese momento, un oficial aún más joven, el teniente comandante Drewenz, le preguntó a su oficial superior: “¿Es Yang Wen-li realmente un oponente tan aterrador?”

Después de un momento de silencio, Müller respondió con una pregunta propia: “¿Podrías capturar esa fortaleza sin derramar una sola gota de la sangre de tus propios hombres? ¿Y al utilizar un método que ni una sola persona a bordo pudo ver venir?”

“No”, dijo Drewenz, después de pensarlo un momento. “Eso no sería posible”.

“Bueno, entonces, Yang Wen-li es alguien a quien temer. Un destacado comandante enemigo debería recibir el debido respeto, ¿no es así? No hay vergüenza en eso”.

Después de haber iluminado al teniente comandante, Müller volvió a pensar. ¿Era posible que el comandante de Iserlohn — una fortaleza entre fortalezas — pudiera estar lejos de su puesto? ¿Y en un momento incierto cuando el ejército imperial podría lanzar una ofensiva total en cualquier momento? Para Müller — y para cualquier soldado con una onza de responsabilidad y sentido común — no fue algo fácil de creer.

Recordó la memoria visual de una de las naves que se había visto cuando la flota de la alianza había emergido de Iserlohn.

Basado en su forma, ese acorazado había sido *Hyperio* n — una nave conocida en los últimos dos años como la nave insignia de Yang Wen-li. ¿El hecho de que saliera a pelear no significa que Yang estaba presente en Iserlohn? ¿O había sido un truco para camuflar su ausencia? ¿También era posible que esta fuera una estrategia compleja diseñada para hacerles creer que estaba ausente y atraerlos a un asalto imprudente? En cualquier caso, Yang Wen-li era un hombre que había capturado a Iserlohn sin derramar una sola gota de la sangre de sus hombres. Había sido tan impactante para Müller hace dos años, cuando escuchó el informe por primera vez. En ese momento, la infinita diversidad de la estrategia militar había sido realmente traída a su hogar.

¿Podía realmente creer las palabras de un prisionero moribundo? Tal vez el doctor se había equivocado. *Tal vez* su conciencia no había sido nublada por la fiebre alta. ¿No era lo más posible que hubiera estado tratando de confundir al ejército imperial con sus últimas palabras?

Incluso era bastante plausible que lo hubiera hecho siguiendo las instrucciones de Yang.

Müller negó ligeramente con la cabeza. *Honestamente, sin embargo, si él está aquí, él está aquí; si no lo está, no lo está. Aun así, solo mire todos los problemas que causa, ya sea que esté aquí o no. Puedo ver por qué lo llaman ‘Yang el mago’.*

Si Yang Wen-li hubiera podido escuchar lo que Niedhart Müller estaba pensando de él, casi con seguridad se habría encogido de hombros y habría dicho: “Por favor, no me sobrestime. Solo soy un chico normal, con gran ahorro y con poca ambición, soñando con la vida de un jubilado. Si mi propia gente pensara tanto de mí como lo hacen mis enemigos, no tendría tribunales de investigación respirando por mi cuello”.

Por parte de Müller, sin importar cuán cauteloso se comportara, nunca se sintió como si estuviera siendo lo suficientemente cuidadoso. Müller estaba

ansioso por su propio bien, por no decir nada de ningún plan inteligente que Yang pudiera estar tramando. *¿Estoy a punto de correr un error basado en información poco confiable?* él se preguntó. Más que nada, deseaba que el soldado no hubiera muerto. Cuando se trataba de cautivos tomados en el espacio, usualmente había dos tipos: aquellos que fueron capturados cuando todo un barco se rindió y aquellos que resultaron heridos durante un combate cuerpo a cuerpo dentro de una fortaleza. En esta batalla, sin embargo, los cautivos que habían tomado eran extremadamente pocos. Además, casi todos ellos estaban gravemente heridos y en la actualidad estaban inconscientes, por lo que no había manera de confirmar lo que el hombre muerto había dicho.

Solo habían podido interrogar a uno de ellos, y sus palabras solo habían dejado a Müller más confundido:

“El almirante Yang ordenó al contralmirante von Schönkopf que dijera que no está allí…”

Aun así, Niedhart Müller finalmente se decidió y dio órdenes:

“Emitir una red de reconocimiento y seguridad en todo el corredor. Esperaremos el regreso de Yang Wen-li y lo haremos prisionero. Si podemos hacer eso, no solo Iserlohn, sino las Fuerzas Armadas de la Alianza en su conjunto se derrumbarán, y la victoria final estará nuevamente a nuestro alcance”.

Según sus órdenes, tres mil embarcaciones se posicionaron dentro del corredor. Forzando sus capacidades de detección de enemigos hasta sus límites máximos, llenaron toda la región de trampa en trampa. Cuando salieron a atrapar a Yang Wen-li, se pensó mucho en su posición.

Sin embargo, hubo un individuo que esta decisión enojó. El comandante en jefe Kempf exigió saber por qué se estaba realizando un reposicionamiento de fuerzas sin que él hubiera dado tal orden.

Müller no tuvo más remedio que intentar convencerlo.

“El año pasado, Siegfried Kircheis viajó a Iserlohn para un intercambio de prisioneros, y me contó algo sobre Yang Wen-li cuando regresó — ‘Cuando vi al hombre en persona, no se parecía en nada a un guerrero audaz y feroz. Y ahí es donde probablemente se encuentra su verdadera temoresidad’”.

“¿Y?”

Kempf se veía y sonaba disgustado, pero este no era el momento para que Müller cediera terreno.

“Uno de los prisioneros de Iserlohn dijo con su último suspiro que Yang no está dentro de la fortaleza. No sé por qué debería ser así, pero es lógico que se dirigiera directamente hacia Iserlohn en el momento en que supo que había sido atacada. Si podemos interceptarlo en el camino y tener éxito en atraparlo, será un golpe fatal para las Fuerzas Armadas de la Alianza”.

Después de escucharlo, Kempf escupió: “No sabemos qué tipo de tácticas inusuales va a usar Yang — ¿No fuiste tú quien dijo eso? La Alianza de Planetas Libres no tiene una base estratégica más vital que Iserlohn. ¿Por qué su comandante estaría lejos de su puesto? Su plan, claramente, es hacernos pensar que no está allí, así que expandiremos nuestras fuerzas. Devuelve tus naves a sus posiciones originales a la vez. Es de vital importancia que los tengamos aquí en reserva”.

Como no había nada más que pudiera hacer, Müller se echó atrás, aunque eso no significaba que estuviera convencido. Su deseo era capturar el mayor de los premios, incluso si eso significaba ignorar las órdenes de su Oficial Comandante; aún así, sintió una incertidumbre que era natural y consultó con su asesor, el Comodoro Orlau. La respuesta de Orlau fue algo como esto:

“Su Excelencia es el vice comandante, no el comandante en jefe. En lugar de insistir en su propio camino, debe seguir la política del comandante en jefe”.

El silencio de Müller valió diez mil palabras de discurso elocuente al expresar lo difícil que fue para él abandonar su plan de capturar a Yang

Wen-li. Aun así, finalmente dejó escapar un pequeño suspiro y prestó atención a las advertencias de su asesor.

“Tienes razón. Un vice comandante debe seguir los deseos del comandante en jefe. Entendido — arrojaré mi ego a los vientos. Voy a rescindir mis órdenes anteriores”.

Al igual que Yang, Müller no era ni omnisciente ni todopoderoso, y aunque pudo haberlo sido, había límites en su percepción y habilidades predictivas.

De esta manera, todas las trampas que durante un tiempo se habían establecido para capturar a Yang Wen-li fueron eliminadas de su camino.

En última instancia, Müller había hecho la conjetura correcta pero la decisión equivocada. En los tiempos por venir, los historiadores del imperio lo criticarían por eso, diciendo que si Von Reuentahl o Mittermeier hubieran estado en su posición, habrían visto sus intenciones originales hasta el final y habrían logrado capturar a Yang. En respuesta, Mittermeier tuvo esto para decir: “Eso no es más que una especulación después del hecho. Si hubiera estado en los zapatos de Müller, no podría haber hecho nada más que él”.

En cualquier caso, el campo de combate siguió adelante, sin que ninguna de las partes obtuviera una ventaja decisiva, y en este estado de casi estancamiento, el tiempo transcurrido en el corredor hasta abril casi había terminado. Era casi la hora de que Yang Wen-li “volviera a casa”.

VI

Cuando los subordinados de Yang Wen-li estaban comenzando a librar su lucha desesperada en Iserlohn, Rupert Kesselring, asistente del Landesherr en el Dominio de Fezzan, estaba manejando a un visitante enfurecido con el comportamiento de un matador experimentado.

“Por favor, señor Comisionado. No hay necesidad de enojarse tanto”.

La insinuación de sonrisa del joven, en este caso, era como una bandera roja que ondeaba al hombre mayor, el Comisionado Henlow, y le estaba subiendo la presión arterial.

“Es fácil para ti decirlo, Kesselring, pero en lo que a mí respecta, no puedo quedarme aquí y aceptar esto con calma. Siguiendo su recomendación, convocamos a Yang de vuelta de Iserlohn y lo sometimos a una investigación oficial. Pero entonces, ¿qué pasó? Una enorme flota imperial cruzó la frontera, aprovechando su ausencia. ¿No es eso simplemente asombroso, espléndido momento? ¡Me encantaría escuchar una explicación detallada sobre esta inteligencia!”

“Tu té se está enfriando”.

“¿Dije algo sobre el té? Seguimos su consejo, y…”

“Estaba mal de mi parte aconsejarle”.

“¿Fue qué?”

“Dije que estaba mal que te aconsejara”.

Con un elegante adorno que bordeaba la ostentación, Kesselring se llevó una taza de té crema a los labios. “Desde el principio, no tenía por qué decirle que el almirante Yang debería ser interrogado. Después de todo, eso cuenta como interferir en sus asuntos internos. Era tu lado, más bien, el que tenía buenas razones para rechazarlo. Y, sin embargo, no pudo ejercer ese derecho. Todos ustedes voluntariamente estuvieron de acuerdo con mi intromisión impertinente. ¿Aun así, Su Excelencia está insistiendo en que toda la culpa la tiene este humilde hijo de Phezzan?”

El joven Phezzanese miró de manera compasiva cuando la cara del comisionado de la FPA cambió de color en el segundo.

“Pero aún…; A juzgar por la forma en que actuó cuando hablamos esa vez

antes, es difícil culparnos por pensar que si nos negáramos, el FPA quedaría en desgracia con Phezzan”.

Fue un contraataque desesperado, pero el ayudante de Landesherr parecía singularmente impasible.

“En cualquier caso”, dijo, “eso es todo agua debajo del puente ahora, así que realmente no tiene sentido discutirlo. El tema en cuestión es lo que viene después. Dígame, señor Comisionado, ¿qué piensa hacer en el futuro?”

“¿Qué quieres decir con ‘qué pienso hacer en el futuro’?”

“Oh, ni siquiera lo has pensado, ¿verdad? Eso me pone en el lugar. Aquí en Phezzan estamos muy preocupados por el futuro — estamos pensando mucho sobre qué amistad nos convendría más obtener: la de la actual administración de Trünicht, o la de una posible futura administración Yang…”

Esas palabras golpearon al comisionado como el impactante golpe de un golpe en la mejilla. Su expresión era como la de un tejón que acababa de salir de su agujero, solo para encontrarse cara a cara con el cañón del rifle de un cazador.

“¿Una futura administración Yang? ¡Ridículo! Er — discúlpeme, pero no hay manera de que algo así suceda. Absolutamente no.”

“¿Oh enserio? Pareces bastante seguro de ti mismo. En ese caso, permítame hacerle una pregunta: hace tres años, ¿predijo que en un futuro muy cercano un joven llamado Reinhard von Lohengramm se convertiría en gobernante del Imperio Galáctico?”

El comisario no dijo nada.

“Así es como se ven las riquezas de la posibilidad histórica. Así es como se desarrolla el capricho del destino. Señor Comisionado, aquí hay algo en lo que haría bien en reflexionar: ¿hasta qué punto está su felicidad personal

ligada a su lealtad *inquebrantable* a la administración de Trünicht? Un hombre inteligente como usted seguramente sabe lo importante que es entrar en la planta baja al hacer inversiones. El presente, por supuesto, es de gran importancia para los seres humanos, pero no porque resulte del pasado — es más porque es la fuente del futuro”.

Kesselring tomó en la mano la taza de té con crema que había dejado antes. Al otro lado de la fina bruma de vapor que se alzaba sobre él, podía ver al comisionado Henlow, un hombre que se movía y giraba en medio de muchos cálculos, con la expresión de quien había perdido la capacidad de actuar por sí mismo.

CAPÍTULO 08: RETORNO

I

LA CRUSERO *LEDA II* corrió de regreso hacia la fortaleza de Iserlohn a través de un vasto laberinto de oscuridad y estrellas. La bella dama conocida como *Leda II* había estado acompañada por una flota escolta escuálida solo parte del camino en su viaje inicial a Heinessen; ahora, en su viaje de regreso, fue atendida en todos los lados por rangos profundos de caballeros menores y mayores, con un total de 5,500.

“Me pregunto si el gobierno preferiría enviarme de vuelta con las manos vacías”, dijo Yang a Frederica. Esto no fue especulación; fue mal hablado. Después de todo, no importa cuán grande sea el animus que la administración de Trünicht pueda tener hacia Yang, todavía tenían que proporcionarle fuerza suficiente para repeler al enemigo. No había manera de que lo hubieran enviado con las manos vacías.

Por supuesto, una cosa era reunir un número decente de naves y otra cosa para construir una fuerza de combate efectiva. La fuerza que Yang había recibido era un caso de libro de texto de una unidad lanzada sobre la marcha. Había 2.200 naves bajo el mando del Contralmirante Alarcón, 2.040 naves bajo el Contralmirante Morton, 650 bajo el Comodoro Marinetti y 610 bajo el Comodoro Sahnial. Todas estas eran unidades independientes no afiliadas con la armada principal, y hasta ahora habían estado realizando tareas de patrulla y seguridad regionales. Hasta cierto punto, al menos, tenían armas y armaduras.

El almirante Bucock, comandante en jefe de la armada espacial, había

tratado de movilizar a la Primera Flota para Yang. La Primera fue en la actualidad la única flota organizada formalmente que tenía la armada de la FPA que era una competencia para la Flota de Patrullas Iserlohn de Yang en términos de potencia de fuego, defensas, composición, entrenamiento y experiencia en el espacio de batalla. Consistía en 14,400 embarcaciones y su comandante era el único jefe de Yang, el vicealmirante Paetta. Sin embargo, Bucock se había topado con la oposición cuando había intentado movilizar a la Primera Flota, no solo desde el liderazgo político, sino también desde dentro del ejército. "¿Qué hay de defender la capital?", Habían dicho. "Si la Primera Flota se va a la frontera, ¿no dejará la capital indefensa?"

"Digo esto para mi vergüenza", respondió el almirante Bucock, "pero había varias flotas estacionadas en Heinessen durante el golpe de estado del año pasado. Y sin embargo, el golpe todavía sucedió, ¿no es así? Además, ¿qué fuerzas podemos, de manera realista, darle al Almirante Yang para que dirija si *no* activamos la Primera Flota?"

El almirante Cubresly, director del cuartel general de operaciones conjuntas, sufrió un revés en su recuperación de la herida que había recibido antes, y con él en el hospital para recibir tratamiento adicional, no había nadie que se pusiera del lado del viejo almirante. El Comité de Defensa ordenó a la Primera Flota que se dedicara por completo a la defensa de la capital, y el Cuartel Operativo Conjunto eventualmente reunió una fuerza de 5,500 naves.

"Incluso Cubresly se ha vuelto tímido como un cordero en situaciones como esta", había dicho Bucock. "Está bajo mucha presión, y si está hospitalizado demasiado tiempo, se verá obligado a renunciar. Así que finalmente, soy solo un anciano aislado".

"Estoy con usted, señor". Yang pronunció esas palabras desde el fondo de su corazón.

"Aprecio la idea", sonrió el viejo almirante, "pero Iserlohn y Heinessen están demasiado lejos para decir eso". A decir verdad, el propio Yang tenía sus dudas sobre cuánta ayuda podía proporcionarle al viejo almirante.

De los cuatro oficiales al mando, Yang sabía poco acerca de los dos comodoros. *Estaré feliz si sus habilidades de comando y su conocimiento militar básico están a la altura,* simplemente siguió pensando.

El contraalmirante Morton con el que sintió que podía contar. Lionel Morton se había desempeñado como vice comandante de la antigua Novena Flota. Cuando su oficial comandate resultó gravemente herido durante la batalla de Amritsar, tomo el mando y comandó a la Novena durante el largo retiro, logrando evitar que se desmoronara por completo. Tenía una sólida reputación como paciente, comandante de cabeza fría y un registro de servicio que no habría sorprendido a nadie que hubiera pertenecido a un vicealmirante. En sus cuarenta y tantos años, había visto muchos más combates que Yang. Sin embargo, no había salido de la Academia de Oficiales, y un exceso de autoconciencia sobre eso podría haberle dificultado la vida en la jerarquía organizativa.

El problema real, sin embargo, fue el contraalmirante Sandle Alarcon. En términos de habilidad, había pocas razones para dudar de él, pero su personalidad exigía cautela. Yang había escuchado varios rumores desagradables sobre él: que él era un supremacista militar obsesivo; que la única razón por la que no se unió al golpe el año pasado fue por la disputa personal que tuvo con el Capitán Evens; que sus ideas eran incluso más radicales que las del Congreso Militar. Sin embargo, lo más aborrecible para Yang fue el hecho de que se había puesto la sospecha en Alarcón más de una vez por el asesinato de civiles y soldados capturados, y en cada una de las varias ocasiones en que se había enfrentado a una corte marcial de primera instancia que se había encontrado no culpable, ya sea por evidencia insuficiente o porque su participación había sido intuida lógicamente, sin hechos concretos. Yang sospechaba que se estaba produciendo un rasguño mutuo de una naturaleza verdaderamente desagradable. Por ahora, sin embargo, un almirante era un almirante, y un activo militar un activo militar. Todo lo que se le exigió a Yang en este momento fue la habilidad para usar a Alarcon de manera efectiva.

Yang no iba a enfrentarse contra Reinhard von Lohengramm en esta ocasión. En estos días, el duque von Lohengramm tenía que dedicar toda su

atención al gobierno. O pensándolo de otra manera, no había suficiente necesidad para llevarlo al campo de batalla en persona. Siendo ese el caso, el nivel de fuerza de voluntad que impulsa esta invasión probablemente se acerca al nivel de “Hey, ¿no sería genial si podemos ganar?” Esta batalla no era de vital importancia para él.

El año anterior, Von Lohengramm, entonces todavía un conde, había invadido la región estelar de Astarté. Había perfeccionado una táctica para golpear unidades separadas de una fuerza dividida individualmente, pero eso no era lo único que había hecho posible esa invasión. También estaba el hecho de que Iserlohn había estado en manos imperiales en ese momento. Había funcionado tanto como una base de suministros y como una fuente de apoyo de la retaguardia, y porque sabía que estaba detrás de él, Reinhard había podido arrebatar sin temor la envoltura del enemigo.

También el mismo año, Reinhard había ganado una gran victoria en Amritsar. Había permitido que las líneas de frente se extendieran hasta que alcanzaran un punto de ruptura y al mismo tiempo destruyeran la capacidad de reabastecimiento de la alianza.

Las tácticas de Reinhard eran tan espectaculares, tan deslumbrantes, que para los observadores parecía estar manejando algún tipo de magia. Pero ese no fue de ninguna manera el caso. Era un gran táctico — incluso un gran estratega — que haría todos los arreglos necesarios para asegurar la victoria antes de llegar al campo de batalla.

No importa cuán brillantes y completamente inesperadas hayan sido las victorias pasadas de Reinhard, él siempre actuó con coherencia lógica y se aseguró de tener garantías estratégicas en su lugar.

Reinhard era un hombre al que le gustaba ganar a bajo costo, y fue en ese punto que Yang reconoció su grandeza. Ganar a bajo costo significaba preparar las condiciones para la victoria, minimizar las pérdidas para las fuerzas de uno y ganar la batalla fácilmente. Los únicos que no le dieron a Reinhard lo que le correspondía fueron los estúpidos líderes militares y civiles que pensaban en las vidas humanas como un recurso inagotable.

Fue porque Reinhard era tan hábil que muchos almirantes brillantes se habían reunido a su alrededor…; aunque el único a quien Yang había conocido en persona había sido Siegfried Kircheis. El día que Yang recibió la noticia de su muerte *le dolió* — se sintió como si hubiera perdido a un viejo amigo durante muchos años. Yang también creía que si Kircheis hubiera vivido, podría haberse convertido en un puente vital entre la alianza y el nuevo régimen del imperio.

Como si respondiera a sus pensamientos no pronunciados, Frederica se acercó a Yang con una pregunta sobre Reinhard.

“¿Crees que el duque von Lohengramm va a matar al emperador?”

“No, no creo que lo mate”.

“Pero es obvio que está planeando usurpar el trono — seguramente el emperador sería un obstáculo para eso”.

“A lo largo de la historia, no ha habido fin de usurpadores. Después de todo, el fundador de una dinastía es, por definición, un usurpador, siempre que no sea un invasor. Pero en cuanto a si los usurpadores matan o no a los reyes anteriores después de que lleguen al poder, la respuesta es un “no” rotundo. Ha habido muchos reyes que fueron tratados bastante bien después de que fueron depuestos — incluso aristócratas. Además, en los casos en que eso sucede, hay exactamente cero ejemplos de la dinastía depuesta que derroca a la nueva y se restablece a sí misma”.

El fundador de una antigua dinastía había usurpado su trono al pedir la abdicación del niño emperador de la dinastía anterior, y había tratado a su predecesor con generosidad, otorgándole todo tipo de privilegios e incluso ordenándole a su sucesor que firmara un contrato que no aceptaba. Maltratar a los de la línea de sangre de la antigua dinastía. Ese contrato había sido observado a lo largo de la próxima generación de la nueva dinastía. Su fundador había sido un hombre sabio. Había tenido la idea de darse cuenta de que podía conquistar a la gente siendo amable con el lado perdedor, y que la dinastía anterior — que ya había declinado como un sistema de autoridad — perdería su hostilidad hacia la aristocracia, El

nuevo orden y el tiempo se vuelven aún menos voluntariosos.

Cuando Yang vio la forma en que el Duque de Lohengramm había tratado con las fuerzas de las antiguas familias nobles — tanto política como militarmente —vio ferocidad y crueldad, pero lo que no vio fue una brutalidad sin corazón. Y Reinhard ciertamente no era tonto. Cualquiera podría ver que, si asesinaba a un niño de siete años, se condenaría a sí mismo la condena moral y política. No estaba dispuesto a salir de su camino para tomar una decisión perjudicial para sus propios intereses.

Por supuesto, el emperador puede tener siete años ahora, pero en una década tendría diecisiete años, y en dos tendría veintisiete. El futuro podría algún día traer diferentes consideraciones, pero al menos por ahora, el Duque von Lohengramm mantendría vivo al niño emperador. Lo más probable, estaba pensando en cómo usarlo para el mayor efecto. Irónicamente, fue el joven primer ministro imperial el que tuvo que preocuparse más por la seguridad del emperador. Si el niño muriera ahora — incluso por causas genuinamente naturales o en algún accidente — sería considerado como un asesinato por muchos, si no la mayoría. Incluso con el emperador vivo, no representaría un gran obstáculo para las muchas reformas que Reinhard estaba poniendo en práctica. Reinhard no necesitaba el apoyo de quienes apoyaban al joven emperador.

Hace quinientos años, Rudolf von Goldenbaum había hecho retroceder las corrientes de la historia. Había quitado el polvo de las viejas prendas de autocracia y de la sociedad de clases, que supuestamente la humanidad se había quitado y tirado hacía mucho tiempo, y subido al escenario ante la ciudadanía. La autocracia y la clase habían sido parte de un proceso que las civilizaciones inevitablemente tenían que atravesar desde el nacimiento hasta la madurez, pero el papel que habían desempeñado a lo largo de la historia había sido cedido a la sociedad civil moderna; las viejas costumbres debieron haber salido del escenario hace mucho tiempo. Peor aún, la implementación de tal gobierno había creado un sistema por el cual muchos fueron sacrificados por el bien de un número muy pequeño de gobernantes.

Quizás las reformas del Duque von Lohengramm no eran más que un recurso para alcanzar sus ambiciones personales o estaban motivadas

únicamente por el sentimiento anti-Goldenbaum. Aun así, el camino por el que caminaba coincidía claramente con el progreso de la historia — hacia la libertad y la igualdad. Siendo ese el caso, no había razón alguna por la cual la Alianza de Planetas Libres debería oponerse a él. Más bien, ¿no deberían unirse a él para librar al universo de los restos de ese antiguo despotismo y construir un nuevo orden histórico? Tampoco era necesario que toda la raza humana fuera parte de un solo estado; ¿Qué estaba mal con las múltiples naciones que existían lado a lado?

El problema era qué proceso político debía usarse para lograr eso. ¿El progreso de la historia y la recuperación de sus corrientes naturales deben dejarse en manos de un individuo destacado como Reinhard von Lohengramm? ¿O debería la responsabilidad, en cambio, estar dividida como lo fue en el FPA— entre muchas personas de moral y habilidades comunes, que avanzaron juntas lentamente a través de ciclos de conflicto, angustia, compromiso y prueba y error? La pregunta era qué camino elegir.

La sociedad civil moderna, habiendo derrocado la autocracia, había elegido esta última. Esa había sido la elección correcta, Yang estaba convencido. El surgimiento de un individuo como Reinhard von Lohengramm, dotado de ambición, ideales y capacidad, fue un milagro — o más bien, una casualidad — de la historia. En este momento estaba concentrando en una sola persona toda la autoridad política del Imperio Galáctico. ¡Comandante en jefe del ejército imperial y del primer ministro imperial al mismo tiempo! Y eso estaba bien. Tenía suficiente talento para cumplir con las responsabilidades de ambos. Pero ¿qué pasa con su sucesor?

La sociedad ganó más al *no* poner el poder excesivo en manos de políticos mediocres de lo que perdió al limitar el poder de grandes héroes y estadistas que podrían o no aparecer una vez cada varios siglos. Ese fue un principio fundamental de la democracia. Después de todo, ¡qué pesadilla sería si un hombre como Job Trünicht se convirtiera en un emperador “sagrado e inviolable”!

II

Las alarmas sonaron, y un operador informó:

“¡Naves enemigas detectadas a las once! Imagen mejorada en pantalla.” Su voz era tan encantadora que casi sonaba como si se estuviera presumiendo.

Era una pequeña formación de patrulla formada por un destructor y media docena de pequeñas naves de escolta. Sorprendidos por la aparición de una fuerza de alianza de varios miles de naves, estaban en el proceso de intentar huir.

“Nos han visto”, dijo el capitán Zeno. “No hay posibilidad de un ataque sorpresa ahora”.

Yang miró al capitán con incredulidad.

“¿Eh? No estaba planeando un ataque furtivo. A decir verdad, estoy aliviado de que se hayan ido y nos hayan hecho el favor”.

Ese pronunciamiento, naturalmente, arrojó a los oficiales del personal a un círculo, por lo que Yang se vio obligado a explicarse en detalle.

“En resumen, lo que esto significa es que el comandante imperial ha sido conducido al punto de buscar refuerzos enemigos — er, éramos nosotros. Solo puedo imaginar lo incierto que será ahora. ¿Debería seguir atacando a Iserlohn con la espalda hacia nosotros, o luchar contra nosotros y mostrarle la espalda a Iserlohn? ¿O debería distribuir sus fuerzas para que enfrenten ambas direcciones y luchen en una batalla en dos frentes? ¿Debería apostar a golpearnos por separado, aunque eso sería una pelea en dos actos con un intermedio entre nosotros? ¿O decidir que no hay camino a la victoria y al retiro? En cualquier caso, ellos están de espaldas contra la pared, y eso solo nos da la ventaja”.

Yang se encogió de hombros ligeramente.

“En cuanto a mí, realmente espero que se decida por la opción cinco. Si él

hace eso, nadie muere y nadie se lesiona. Y sobre todo, el camino fácil es siempre el mejor camino”.

Los oficiales del personal de esta flota de retazos se rieron agradablemente — probablemente porque pensaron que Yang estaba bromeando. Ellos no lo conocieron como lo hizo el liderazgo central de Iserlohn. Frederica era la única que sabía que él estaba hablando en serio, y ella no se estaba riendo.

Después de escuchar el informe de emergencia de la patrulla que había avistado las fuerzas de Yang, Karl Gustav Kempf miró la pantalla y consideró sus opciones. Profundas arrugas fueron grabadas en el espacio carnoso entre sus cejas.

Tal como Yang había supuesto, Kempf estaba ahora bajo presión para tomar una decisión. Unos días antes, le había enviado un informe a Odín sobre el progreso de la batalla, y no había tenido dificultad alguna con la redacción. No había perdido, y había dado un golpe psicológico a las fuerzas de la alianza, además de haber infligido un daño físico considerable; Iserlohn, sin embargo, aunque estaba dañado, todavía estaba muy operativo, y todavía no había logrado que entrara un solo soldado. Las cosas no estaban simplemente en un punto muerto; A decir verdad, la vasta fortaleza llamada Gaiesburg era un poco demasiado grande para que Kempf la manejara. El almirante técnico von Schaft había hablado de sus propios logros de la manera más auto-complaciente que se pueda imaginar, pero de hecho, las dificultades que enfrentó el que propuso una misión no fueron nada en comparación con los que enfrentaron los que la ejecutaron. Aun así, había tres escenarios diferentes que podrían suceder si Kempf informara que estaba teniendo problemas, y cualquiera de ellos dejaría una herida en su orgullo: podría ser despedido, podría recibir órdenes de retirarse, o podría ser un colega Enviado a reforzarlo. Al final, Kempf redactó su informe de la siguiente manera:

“Tenemos la ventaja”.

Casi al mismo tiempo, una enorme flota de más de veinte mil naves se abría camino desde el territorio imperial hacia el Corredor Iserlohn. Esta flota se dividió en dos divisiones— la delantera y la posterior — con la división delantera bajo el mando del almirante superior Wolfgang Mittermeier y la división posterior comandada por el almirante mayor Oskar von Reuentahl — quienes fueron alabados como los "pilares gemelos" de la Armada Imperial . Habiendo recibido órdenes repentinas de Reinhard, se habían movilizado rápidamente y estaban en camino de reforzar las fuerzas de Kempf.

Mittermeier se veía algo desconcertado mientras recibía esas órdenes. Von Reuentahl había expresado el sentimiento en palabras: "Me siento honrado de recibir sus órdenes, milord. Aún así, si atacamos al enemigo en este momento, ¿no crees que el Almirante Kempf podría creer erróneamente que estamos robando el crédito por sus éxitos?"

Von Reuentahl había hablado por una cuidadosa preocupación por la psicología del comandante de primera línea, pero la respuesta que esto provocó de Reinhard fue baja, seca — uno podría incluso decir sin vida — risa.

"No hay necesidad de tales preocupaciones por su parte, Almirante. Aunque tal vez ese no sea el caso, Kempf realmente está teniendo algún éxito".

"Como usted digas, milord".

"No expandir el frente más de lo necesario. Dejo el resto a vuestro buen juicio."

Los dos almirantes se retiraron de la presencia de Reinhard, y una vez que caminaron juntos en el pasillo, von Reuentahl hizo una pregunta:

"¿Qué crees que el Duque von Lohengramm realmente está tramando? Si la lucha se ha convertido en un atolladero, entonces hay razón suficiente para enviarnos. Pero si Kempf está ganando, no hay necesidad de que vayamos.

Y si ha sido derrotado, es una pérdida de tiempo porque ya es demasiado tarde para hacer algo por él”.

“No importa cuál sea el caso, todavía tenemos nuestras órdenes del primer ministro imperial”, dijo Mittermeier, recordándole con crudeza sus propias circunstancias.

“Tendremos que hacer lo mejor que podamos. Si la situación cuando llegamos al campo de batalla exige que luchemos, podemos decidir cómo hacerlo”.

“Tienes razón”, dijo Von Reuentahl.

Si llegaban y Kempf había ganado o estaba ganando, no habría nada de qué preocuparse. Si las cosas se encontraban en un punto muerto, tendrían que consultar con Kempf y su gente en el lugar y decidir qué hacer juntos. Lo único de lo que Mittermeier y Von Reuentahl tenían que hablar ahora era de lo que deberían hacer si llegaban allí y encontraban a un almirante derrotado que estaba siendo acosado por el almirante Kempf. Ese asunto se resolvió en dos o tres intercambios. Uno podría buscar tanto en el imperio como en la alianza y nunca encontrar otro par de comandantes de igual rango que estuvieran tan sintonizados con los procesos de pensamiento del otro como ellos.

Después de que le dio las órdenes a Mittermeier y von Reuentahl, Reinhard volvió a mirar el informe del almirante Kempf cuando el senior almirante Paul von Oberstein se acercó y le hizo una visita.

“Noté que parecías disgustado de alguna manera con la actualización del Almirante Kempf”, dijo.

“Pensé que Kempf lo haría un poco mejor que esto, pero parece que angustiar al enemigo es lo mejor que puede hacer. El objetivo es dejar a Iserlohn impotente. Él no necesariamente necesita capturarlo y ocuparlo. En un escenario extremo, incluso sería aceptable estrellar una fortaleza contra la otra y destruirlas a las dos”.

La luz brillaba en los ojos artificiales de von Oberstein. “Aún así, entendí que Kempf ha usado la Fortaleza de Gaiesburg como una fortaleza desde la cual atacar audazmente al enemigo de frente”.

“Y por eso digo que ha llegado a sus límites”.

Reinhard golpeó violentamente el informe sobre su escritorio.

Su jefe de personal de ojos sintéticos cepilló hacia atrás su cabello con rayas grises con una mano. “En ese punto, el que eligió a Kempf para esta misión tampoco puede escapar a la culpa. Yo mismo tomé la decisión equivocada al recomendarlo. Tienes mis disculpas.”

“¿Oh? Para ti eso es bastante recomendable, ¿no es así? “, Dijo Reinhard con frialdad. “Sin embargo, yo fui el último responsable de elegirlo. Aunque si queremos rastrear todo esto desde el principio, todo comenzó con von Schaft y su propuesta inútil. Sería una cosa si simplemente no hubiéramos podido beneficiarnos, pero ahora que esto ha resultado ser perjudicial, no sé qué hacer con el hombre”.

“Aun así, incluso un hombre como él podría ser útil de alguna manera. Es una cosa difícil agarrar las estrellas solo con la fuerza de los brazos. Creo que es mejor reunir tantos peones como se pueda. Incluso los peones sacados de la cuneta.”

Los ojos azul hielo que estaban fijos en el jefe de personal brillaban con una luz particularmente fría en ese momento.

“No te equivoques, von Oberstein. No quiero robar las estrellas como un carterista cobarde — mi deseo es saquearlas como conquistador”.

“Como desees.”

Después de que von Oberstein saludó y se fue, Reinhard arrojó hacia atrás su lujosa melena de cabello dorado. Sus pálidos dedos acariciaban el colgante de su pecho.

“¿Es esto lo que pasa cuando ganas poder?”, Dijo. “No hay un alma por aquí que ni siquiera intente entenderme. ¿O es que es mi culpa después de todo?”

Los ojos azul hielo estaban ocluidos por nubes de melancolía. Esto no era lo que había estado buscando. Lo que había estado buscando era algo completamente diferente.

III

“No tenemos todo ese tiempo”, le explicó Yang a Frederica. Al enterarse de que el Corredor Iserlohn aún no estaba completamente bajo su control, Reinhard von Lohengramm estaba seguro de enviar refuerzos. Cuando llegaran, sus números seguramente serían vastos; enviar una pequeña fuerza sería equivalente a la insensatez de una comisión de fuerzas por partes. Yang estimó que sus probabilidades de victoria caerían casi a cero a menos que el espacio que rodeaba a Iserlohn pudiera recuperarse antes de que llegaran los refuerzos del imperio.

“Entonces, básicamente, el tiempo ha estado de nuestro lado hasta ahora”, dijo Frederica, “¿Pero de ahora en adelante ese no será el caso? Si Su Excelencia hubiera sido el comandante del enemigo, hace mucho que hubiera golpeado a Iserlohn, ¿verdad?”

“Más o menos. Si fuera yo, habría destrozado esa otra fortaleza. Con una gran explosión, y ambos caemos juntos. Luego, con todo despejado fuera del camino, podríamos traer una fortaleza diferente, y eso sería todo. Si la Armada Imperial hubiera seguido con eso en mente, no habría habido manera de resistir, pero parece que el comandante imperial no ha podido ajustar su forma de pensar”.

“Aunque es un método bastante extremo”.

“Efectivo, sin embargo, ¿no es así?”

“Eso te lo concedo”.

“Y, por supuesto, si Iserlohn ya hubiera sido destruida por esa táctica, no habría nada que esta flota pudiera hacer para detener la invasión. Dicho eso, sin embargo, hay algo que podemos hacer si lo intentan ahora”.

Cuando dijo estas palabras, la expresión del rostro de Yang cambió, recordándole a Frederica a un niño que acababa de descubrir un nuevo conjunto de movimientos para usar en el ajedrez. Yang no había cambiado nada desde hace diez años, cuando ordenó la evacuación de la región estelar de El Fácil. A pesar de una década y de las promociones recibidas durante ese tiempo, Yang todavía no había captado el olor de un militar. Durante ese período, fueron los ojos de los que miraban a Yang los que habían cambiado. Durante la fuga de El Fácil, Frederica — entonces una niña de catorce años, recordó lo que los adultos se habían estado diciendo unos a otros, algunos en voz baja y otros enojados: “¿Son serios y ponen ese inútil cuerno verde a cargo de nuestra escapatoria?”

Hoy en día, Yang fue el destinatario a un elogio abrumador — así como la malicia que llegó a lo largo del mismo vector. De cualquier manera, sin embargo, los demás consideraron a Yang de una manera muy diferente a la de él.

“Creo que podemos decir con seguridad que Iserlohn no será invadido desde el exterior”, dijo Frederica.

“Bueno, me lo pregunto”, dijo Yang con una mirada ligeramente amarga.

No importa sus capacidades defensivas como fortaleza espacial; Una razón por la que a Iserlohn se le había creído inexpugnable durante mucho tiempo era que el lado atacante siempre había tenido sus manos atadas en cierto grado. El objetivo al atacar a Iserlohn era ganar el control del Corredor Iserlohn y asegurar el dominio sobre la ruta entre el imperio y la Alianza de Planetas Libres. Ningún otro objetivo existía. Fue ese deseo el que llevó al imperio a construir la Fortaleza de Iserlohn y esa esperanza que llevó a las

Fuerzas Armadas de la Alianza a atacarlo en varias ocasiones — siempre a costa de innumerables muertos y heridos. Eso era lo alto que era el precio en Iserlohn.

En resumen, el objetivo de atacar la Fortaleza de Iserlohn nunca había sido destruirla, sino ocuparla. Y el único en la historia que había logrado hacer eso fue Yang Wen-li.

Aún así, eso fue en el pasado. Si fuera posible establecer una base de combate y reabastecimiento en el corredor *que no sea Iserlohn* , el imperio podría atacar a Iserlohn con la intención de destruirlo. Tal ataque sería mucho más intenso y despiadado que un ataque destinado a ocuparlo.

Yang se estremeció al pensar en tal ataque, pero los hechos no parecían estar apuntando en esa dirección. El comandante imperial parecía estar usando la nueva fortaleza exclusivamente como base de operaciones desde la cual retomar Iserlohn. Esa fue la suerte que esperaban las fuerzas debilitadas de la Alianza de Planetas Libres.

La guerra civil del año pasado — y sobre todo, la aplastante derrota del año anterior en Amritsar — había dejado el potencial de combate de la alianza militar en un estado debilitado hasta el día de hoy. La alianza militar había perdido dos millones de soldados en aquella infructuosa batalla. Muchos miembros capaces del almirantazgo también habían dejado esta espiral mortal.

Cuando lo pensó, Yang había estado lidiando con las consecuencias de esa derrota desde entonces. La carga sobre él habría sido mucho más liviana si incluso uno de esos valientes almirantes que habían caído en Amritsar estuviera vivo hoy — Urannf o Borodin, tal vez.

Sin embargo, ahora no había tiempo para hundirse en especulaciones sin sentido. Los muertos nunca volverían. Los problemas de este mundo tenían que ser resueltos por los vivos — a pesar de que lo que vendría después iba a ser agotador, muchos problemas y algo que Yang realmente no quería hacer.

Mientras tanto, las desconcertadas fuerzas imperiales habían decidido la dirección que debían tomar.

El plan de Kempf fue el siguiente:

Primero, ejecutaría un rápido retroceso desde la fortaleza de Iserlohn. Cuando las fuerzas de la alianza vieran eso, pensarían que se estaba retirando porque habían llegado refuerzos y salían de la fortaleza, sin querer perder una oportunidad de atraparlo en un movimiento de pinzas. Fue entonces cuando él cambiaría de rumbo y los golpearía. Luego, las fuerzas de la alianza, pensando que la "llegada de los refuerzos" había sido una trampa para atraerlos fuera de la fortaleza, volverían corriendo hacia Iserlohn y se encerrarían nuevamente en el interior. De esta manera, Kempf podría encerrarlos en su fortaleza, revertir el rumbo nuevamente y destruir las fuerzas que estaban en camino para reforzar a Iserlohn. Aprovechando el lapso de tiempo entre las dos batallas, destruiría ambas fuerzas por separado.

¡Espléndido! Müller había pensado cuando se propuso la idea, y sin embargo — tampoco había podido ayudar a sentirse incómodo. Si esta operación fuera exitosa, Kempf sería alabado como un artista de estrategia militar, pero ¿el enemigo bailaría al ritmo que estaba tocando? Este fue un plan que requería una técnica impecable, así como una sincronización perfecta — un paso en falso, y las fuerzas imperiales se verían atrapadas en un movimiento de pinzas. En sí mismo, la táctica de atacar a las dos fuerzas individualmente parecía la forma correcta de hacerlo, pero Müller se preguntó si sería mejor que Gaiesburg se quedara atrás para vigilar a Iserlohn, mientras enviaba a toda la flota. Fuera para destruir los refuerzos enemigos primero.

Müller le ofreció esa sugerencia a Kempf. Debido a una serie de circunstancias incómodas, se necesitó un poco de coraje para que lo hiciera, pero Kempf, en una muestra de generosidad de mente amplia, realizó varios cambios en la operación, incorporando algunas de las ideas de Müller.

“¿Entonces esto significa que los refuerzos están llegando? ¿O es una trampa?”

En la sala de comando central de la Fortaleza de Iserlohn, el liderazgo principal, centrado en el contraalmirante Alex Caselnes, estaba teniendo problemas para decidir qué debían hacer. La flota de la Armada Imperial, que hasta ahora había cubierto el espacio alrededor de Iserlohn con constantes oleadas de atacantes, se estaba alejando de ellos como una marea saliendo de la costa. Sin embargo, la fortaleza de Gaiesburg continuó manteniendo su distancia de seiscientos mil kilómetros. Desde ese rango, podría responder al disparo de un cañón en cualquier momento.

“¿Qué piensas, niño?”

La pregunta de Von Schönkopf a Julian, que acababa de llegar trayendo café, probablemente fue una broma.

“Podrían ser las dos cosas”.

Esa fue la respuesta de Julian.

“¿Ambos?”

“Sí señor. Los refuerzos del almirante Yang seguramente estarán en algún lugar cercano. Las fuerzas imperiales pueden saber eso y pueden estar tratando de usar eso contra nosotros como una trampa. Cuando nuestra flota salga de Iserlohn y se encuentre con un ataque total, pensaremos: “Oh, es una trampa — vuelvan adentro”, ¿verdad? Haciendo una finta así, pueden asegurarse de que nuestra flota permanezca aquí y luego interceptar nuestros refuerzos con toda su fuerza”.

Los principales líderes de Iserlohn se quedaron completamente en silencio por un largo momento mientras miraban al joven de cabello rubio. Finalmente, Caselnes se aclaró la garganta y le preguntó: “¿Qué te hace pensar eso, Julian?”

“Los movimientos de la flota imperial son demasiado antinaturales”.

“Eso es ciertamente cierto, pero ¿es esa tu única base para pensar así?”

“Bueno, es así: si esto es *solo* una trampa, ¿cuál es el objetivo? ¿Forzar una rendición? ¿Usar nuestra propia movilización como una oportunidad para entrar en la fortaleza? Tendría que ser uno de esos dos, ¿no? Pero incluso el enemigo debe ser consciente en este punto de que nuestro lado está centrado en la defensa y no se alejará mucho de la base. Siendo ese el caso, probablemente están tratando de encerrarnos usando nuestra mentalidad defensiva. Es por eso que es mucho más probable que cuenten con nosotros para jugar seguros y permanecer dentro”.

“Entiendo”, dijo von Schönkopf después de un momento. “Simplemente me golpeó — este joven era el mejor alumno del Almirante Yang antes de convertirse en el mío y de Poplin”.

Las palabras de Von Schönkopf se mezclaron con un suspiro. Volvió los ojos hacia Caselnes, y el comandante interino le preguntó al almirante Merkatz por sus pensamientos sobre una contramedida.

“Si eso es lo que está pasando, entonces la respuesta no es difícil. Deberíamos pretender estar agachados como ellos esperan. Luego, cuando cambian de rumbo, volvemos a cargar y les pegamos en la parte posterior. Después de eso, si nosotros y nuestros refuerzos estamos pensando en la misma longitud de onda, podremos atraparlos en un movimiento de pinza ideal”.

Merkatz habló rotundamente, y cuando aceptó la solicitud de Caselnes de tomar el mando del ataque, se volvió hacia Julian y le dijo: “Creo que me reuniré contigo a bordo de *Hyperion* . En el puente.”

La sorpresa que cautivó al veterano estratega no fue tan grande como lo había sido hace dos años, cuando reconoció por primera vez la brillantez de Reinhard von Lohengramm, sin embargo, fue una sorpresa hecha de cosas similares.

IV

“La guerra puede compararse con el montañismo…”

Fue “Griping Yusuf” —Marshal Yusuf Topparole, arquitecto de la victoria arrolladora de las Fuerzas Armadas de la Alianza en la Batalla de la Región Estelar de Dagon — quien una vez dijo esas palabras.

“Es el gobierno el que decide qué montaña escalarás. “Estrategia” significa decidir qué ruta tomará hasta la cima y prepararse en consecuencia. “Tácticas”, entonces, es el trabajo de escalar de manera eficiente la ruta que se te ha dado”.

En el caso de Yang, la ruta que debía escalar ya había sido decidida por él. Ese anhelo agudo que a veces sentía para determinar su propio camino estaba claramente en desacuerdo con su disgusto por la guerra, pero aun así…

“¡Flota enemiga por delante a las 1130!”

En el informe del operador, la tensión se disparó a través de las mentes y cuerpos de la tripulación en toda la flota. Con naves amigas del orden de cinco mil, era cierto que la fuerza imperial era más del doble de su tamaño. No había forma de luchar contra ellos y ganar. Todo lo que podían hacer era esperar a que sus amigos de Iserlohn aparecieran en la parte trasera del enemigo.

Yang solo rezaba para que su personal de nuevo en Iserlohn tomara la decisión correcta. Si se quedaban dentro de la fortaleza con sus pulgares, Yang perdería con sus números inferiores, presa fácil para las tácticas de dividir y conquistar del imperio. Un requisito previo del plan operativo de Yang era que pudieran llevar a cabo una obra tácitamente entendida en

coordinación con Iserlohn.

Merkatz, un guerrero forjado a través de innumerables batallas, estaba allí. Seguramente demostraría ser digno de la fe que Yang depositó en él. Y luego estaba Julian — Yang recordó una vez más a ese joven de rostro guapo que era su pupilo. Había una cosa que había estresado cada vez que hablaba de estrategia y tácticas con el chico: cuando el enemigo se retira y el momento parece estar fuera, ten cuidado. Le había enseñado una serie de variaciones sobre lo que podría suceder en esos momentos. Ahora, ¿el chico sería tan amable de recordar? Si lo hizo — no, espera. ¿No estaba él contra Julian uniéndose al ejército? ¿No era esto demasiado esperar de él…?

“¡Enemigo en el rango de ataque!”

“Está bien, solo sigue el plan”. Yang tomó un trago de té de un vaso de papel. “¡Echate para atrás! ¡Mantén una velocidad relativa de cero con el enemigo!”

Retransmitido por Morton y Alarcon, sus órdenes fueron transmitidas a todas las naves de la flota.

Mientras tanto, en la flota imperial, los ojos sospechosos se volvieron hacia pantallas de visión y todo tipo de sistemas de detección de enemigos.

“El enemigo se está retirando. Comenzando hace cinco minutos, nuestra distancia relativa cesó completamente de cerrarse”.

El operador de la flota imperial estaba trabajando duro para mantener un tono profesional, pero no pudo ocultar un leve temblor de sospecha.

El enorme cuerpo de Kempf continuó ocupando su puesto de mando mientras consideraba la situación. Luego, motivado por cierta ansiedad, preguntó: “No hay ninguna posibilidad, ¿existe, que el enemigo esté desplegado en columnas largas y profundas y esté tratando de llevarnos al medio?”

Tanto los cerebros humanos como los electrónicos entraron a toda marcha

tratando de responder a la pregunta del comandante, hasta que finalmente se emitió una opinión: la posibilidad era extremadamente baja. Su mejor suposición era que la flota enemiga dispuesta en frente de ellos era toda la fuerza de fuerza que tenían.

“En ese caso, deben estar tratando de ganar tiempo. Probablemente esperando que la flota de Iserlohn nos embista por lo que nos atrapan entre ellos. ¡Que nervios! ¿Realmente piensan que voy a caer en eso? ”

La intuición de Kempf era, en este momento, 100 por ciento correcta. Golpeando una poderosa palma contra su mesa de mando, dio órdenes de avanzar a la máxima velocidad de combate, así como instrucciones para abrir fuego tres minutos después. En el menor tiempo posible, destruiría estos refuerzos, se daría la vuelta y reenvolvería a Iserlohn. Y eso fue solo el comienzo — al seguir la sugerencia de Müller de que Gaiesburg mantuviera a Iserlohn bajo control, podrían lograr lo que hasta ahora se había considerado imposible: pasar al otro lado del Corredor Iserlohn. Y siendo ese el caso, ¿qué fue lo que le impidió seguir adelante después de su victoria y seguir adelante en todo el territorio de la alianza?

“El enemigo está dentro del rango de tiro”.

“Está bien, entonces, ¡fuego a discreción!”

Decenas de miles de flechas brillantes fueron liberadas de la fuerza imperial.

Por un breve instante, el estrecho corredor de Iserlohn se convirtió en un tubo sin forma que transportaba una gran cantidad de energía de un lado a otro. Llamativos y coloridos vórtices aparecieron cuando los barcos de la alianza dieron un golpe punzante, explotando en brillantes destellos de luz. Incluso las naves que habían evitado los golpes directos se sacudieron violentamente como consecuencia — la nave insignia temporal *Leda II* no fue la excepción.

Yang, quien como de costumbre estaba al mando de la flota desde una posición sobre su escritorio, fue sacudido por completo por la agitación y

cayó de la cadera primero en su silla. Había olvidado completamente que estaba a bordo del *Leda II* , que era un 30 por ciento más pequeño que el acorazado de guerra *Hyperion* , y también tenía capacidades defensivas más débiles.

Yang, atrapado en su asiento, era la imagen misma del descuido. Con la cara roja de vergüenza, finalmente logró ponerse de pie. Con una expresión de preocupación en su rostro, Frederica se le acercó con pasos firmes; al parecer, ella había desarrollado un sentido de equilibrio mucho mejor que su oficial al mando.

“Formación D…”, dijo Yang. Al no haber aprendido la lección, estaba subiendo de nuevo al escritorio. Frederica gritó, repitiendo su orden:
“¡Todas las naves: Formación D!”

El oficial de comunicaciones repitió la orden también, transmitiéndola no a través de los canales de comunicación, que se habían vuelto inútiles, sino con secuencias codificadas de luces parpadeantes.

La formación D era un tipo de formación cilíndrica, y en su versión más extrema podía rodear al enemigo en lo que era casi un anillo. Cuando las fuerzas imperiales intentaron deslizarse a través de ese reluciente círculo de brillantes destellos de luz, las fuerzas de la alianza las bañaron en disparos de cañones desde arriba, abajo, puerto y estribor. Ese fuego fue dirigido naturalmente desde el borde del anillo hacia adentro, y al enfocarse en un solo punto, su efecto destructivo se amplificó dramáticamente. Las naves imperiales que venían cargando hacia adelante fueron perforadas ocasionalmente por múltiples rayos de energía disparados simultáneamente desde diferentes direcciones, y las naves parecían estar cortadas en rodajas circulares en los momentos previos a que explotaran en bolas de fuego.

Cuando esta formación se usó en el entorno amplio e ilimitado del espacio abierto, los enemigos que lo atraparon podrían dispersarse, girar y rodear la formación de forma inmediata desde un radio aún mayor. Dentro de este estrecho corredor, sin embargo, eso era imposible. Yang había desarrollado esta táctica para hacer uso de la topografía especializada del corredor: después de que el enemigo los golpeara con su primer ataque, giraban la

cola y se ponían a la defensiva. Y entonces…;

“¡El enemigo nos está atacando por detrás!”, Gritó el operador.

Como sorprendido, el Almirante Kempf levantó su forma grande y musculosa desde el asiento de mando, la Flota de Patrullas Iserlohn, bajo el mando de Merkatz, estaba atacando a las fuerzas imperiales con sorprendente velocidad y presión, tanto desde atrás como directamente desde arriba. Si la escena se hubiera visto desde una distancia de varios años luz, podría haberse visto hermosa — como una cascada de luz cayendo.

La retaguardia de las fuerzas imperiales de ninguna manera había sido descuidada, pero incapaz de deshacerse del impacto, estaban siendo eliminadas una por una mientras una ráfaga de rayos de alta densidad caía sobre ellas. Observando desde la distancia, la tripulación en la flota de Yang gritó de alegría.

“¡Formación E!” Yang ordenó. Aunque la formación en forma de anillo compuesta por su flota de mosaicos mostró un poco de desunión en el proceso, su forma convergió rápidamente hacia el centro, completando una transformación en una forma de embudo. Las fuerzas imperiales que se estaban cargando hacia adelante, repentinamente expuestas a múltiples capas de rayos atacantes disparados desde la misma dirección, desaparecieron en torrentes turbios de energía candente. Attenborough, Nguyen y el resto, arrastrados por la certeza de la victoria, lanzaron frenéticos ataques utilizando concentraciones localizadas de poder de fuego — un sello distintivo de la guerra de cañones de la Flota Yang — para guiar a las fuerzas imperiales renuentes a sus tumbas.

En un momento como este, un comandante tonto podría haber dicho: “División hacia adelante, lucha contra los enemigos que están frente a nosotros. División trasera, lucha contra los enemigos que están detrás de nosotros”. De hecho, tal orden podría haberles permitido escapar de esta crisis. Las oportunidades inesperadas para la victoria surgieron, después de

todo, del caos de la batalla intensa. Sin embargo, como estratega, a Kempf no le faltó experiencia y orgullo, y no estaba dispuesto a dar una orden que significaría abandonar su deber y autoridad como comandante.

El vicecomandante Niedhart Müller podía sentir manchas negras de desesperación que gradualmente se comían en su mente, y aun así, estaba resuelto a hacer todo lo posible. Las semillas de su arrepentimiento no se podían contar, pero en este momento era su deber urgente evitar el colapso de sus columnas y rescatar a sus hombres. Levantándose de su asiento de mando, emitió las órdenes apropiadas una tras otra, intentando liberarse de la zona de peligro. Sin embargo, estaba en una desventaja abrumadora, y sus esfuerzos no dieron frutos visibles, aunque la velocidad a la que empeoraban las cosas disminuía.

Incluso esos esfuerzos, sin embargo, estaban a punto de llegar a sus límites. Tanto Kempf como Müller habían visto a muchos de sus naves estallar en bolas de fuego. La distancia entre las líneas de batalla y el comando central ahora era efectivamente cero. En cualquier momento, las fuerzas imperiales iban a caer como una avalancha en las profundidades de la derrota absoluta.

“¡No te retires!”

Mientras Kempf gritaba enojado, gotas de sudor salían volando de su frente.

“No debemos retirarnos. Sólo un pasó más. ¡Un paso más, y toda la galaxia será nuestra!”

V

Incluso en estas circunstancias, las palabras de Kempf no fueron de ninguna manera jactancioso. Más allá de la línea de defensa de las fuerzas de la FPA, más allá de la salida del Corredor Iserlohn, había un vasto mar de estrellas y planetas que quedaron prácticamente indefensas.

Una vez que penetraron en esa línea de defensa, Kempf y Müller impulsaron a la flota hacia adelante, forzándose a ingresar en el territorio de la alianza. ¿Qué harían las fuerzas que protegen el corredor de Iserlohn cuando eso sucediera? Si perseguían a Kempf y Müller, eso dejaría el corredor completamente abierto. Cuando grandes almirantes de la Armada Imperial, como Mittermeier y Von Reuentahl, que ahora esperan en la Ola II, entraran por el corredor, no habría nadie allí para detenerlos. El corredor se citaría después por el papel histórico que había desempeñado como el pasaje a través del cual la Armada Imperial había conquistado la galaxia.

Siendo ese el caso, ¿podrían las Fuerzas Armadas de la Alianza simplemente ignorar a Kempf y Müller, y continuar protegiendo el corredor contra la segunda ola que seguramente vendrá a través de ella? Si lo hicieran, Kempf y Müller podrían ir a saquear el territorio de la alianza a voluntad, tal vez incluso capturar a Heinessen. Sin embargo, un escenario más probable era que establecieran una cabeza de playa en algún sistema estelar cercano y esperaran el momento — no tardaría en llegar — cuando la segunda ola invadiera el corredor. En ese momento, podrían regresar al corredor y, junto con sus aliados, atacar a las fuerzas de la alianza allí desde adelante y hacia atrás. Para las fuerzas imperiales, era una táctica segura para una victoria segura; para las fuerzas de la alianza, la sola idea de ello envió una aguda punzada de dolor en sus corazones.

O debería haberlo hecho, al menos — pero Yang Wen-li no estaba de humor para preocuparse sombríamente. Incluso si lo hubiera sido, no habría pensado que era su deber hacerlo. Esto se debía a que, incluso si la nación conocida como la Alianza de Planetas Libres desapareciera, la gente seguiría existiendo. No como “el pueblo”, sino como “pueblo”. Los que se sentirían más disgustados si la nación llegara a su fin eran los que abandonaron el estado en el centro de su estructura de autoridad; puede buscar en los confines del universo buscando razones por las cuales las “personas” debían sacrificarse para complacerlas y no encontrar una sola. No había manera de que Yang Wen-Li solo pudiera haber asumido la responsabilidad total por la vida o la muerte de la nación — ni siquiera si hubiera sido su propio problema personal.

Entre las fuerzas imperiales, el almirante Kempf no creyó hasta lo último que iba a perder. Pero incluso si todo su cuerpo estaba lleno de un espíritu de lucha indomable, el espíritu de sus soldados y asesores ya se había marchitado.

La sangre había desaparecido de sus caras al ver tantas naves aliadas destrozadas y en llamas en sus pantallas.

“Excelencia, ya no es posible resistirse”, aconsejó el vicealmirante Fusseneger, jefe de personal de Kempf, con las mejillas pálidas y temblorosas.

“A este ritmo, todo lo que nos espera aquí es la muerte o la captura. Tan difícil como es decir, debemos retirarnos”.

Kempf dirigió una mirada feroz a su jefe de estado mayor, pero su razón no fue tan lejana como para gritarlo con fuerza. Respiró hondo y contempló con una mirada agonizante a una flota imperial en su agonía: con cada segundo que pasaba, sus números disminuían y su línea frontal se contraía.

“Espera un momento, todavía queda *esa opción* …”, murmuró Kempf inconscientemente, y Fusseneger sintió algo siniestro en el color que regresaba a la cara del comandante.

“Todavía tenemos nuestra última opción. Vamos a usarlo, y vamos a destruir la Fortaleza de Iserlohn. Hemos perdido en la batalla de flotas, pero todavía no estamos completamente derrotados”.

“¿Puedo preguntar a qué se refiere?”

“La fortaleza de Gaiesburg. Vamos a lanzar ese gran guijarro, bueno para nada, a Iserlohn. Ni siquiera Iserlohn podría resistir eso.”

En esas palabras, la sospecha de Fusseneger cambió a certeza. Incluso un comandante tan capaz y de mentalidad amplia como Kempf podría

desequilibrarse cuando es retrocedido demasiado a una esquina. Sin embargo, Kempf tenía una confianza bastante serena cuando ordenó la retirada de regreso a Gaiesburg.

Finalmente, la flota de patrullas de Iserlohn se reunió con los refuerzos de Yang.

“Almirante Merkatz, no puedo agradecerle lo suficiente”, dijo Yang con una profunda reverencia.

La grave y digna cara de Merkatz se mostró en la pantalla de comunicación. Detrás de ellos, innumerables boinas uniformes volaron por el aire como gritos poco imaginativos pero apasionados de “¡Lo hicimos! ¡Lo hicimos!” Sonó una y otra vez.

“Este es el hombre que merece la mayor parte del crédito”, dijo Merkatz, y llevó a un joven al campo de visión de la pantalla.

“Almirante Yang, bienvenido a casa”.

Era un chico joven con el pelo rubio.

“¿Julian?”

Yang no sabía qué decir. Ver al chico en ese lugar fue una gran sorpresa para él. Sin embargo, en ese momento sonó otra vez la alarma, y Yang fue rescatado de su momento de incómoda perplejidad.

“¡La fortaleza de Gaiesburg ha comenzado a moverse!”

Hubo un sonido de asombro en la voz del operador que lo informó.

La alegría de las fuerzas de la alianza cayó al suelo al instante. Su victoria aún no estaba completa.

“Se dirige hacia Iserlohn. Imposible — imposible… ¿Están planeando chocarnos?”

“Ellos lo descubrieron…; pero es demasiado tarde “, murmuró Yang. Frederica buscó su perfil con los ojos. En la voz de Yang, ella había percibido una nota de algo así como simpatía.

De hecho, Yang simpatizaba con el comandante enemigo. Atrapar una fortaleza en una fortaleza no era el tipo de cosas que se le ocurriría a un táctico ortodoxo. Fuera del propio Yang, se requeriría un genio incomparable como Reinhard von Lohengramm o, en su defecto, un completo aficionado que no tenía idea de lo que estaba haciendo. Para un táctico ortodoxo, una fortaleza era valiosa para usar y poseer debido a la armadura y la potencia de fuego que podía ejercer contra la fortaleza enemiga; pensar en usarlo como una bomba gigantesca sería extremadamente inusual, y Yang no pudo evitar pensar en la angustia mental que un comandante debe sentir cuando es conducido al punto de una conclusión estratégica tan altamente irregular. Aun así, todavía era cierto que el que había empujado a Kempf en estas situaciones tan difíciles no era otro que el mismo Yang. Algunos podrían llamar hipócrita a su simpatía. Pero en este asunto, que la gente diga lo que quieran.

La Fortaleza de Gaiesburg, siguiendo las fuerzas restantes de la flota imperial, se estaba acercando a Iserlohn con sus doce motores convencionales funcionando a plena potencia, un inmenso buitre que volaba silenciosamente a través de un vacío de total oscuridad. La visión de ello fue abrumadora para las fuerzas de la alianza. En cada barco de la flota, la gente miraba con la boca entreabierta al extraordinario espectáculo que se desarrollaba en sus pantallas.

Dentro de Gaiesburg estaban Kempf, varios de sus asesores, personal de navegación y unos cincuenta mil guardias; el resto de su personal había sido evacuado, dividido entre los barcos bajo el mando de Müller. Dentro de la fortaleza, los transbordadores de escape esperaban en espera, listos para iniciarse en cualquier momento. Lleno de una certeza de que la marea estaba a punto de cambiar, Kempf miró a Iserlohn mientras se hinchaba, acercándose cada vez más al segundo. Fue entonces cuando, en la flota de

la alianza, Yang Wen-li emitió una orden fatídica:

“Los cañones montados en barcos son inútiles contra la propia fortaleza. Apunte a los motores de navegación convencionales que tienen en marcha — en uno de ellos, en realidad — ¡concentre todos sus disparos en el más alejado al puerto de su vector de avance!”

En cada nave, los oficiales de artillería saltaron a sus consolas, apuntaron con cuidado y gritaron sus órdenes al unísono:

“¡Fuego!” “¡Fuego!” “¡Fuego!”

Cientos de rayos convergieron en solo uno de los motores de navegación, poniendo suficiente carga en su cubierta de armadura de material compuesto para hacer que se agriete. Con la segunda descarga, esas grietas se expandieron inmediatamente. La cubierta del motor se abrió de golpe y un destello blanco destrozó todo.

En el siguiente instante, Gaiesburg dejó de avanzar. Su vasto bulto giró y comenzó a girar rápidamente.

El eje del empuje del motor de una nave espacial tenía que alinearse estrictamente con el centro de gravedad de la nave. Ya sea grande o pequeña, la forma básica de una nave espacial era circular o esférica, para hacerla simétrica tanto en su eje x como en su eje z. En caso de que no se siguiera este principio, la nave espacial perdería la pista de su dirección de avance y giraría en su propio centro de gravedad. Por supuesto, uno podría apagar los motores en ese punto, pero incluso si detuviera la aceleración, el giro continuaría debido a la inercia, y durante ese tiempo se paralizarían todas las funciones de control.

La fortaleza de Gaiesburg se desvió del rumbo y se hundió en el resto de la flota imperial; en un instante, varios cientos de embarcaciones chocaron con su masa giratoria y explotaron. En los canales de comunicación, innumerables gritos se superponían unos a otros, luego se detenían, como si fueran cortados por el golpe de un cuchillo. Incluso la propia fortaleza fue dañada por las colisiones con esos acorazados, y lo que fue peor, fue cuando

todos los cañones del Martillo de Thor fueron disparados simultáneamente desde Iserlohn, clavándose profundamente en la capa exterior de Gaiesburg. Le dio un golpe fatal.

“¿Viste eso?” Los soldados de la alianza se gritaban unos a otros.

“¡Esa es la magia del almirante Yang!”

Al igual que todos los demás soldados, la teniente Frederica Greenhill se sintió muy admirado por su comandante.

Si alguien que no fuera Yang hubiera ideado una táctica como esta, Frederica probablemente lo habría encontrado aterrador. Yang había estado pensando desde el principio que la única manera de dejar impotente a la fortaleza enemiga sería destruir sus motores de navegación mientras aceleraba y deshacía la posición de su eje de aceleración. Esto solo podría lograrse haciendo que la fortaleza use sus motores de navegación, lo que solo podría lograrse al empujar al enemigo a una situación tan extrema que intentarían estrellar su fortaleza contra Iserlohn. Y Yang había logrado hacerlo — tal como lo había hecho en muchos campos de batalla en el pasado.

La fortaleza de Gaiesburg estaba convulsionando en su agonía. En el interior, estallaron numerosas explosiones e incendios a lo largo de los caminos de su red de distribución eléctrica, y el calor y el humo dominaron el sistema de aire acondicionado y llenaron el interior de la fortaleza. Soldados cubiertos de sudor y mugre tosían mientras caminaban, mientras que a sus pies se desplomaron camaradas salpicados de sangre que no se movían en absoluto. Incluso la sala de mando central había sido destruida a medias, y Kempf estaba sentado inmóvil ante su mesa de mando.

“Todas los hombres, abandonen la nave”.

La voz del jefe de estado mayor de Fusseneger se rompió cuando respondió a esa orden:

“Excelencia, ¿qué piensa hacer?”

Kempf soltó una risa dolorosa.

“Es demasiado tarde para mí. Mira esto.”

Kempf estaba sosteniendo sus manos sobre su lado derecho, pero se podía ver la sangre que se derramaba de ese lugar, así como parte de un hueso roto que sobresalía. Lo más probable, sus órganos internos fueron severamente dañados. Un pedazo de la pared que volaba por la explosión se había hundido profundamente en su cuerpo alto y musculoso.

Fusseneger se llenó de silenciosa pena. El año pasado, el brillante e invicto almirante Siegfried Kircheis había encontrado su prematuro final en esta fortaleza. Gaiesburg había sido el bastión de las fuerzas de los aristócratas confederados. ¿Hubo algún resentimiento espantoso de sus antiguos maestros que ahora arrastran a los grandes almirantes de Reinhard a la tumba uno tras otro? Atrapado por un miedo supersticioso, el jefe de personal se estremeció. La siniestra vida de la fortaleza de Gaiesburg estaba llegando a su fin.

Por fin, Fusseneger salió tambaleándose de la sala de mando, visto por los ojos de los muertos.

“¡Todas los hombres, abandonen la nave!”, Gritaba la alarma. “Todas los hombres…;”

Sucios, los sobrevivientes heridos se habían reunido en un puerto utilizado exclusivamente por los transbordadores de evacuación. Un transbordador estaba a punto de despegar sin que se llenara la mitad de su capacidad de carga. Varias personas se aferraban a su casco.

“¡Este es un lanzamiento de emergencia! ¡Bájate!”

“¡Espera — déjanos! ¡No nos dejes!”

“¡Te dije que la gente se mueva…!”

La escotilla se abrió. Pensando que estaban a punto de dejarlos a bordo, los soldados se lanzaron agradecidos hacia adelante.

Y fue entonces cuando un grito partió el aire. Un soldado que acababa de abordar el transbordador de rescate atacó con un cuchillo láser y cortó la mano del soldado que intentaba subir a bordo después de él. El soldado que había perdido la mano también perdió el equilibrio y, retorciéndose de dolor, salió de la puerta de embarque y cayó al suelo. Fue entonces cuando un soldado que se había quedado detrás de los demás sacó su pistola de la cadera y, sin decir una palabra, le disparó al hombre con el cuchillo láser en la cara.

Ese fue el comienzo del pánico. El terror y el deseo de sobrevivir se desbordaron, y la razón fue arrasada. Rayos entrecruzados de fuego de láseres saltaban de un lado a otro, mientras el camarada empujaba al camarada hasta el piso, luego se pisoteaban unos a otros bajo sus botas militares.

Con varios soldados aún aferrados a su casco, la lanzadera comenzó a despegar de todos modos. Fue entonces cuando se escuchó el rugido de un disparo de un cañón de mano, y la cabina se llenó de llamas de color naranja. Los brazos y las piernas arrancados fueron arrastrados por el aire por la fuerza de la explosión, y la lanzadera se convirtió en una bola de fuego que se estrelló contra la multitud de soldados. Los soldados fueron cortados como maleza, y la sangre que brotaba hacia arriba se humedeció, se atascó y se ennegreció tan pronto como tocó el suelo ardiente.

De repente, ese cuadro carmesí sufrió un cambio dramático — se pintó completamente en blanco. Ese fue el momento en el que el reactor de fusión de Gaiesburg había explotado.

Una ráfaga de inmenso calor arrojó a todos los que aún vivían al piso y luego los agregó a los rollos de los muertos. De repente, una gran oleada de luz cegadora apareció donde había estado la Fortaleza de Gaiesburg. A medida que las naves de la alianza se despegaban a la velocidad de

emergencia, los sistemas de ajuste de fotoflujo de las pantallas de visualización sacaron todas las paradas para atenuar el brillo, sin embargo, ni una sola mano a bordo pudo mirar la bola de luz directamente. La invasión de la luz duró más de un minuto. Cuando el último resplandor de la explosión se desvaneció y el espacio volvió a su oscuridad primordial, Yang miró la pantalla y, aún sentado en su escritorio, se quitó el uniforme y se inclinó hacia sus enemigos derrotados y destruidos. Se sentía tan cansado. La victoria siempre lo dejaba sintiéndose agotado.

VI

La explosión de la Fortaleza de Gaiesburg fue, para las fuerzas imperiales heridas y desgastadas, el golpe mortal. Hasta el 80 por ciento de la fuerza imperial restante de la batalla con Yang y Merkatz había quedado atrapada en la explosión de esa supernova artificial y había corrido la misma suerte que su comandante. Incluso entre los que se salvaron, apenas uno había escapado completamente ileso.

Neidhart Müller había sido lanzado hacia atrás varios metros por el impacto de la explosión. Se estrelló contra un mamparo con instrumentos y piezas expuestas, y luego cayó al suelo. Con gran esfuerzo, logró recuperar su conciencia, que por un instante había amenazado con desaparecer en la distancia. Intentó llamar a un médico, pero solo fue asaltado por una opresión sofocante en su pecho.

Cuatro de sus costillas se habían roto, y la respiración era imposible con esas agujas atrapados en su pulmón. No había manera de que pudiera haber llamado.

Soportando el intenso dolor y la asfixia, Müller, en silencio, profundamente, respiró. Sus huesos se aflojaron, su pecho se hinchó y los extremos rotos de sus costillas se tocaron de nuevo. Con sus pulmones libres de presión, el vice comandante gravemente herido logró por fin hablar con un médico que

había corrido a su lado, a pesar de un desagradable moretón en su propia cabeza.

“¿Cuánto tardará en recuperarse por completo?”

La voz de Müller era dolorosa pero no había perdido nada de su compostura.

“Nuestro vice comandante es inmortal, ¿verdad?”

“Esa es buena. Tendré eso escrito en mi lápida. ¿Bien? ¿Cuánto tiempo llevará recuperarse completamente de esto?”

El médico contó sus lesiones: “Cuatro costillas rotas, conmoción cerebral, laceraciones, hematomas y rasguños, así como la pérdida de sangre asociada y el sangrado interno. Tomará tres meses”.

Desde que Müller se negó a ser llevado a la enfermería, una cama equipada con equipo médico fue llevada al puente. A medida que se aplicaba la electroterapia, se transfundió la sangre que se había conservado a temperaturas muy bajas y se inyectaron analgésicos y antipiréticos. Müller se reunió con el vicealmirante Fusseneger, que apenas había escapado de Gaiesburg.

“¿Qué le pasó al Comandante Kempf?”

Fusseneger, todos los cortes y rasguños, no respondió de inmediato, aunque en última instancia tuvo que decir algo.

“Él está muerto.”

“¡¿Muerto?!”

“Tengo un mensaje para usted del Comandante Kempf. Dijo: ‘Dígale a Müller que lo siento’”.

Müller cayó en un silencio electrificado que fue suficiente para asustar a

Fusseneger, pero al final agarró sus sábanas y apretó un gemido.

“Como Odín es mi testigo”, dijo, “voy a vengar al almirante Kempf. Con estas dos manos, retorceré el cuello de Yang Wen-li, aunque no puedo hacerlo ahora. No tengo la fuerza. La brecha entre nosotros es demasiado amplia…; ¡Pero solo me miras, unos años después!”

Cuando Müller dejó de hablar y rechinó los dientes, recuperó un poco su compostura y convocó a un ayudante a su cabecera.

“Consígueme una pantalla de comunicaciones lista. No, pensándolo bien, no importa la pantalla. Hazlo para que solo pueda transmitir audio.”

Incluso si era capaz de controlar su voz, no podía permitirse el lujo de mostrarse ante sus tropas cuando estaba gravemente herido. No importa qué tipo de retórica exagerada puedas usar, la moral de los soldados disminuiría si vieran a su comandante cubierto de vendas blancas.

Por fin, los miembros sobrevivientes de una fuerza imperial derrotada escucharon la voz del joven vice comandante que salía del canal de comunicaciones. Incluso si no pudiera llamarse una voz poderosa, era clara y lúcida, rica en razón y voluntad, y tuvo el efecto de arrastrar su desesperación unos pasos más hacia la esperanza.

“Nuestra fuerza puede haber sido derrotada, pero el comando central está vivo y bien. Y lo que promete el comando central es devolver a todos y cada uno de ustedes a sus lugares de origen vivos y sanos. Así que mantén tu orgullo, mantén el orden y regresemos a casa de manera ordenada”.

Una fuerza imperial que había contado con dieciséis mil cuando abandonó su hogar se había reducido a una vigésima parte de su tamaño original y se había establecido en una retirada lamentable. Aun así, no se había desmoronado completamente y había podido mantener el orden como una unidad cohesiva. Sin lugar a dudas, ese éxito fue el resultado del comando sensato que Müller llevó a cabo desde su cama.

“¡Las naves cercanas a la muerte!”

En ese informe, el almirante senior Wolfgang Mittermeier dirigió sus ojos a la pantalla principal del puente. Su nave insignia , *Beowulf* , estaba frente incluso a la vanguardia de su flota, una posición que en sí misma subrayaba la valiente reputación de su comandante.

Se llamó a todos los hombres a las estaciones de batalla y se envió una granizada a las naves que se aproximaban.

“Naves no identificadas, se le ordena que se detengan. Si no lo haces, abriremos fuego”.

Siguió un minuto muy ocupado, y luego Mittermeier se enteró de que el grupo de naves que tenían delante era, de hecho, aliados en vuelo. Cuando Mittermeier amplió la imagen de la pantalla, dejó escapar un gemido inconsciente ante la vista lastimosa que mostraba. Su compañero de armas Müller apareció en la pantalla de comunicaciones, envuelto en vendas y acostado en una cama de hospital, y después de haber explicado la situación, los hombros de Gale Wolf se desplomaron, y él suspiró profundamente.

“Entonces, Kempf se ha ido…”

Cerró los ojos por un momento en oración silenciosa por su compañero caído, y de inmediato los abrió de nuevo. El impulso de luchar se estaba extendiendo a través de cada centímetro del cuerpo de Mittermeier.

“Usted puede proceder a la parte trasera e informar al Duque von Lohengramm. Dejemos la venganza de la muerte de Kempf a nosotros”.

Después de cortar las comunicaciones, Mittermeier se volvió hacia sus subordinados. En estatura, este comandante era algo escaso, pero en momentos como estos, sus hombres se sentían abrumados, como en presencia de un gigante.

“Avanza a la máxima velocidad de batalla”, instruyó el Gale Wolf. “Vamos a golpear a la vanguardia de los enemigos que persiguen a Müller. Los tomaremos por sorpresa, los golpearemos con fuerza y luego los despedazaremos. Más que eso, en este momento, no tendría sentido. ¡Bayerlein! ¡Büro! ¡Droisen! Lleven a cabo sus instrucciones asignadas. ¿Lo tengo?”

Sus oficiales de personal respondieron saludando y dispersándose hacia sus departamentos. A continuación, una transmisión saltó a través del vacío al buque insignia de von Reuentahl.

Cuando el ayudante de von Reuentahl, Emil von Reckendorf, transmitió el mensaje de Mittermeier, el joven almirante heterocromático asintió con la cabeza y emitió las mismas órdenes que su colega.

“Así que Kempf se ha ido, ¿verdad?”, También murmuró, aunque su expresión y entonación eran ligeramente diferentes a las de Mittermeier, sonando algo carentes de simpatía. Incluso si existiera una victoria sin causa, creía que no había una derrota sin causa. *Kempf perdió porque merecía perder,* pensó Von Reuentahl. *No tengo tiempo que perder en simpatía.*

La fortaleza de Iserlohn se encontraba en tal estado de celebración y juerga salvaje que parecía como si el Festival de la Fundación de la Alianza hubiera aterrizado en la misma fecha que la Victoria del día de la Memoria de Dagon. El poco champán que tenían estaba descorchado y el personal no combatiente regresó a sus hogares el tiempo suficiente para dejar su equipaje antes de salir corriendo otra vez para ir a saludar a los soldados. Mientras Caselnes y von Schönkopf contemplaban la pantalla principal en la sala de mando central, se turnaron para beber una botella de whisky.

Sin embargo, Yang no podía poner un pie en su propia casa todavía. A pesar de su estricta advertencia de no perseguir al enemigo demasiado lejos, las divisiones de los contraalmirantes Nguyen y Alarcón, que suman un total de más de cinco mil barcos, perseguían al enemigo derrotado en un avance

implacable. Con las comunicaciones aún no completamente restauradas, se aferraban a los talones del enemigo que huía, continuando su rápida carga. Depende de Yang traerlos de vuelta.

Intoxicados por la emoción de una victoria perfecta, Nguyen y los demás aún no sabían que von Reuentahl y Mittermeier se estaban interponiendo en su camino hacia adelante.

CAPÍTULO 09: RESOLVER Y AMBICIÓN

I

LA LUCHA POR EL CONTROL del corredor Iserlohn que se realizó desde abril hasta mayo del SE 798 / IC 489 brindaría a las generaciones futuras muchas lecciones y temas de discusión en lo que respecta a las tácticas militares. Estratégicamente hablando, no se consideraba de gran importancia. Dicho esto, el curso de la historia humana claramente habría cambiado para siempre desde ese punto si el imperio hubiera sido victorioso. Sin embargo, lo más importante fue que este fue el año y esta fue la batalla en la que Julian Mintz hizo su presencia en el escenario de la historia. Desde una perspectiva histórica, entonces, no era una batalla que se pasara por alto después de todo.

El acto final de esa batalla vio a la Armada Imperial recuperar una parte de su honor herido. Las fuerzas comandadas por los contraalmirantes Nguyen y Alarcón, que realizaban una persecución aún menos organizada que la huida de la retirada imperial, fueron llevadas a una trampa de exquisita complejidad y atrevimiento.

“¡Las naves enemigas atacan desde la retaguardia!”

Los sueños de victoria se vieron frustrados al instante por el asombrado informe del operador. Nguyen se levantó de su asiento de mando, sin palabras. Las naves imperiales que acechaban justo en la frontera entre el cenit del corredor y la peligrosa y poco navegable región más allá, se

abalanzaron sobre ellas, bloqueando a las fuerzas de la alianza desde atrás. Estas vasijas fueron la crema de la cosecha imperial, comandada por el propio Wolfgang Mittermeier. Las naves que huían y que Nguyen y Alarcón habían creído que eran enemigos derrotados, de hecho formaron parte de la flota de Mittermeier, retirándose para atraerlos a la trampa.

“Esto es para el almirante Kempf”, dijo Mittermeier. “Mátenlos. No dejen que ninguno escape”.

Mittermeier no estaba dando órdenes sino desatando a sus subordinados sobre ellos. Una vez asegurada la victoria táctica, permitió que la batalla en sí fuera procesada con un dinamismo natural, en lugar de tratar de microgestionarlo.

Al mismo tiempo, la división del vicealmirante Bayerlein también cesó su retirada falsa y giró todos sus cañones hacia los perseguidores incapaces de ejecutar una parada repentina.

Parecía como si las naves de la fuerza de la alianza estuvieran corriendo de cabeza contra una pared de luz.

Las moléculas de alta energía chocaron con las moléculas de superaleación a velocidades relativas justo por debajo de la velocidad de la luz, y medio instante después, el vencedor entre los dos se había decidido. El espacio vacío estaba lleno de naufragios abiertos y los gritos silenciosos de cuerpos desmembrados. Cuando fueron vaporizados, destrozados o despedazados y enviados a través del espacio, las naves de la alianza tejieron un hermoso tapiz de muerte ante estas fuerzas imperiales.

Quienes lo presenciaron se quedaron sin palabras por una loca danza de color deslumbrante y brillantez abrumadora. Era asombrosamente hermoso, pero al mismo tiempo horroroso, más allá de toda descripción. ¿Podría realmente existir tal desconexión entre la belleza y la virtud? ¿Había existido siempre?

Las naves imperiales que atacaban desde la retaguardia continuaron cantando un coro de muerte casi unilateral. En su primer verso, los campos

de neutralización de energía se sobrecargaron y rompieron; en el segundo, se perforó el blindaje compuesto de las naves; y en el tercero, las propias naves explotaron — de esta manera se concluyó este canto fúnebre.

“¡Derríbenlos! Escapen al nadir”, gritó Alarcón. Para evitar el ataque fulminante desde arriba, las naves de la alianza corrieron hacia el nadir del corredor, desesperados por asegurar el tiempo y el espacio necesarios para huir o lanzar un contraataque.

Sin embargo, eso no hizo más que cambiar ligeramente las coordenadas de sus lápidas, porque en esa dirección Oskar von Reuentahl estaba esperando y listo para ellas. Todas sus naves ya habían energizado sus cañones principales y estaban esperando la llegada de sus presas con los colmillos afilados, listos para desgarrar las naves de la alianza con fuego de cañones en el momento en que su comandante lo ordenó. Sus ojos brillaban con espíritu agresivo cuando las naves de la alianza se lanzaban justo enfrente de ellos, casi como si estuvieran rogando ser asesinados.

“¡Cañones principales, tres descargas!”

A la orden de von Reuentahl, se disparó el fuego de cañones sin piedad hacia las naves de guerra de la alianza, que aparecieron como destellos reflejados en sus escáneres. Las hojas de luz los cortaron y aplastaron, destruyendo cosas creadas con un propósito en cientos de millones de fragmentos sin propósito, dispersándolos por el vacío.

Las fuerzas de la alianza habían llegado a la altura del pánico, y su cadena de mando unificada se derrumbó. Se convirtieron en una manada de ganado, estampándose salvajemente mientras intentaban escapar. Las fuerzas imperiales tenían mayor número, tácticas superiores y mejores comandantes. Ejecutaron un patrón que condujo a una victoria segura, redondeando y aplastando a los condenados a morir ese día, quienes nunca tendrían la oportunidad de aprender de los errores que se habían cometido. Dejando atrás los rayos de luz más fugaces que el brillo de una luciérnaga, desaparecieron y desaparecieron.

“¿Son realmente la gente de Yang Wen-li?”, Se dijo Gale Wolf a sí mismo,

sonando, si acaso, asqueado. “Sus fuerzas no se parecían en nada a esto cuando peleamos con él en Amritsar. ¿Podría una fuerza militar realmente debilitarse tan severamente por la ausencia de un comandante destacado?”

En medio de un remolino de estallidos de luz, el Contraalmirante Nguyen Van Thieu desapareció de este mundo junto con su nave. Había sido golpeado por seis rayos de energía simultáneamente.

El contraalmirante Sandle Alarcon vivió más tiempo que Nguyen, pero solo por cinco — o, como máximo — diez minutos. La nave en el que viajaba Alarcón recibió un impacto directo de un misil fotónico y se partió por la mitad; La parte delantera, que incluía el puente, colisionó con un crucero amistoso, y allí explotó.

“¡Se detectó la segunda flota enemiga!”, Gritó un operador en el puente de *Beowulf*. “Muchos de ellos esta vez — ¡más de diez mil!”

En el momento en que se dio ese informe, los sobrevivientes que permanecieron en el campo de batalla consistían casi en su totalidad de vencedores. Mittermeier y von Reuentahl hablaron entre ellos a través de sus pantallas de comunicaciones.

“¿Captaste eso, von Reuentahl?”

“Sí, parece que Yang Wen-li ha salido en persona. ¿Qué debemos hacer? Estoy seguro de que quieres pelear con él”.

“Supongo que sí. Pero no hay nada que ganar en la lucha contra él en este momento”.

Si la marea volviera en su contra, Yang simplemente escaparía a Iserlohn. Además de eso, la línea frontal y la línea de suministro de las fuerzas imperiales estaban casi al límite. Ambos almirantes concluyeron que probablemente deberían salir de allí antes de que llegara la fuerza enemiga principal. Una victoria tan insignificante como esta no compensaría la terrible pérdida de Kempf y Müller, pero nada bueno vendría de ignorar sus circunstancias y ser avaricioso.

Mittermeier suavemente chasqueó la lengua con disgusto. “Planearon una campaña de conquista a miles de años luz de distancia y enviaron no solo una gran flota sino también toda una fortaleza. A pesar de eso, no ha habido más que fracasos, y el único que ha acabado con su reputación es Yang Wen-li. Al menos se acabó”.

“Bueno, no podemos esperar cien victorias de cien batallas — así es como lo expresó el Duque von Lohengramm. Pero tarde o temprano, tú y yo tendremos la cabeza de Yang Wen-li”.

“Müller también lo quiere”.

“¿Oh? Entonces parece que la competencia va a ser feroz”.

Después de intercambiar sonrisas indomables, los dos jóvenes almirantes se despidieron y comenzaron los preparativos para la retirada. Organizaron sus naves en grupos de mil, y cuando cada grupo se retiró, el siguiente grupo protegería su retaguardia. Fue una retirada ordenada. Mittermeier se hizo cargo de la vanguardia y puso a todas las naves que partían en línea, y von Reuentahl se colocó en la retaguardia, posicionándose para un contraataque en caso de que fuerzas de la alianza atacaran desde atrás. La retirada fue ejecutada a la perfección.

Así fue que cuando Yang Wen-li, junto con Merkatz y los demás, llegaron a bordo del acorazado *Hyperion* , todo lo que descubrieron fueron restos de barcos aliados y motas de luz agrupadas en la distancia. Yang, naturalmente, no ordenó la búsqueda, sino que dio instrucciones para comenzar las operaciones de rescate y luego regresar a Iserlohn después.

“¿Ves esto, Julian?” Mirando al joven de cabello rubio, Yang habló con una voz que sonaba como un suspiro. “Así es como los grandes almirantes pelean sus batallas. Vienen con un objetivo claro, y una vez que lo logran, no se quedan. Así es como se hace.”

Nguyen y Alarcón habían carecido de esa calidad. No es que este sea el momento o el lugar para que Yang lo diga en voz alta.

Se preguntaba cómo le estaba yendo ahora a la gran cantidad de talento de los militares imperiales — o más bien a los militares de Reinhard — Si Siegfried Kircheis, ese brillante joven almirante pelirrojo, hubiera estado vivo, las posibilidades de victoria de Yang habrían sido minúsculas. No es que se estuviera quejando, claro está.

“Teniente Greenhill, transmita órdenes a todas las naves: regresen a la base”.

“Sí, Excelencia”.

“Oh, y Julian, ha pasado bastante tiempo desde que tomé algo de tu té. ¿Podrías hacerme un poco?”

“Por supuesto, Su Excelencia”. El joven salió corriendo.

“Julian es algo bastante enigmático”, le dijo Merkatz a Yang en un tono amable y sincero. Le contó al guardián poco confiable del niño cómo Julian había visto las tácticas militares del imperial.

“Así que eso era Julian”.

Yang se quitó la boina de su uniforme y se rascó el pelo negro. Su cabello rebelde se había vuelto un poco largo. Durante la investigación, Yang había sido objeto de un sarcasmo de bajo nivel — la gente le decía que su peinado no era muy militar o que sugería que se cortara la tripulación.

“Tal vez ya hayas escuchado esto”, dijo Yang, “pero no quiero que ese chico se aliste. Para ser honesto, quiero que renuncie a la idea, incluso si tengo que ordenarlo”.

“Eso no es exactamente democrático”, dijo Merkatz. Mientras intentaba ser gracioso, Yang se rió por cortesía, pero para ser sincero, esa burla realmente había golpeado a Yang donde le dolía. Todo tipo de señales parecían apuntar hacia un día en el que Yang no tendría más remedio que aceptar el curso que Julián elegiría.

II

La noche había caído sobre la ciudad capital del planeta Phezzan. Por naturaleza, se suponía que este era un momento de descanso que acompañaba al miedo de los hombres a la oscuridad, pero los residentes de Phezzan no eran primitivos de mente simple — incluso de noche, continuaban sus actividades enérgicas.

La finca de Landesherr Rubinsky también se mantuvo iluminada hasta altas horas de la noche, con todo tipo de personas entrando y saliendo, lo que demuestra que era uno de los centros alrededor de los cuales giraba la sociedad humana. Rubinsky no fue adorado como un dios ni adorado como un ángel, pero fue respetado como un político hábil.

Esa noche encontró a su ayudante, Rupert Kesselring, en el estudio de Rubinsky. Estaba informando sobre un cambio que finalmente había ocurrido en las fortalezas relativas de las tres grandes potencias, después de que más de un siglo de esas cifras permanecieran sin cambios.

“Tendré las cifras exactas para usted mañana, pero para un cálculo aproximado…; Déjame ver…; Puse el imperio a los cuarenta y ocho, la alianza a los treinta y tres, y nuestro amado Phezzan en los diecinueve”.

Con el poder de la aristocracia noble casi totalmente purgado del imperio, y con los plebeyos talentosos y los aristócratas de bajo rango siendo reclutados activamente, la fuerza laboral del imperio estaba siendo rejuvenecida, y el malestar que había colgado sobre esa nación estaba comenzando a disiparse. Además, la redistribución de la riqueza que los aristócratas habían monopolizado estaba estimulando la economía, acompañada de un aumento en la inversión. Por otro lado, los antiguos aristócratas estaban siendo empujados hacia la pobreza. Sin embargo, dado que una mayoría abrumadora de la gente se beneficiaba de los cambios, esto

no se consideraba un problema en la sociedad imperial. Simplemente significaba que los antiguos aristócratas que no tenían medios para mantenerse a sí mismos estaban en vías de extinción.

Mientras tanto, la caída en el poder nacional de la alianza presentó un espectáculo tan espantoso que la gente sintió que se tapaba los ojos. Los factores principales fueron la gran derrota en Amritsar hace dos años y la guerra civil del año pasado. En menos de dos años, su poder militar se había desplomado a un tercio de lo que había sido, y peor aún era el marcado debilitamiento de los sistemas de apoyo de su sociedad. En todos los campos, los accidentes aumentaron y la confianza de los ciudadanos disminuyó.

Además, hubo una contracción de los bienes de consumo. Con la trifecta de la disminución de la producción, el empeoramiento de la calidad y el aumento de los precios, el FPA estaba cayendo cuesta abajo hacia la ruina.

“Si no fuera por esa pérdida en Amritsar”, dijo Kesselring, “el poder nacional de la alianza no habría caído tan lejos. Debería haber sido una ofensiva de paz que lanzaron cuando ocuparon Iserlohn. Si lo hubieran hecho, podrían haber enfrentado a las viejas fuerzas del imperio contra las nuevas y ganar algunas concesiones diplomáticas favorables. En cambio, se embarcaron en una aventura militar que no tenían ninguna esperanza de ganar, cuyo resultado es el lío en el que están ahora. La idiotez de esas personas es positivamente criminal”.

Además, su continua oposición al imperio hacía imposible reducir el gasto militar, lo que significaba que tampoco podían reducir su capacidad militar. Esa fue la raíz de su actual angustia económica. Incluso en medio de estas dificultades, más del 30 por ciento del PNB de la alianza tuvo que ser gastado en el ejército.

Se sostuvo que durante el tiempo de paz, no más del 18 por ciento del PNB de un país debería destinarse a gastos militares. ¿Y en tiempos de guerra? En el caso de una nación en guerra al borde de la derrota, ese número a veces podría exceder 100 por ciento. Esto se debía a que todos sus ahorros se habían consumido. El consumo había excedido la producción, por lo que

el único destino para la economía era la muerte por anemia.

“Ciertamente queremos que la alianza se mantenga en el rumbo”, continuó Kesselring. “Una vez que hayan llevado a la quiebra a su economía, Phezzan podrá asumir el control por completo allí. Y una vez que hayamos hecho que el imperio reconozca nuestros derechos e intereses allí, toda la galaxia se unificará bajo nuestro gobierno de facto”.

Sin dar respuesta al apasionado discurso de su joven ayudante, Rubinsky repasó los materiales de su informe y finalmente dijo: “En cualquier caso, encuentre peones, muchos peones. Porque los que prueban que son útiles pueden mantenerse cerca.”

“Ciertamente tengo la intención de hacerlo. He hecho lo que puedo mover. No hay nada de qué preocuparse. Incidentalmente, ¿qué se debe hacer con el Técnico Almirante von Schaft de la Armada Imperial?”

“¿De hecho? Déjame escuchar tus pensamientos”.

Cuando la pregunta volvió a él, la respuesta del joven ayudante fue la claridad en sí misma:

“No creo que haya más utilidad para él. Sus demandas sobre nosotros solo siguen creciendo, también, así que creo que es hora de que lo liberemos”.

Kesselring cerró la boca por un momento, pero al observar la expresión de Landesherr, se animó y agregó esto:

“En realidad, ya hay preparativos para que los funcionarios del Ministerio de Justicia Imperial reciban ciertos documentos a través de los” procesos naturales “, que puedo poner en marcha cuando recibo la aprobación de Su Excelencia. ¿Debo?”

“Muy bien, hazlo ahora. Si no tiras la basura de inmediato, terminará obstruyendo las tuberías”.

“Me encargaré de ello de inmediato”.

Ni el emisor ni el receptor de esa orden parecieron ver a von Schaft como un ser humano en absoluto. Su insensibilidad hacia un hombre que había perdido su valor para ellos era realmente bastante notable.

“Y con eso, el asunto está cerrado”, dijo Rubinsky. “Por cierto, ¿no es mañana el aniversario del fallecimiento de tu madre? Tómate el día libre si quieres.”

Las palabras del Landesherr llegaron bruscamente, y su joven ayudante sonrió con una esquina de su boca. No era lo que él pretendía; Aparentemente era solo un tic suyo.

“¡Bien!”, Dijo, “Qué inesperado placer aprender. Su Excelencia se interesa en mis asuntos privados”.

“Por supuesto que sí…; considerando que eres mi propia carne y sangre”.

La parte superior del cuerpo de Kesselring se sacudió ligeramente ante eso. Después de un momento, él dijo: “¿Así que lo sabías, entonces?”

“Debes pensar que la traté terriblemente”.

Landesherr y su ayudante — el padre y su hijo, se miraron el uno al otro.

Las expresiones en sus dos caras eran demasiado secas para llamar afecto de padre e hijo.

“¿Te molestó?”

“Sí, siempre lo hizo…”

“Entonces mamá estará feliz de escuchar eso también en la otra vida. Te lo agradeceré en su nombre. En realidad, sin embargo, nunca hubo nada de lo que debas preocuparte. Tenías que elegir entre la hija de una casa empobrecida que no sabía de dónde venía su próxima comida y la hija de un magnate que controlaba varios por ciento de la riqueza de la galaxia. Yo

hubiera hecho lo mismo…; Sí; Habría hecho la misma elección que Su Excelencia”.

Una mirada distante apareció en los ojos del hijo de Rubinsky, pero solo duró un par de segundos.

“Entonces, ¿fue por tu afecto paterno que pude obtener este importante puesto como tu ayudante, aunque no soy más que un novato recién llegado de la escuela de posgrado?”

“¿Es eso lo que piensas?”

“Es lo que no quiero pensar. Ya que tengo un poco de confianza en mis propias habilidades, me gustaría creer que eso era lo que buscabas”.

Con ojos que habían perdido toda expresión, Rubinsky miró a su hijo haciendo esa afirmación segura.

“Pareces ser mucho como yo por dentro. Sin embargo, por fuera te pareces a tu madre.”

“Muchas gracias.”

“El jefe de estado no es una posición hereditaria en Phezzan. Si quieres ser mi sucesor, no es una línea de sangre — lo que necesitas, es la capacidad y la confianza de la gente. Tendrá que tomarte tu tiempo y cultivar ambos”.

“Lo recordare. Siempre.”

Rupert Kesselring se inclinó, pero su propósito pudo haber sido esconder su rostro de la línea de visión de su padre. Sin embargo, esa acción al mismo tiempo le impidió ver la expresión de la cara de su padre.

En la actualidad, Rupert Kesselring salió de la presencia de su padre, Landesherr.

“Habilidad y confianza, ¿eh? Hmph”.

El hijo de Rubinsky miró las luces de la finca de su padre y murmuró una de las más irrespetuosas declaraciones: “Has cometido cada indignación que uno podría pensar al adquirir esas cualidades, ¿verdad, Su Excelencia? Y me dices que me tome mi tiempo, aunque tú nunca lo hiciste. No muy consistente. Nunca olvides que soy tu hijo.”

Rubinsky vio salir a su hijo por medio de una pantalla de monitor, que lo mostraba subiendo a su automóvil y acelerando en la distancia. Sin llamar a la doncella, se sirvió un vaso lleno de ginebra seca y jugo de tomate — un cóctel llamado Bloody Catherine.

“Rupert se parece mucho a mí…”

En otras palabras, tenía la ambición y el espíritu de sobra y también creía que los fines justificaban los medios. Pensaría con calma, haría sus cálculos y tomaría la ruta más corta hacia su meta. Si eso significaba eliminar ciertos obstáculos en su camino, lo haría sin ninguna duda.

En lugar de permitir que un individuo tan peligroso operara libremente lejos, era mejor tenerlo cerca, donde pudiera vigilarlo. Esa fue la razón por la que Rubinsky lo había designado como su ayudante.

Quizás los talentos de Rupert superaron los de su padre. Aún así, el talento en bruto no podría compensar fácilmente la diferencia de más de veinte años en la experiencia entre ellos. Para llenar ese vacío, Rupert tendría que gastar enormes cantidades de esfuerzo. Lo que obtendría a cambio de eso era algo que nadie sabía aún.

III

Protegida en ambos extremos por los almirantes Von Reuentahl y Mittermeier, la flota enviada al Corredor Iserlohn regresó a Odín, habiendo

sido reducida en la lucha por unos escasos setecientos barcos. El comandante en jefe Kempf se había perdido; la fortaleza móvil de Gaiesburg se había perdido; se habían perdido más de quince mil naves y 1,8 millones de personas — lo que supuso un lamentable regreso a casa.

Mientras que el viejo ejército imperial era otro asunto, Reinhard y sus subordinados nunca antes habían sufrido una derrota tan parcial. Incluso el fracaso de Wittenfeld en Amritsar había sido solo una pequeña mancha en una victoria por lo demás perfecta. Con tácticas impecables, Mittermeier y von Reuentahl habían lanzado un poderoso contraataque a los enemigos que habían venido persiguiendo a sus aliados derrotados, pero no habían podido salvar la operación en su totalidad
.
Muchos predijeron que el orgullo herido del Duque von Lohengramm se convertiría en un rayo y caería rápidamente sobre el jefe del Vice Comandante Neidhart Müller cuando regresara a escondidas con vida.

Así fue como Müller, con la cabeza todavía envuelta en vendajes teñidos de sangre, se presentó en el Almirantazgo de Lohengramm y se disculpó en una rodilla ante Reinhard por sus transgresiones:

"Aunque cargado con órdenes de la propia mano de Su Excelencia, no estaba bajo el poder de su humilde oficial para cumplir con sus deberes, e incapaz como yo de salvar incluso a nuestro comandante, el Almirante Kempf, muchos soldados se perdieron y nuestros enemigos se justificaron su jactancia. Estas transgresiones son dignas de muerte mil veces, y es solo con la mayor vergüenza que he vuelto aquí vivo, que pueda informar de estos asuntos a Su Excelencia y esperar su juicio. Como la culpa de esta pérdida recae completamente en este humilde oficial, le pido que trate con indulgencia a mis hombres—"

Inclinó la cabeza hacia abajo, y un borde escarlata apareció desde el borde inferior de su vendaje, corriendo por el costado de su mejilla.

Durante un tiempo, Reinhard miró al almirante derrotado con una mirada helada. Por fin, abrió la boca y habló, delante de los vasallos que atendían la respiración en suspenso.

“La culpa no es tuya. Si puedes redimir tu pérdida con una victoria, eso será suficiente. Buen trabajo en una campaña lejana”.

“Excelencia…”

“Ya he perdido al almirante Kempf. No puedo permitirme perderte también. Descansa hasta que tus heridas se curen. Después de eso, ordenaré que regreses al servicio activo”.

Aún sobre una rodilla, Müller bajó aún más la cabeza, luego, inesperadamente, cayó hacia adelante y se quedó inmóvil en el suelo. Durante mucho tiempo, había soportado silenciosamente la angustia y el estrés de la mente y el cuerpo, y en el instante de su liberación perdió la conciencia.

“Llévalo al hospital. Y luego promueva a Kempf. Hazle un almirante de alto rango.”

Por orden de Reinhard, el capitán Günter Kissling, el nuevo capitán de su guardia personal, hizo una señal a sus hombres y llevó a Müller para que lo trataran. Los presentes dieron un suspiro de alivio y se alegraron al ver que su joven señor era un hombre de tal generosidad.

Pero, de hecho, Reinhard había estado realmente furioso cuando se enteró de esa miserable derrota. Habría sido una cosa si la marea se hubiera vuelto contra ellos y se hubieran visto obligados a retirarse, pero nunca había soñado que perderían el 90 por ciento de toda esa fuerza. Cuando escuchó esa noticia, arrojó su copa de vino al suelo y se encerró en su estudio. Tenía la intención de caer duro sobre Müller. Pero luego se miró en el espejo y vio el colgante en su pecho, y recordó al difunto Siegfried Kircheis. No cabía duda de que Kircheis, quien en la batalla de Amritsar le había pedido que perdonara los errores de Wittenfeld, le habría pedido a Reinhard que también perdonara a Müller.

“Tienes razón”, había dicho. “Un hombre como Müller no es fácil de conseguir. No seré tan tonto como para que lo maten en una batalla

infructuosa. ¿Eres feliz ahora, Kircheis?”
Así Reinhard mostró misericordia hacia Müller, pero hacia el almirante de tecnología von Schaft, su actitud era completamente diferente.

“Si tienes algo que decir por ti mismo, vamos a escucharlo”, dijo después de convocarlo. Desde el principio, asumió una actitud de condena. Rebosante de confianza, sin embargo, von Schaft respondió:

“Si puedo decirlo, Excelencia, no hubo nada malo con mi propuesta. Seguramente, la responsabilidad del fracaso de la operación recae en los encargados de su liderazgo y mando”.

¿Y ni siquiera fue perdonado Müller? estaba casi diciendo.

El apuesto primer ministro imperial se volvió hacia él con una risa baja y fría.

“No agites tu lengua sobre las irrelevancias. ¿Quién dijo que estás siendo llamado a rendir cuentas por la derrota? ¡Kessler! Ven aquí y muéstrale a este tonto los cargos.”

Con un sonido de pies botados, uno de los oficiales dio un paso adelante.

El almirante Ulrich Kessler, a quien Reinhard había hecho comisario de la policía militar y comandante de las defensas de la capital ese año, volvió su rostro agudamente anguloso hacia el comisionado de ciencia y tecnología y, tomando una postura severa hacia el hombre desconcertado, dijo estas palabras:

“El almirante técnico Anton Hilmer von Schaft, lo arresto a usted por cargos de aceptación de sobornos, malversación de fondos públicos, evasión de impuestos, extraordinario abuso de confianza y divulgación de secretos militares”.

Seis parlamentarios fuertes ya habían formado un amenazante muro de uniformes alrededor de von Schaft.

La cara del comisionado de ciencia y tecnología cambió de color hasta que fue como barro mezclado con ceniza volcánica. Esa mirada claramente no fue impactante por ser falsamente acusado; era el tipo de mirada causada por hechos ocultos que de pronto se abrieron de golpe.

"Sobre qué evidencia…", comenzó a decir, pero ese era el límite de su farol. Cuando los parlamentarios tomaron sus brazos a la derecha e izquierda, se retorció, gritando de manera ininteligible.

"¡Llévatelo!" Ordenó Kessler. "¡Por qué, inmundo —!"

Escuchando mientras sus gritos se desvanecían en la distancia, Reinhard escupió con disgusto. En sus ojos azul hielo no flotaba una pizca de simpatía. Justo cuando el almirante Kessler estaba a punto de irse, lo detuvo y le ordenó:

"Aumenten la vigilancia de la oficina del comisionado de Phezzan. Y no me importa si se dan cuenta. Eso en sí mismo debería ayudar a mantenerlos bajo control".

No fue difícil para Reinhard suponer que Phezzan estaba liberando a von Schaft como un peón que había perdido su valor. Para Reinhard, esto brindó una oportunidad perfecta para reemplazar la vieja sangre cansada en la Comisión de Ciencia y Tecnología. Sin embargo, eso no significaba que simplemente pudiera pasar por alto los movimientos de Phezzan. ¿Por qué ya no necesitaban a Von Schaft? ¿Porque Phezzan había logrado su objetivo designado? ¿O porque alguna otra ruta se había abierto? En cualquiera de los dos casos, ellos ganaron algo o de lo contrario no estarían tirando su basura.

"¿En qué están metidos los ladrones de dinero de Phezzanese?"

No estaba preocupado, exactamente, pero tenía sospechas de que no podía borrar. No era una sensación agradable saber que se había permitido que un plan o esquema de Phezzanese tuviera éxito tan fácilmente.

IV

El deber de visitar la casa del almirante senior Karl Gustav Kempf para informar a su familia de su fallecimiento recayó en el almirante Ernest Mecklinger, subgerente del Cuartel General del Comando Supremo de las Fuerzas Armadas Imperiales. Mecklinger, también artista, se armó de valor y emprendió su tarea, pero al ver a la viuda de Kempf, quien, incapaz de contenerse, rompió a llorar, su hija mayor de ocho años hizo todo lo posible por consolarla — él involuntariamente se estremeció de ellos en su corazón.

“¡Mami, mami, no llores! ¡Me vengaré por papá! Mataré a esa persona Yang por ti. ¡Lo prometo!”

“¡Lo mataré!”, Exclamó su hermano de cinco años, sin entender realmente lo que estaba diciendo.

Incapaz de soportar estar allí un momento más, Mecklinger se despidió de la familia Kempf. Kempf sería ascendido a almirante senior, enterrado con un funeral militar y se le entregarían varias medallas. La familia que dejó atrás nunca querría para las necesidades diarias de la vida. Aún así, sin importar qué honores y recompensas se otorgaran, ciertamente hubo algunas cosas que nunca podrían compensar.

Hildegard von Mariendorf comprendió que el corazón de Reinhard tenía un espacio vacío que no se llenaba fácilmente. Y, aunque podría ser difícil hacerlo, a Hilda le preocupaba que el hecho de no llenar ese vacío pudiera arruinar el carácter de Reinhard.

Un día, durante el almuerzo, el joven mariscal imperial de pelo dorado dijo: “Ya sea que roben o construyan, es la primera persona que merece ser alabada. Esa es la forma natural de las cosas”.

Hilda estuvo totalmente de acuerdo en ese punto, así que asintió con

seriedad.

“Pero, ¿qué derechos se pueden reclamar”, continuó Reinhard, “por parte de aquellos que simplemente heredan el poder, la riqueza y el honor sin ninguna capacidad o esfuerzo propio? El único camino para *sus* semejantes es pedir misericordia a los que son capaces. No tienen más remedio que desaparecer silenciosamente en las olas de la historia. La noción misma de dinastías basadas en líneas de sangre me ofende. La autoridad debe ser de una sola generación. No es una cosa para ser entregada — es una cosa para ser robada”.

“Por lo que Su Excelencia significa que su propia posición y autoridad no se dejarán a su descendencia, ¿correcto?”

El joven primer ministro imperial miró a Hilda; parecía sorprendido, como si alguien hubiera gritado justo detrás de él. Sin duda, el pensamiento de sí mismo como padre había estado más allá del pensamiento del joven. Apartó los ojos de Hilda y pareció estar pensando en algo. Luego dijo: “Mi heredero será alguien cuyas habilidades sean iguales a las mías, o mayores. Además, la sucesión no necesariamente tendrá lugar después de que yo haya muerto”.

Cuando pronunció esas palabras, el más leve indicio de una sonrisa apareció en el hermoso rostro de Reinhard, y luego se desvaneció rápidamente. Hilda lo vio, y le recordó a polvo de diamante, brillando mientras bailaba en el aire helado. Tan hermoso como brillante, era al mismo tiempo triste y frío — una niebla hecha de diminutos cristales de hielo.

“Si alguien piensa que puede apuñalarme por detrás y ganar todo lo que es mío, entonces le doy la bienvenida para que lo intente. Dicho esto, me aseguraré de que esas personas piensen detenidamente lo que sucederá si fracasan sus intentos”.

Aunque habló en cadencias casi musicales, algo en las palabras de Reinhard envió un escalofrío a Hilda. Después de que terminó de hablar, Reinhard apuró su vaso de rosado. Desde la pérdida de su amigo pelirrojo, la ingesta

de licor de Reinhard había mostrado un marcado aumento.

Hilda permaneció en silencio. Ella sintió como si su máscara de porcelana se hubiera roto, y ella hubiera vislumbrado la soledad escondida debajo. Siegfried Kircheis, la presencia en su vida que mejor podría llamarse su segundo yo, se había ido, y su hermana mayor, Annerose, lo había abandonado. Aquellos con quienes Reinhard había compartido los años y su corazón se habían ido. Tenía subordinados leales y capaces, pero por alguna razón mantuvo su corazón cerca de ellos. Incluso hubo uno de los que se quedó de pie y consideró que esto era algo bueno: Paul von Oberstein.

Lo que von Oberstein requería era alguien que pudiera ejecutar sus tramas y engaños con la habilidad de la maquinaria de precisión y no dejarse llevar por la emoción. En términos extremos, Reinhard era solo un medio para un fin para von Oberstein. Sin duda, observaría con satisfacción cómo su "herramienta" conquistó la galaxia, unificó a la humanidad y llegó a la cima de todo el poder y la gloria. Esa satisfacción probablemente no fue diferente de la de un artista al completar un trabajo realizado con una técnica perfecta. Con los trazos de un pincel incomparable llamado Reinhard von Lohengramm, el artista Paul von Oberstein completaría su gran pintura histórica en un lienzo tejido de tiempo y espacio.

En el camino a casa ese día, Hilda continuó examinando los pensamientos que había tenido durante el almuerzo, trazando sus trayectorias y siguiéndolos hacia donde se dirigían.

En lo que respecta a von Oberstein, los sentimientos que Reinhard tenía hacia su hermana Annerose y el difunto Siegfried Kircheis probablemente eran emociones que debían ser evitadas. Para sus ojos artificiales, anunciaban una debilidad y fragilidad impropia de un conquistador.

"Un gobernante debe ser un objeto de temor y admiración para sus súbditos. Lo que no debería ser es un objeto de afecto…"

Hilda había aprendido en sus estudios universitarios de dos pensadores

antiguos que habían hecho esa afirmación. Sus nombres, si ella recordaba correctamente, eran Han Feizi y Maquiavelo. ¿Deseaba von Oberstein convertirse en el fiel practicante de sus ideas, aunque separado de ellas por varios miles de años de espacio y tiempo? Lo más probable es que él fuera la partera del nacimiento de un conquistador como ningún otro que la galaxia había visto. Y, sin embargo, al mismo tiempo, también puede destruir los sentimientos de un joven que una vez fue muy sensible. Si el nacimiento de este nuevo conquistador terminara siendo nada más que el renacimiento de Rudolf el Grande en una escala magnificada, eso sería un desastre no solo para Reinhard personalmente, sino también para toda la humanidad y toda la historia.

Hilda sintió la punzada de un leve dolor de cabeza y un repentino estremecimiento, provocada por la idea de que ella misma podría acabar convirtiéndose en un enemigo de Von Oberstein.

Sin embargo, si es una pelea que no se puede evitar, pelearé y tendré que ganarla, pensó Hilda, *confirmando su propia resolución para sí misma. Reinhard no debe convertirse en "Rudolf II". Reinhard necesita ser Reinhard. Es tan importante para todos nosotros que siga siendo Reinhard — ¡con todas sus fallas y sus debilidades!*

Más tarde, cuando Hilda estaba de vuelta en casa, notó su propia tez ligeramente enrojecida reflejada en un espejo con marco de roble a la antigua.

"Resolver es algo bueno de tener, Hildegard von Mariendorf", dijo, dirigiendo una pregunta solemne hacia el reflejo de sus ojos azul verdosos que brillaban con tanta vitalidad e intelecto, "pero ¿cuáles son tus posibilidades de ganar? Si las personas pueden ganar solo por resolverlo, nadie tendría que trabajar tan duro como ellos. Sé lo que debo hacer — debo ir a visitar a su hermana, la condesa von Grünewald. Ah, aun así, no habría necesidad de que alguien como yo metiera mi nariz en esto si el Almirante Kircheis todavía estuviera vivo".

Los suaves dedos de Hilda apartaron su corto cabello rubio oscuro. No podía devolver a los muertos del palacio de Hades, pero aun así, tenía que

preguntarse: ¿cuántas personas, tanto ahora como en los tiempos por venir, serían movidas a murmurar esas mismas palabras debido a ese joven pelirrojo que había muerto tan joven?

“¡Si tan sólo Kircheis estuviera vivo!”

El barón Heinrich von Kümmel, primo de Hildegard von Mariendorf, descansaba su enfermiza figura en una lujosa cama con dosel. Llevaba algo de temperatura durante un tiempo, y su sudoración había sido lo suficientemente grave como para requerir más de diez cambios de sábanas solo en ese día. La sirvienta sentada junto a su cama estaba leyendo en voz alta un libro de poesía para consolar a su joven maestro.

“Si mi corazón tiene alas o no…; Me deslizo de la palma de la gravedad…; como si saltara a través del cielo ilimitado…; Al mundo natal lo dejé, verde en los viejos tiempos…; aunque ahora su canto de los pájaros es silen —”

“¡Suficiente! Déjame.”

Así ordenada en esa feroz pero impotente voz, la criada obedientemente cerró la colección de poesía, hizo una reverencia apresurada y abandonó la habitación. Heinrich miró a la puerta con furia, hirviendo con un odio frustrado hacia todos los que gozaban de buena salud — y tuvo que calmar su respiración después de la agotadora tensión de eso solo.

Por un tiempo, los ojos vidriosos y febriles de Heinrich se volvieron hacia el espejo en la pared. Había un enrojecimiento enfermizo en sus mejillas, y gotas de sudor trazaban líneas desde su garganta hacia su pecho.

No estaré aquí mucho más tiempo, pensó el muy joven jefe de la Casa von Kümmel. *Es más de una maravilla que haya vivido estos dieciocho años.* Cuando era niño, cada anochecer había traído consigo el terror de que no pudiera vivir para ver la luz del amanecer.

En estos días, sin embargo, no se sentía tan asustado de la muerte en sí

misma. Lo que le asustó fue la idea de él desaparecer gradualmente de los recuerdos de las personas después de que se fue. Los sirvientes aquí en esta propiedad, sus parientes — incluso Hilda, esa hermosa e inteligente prima suya — después de que se haya ido por un año, ¿alguno de ellos aún recordaría a ese joven frágil llamado Heinrich?

¿Y cuál había sido el punto en su vida tanto tiempo, de todos modos? ¿Estaba él solo aquí para comer sus comidas y lavarse la cara con la ayuda de sus sirvientes? ¿Para pagar a sus médicos los honorarios por sus tratamientos? ¿Llegar al final de su corta vida mirando hacia el dosel sobre su cama? ¿Era simplemente su suerte desaparecer sin sentido, sin dejar nada de su propia creación en este mundo, ni ninguna prueba de que alguna vez hubiera vivido? Había escuchado historias de otro joven de dieciocho años como él mismo que se había convertido en un almirante a esa edad, que había sido nombrado mariscal imperial a los veinte años, había obtenido el asiento de primer ministro imperial a los veintidós años, y quién incluso ahora continuaba avanzando hacia un futuro ilimitado — entonces, ¿por qué tenía que morir con un destino cruel e injusto?

Heinrich presionó una delgada y pálida mejilla contra su almohada humedecida por el sudor. Él no moriría así. Él no podía morir así. No podía morir en paz hasta que hubiera hecho *algo* — dejar algún tipo de marca en la historia como prueba de que había vivido.

En la tarde del día del funeral militar del almirante Kempf, Wolfgang Mittermeier tomó un solo vaso de vino blanco y fue a visitar a su colega Oskar von Reuentahl a la residencia oficial donde vivía solo. Von Reuentahl parecía tener algo en mente, pero lo recibió con gusto en su sala de estar y le dio otro vaso. Mittermeier había estado planeando charlar un poco entre tragos o algo, pero su anfitrión, curiosamente, parecía estar ebrio y soltó algo realmente sorprendente.

“Escúchame, Mittermeier. Solía pensar que teníamos objetivos comunes: derribar a los aristócratas, destruir la Alianza de Planetas Libres, conquistar todo el universo. Solía pensar que compartíamos eso con el Duque von

Lohengramm. Pero ahora…;”

“¿Quieres decir que no?”

“Últimamente, he estado pensando, tal vez los subordinados no son más que herramientas convenientes y desechables para ese hombre. Aparte de Siegfried Kircheis, por supuesto. Pero aparte de él, ¿alguien del almirantazgo significa algo para el duque? Mira a Kempf. Ahora, no es como si sintiera simpatía por él, pero mira lo que sucedió — el hombre fue literalmente usado y desechado en una batalla sin sentido”.

“Pero aún así, el duque lamentó la muerte de Kempf y lo hizo ascender a almirante senior a pesar de su pérdida. ¿Y no recibirá su familia una pensión para atender sus necesidades? ”

“Eso es lo que me molesta. Piénsalo de esta manera: Kempf está muerto, entonces el duque llora algunas lágrimas, otorga algunos honores, y eso es todo. Pero lo que necesita hacer es otorgar algo más tangible — autoridad, tal vez, o riqueza — a los vivos. Pero tengo mis dudas sobre si ese hombre es capaz de hacerlo”.

Mittermeier, con su cara ahora cálida por el licor, negó con la cabeza una vez y luego respondió: “Espera un momento. El otoño pasado, cuando Kircheis murió y el duque se aisló del mundo, ¿no fuiste tú quien dijo que absolutamente iba a volver a ponerlo de pie? ¿No hablabas en serio?”

“Quise decir cada palabra. En ese momento”. Los ojos heterocromáticos de Von Reuentahl brillaron, ambos con su propia luz única. “Pero no es como si hubiera hecho una larga serie de llamadas correctas y elecciones correctas todos los días desde que nací. Y si bien no es el caso en este momento, puede que llegue el día en que lamento esa decisión de ayudarlo”.

Cuando von Reuentahl dejó de hablar, una jaula invisible de pesado silencio se cerró alrededor de los dos jóvenes almirantes.

“Voy a fingir que nunca escuché esto”, dijo Mittermeier por fin. “No deberías ser tan descuidado con lo que dices. Si alguien como Von

Oberstein se entera de lo que acabas de decir, incluso podrías ser blanco de una purga. El Duque von Lohengramm es el héroe de nuestros tiempos. Es suficiente para nosotros actuar como sus brazos y piernas, y ser recompensados en consecuencia. Eso es lo que pienso.”

Por fin, su amigo se fue, y Von Reuentahl se sentó solo en su sofá y murmuró: “Hmph. No puedo creer que lo hice otra vez”.

Una luz amarga resguardada en sus ojos no coincidentes. Justo como cuando había hablado de su madre antes, von Reuentahl había bebido demasiado y le había dicho a Mittermeier demasiado. Y esta vez, se había ido y había exagerado sus pensamientos de que no era necesariamente tan apasionado. Desde el año pasado, cuando Reinhard le había dicho que lo desafiara en cualquier momento si tenía confianza, esos pensamientos habían estado precipitándose en el fondo de su corazón, como el cieno en el lecho de un río.

Von Reuentahl volvió sus ojos azules y negros hacia la ventana. El crepúsculo fue cayendo lentamente, suavemente. En breve, un toldo de zafiro oscuro salpicado de granos de oro se extendería sobre las cabezas de todos.

¿Para coger el universo en mis manos…?

Dijo las palabras en su mente, probándolas. Desde el punto de vista del nivel actual de habilidad y logros de la humanidad, era una cosa terriblemente grandiosa que decir, pero había algo extraño en esas palabras que hicieron que su corazón se acelerara.

Había escuchado que Reinhard von Lohengramm — su joven señor y maestro — le había planteado una vez esta pregunta a Siegfried Kircheis: “¿Crees que para Rudolf el Grande es imposible para mí?” Si fuera a amplificar eso — ¿Oskar von Reuentahl, tiene las mismas calificaciones? ¿No podía esperar lo mismo que esperaba el duque von Lohengramm? Todavía tenía treinta y un años. Tenía el rango de almirante superior en la Armada Imperial Galáctica. El rango de mariscal imperial estaba a su alcance. Estaba más cerca del asiento del poder máximo que Rudolf el

Grande cuando tenía treinta y un años.

En cualquier caso, había sido una cosa extremadamente inquietante que había dicho. Mittermeier no se lo repetiría a los demás bajo ninguna circunstancia, pero quizás era necesario que supiera que era una broma mañana.

Mientras tanto, en su camino a casa, Mittermeier sintió que había bebido un café excesivamente ácido. Incapaz de borrar el recuerdo, estaba tratando de decirse a sí mismo que esas palabras habían sido solo el licor hablando y no Von Reuentahl. Aún así, no podía engañarse a sí mismo.

¿Una nueva era simplemente significa una era que trajo nuevos conflictos? ¡Incluso si lo hiciera, pensar que, de todas las personas, su buen amigo von Reuentahl había estado cargando tanta insatisfacción y desconfianza hacia su señor! Si bien eso por sí solo probablemente no conduciría directamente a ninguna catástrofe, debería abstenerse de hacer cualquier cosa que le haga notar a alguien como Von Oberstein.

¿ *Soy demasiado simplista?* Mittermeier se preguntó. Mientras que su coeficiente intelectual era alto, realmente no le gustaba usar su cerebro para otra cosa que no fuera destruir enemigos en el campo de batalla. Nada le disgustaba más que las luchas de poder entre aliados. De repente, pensó en el enemigo. Probablemente tenían preocupaciones propias. Se preguntó qué estaría haciendo ahora el hombre conocido como Yang Wen-li.

¿Bailando con alguna mujer hermosa en una celebración de la victoria, tal vez?

V

La suposición de Mittermeier estaba equivocada.

El héroe que había salvado una vez más la Alianza de Planetas Libres de una crisis existencial yacía en la cama, estornudando una y otra vez. Si bien el exceso de trabajo probablemente era el culpable, se había infectado con una enfermedad no transmisible: el resfriado común. Por supuesto, hubo una bendición en esto — después de dejar el banquete de la victoria en las hábiles manos de Caselnes, Frederica Greenhill, von Schönkopf, Merkatz y los demás, pudo regresar a su residencia oficial y meterse en la cama. Julian, quien iba a ser ascendido a oficial de la orden, se quedó con él. Después de su primera salida, Julian había derribado a los combatientes enemigos en la serie de batallas que habían seguido y, lo más importante, había visto los planes de la Armada Imperial, brindándole a sus oficiales superiores amplios argumentos para recomendar su ascenso. En cuanto al propio Yang, había que considerar el equilibrio de recursos humanos entre los oficiales de alto rango, por lo que una vez más fue pasado por mariscal y solo se le dio una medalla.

“Te haré un ponche caliente. Mezclaré miel y limón con vino y lo diluiré con agua caliente. Eso funciona mejor para un resfriado”.

“¿Puedes dejar de lado la miel, el limón y el agua?”

“¡No!”

“No haría tanta diferencia, ¿verdad?”

“¿Qué tal si dejo el vino en su lugar?”

Yang se quedó en silencio por un momento.

“Fuiste mucho más obediente cuando viniste a mi casa hace cuatro años”.

“Sí”, dijo Julián, sin perder el ritmo. “Actuar así también fue algo que tuve que aprender”.

Yang, perdido por una buena réplica, se volvió hacia la pared y comenzó a gruñir.

“Ah, qué vida miserable…; Un trabajo que no soporto se me impone, no tengo ninguna mujer en mi vida, y si trato de beber un poco de alcohol, me sacan de quicio…”

“¡No te pongas malhumorado solo por un resfriado!”

Julian había gritado, pero eso había sido para evitar que su expresión se suavizara de repente. Habían pasado más de dos meses desde que habían tenido una conversación. Se sintió contento de que finalmente pudieran hablar así de nuevo. Había sido una tradición esencial desde que llegó a la casa Yang. Hizo el puñetazo caliente en la cocina, luego se lo pasó a su paciente.

“Eres un buen chico”.

Aunque no lo pensaba, Yang cambió de tono en el instante en que tomó un sorbo. El golpe caliente que el chico le había hecho era prácticamente puro, puro vino. Por un tiempo, el joven de cabello rubio vio al joven almirante de cabello negro sentado en la cama mientras estaba envuelto en sus mantas, sorbiendo con satisfacción su medicina para el frío, pero al fin Julian habló en un tono de resolución.

“¿Almirante Yang?”

“¿Qué pasa?”

“Yo…; quiero alistarme. Oficialmente.”

Durante un largo momento, Yang no dijo nada.

“¿Puedo tener su permiso? Si— si estás completamente en contra, no importa qué… Voy a renunciar a la idea”.

“¿Quieres unirte sin importar qué?”

“Si lo deseo. Quiero ser un soldado que proteja la libertad y la igualdad. No es el tipo que se convierte en un peón para ser usado en invasiones y

opresión — un soldado que está allí para proteger los derechos de los ciudadanos”.

“Dijiste que renunciarías a la idea, pero ¿qué harías si la abandonaras?”

“No lo sé. No, espera. Si llegara a eso, me convertiría en lo que me dijiste que fuera, Almirante”.

Yang giró su taza medio vacía de ponche caliente alrededor y alrededor de las palmas de sus manos.

“Nunca se te ocurrió que te podrían decir que no, ¿verdad?”

“¡Eso no es verdad en absoluto!”

“Tengo quince años contigo, chico— no creas que no puedo ver a través de un engaño tan delgado”.

Yang habló arrogantemente, pero mientras estaba vestido con su pijama, las palabras de Yang no tenían tanta dignidad como él mismo creía.

“Lo siento.”

“Bueno, supongo que no puedo detenerte. ¿Cómo podría decir que no si me miras así? Todo bien. No veo que te conviertas en un alborotador, así que sé lo que quieras ser”.

Los ojos marrón oscuro del chico se iluminaron.

“¡Gracias! ¡Muchas gracias, almirante!”

Después de un momento, Yang agregó una cosa más.

“¿Pero, realmente tanto así quieres ser un soldado?”

Yang no pudo contener una sonrisa irónica.

En todo tipo de religión y en todo sistema de ley, había ciertos puntos que habían sido fundamentales desde tiempos antiguos: no matarás. *No has de robar. No darás falso testimonio*—

Yang recordó su propia vida. ¿Cuántos enemigos y aliados había matado? ¿Cuántas cosas le había robado? ¿Cuántas veces había engañado a sus enemigos? Que esas acciones estuvieran exentas de censura en esta vida actual se debió solo al hecho de que él estaba siguiendo las órdenes de su nación. En verdad, una nación podría hacer cualquier cosa y todo, excepto resucitar a los muertos. Podría perdonar a los criminales y arrojar a los inocentes a la cárcel, o incluso enviarlos a la horca. Podría poner armas en manos de civiles que vivían vidas pacíficas y enviarlas al campo de batalla también. Dentro de su nación, un ejército era la organización violenta más grande.

"Oye, Julian. Por lo general, no es mi estilo decir este tipo de cosas, pero si dices que te vas a convertir en un soldado, hay algo que no quiero que olvides: el ejército es un órgano de violencia y la violencia viene en dos tipos".

"¿Buena violencia y mala violencia?"

"No así no. Hay violencia con el propósito de gobernar y oprimir, y hay violencia como medio de liberación. El ejército de una nación…"

Yang bebió lo último de su ponche caliente considerablemente enfriado.

"… Es por naturaleza una organización de la primera. Eso es desafortunado, pero la historia lo demuestra. Cuando los gobernantes se han enfrentado con sus ciudadanos, es raro que los militares se alíen con la gente. De hecho, en varios países en el pasado, los propios militares se han convertido en organizaciones autoritarias e incluso han gobernado a la gente a través de la violencia. Incluso el año pasado, tuvimos algunas personas que intentaron hacerlo y fracasaron".

"Pero tú también eres un militar, y te opusiste a eso, ¿verdad? Quiero ser un soldado como tú, incluso si eso es solo una aspiración".

“¡Whoa, Whoa! Sostenlo justo ahí. Sabes bien y bien, ¿verdad que mis aspiraciones no tienen nada que ver con el ejército?”

Yang creía que la pluma era más poderosa que la espada. Creía que en una sociedad donde las verdades eran tan raras, esa era una de las escasas excepciones.

“Rudolf el Grande no pudo ser derrotado por la espada. Sin embargo, sabemos de los pecados que cometió contra la raza humana. Ese es el poder de la pluma. La pluma puede acusar a un dictador que vivió hace cientos de años— de tiranos que vivieron hace miles de años. No puedes viajar a través de la historia con una espada, pero con un bolígrafo, puedes hacer eso”.

“¿Es cierto, pero lo que realmente no quiere decir es que puedes confirmar lo que sucedió en el pasado?”

“¡¿El pasado?! Escucha, Julian, si consideramos la historia humana como algo que también continuará desde este punto, entonces el pasado es algo que se va acumulando para siempre. La historia no es solo un registro del pasado, sino también la evidencia de la civilización que se transmite hasta nuestros días. Nuestra civilización actual se encuentra en la cima de un enorme montículo de historia pasada acumulada. ¿Entiendes?”

“Sí señor.”

Después de una breve pausa, Yang dejó escapar un suspiro y una queja juntos.

“Es por eso que quería ser un historiador. Pero tuve un pequeño malentendido al principio, y mi vida terminó así”.

“Aún así”, dijo Julian, “sin las personas que hacen historia, los que la escriben no tendrían mucho que hacer, ¿verdad?”

Yang sonrió irónicamente una vez más y extendió su taza hacia el chico.

“Julian, ese golpe caliente ahora mismo— ¿podrías traerme otra taza de eso? Fue realmente bueno.”

“Sí señor. Inmediatamente.”

Yang observó a Julian mientras se dirigía hacia la cocina, luego cambió su mirada hacia el techo.

“Bueno, las cosas simplemente no parecen ir a mi manera, ni en mi vida ni en la de nadie más…”

VI

Después de decidir otorgar medallas al liderazgo de la Fortaleza de Iserlohn y la Flota de Patrullas de Iserlohn — con Yang al frente de la línea — el gobierno de la Alianza de Planetas Libres sufrió una reorganización a pequeña escala. El presidente del Comité de Defensa, Negroponte, presentó su renuncia y Walter Islands se hicieron cargo de él. Debido a la fuerte influencia del presidente Trünicht en estos dos políticos, era seguro decir que las posibilidades de que hubiera cambios en la política militar eran nulas. El recién nombrado Presidente Islands elogió a Negroponte por su elegante y voluntaria salida y luego declaró su intención de continuar las políticas de su antecesor. Era difícil juzgar si eso hacía que Negroponte se sintiera mejor o no, pero en la superficie, al menos, había dejado la sede del presidente del Comité de Defensa con gracia y luego se había convertido en presidente de una corporación estatal de energía de hidrógeno.

El primer acto oficial del presidente recién designado fue visitar al Comisionado Brezeli — enviado a Heinessen desde Phezzan — para hacer una pequeña licitación mediante la organización de sobornos en la importación de suministros militares. Una vez que el asunto se había resuelto de manera segura, la conversación se convirtió en una charla

ociosa, y Islands le contó a Brezeli sobre el fracaso de Negroponte cuando se enfrentó a Yang Wen-li en la investigación. Mientras lo hacía, Islands intentó pintar a Negroponte de la mejor manera posible, diciendo que su intención había sido evitar la tiranía militar.

“He escuchado varias cosas diferentes sobre esto”, dijo Brezeli, “y lo que parece reducirse es que todos harían que Yang Wen-li se resignara si pudiera encontrar una razón. Dicho esto, sería un problema para usted si entrara en política después de su renuncia — bien podría comenzar a sacudir sus ciudadelas de poder. ¿Eso lo resume todo?”

Brezeli no había hecho ningún esfuerzo por disfrazar sus palabras, señalando las verdaderas intenciones de Islands con una franqueza que parecía más bien fuera de lugar. Islands, sintiéndose ligeramente irritado, dijo que no tenía nada contra Yang personalmente, pero que quería suprimir la entrada de los soldados en la esfera política.

“Si ese es el caso, solo debes hacer una ley, entonces. ¿Para qué crees que es el poder? Es para hacer que todos obedezcan las leyes y regulaciones que usted mismo ha creado…; Cuando sienta el placer de eso — un placer que el dinero no puede comprar — hará lo que sea necesario para ganar más poder, incluso si tiene que invertir una tonelada de dinero para hacerlo. ¿O me equivoco?”

“No, es como tú dices…”

Islands sacó un pañuelo y se secó el sudor que no había aparecido en su cara. Esto era para ocultar un ceño asqueado. Lo que le molestaba tanto era que el tono del hombre era tan calvo, y que a pesar de eso, estaba en blanco con respecto a una parte de la verdad. Ambas cosas le molestaban.

En cualquier caso, la propuesta del comisionado de Phezzan tenía sus propios atractivos, por lo que Islands expresó su gratitud y se apresuró a informar a Trünicht.

Mientras esperaba en la habitación contigua, Boris Konev no podía escupir al suelo, ya que estaba tan bien pulido. Abandonando el impulso, tragó.

¿Qué palabras podrían describir un mundo tan lleno de corrupción? Si bien el mundo en el que había vivido hasta ahora como comerciante libre ciertamente tenía su propia marca de estrategia de negociación, Konev todavía creía que era un mundo — más recto, justo y cuadrado, en el que cualquiera que confiaba El poder político para entorpecer a un oponente no sería más que un objetivo para los insultos. Esto se debió a que no había encontrado nada más que este tipo de conversación desde que había venido a trabajar en la oficina del comisionado. Nunca había planeado soportar este trabajo por mucho tiempo, y ahora podría estar a punto de llegar a sus límites.

Un día, cuando Mayo estaba llegando a su fin, Landesherr Rubinsky emitió una decisión sobre Phezzan.

“¡Kesselring!” Llamó Landesherr.

El joven ayudante pronto apareció y se inclinó respetuosamente.

“Supongo que todo está en su lugar ahora para ese proyecto que mencioné anteriormente”. Kesselring respondió con una leve sonrisa que estaba llena de confianza.

“No he dejado nada al azar, Excelencia”.

“Muy bien. En ese caso, estoy activando el plan. Informe a su equipo”.

“Como desées. Si puedo preguntar, Excelencia: cuando este plan haya tenido éxito y el Duque von Lohengramm y Yang Wen-li hayan traído todas sus armas una contra la otra, ¿cuáles creen que saldrá victorioso?”

“No tengo idea. Aún así, eso es lo que lo hace tan interesante. ¿No estás de acuerdo?”

“Absolutamente. Bueno, entonces, iré y transmitiré tus órdenes al equipo”.

Las relaciones entre el padre y el hijo no se habían calentado en lo más mínimo desde aquella noche anterior. Ambos estaban intentando conscientemente preservar su relación como supervisor y empleado. Después de retirarse a su propia oficina, Kesselring presionó el interruptor de su visifono, y con la transmisión de video desactivada, pasó las órdenes tan pronto como se confirmó la recepción.

“Esta es la guarida del lobo. Fenrir está fuera sin cadena. Repetito. Fenrir está fuera sin cadena.”

Qué palabras de código juvenil, pensó Rupert Kesselring, aunque su propio sentido lingüístico era irrelevante en esta ocasión. Siempre y cuando el mensaje llegara a sus oyentes intencionados y ningún forastero descubriera quién lo envió, eso sería suficiente.

Bueno, ahora, ¿quién va a ser comido cuando el desatado Fenrir abra sus grandes fauces rojas? El rostro del joven ayudante estaba coloreado por una sonrisa amarga. Si hubiera sido un lobo y no un perro, incluso podría haberse enfadado con su amo.

Leopold Schumacher, anteriormente capitán de la Armada Imperial Galáctica, verificó el pasaporte falso que le habían dado una vez más. Si bien había sido emitido oficialmente por el dominio de Phezzan, el nombre no era el suyo.

Si este plan tuvo éxito, se le prometió no solo la ciudadanía y el derecho a vivir permanentemente en Phezzan, sino también un montón de riqueza material.

Naturalmente, sin embargo, Schumacher no confiaba plenamente en las promesas del joven ayudante de Phezzanese. De hecho, sintió un intenso escepticismo tanto del gobierno del Dominio de Phezzan como del propio Kesselring, y no tenía la menor intención de cambiar de opinión al respecto.

Sin embargo, cuando pensó en el castigo que se aplicaría a sus hombres en lugar de a sí mismo, no había nada que pudiera hacer por ahora excepto aceptar lo que ellos querían. Si Phezzan pretendía usarlo como una herramienta, solo tendría que usar a Phezzan a cambio. Aun así, pensar que hacerlo significaría caminar sobre el suelo de Odín una vez más…;

“¿Listo para ir, capitán?”

El conde Alfred von Lansberg, que lo acompañaba en este viaje, habló con voz alegre. Respondiéndole con una inclinación de cabeza, Schumacher comenzó a caminar lentamente hacia la oficina en el puerto espacial de Phezzan.

La SE 798, o 489 del calendario imperial, todavía estaba a medio terminar. Todavía faltaba otro mes hasta el evento que enviaría ondas de choque a través del Imperio Galáctico y la Alianza de Planetas Libres.

SOBRE EL AUTOR

Yoshiki Tanaka nació en 1952 en la prefectura de Kumamoto y completó un doctorado en literatura en la Universidad de Gakushuin. Tanaka ganó el Premio al Nuevo Escritor Gen’eijo (una revista de misterio) con su historia debut “Midori no Sogen ni…” (En el campo verde …) en 1978, luego comenzó su carrera como escritor de ciencia ficción y fantasía. Legend of the Galactic Heroes, que traduce las guerras europeas del siglo XIX a un entorno interestelar, ganó el Premio Seiun a la mejor novela de ciencia ficción en 1987. Las otras obras de Tanaka incluyen la serie de fantasía The Heroic Legend of Arslan y muchas otras películas de ciencia ficción, Fantasía, novelas e historias históricas y de misterio.
